



*Khalil,
el Hijo del Desierto*

Andrea Adrich

**KHALIL,
EL HIJO
DEL
DESIERTO**

ANDREA ADRICH

© Andrea Adrich, 2020

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Capítulo 88

Capítulo 89

Capítulo 90

Capítulo 91

Capítulo 92

Capítulo 93

Capítulo 94

Epílogo

*Si has construido castillos en el aire, tu trabajo no se
pierde; ahora coloca las bases debajo de ellos.*

George Bernard Shaw

PRÓLOGO

Los sueños hay que perseguirlos. Hay que correr tras ellos hasta atraparlos; sin descanso, sin respiro, sin desfallecer... Por muy utópicos que sean. Por muy descabellados que nos parezcan. Eso es lo que pensaba Nadya y, como buena arqueóloga, poseía una tenacidad envidiable para conseguir lo que deseaba, por muy difícil que fuera el camino que tuviera que recorrer.

Nadya dobló la camiseta de manga corta y la metió en la maleta que descansaba abierta encima de la cama.

—¿Estás segura de que quieres ir? —le preguntó Emma, su mejor amiga.

Nadya giró el rostro lleno de incredulidad hacia ella.

—¿Lo estás diciendo en serio? —dijo.

—Es peligroso.

—No seas alarmista, Emma.

—No soy alarmista, Nadya. El desierto Blanco de Egipto no es un lugar tranquilo en estos momentos —le advirtió su amiga—. He leído que hay muchos conflictos entre los pueblos que habitan en él.

Nadya negó con la cabeza. Emma era exagerada y demasiado pesimista. Por Dios, estaban en el siglo XXI, no en la Edad Media. La gente era civilizada.

—No me va a pasar nada —aseguró en un intento por tranquilizarla.

—No sé cómo puedes ir... Estás como una cabra.

—No estoy como una cabra, lo que estoy es ilusionadísima. Voy a cumplir mi sueño. —Nadya abrió los brazos para enfatizar sus palabras—. Por fin he acabado mi Máster de Arqueología, por fin soy arqueóloga, y por fin puedo ir a Egipto a desenterrar su pasado —respondió en tono de ensoñación—. Sabes que llevo meses de un lado para otro haciendo papeles y pidiendo permisos para poder empezar las excavaciones.

Emma lanzó al aire un suspiro de resignación. Nadya era muy testaruda. Nadie le sacaría de la cabeza la idea de ir a Egipto. Ni el anuncio del fin del mundo lo haría.

—Has crecido en Inglaterra, pero es indiscutible que corre sangre egipcia por tus venas —apuntó.

Nadya sintió algo cálido en su interior al escuchar aquellas palabras.

—Mi madre lo era, y aunque vino a Londres muy joven, yo he heredado de ella el inmenso amor por su tierra —explicó Nadya.

—Lo tuyo por Egipto no es amor, es obsesión —comentó Emma, parafraseando una conocida canción.

Las comisuras de Nadya se elevaron formando una sonrisa en los labios.

—Reconozco que la Tierra de los Faraones me apasiona. Para mí Egipto es magia, misterio, encanto... —enumeró. Se dejó caer sobre la cama—. Es hechizante —concluyó.

Para Nadya, Egipto era un enigma. Nunca dejaba de desconcertarla: su pasado, su historia, la leyenda que la envolvía provocaba en ella una extraña nostalgia.

—Prométeme que te vas a cuidar —le pidió Emma, dándose por vencida.

—Te lo prometo —dijo Nadya.

—Y que no vas a hacer ninguna locura, que te conozco.

—Te lo prometo.

Emma estiró los brazos y la rodeó con ellos, estrechándola contra su cuerpo.

—Te voy a echar mucho de menos, Nadya —susurró con un nudo en la garganta.

—No te preocupes, en un par de meses estaré de vuelta —dijo Nadya.

—Van a ser dos meses muy largos —apuntó Emma, deshaciendo el abrazo.

—Podrías ir a verme... —sugirió Nadya.

Emma se encogió de hombros y sopesó la sugerencia unos segundos.

—Quizá vaya...

La idea pareció entusiasmarle de pronto. Dos meses lejos de su mejor amiga, a la que consideraba casi una hermana, se le iban a hacer muy largos. Habían planeado un verano juntas. Irían a Ibiza y se lo pasarían en grande; sería un verano memorable. Se lo merecían después de todo lo que habían estudiado. Pero Nadya finalmente había conseguido que le aprobaran las licencias pertinentes y la financiación necesaria para comenzar sus excavaciones en el desierto Blanco de Egipto, el sueño por el que había luchado desde que tenía uso de razón. Eran muchas las noches que habían pasado charlando sobre ruinas, historia y descubrimientos arqueológicos... La pasión de Nadya. Emma, mejor que nadie, era la única que comprendía plenamente su decisión de ir a Egipto y dejar atrás durante un tiempo su vida convencional.

—Iremos a El Cairo, es una ciudad preciosa —la animó Nadya—. Está a unos 550 kilómetros aproximadamente del lugar donde vamos a instalar el campamento.

—¿Habrás chicos guapos? —bromeó Emma.

Nadya le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

—Estoy convencida de ello. Los egipcios son hombres de rasgos raciales y exóticos, y esa piel acaramelada... Nada que

ver con la palidez de los ingleses. Seguro que alguno te gustará... —dijo, guiñándole un ojo con complicidad.

—Ay, esa piel acaramelada... No me importaría pasarle la lengua a uno de ellos.

—¡Emma!

—¿Qué? Es para ver si saben a caramelo.

Nadya rompió a reír con una carcajada. Emma no iba a cambiar nunca.

—¿Y tú?

—Yo, ¿qué?

—¿Cuándo vas a echarte novio?

—¿Novio? —repitió Nadya, como si la palabra le produjera alergia. Se levantó de la cama y siguió metiendo prendas en la maleta—. Llevo toda mi vida estudiando en un internado, lo que menos me apetece ahora es tener novio, atarme a alguien. Lo que quiero es vivir, salir, entrar, y hacer lo que más me gusta...

—¡La arqueología! —le cortó Emma, poniendo los ojos en blanco.

—Sí, la arqueología —afirmó Nadya.

—Querer ir al desierto Blanco en verano solo demuestra tu amor por ella —apostilló Emma.

CAPÍTULO 1

Nadya abrió los ojos de par en par. El asombro asomó a ellos cuando bajó de la camioneta que le había acercado hasta el campamento donde iba a tener lugar la excavación. El equipo que iba a acompañarla en aquella aventura llevaba allí dos días montando las tiendas.

El desierto Blanco, conocido como *Sahara el Beyda*, se desplegaba ante ella como un gigantesco mar de dunas blancas. El paisaje era sobrecogedor, iluminado por una luz vibrante y misteriosa, que jugaba con la arena, creando diferentes colores. Pero no solo el paisaje era sobrecogedor, también el sutil aroma a especias que parecía flotar en el aire —o tal vez eran imaginaciones suyas—, y el silencio que lo anegaba todo, que era casi tangible.

Nadya respiró hondo.

Por primera vez fue consciente de su magnificencia. Era enorme, y no supo por qué, pero tenía la sensación de que también era peligroso.

No sabía qué hora era, pero el crepúsculo se cernía sobre su cabeza con una puesta de sol que teñía el cielo de un rosa vibrante. Había soñado tantas veces con estar allí, que ahora le parecía mentira tener bajo sus pies aquellas arenas que escondían y salvaguardaban misterios de miles de años de antigüedad. De pronto la invadió una sensación de irrealidad. Un escalofrío le recorrió de la cabeza a los pies, pese al calor que aún calentaba el aire.

En silencio se preguntó qué le depararía aquel desierto de increíble belleza. Había ido allí siguiendo el rastro de Akhenatón, el llamado faraón «hereje», y de su «ciudad maldita», cuya leyenda afirmaba que había construido con mano de obra infantil. Pero Nadya no solo había ido a Egipto

tras la pista del faraón «hereje», sino buscando su propio pasado, del que apenas tenía nociones. Solo sabía que su madre era egipcia, de una región cercana al desierto Blanco, y que, por alguna razón que desconocía, se había ido de allí.

Nadya intuía que bajo aquel abandono había más, mucho más...

—¿Qué le parece, señorita Rice?

La voz del ayudante de la excavación, Randolph Crowe, desvaneció la magia del momento y la devolvió a la Tierra. Pestañeó un par de veces para salir del estado de ensoñación en el que se había sumergido y giró el rostro hacia él. El hombre, pelirrojo y con la cara llena de pecas, la miraba con expectación.

—Es maravilloso —respondió Nadya.

—Las puestas de sol que se pueden ver en el desierto son de las más bonitas del mundo —comentó el hombre.

A Randolph no le faltaba razón. El asombroso color rosa del crepúsculo se reflejaba en el blanco casi puro de las dunas, concediendo al sugestivo paisaje un aire de fantasía.

—Venga a ver la tienda que le hemos preparado, señorita Rice —dijo el hombre.

Nadya asintió.

Berenice alargó la mano de dedos elegantes e introdujo una jugosa uva en la boca de Khalil con un gesto cargado de sensualidad.

—¿Le gusta, mi señor? —preguntó la concubina sonriente, acercando los labios a su oído.

—Me gustas más tú —coqueteó Khalil, al tiempo que saboreaba la uva.

Berenice, una joven de aspecto risueño, con una larga melena de color azabache y profundos ojos negros, se acercó a él melosamente y lo besó.

Khalil había metido ya la lengua en la boca de su concubina cuando unos nudillos golpearon la puerta, interrumpiendo la escena.

—Adelante —dijo.

La enorme puerta de madera labrada se abrió con un ruido pesado. Un hombre alto, de complexión atlética y pelo negro, vestido con un pantalón oscuro y un caftán gris que le llegaba a la mitad del muslo, entró con semblante serio.

—Khalil, los ingleses han vuelto —anunció, después de hacer una ligera reverencia a su jeque.

El rostro de Khalil se tensó, acentuando aún más sus rasgos marcados. Enderezó la espalda y se echó hacia adelante.

—Berenice, déjanos a solas —ordenó a la concubina en tono autoritario.

—Pero, mi señor...

La joven acarició suavemente la mejilla de Khalil en un intento por permanecer en la habitación.

—Ahora, Berenice. —El tono de Khalil no admitía réplica alguna.

—Sí, señor —contestó ella con una reverencia.

Berenice se levantó de la cama formada por decenas de brillantes cojines y almohadas y, aunque salió de la enorme habitación con la mirada baja y una expresión servicial, como correspondía, por dentro la sangre le hervía a borbotones en las venas. Llevaba muchos días sin poder estar a solas con Khalil; él había reclamado a otras concubinas del harén, y ahora que por fin la había elegido a ella para pasar la noche juntos, Salih, amigo y jefe del ejército de Khalil, les había interrumpido muy inoportunamente para anunciar que los ingleses estaban de nuevo en sus tierras.

Berenice bufó antes de salir de la habitación. ¿Cómo podía tener tan mala suerte?

—Maldito Salih y malditos ingleses —farfulló entre dientes.

CAPÍTULO 2

Khalil se levantó.

—¿En qué piensan esos malditos occidentales? —ladró cuando la puerta se cerró tras Berenice.

—Siempre en lo mismo —dijo Salih.

Khalil se dirigió con pasos regios a los ventanales que poseía la habitación, recorrió las pesadas cortinas de damasco y miró a través de ellos. La luz del sol recortaba su figura.

—¿Por qué tienen tanto empeño en conocer nuestra historia? ¿Nuestro pasado? ¿Por qué no dejan a nuestros muertos descansar en paz? —lanzó al aire.

—Porque su sed de conocimiento es insaciable —contestó Salih, a quien la llegada de los ingleses tampoco le hacía gracia—. Y porque se creen los dueños del mundo —agregó.

Khalil soltó un gruñido.

—Los dueños del mundo... —repitió para sí apretando la mandíbula.

El gobierno de Egipto se aprovechaba de aquellas excavaciones, le eran indiferentes teniendo en cuenta los beneficios y las concesiones que le proporcionaban los países que las solicitaban, pero a Khalil le hastiaba que los occidentales profanaran de aquella manera sus tierras.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En las llanuras del desierto Blanco.

—¿Desde cuándo están allí?

—Mahmoud dice que desde hace dos días. Los ha estado vigilando. Han estado montando el campamento en la parte oriental. Pero ayer llegó más gente.

—¿Cuántos son en total? —quiso saber Khalil, dando aún la espalda a Salih.

—Unos doce o catorce —respondió él.

Khalil se giró y entrecerró los ojos hasta formar dos rayas oscuras en su rostro.

—Vamos a darles la bienvenida —dijo con sarcasmo.

Una sonrisa ladina afloró en sus labios carnosos. Salih, que conocía a su amigo como a la palma de su mano, adivinó de inmediato lo que estaba pasando por su mente y qué tipo de bienvenida iba a darles a esos arrogantes ingleses.

Sonrió.

Se iban a divertir.

—¿Mando ensillar los caballos? —preguntó.

—Sí —afirmó Khalil—, y ordena a Mahmoud y a Hasani que nos acompañen.

Salih asintió, dio media vuelta sobre sus talones y abandonó la habitación, dispuesto a cumplir las órdenes del jeque.

Nadya se levantó con la primera luz del alba. La impaciencia por empezar con la excavación apenas le había permitido pegar ojo. Era como una niña pequeña la noche de Reyes, esperando nerviosa que llegara el día para descubrir qué juguetes le habían traído.

Si el atardecer había dejado muda a Nadya, el amanecer en el desierto no era menos impresionante. La arqueóloga había contemplado con la boca abierta como el sol se abría paso a través de la oscuridad de la noche con un resplandor lavanda, digno del mejor cuadro impresionista.

Llevaba unas cuantas horas trabajando y el calor ya era abrasador. La zona que había que excavar se encontraba

perimetrada con el correspondiente cordón desde primera hora, y varios trabajadores armados con picos y palas se afanaban en retirar los primeros metros de arena. Nadya, que no tenía ningún problema en hacer el trabajo de campo, se remangó y comenzó a quitar cubos de arena.

Sudaba profusamente y la ropa se le pegaba al cuerpo en una pretensión de fundirse con él, pero le daba igual. Sarna con gusto no pica, y ese era el lema al que se aferraba Nadya. Estaba cumpliendo su sueño y eso era lo único importante.

Su ilusión se vio recompensada cuando, para su sorpresa, empezaron a aparecer las primeras piezas. Durante meses había estudiado el lugar exacto donde tendría que dar comienzo la excavación, después irían ampliando el radio, pero no pensaba que sus anhelos tuvieran una recompensa tan temprana. Quizá era cierta esa premisa que decía que, si deseas mucho algo, el universo se confabulaba para hacerlo realidad.

—Mira lo que acabo de encontrar —le dijo entusiasmada a Randolph.

Le mostró la pieza que acababa de encontrar. Un pequeño cuenco de barro pintado de azul.

—Interesante... —comentó el ayudante de la excavación, al tiempo que se acariciaba la barbilla.

—Tengo muchas expectativas puestas —dijo Nadya, poniendo voz a sus pensamientos.

—Yo también.

Nadya sonrió.

—Voy a limpiarlo, a quitarle el polvo y a clasificarlo.

—Bien.

CAPÍTULO 3

Khalil permanecía sobre su caballo purasangre negro en lo alto de la colina. Detrás de él se encontraban Salih, y Mahmoud y Hasani a la espera de sus órdenes. Se puso la mano en la frente a modo de visera y miró otra vez el foco de actividad que había al otro lado de la llanura. No podía evitar que se le revolvieran las entrañas. ¿Cómo podían actuar con tanta impunidad? ¿Cómo podían actuar como si esas tierras fueran de su propiedad?

«Malditos occidentales», gruñó para sus adentros.

—¿Atacamos ya? —preguntó Salih. En su voz dejaba entrever un deje de impaciencia.

—No, Salih —le detuvo Khalil—. Todavía no.

Respiró profundamente; tenía que aplacar la ira que le recorría las venas.

—Es un insulto ver como profanan nuestra tierra —se quejó Salih.

—Sí, lo es, pero la prisa no nos va a llevar a ningún lado —dijo Khalil.

—Cálmate, Salih —intervino Mahmoud en un tono de comadreo—. Khalil sabrá en qué momento exacto tenemos que ir a espantar a esos ingleses.

El hombre, fuerte y de aspecto tosco, rio enseñando una dentadura irregular.

Khalil inspeccionó la escena que trascurría debajo de él. Varios hombres picaban las capas de arena más duras del desierto. Otro más se unió a la tarea. Alrededor de ellos, unos cuantos individuos más se afanaban en quitar la tierra y abrir espacio.

Khalil levantó el brazo e hizo una seña a sus hombres. Era el momento.

—¡Ahora! —gritó.

Espoleó a Sombra, su purasangre, y descendió a galope por la colina, bajando a toda velocidad hasta el escenario de la excavación. Tras él, Salih, Mahmoud y Hasani le seguían a la zaga, levantando una enorme polvareda a sus espaldas.

Nadya oyó el revuelo que se estaba montando en el exterior de la tienda donde se hallaba describiendo las características del cuenco que había encontrado. Dejó el bloc de notas encima de la mesa, se levantó de la silla y salió.

Los gritos angustiosos de varios hombres se alzaban al aire en forma de lamento.

—¿Qué...?

Las palabras se le atascaron en la garganta cuando vio lo que estaba sucediendo. Frunció el ceño con gravedad. Cuatro hombres vestidos con caftán, pantalones oscuros y pañuelos en la cabeza se afanaban por destrozar la zona de excavación a lomos de sus espléndidos caballos.

Las patas de los animales coceaban los precintos con los que se había perimetrado la zona, la tierra, los utensilios, los carretillos de arena y las últimas piezas que habían encontrado con una brutalidad inusitada. Una nube de polvo se alzó en el aire, produciendo una tos seca en los trabajadores, que corrían a un lado y a otro tratando de huir de los envites de los caballos. Algunos se resguardaron dentro de las tiendas del campamento.

Nadya echó a correr hacia uno de los animales, un semental enorme de color ébano, y, sin pensar en las consecuencias, se puso delante de él, cortándole el paso.

—¡Parad! ¡Parad! —gritó, alzando los brazos.

El caballo se encabritó a un escaso metro de ella, levantando las patas delanteras en una estampa imponente. Nadya ahogó un grito en la garganta cuando advirtió que el animal negro se echaba encima de ella. Khalil, que era quien lo montaba, tiró con fuerza de las bridas para que Sombra no la aplastara. El caballo pifió bruscamente con un ruido ensordecedor que llenó el aire. Nadya tuvo la sensación de que el mundo se ralentizaba a su alrededor. Quería moverse, salir corriendo, pero sus piernas no respondían a las órdenes que le daba el cerebro, mientras todo pasaba a cámara lenta. Finalmente, Khalil se hizo con el purasangre, controlando su poder y su fuerza, y le hizo retroceder unos pasos.

Entre el inminente caos que se había formado, Nadya no pudo evitar admirar el modo en que Khalil había sometido al caballo, obligándole a retroceder, y tampoco le pasó desapercibido su imponente físico. Era imposible no fijarse en él. Habría que estar ciega. Era un hombre distinto a los demás. Más grande, más imponente y más indomable. De complexión atlética, de espaldas anchas y brazos musculosos. Poseía unos ojos de un ardiente negro, rodeados de un denso abanico de largas pestañas también negras. El viento le alborotaba el cabello, que lucía de color azabache a la altura de los hombros y que enmarcaba un rostro de piel bronceada; de rasgos nítidamente cincelados, pómulos pronunciados y mandíbula firme, oscurecida por una barba perfectamente recortada. Era una especie de elegantísimo hípster árabe, que escondía algo salvaje e indómito dentro de él e irradiaba una energía casi belicosa, como un guerrero de tiempos pasados.

—¡No vuelva a ponerse delante de mi caballo! ¡¿Está loca?! —la amonestó Khalil con voz autoritaria.

Su mirada se encontró con la de Nadya. Durante unos segundos se fijó en sus ojos. Eran de un azul tan extraordinariamente claro que parecían desprender luz propia. Nunca había visto unos ojos como aquellos, tan increíblemente azules, tan angelicales, tan impactantes, menos en una zona donde predominaban las cabelleras oscuras y los ojos negros.

La observó con interés. Era una joven de piel clara, labios generosos y nariz recta. Aunque llevaba un pañuelo alrededor de la cabeza para protegerse del sol, algunos mechones sobresalían de él mostrando un pelo dorado.

—¿Quién se ha creído que es para hacer semejante destrozo? —inquirió Nadya en un perfecto árabe, idioma que le había enseñado su madre cuando apenas era una niña y que hablaba sin problemas.

Y aunque lo hablaba con fluidez, cosa que Khalil admiró viniendo de una inglesa, distinguía una leve cadencia melódica, que lejos de desagradarle, dotaba a las palabras de cierta dulzura. Pero su tono era desafiante. Si tenía miedo no lo mostraba. Sus ojos translucían rebeldía y eso fascinó extrañamente a Khalil.

—El dueño de estas tierras —afirmó con rotundidad desde lo alto de su caballo—. El desierto Blanco es mío.

Su profunda voz hizo que Nadya se estremeciera de los pies a la cabeza. La contundencia con la que había pronunciado cada una de las palabras dejaba muy claro quién era: El Hijo del Desierto.

Había oído hablar de él... Era el jeque de aquellas hermosas tierras, Khalil Ab Tabul, un hombre de armas tomar, según había leído; hecho a sí mismo, que defendía su desierto, su pueblo y a los suyos a capa y espada, si era necesario. No cabía duda de que estaba a la altura de su fama.

—Eso no le da derecho a destrozar esta excavación ni a asustar a los trabajadores —le replicó Nadya, tratando de que no le temblara la voz—. Mire cómo lo han dejado todo. — Señaló con las manos la zona—. Lo han arrasado...

Khalil entornó los ojos y la miró furioso. Le bullía la sangre en el interior de las venas. ¿Qué se había creído aquella muchachita? Nadya retrocedió un par de pasos con la respiración contenida en los pulmones.

—Tengo todo el derecho de echarles de aquí —le cortó Khalil con aspereza—, están profanando nuestro pasado,

nuestra historia, a nuestros muertos. ¡Déjenos en paz! —le ordenó.

Nadya bufó indignada. Aquellos Neandertales habían destrozado su trabajo sin ningún miramiento, sin tener en cuenta el esfuerzo que había detrás.

—Y yo tengo todo el derecho de excavar en esta zona —le rebatió, sin amedrentarse. No iba a permitir que aquel hombre la intimidara, aunque tenía que confesar que se sentía pequeña como una hormiga—. Tengo todas las licencias necesarias.

Khalil echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada burlona, que consiguió estremecerla de la cabeza a los pies.

—Los occidentales y su burocracia —se mofó con denotado desdén.

—Tengo todas las autorizaciones en regla y el permiso del gobierno de Egipto —añadió Nadya.

—Me da lo mismo que tenga el permiso del gobierno. Me da lo mismo que tenga el permiso del mismísimo diablo. Váyase de mis tierras —le advirtió.

Nadya iba a protestar.

—No voy a irme de...

—Tiene tres días, señorita —cortó seco Khalil en tono amenazador—. Tres días.

Tiró de las riendas hacia la derecha y dio la vuelta al caballo.

—¿Y si no me voy? —lo desafió Nadya, alzando ligeramente la barbilla, en un último intento por no dejarse intimidar por ese hombre.

Khalil giró el rostro y la miró por encima del hombro. Sus ojos se habían ensombrecido.

—Si no se va, aténgase a las consecuencias —aseveró—. No querrá enfrentarse a mi ira.

Y sin dejarle que replicara más, espoleó los flancos de su purasangre y, haciendo una seña con el brazo a Salih y a los otros dos hombres, se lanzó a galope tendido colina arriba.

CAPÍTULO 4

Nadya evaluó el significado de las palabras de Khalil mientras lo veía alejarse por las suaves ondulaciones que formaban las dunas. Su caballo, de un negro tan brillante como las alas de un cuervo, contrastaba de modo soberbio con la arena blanca del desierto, esbozando una imagen que se quedaría grabada en sus retinas para siempre. Cuando desaparecieron envueltos en una nube de polvo, volvió la vista hacia la excavación.

—Lo han destrozado todo —dijo Randolph con pesar, dirigiéndose a ella con los trozos de cerámica de un jarrón en las manos.

Nadya sacudió la cabeza.

¿Qué se había creído ese hombre? Por muy jeque que fuera, por mucho que el desierto Blanco fuera suyo, ella tenía pleno derecho de estar allí. Había tardado meses en conseguir que el gobierno de Egipto le concediera los permisos necesarios para comenzar a excavar, y ahora que por fin lo había logrado, no iba a permitir que nadie la echara de allí. Ni siquiera el Hijo del Desierto.

—¿Quiénes eran esos hombres? —le preguntó Randolph a Nadya cuando la alcanzó.

—El Hijo del Desierto y sus... —Nadya pensó la palabra adecuada—... secuaces —respondió.

—¿El Hijo del Desierto? —repitió el ayudante.

—Sí.

—He oído hablar de él. Es el dueño del desierto Blanco.

—Sí, estamos excavando en su propiedad. Estas tierras son tuyas.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Por qué nos han atacado? —quiso saber Randolph.

—Quiere que dejemos en paz su historia y a sus muertos —resumió Nadya, sin dejar de mirar la colina por la que habían ascendido Khalil y sus hombres—. Y que nos vayamos de aquí. Me ha dado tres días para abandonar la excavación.

Los ojillos de Randolph se alarmaron.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó.

Nadya volvió el rostro hacia él.

—Quedarnos, por supuesto —contestó con aplomo.

—Pero...

—No voy a dejar que unos cuantos hombres con ínfulas de Neandertales me asusten —cortó con suavidad—. ¿Qué va a hacer el Hijo del Desierto, Randolph? —lanzó al aire—. No puede hacer nada, tenemos permiso del gobierno de Egipto para excavar aquí —se respondió a sí misma.

—Yo no estoy tan seguro de que ese hombre no vaya a hacer nada —dijo Randolph—. ¿Has visto como han dejado esto?

Nadya echó un vistazo en derredor.

—Sí —afirmó.

Resopló con el alma en los pies. Estaba todo destrozado. Parecía el escenario de una guerra. Algunos de los hombres aún tenían el miedo plasmado en el rostro. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Pongámonos a ordenar este desastre —dijo, conteniendo a duras penas el llanto.

Respiró hondo.

No quería pensar en la amenaza que le había proferido el Hijo del Desierto ni en que el trabajo que habían realizado durante horas con el ardiente sol cayéndoles a plomo, se había

ido por la borda bajo los brutales cascos de los caballos de aquellos hombres.

Khalil se apeó del purasangre con un movimiento ágil. Ya en pie, comenzó a desatar las cinchas de la montura.

—Les hemos dado un buen susto —dijo Salih con satisfacción.

—¿Habéis visto la cara de los hombres? Eran como conejillos asustados —rio socarronamente el fuerte de Mahmoud. Su cuerpo se estremeció por las carcajadas.

—Espero que hayan aprendido la lección y que se larguen de aquí —comentó Khalil serio.

Apoyó la silla sobre una viga de madera que descansaba en el suelo del establo y acarició suavemente la cabeza de Sombra con la mano. Salih lo observó durante unos segundos. Había estado en silencio durante el camino de vuelta.

—¿Te ocurre algo, Khalil? —le preguntó.

—Sombra casi aplasta a esa mujer —contestó.

—Se puso delante de tu purasangre, fue una temeraria —dijo Salih.

—Salih tiene razón —ratificó Mahmoud—. ¿A quién se le ocurre ponerse delante de un caballo? ¿Y más del tuyo, que es puro nervio?

—No se le puede negar que tiene coraje —comentó Hasani.

—Ha sido una imprudente, podría haberle aplastado el cráneo —dijo secamente Khalil.

Khalil recordó los preciosos ojos de Nadya. Su mirada azul, con una mezcla de miedo y osadía, estaba esculpida en su mente con tinta indeleble. No había podido sacárselos de la cabeza desde que habían abandonado la excavación.

Sacudió la cabeza en un intento por huir de su imagen.

—Yo detesto a esos occidentales —comenzó Mahmoud

Colocó su montura en la viga de madera, al lado de la de Khalil.

—Yo también —afirmó Salih con voz desdeñosa—. Solo vienen a molestar y a perturbar nuestra paz.

—Yo espero que abandonen el desierto Blanco antes de tres días. Ese es el tiempo que le he dado a esa mujer —dijo Khalil, acariciando la crin de su caballo.

—Ten por seguro que se marcharán de aquí antes de que se cumpla el plazo. Les va a faltar desierto para correr —dijo Salih en tono socarrón—. En el fondo, esos occidentales son unos cobardes. Jamás se atreverían a desafiarte, Khalil.

Khalil permaneció en silencio.

CAPÍTULO 5

Después de ducharse, Khalil se dirigió al ala del palacio donde estaba su harén. Tenía que liberar toda la tensión acumulada en el cuerpo, y el sexo siempre era una buena forma. Sus concubinas siempre estaban dispuestas a satisfacer sus necesidades y llegado el caso, a darle un poco de afecto.

Bastet, la mujer que se encargaba de que todo en el harén estuviera bien, la llamada *superiora*, salió a recibir a Khalil al patio de entrada. Un lugar amplio rodeado de un pórtico formado por arcos de herradura, plantas en enormes macetas de barro y una preciosa fuente en el centro. El sonido del agua producía una sensación relajante.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —dijo a modo de bienvenida, haciendo una pequeña reverencia con la cabeza.

—Buenas noches, Bastet —dijo Khalil.

—Buenas noches —lo saludó la mujer.

Antes de que mediaran más palabras entre ellos. Berenice llegó al patio con un vestido largo de vaporosas gasas de color azul. Detrás de ella otra joven le seguía los pasos.

—Señor, ha vuelto —dijo.

Se acercó a él y rodeó su cintura con el brazo. Los ojos le brillaban con una mezcla de alegría y lujuria.

—Bienvenido, señor —habló la otra mujer, más apocada que Berenice, inclinando la cabeza.

—Gracias, Kama —la saludó Khalil con una sonrisa.

Berenice alzó la mano y jugueteó sensualmente con el cuello del caftán de Khalil, tomando de nuevo el protagonismo. Las concubinas siempre competían para

conseguir el favor y una noche de pasión con el jeque, sobre todo por Khalil, que era un hombre joven, rabiosamente atractivo y muy apasionado.

—¿Ha podido solucionar lo de los occidentales? —le preguntó Berenice con voz melosa, aproximando su boca al rostro de Khalil.

—Sí —respondió él.

—¿Para que han venido los occidentales? —se interesó Bastet.

El rostro de Khalil demudó en una expresión seria.

—A lo de siempre: a desenterrar nuestro pasado y a nuestros muertos.

—¿Es que nunca se cansan? —comentó Bastet, mostrando su cansancio por ese tema.

Khalil movió la cabeza.

—No.

—¿Te has encargado de ellos? —preguntó Berenice.

—Sí, no nos van a molestar más —dijo Khalil con una pizca de suficiencia—. Pero no quiero hablar de ello —añadió con desgana—. Quiero divertirme...

Miró sugestivamente a Berenice.

—Para eso estoy aquí, mi señor, para divertirlo —dijo ella, bajando la voz hasta un tono de confidencia.

Khalil miró a Kama por encima del hombro de Berenice. La chica, de largo pelo negro, piel aceitunada y grandes ojos, se mantenía en un segundo plano.

—Esta noche quiero estar con las dos —dijo.

Berenice frunció ligeramente el ceño ante la petición del jeque; no le gustaba compartir a Khalil, era muy celosa, pero si quería estar con él aquella noche tenía que capitular, sino desestimaría estar con ella y se quedaría solo con Kama. Khalil no toleraba insolencias ni tonterías.

La habitación en la que entraron era un lugar amplio con ambiente solemne, de techos altísimos y pesados cortinajes de damasco. En aquellas partes del suelo que no estaban cubiertas por lujosas alfombras persas de filigranas imposibles, el mármol brillaba como si estuviera recién encerado. Era casi como un espejo. En un rincón una cama atestada de cojines y almohadones de satén con colores radiantes les esperaba para vivir una intensa noche de pasión. Bandejas y cuencos con jugosas frutas de toda clase y jarras de zumo llenaban las mesas del fondo, tal como le gustaba a Khalil.

Se detuvo y cogió una uva. Mientras se la metía en la boca y degustaba su jugo, contempló a Berenice y a Kama. Ambas se habían tumbado en el lecho de llamativos almohadones y lo esperaban en unas posturas tremendamente sugerentes.

Una luz proveniente de la lámpara con motivos étnicos del techo bañaba la habitación con un resplandor violeta y dibujaba en las paredes múltiples y elegantes formas.

Khalil echó a caminar en su dirección con los ojos entornados. Kama y Berenice eran unas mujeres bellísimas y siempre estaban dispuestas a cumplir sus deseos, y en esos momentos tenía muchos.

Iba a ser una noche muy larga.

CAPÍTULO 6

El viento estaba caprichoso esa noche. Soplaban con fuerza en el exterior, sacudiendo la tela de la tienda con chasquidos que parecían latigazos y manteniendo a Nadya despierta. La joven se giró en el pequeño colchón de plumas instalado en el habitáculo y se arrebujó bajo las mullidas mantas. La oscuridad era casi total, solo la tenue luz de una lamparilla iluminaba la estancia.

Nadya lanzó al aire un suspiro. Estaba preocupada y nerviosa. Era una extraña mezcla de sentimientos, entre aprensión e impaciencia, por eso no podía pegar ojo. La rabia todavía reverberaba en sus venas. Su cabeza no dejaba de recordar una y otra vez el momento en que el Hijo del Desierto y sus hombres habían irrumpido en la excavación como elefantes en una cacharrería y habían destrozado todo. Durante el resto de la tarde apenas pudo concentrarse. Tenía el eco del susto metido en el cuerpo.

—Pero no me voy a ir —susurró contundente.

¿Cómo se iba a ir del desierto Blanco sin encontrar lo que pretendía encontrar? ¿Si era el sueño que había perseguido durante años? ¿Se iba a ir solo porque ese hombre de aspecto salvaje la había amenazado? No, estaba loco si pensaba que iba a marcharse de allí. Por muy Hijo del Desierto que fuera.

Aquella era sin duda la gran aventura de su vida. ¡Estaba en Egipto! ¡La Tierra de los Faraones! Nada de lo que había vivido hasta entonces, o viviera en los años que le quedaban de vida podría superarlo. El destino le había presentado al fin la oportunidad perfecta para cumplir su sueño y no iba a desaprovecharla.

Era sorprendente estar en aquel desierto, contemplando las dunas de arena blanca como si fueran colinas de nieve, los

hermosos colores de los amaneceres y los atardeceres, y las caprichosas formas que las piedras calizas adquirirían por causa de la persistente erosión del viento. Por no hablar de la satisfacción que le estaba proporcionando la excavación. Cada hallazgo se convertía en un pequeño triunfo.

Y pese al sol abrasador, aquel lugar era mucho más mágico de lo que se intuía en los miles de fotos que había visto en Internet. No tenía nada que ver. Absolutamente nada.

Estaba completamente fascinada. En las horas que llevaba allí, absorbía todo como si fuera una esponja. Absorbía los olores, los colores, las sensaciones...

—No, no me voy a ir de aquí —repitió testaruda.

Khalil Ab Tabul no la vencería, no sucumbiría a su amenaza.

Se dio media vuelta y fijó la mirada en el techo de la tienda. Un fuerte chasquido golpeó de nuevo la tela, haciéndolo oscilar. Nadya respiró hondo tratando de no abandonarse a la ansiedad.

¿Qué iba a hacer el Hijo del Desierto?, se preguntó. ¿Presentarse de nuevo en la excavación y destrozarla bajo los cascos de los caballos? Nadya no dudaba de que se atreviera a hacerlo, no parecía un hombre que se amedrentara ante nada, pero ella tampoco. Él se creía superior porque estaba tratando con una mujer y además extranjera. Ya se encargaría ella de echarlo, aunque fuera a patadas, si volvía a asomarse por allí.

Khalil abrió los ojos perezosamente. En su campo de visión apareció Berenice. Dormía a su lado con expresión plácida en el rostro. Un mechón de pelo negro le caía por la bronceada mejilla.

Oyó un suspiro. Kama se movió a su espalda, acurrucándose contra él. Khalil giró la cabeza y la observó unos segundos. Su pecho subía y bajaba acompasadamente.

Luego rodó la vista hasta posarla en el techo. Su cuerpo tenso había anhelado el calor humano después del alboroto que se había formado en la excavación de los occidentales y de que su purasangre estuviera a punto de aplastar a la inglesa, y aquellas mujeres habían saciado por completo sus necesidades.

CAPÍTULO 7

Nadya enderezó la espalda y con la manga de la camisa blanca de lino se enjugó el sudor que le perlaba la frente y cuyas gotas se deslizaban grotescamente por sus sienes.

Giró la cabeza, se puso la mano a modo de visera y miró hacia el horizonte buscando un vestigio negro. Respiró hondo cuando se encontró una extensión vacía.

Había pasado los tres días siguientes sin quitar ojo a la colina por la que había ascendido Khalil Ab Tabul con sus hombres. Trataba de no pensar en ello, de apartarlo de su mente, pero temía que en cualquier momento apareciera con su melena al viento y su aire salvaje, montado a lomos de su imponente purasangre negro, para cumplir la amenaza que le había lanzado. Sin embargo, todo había estado tranquilo. Demasiado tranquilo, quizá.

Khalil caminaba con pasos determinantes por el patio trasero del palacio. Las baldosas de coloridas filigranas recogían el sonido cadencioso de sus botas. La luz del sol de media mañana le arrancaba destellos a su cabello negro. Dejó atrás el pórtico formado por perfectos arcos y fue hacia los establos. Allí estaban Salih y el resto de sus hombres compartiendo confidencias entre risas.

—Buenos días —lo saludó Salih haciendo una ligera reverencia.

—Buenos días, señor —lo saludaron los demás.

—Buenos días —contestó Khalil.

—¿Todo bien? —le preguntó Salih.

—Sí. —Khalil entornó los ojos al sol, que le daba de lleno en el rostro—. Dentro de unas horas termina el plazo que di a los occidentales para que abandonaran la excavación. Cuando caiga la tarde, id a ver si ya se han marchado —ordenó a sus hombres.

Su voz autoritaria estaba impregnada de una nota mezcla de impaciencia y desdén que no se esforzó en ocultar. Quería a los occidentales fuera de sus tierras, pero, sobre todo, quería a aquella mujer de ojos azules fuera de sus tierras.

—¿Tú no vendrás? —volvió a hablar Salih.

—No, salgo ahora mismo para El Cairo, tengo que hacer algunas negociaciones importantes en la capital. Volveré esta noche de madrugada —respondió Khalil.

Salih asintió.

—Mantenme informado —le indicó el Hijo del Desierto.

—Claro —dijo Salih.

Al final de la tarde, cuando el sol se guardaba tras el lejano horizonte, y tal y como le había ordenado Khalil, Salih salió al patio y buscó a Mahmoud y Hasani.

—Ensillad los caballos, nos vamos al desierto Blanco, a ver si esos occidentales se han ido de una maldita vez —dijo.

En silencio, los dos hombres inclinaron la cabeza, serviciales, y se dispusieron a colocar las monturas a sus animales.

Quince minutos después, los dos hombres, encabezados por Salih, salían a todo galope dejando los muros que rodeaban el palacio a su espalda.

Atravesaron las onduladas dunas sin reducir la velocidad un ápice, hasta que llegaron a lo alto de la colina, desde donde se veía la excavación. Salih torció el gesto cuando vio que Nadya y el resto de los trabajadores seguían allí. Una oleada

de ira lo recorrió de arriba abajo. Aquellos occidentales eran muy osados o muy estúpidos, o las dos cosas.

—Esto no le va a gustar a Khalil —dijo.

Aguzó la vista y pudo ver la silueta de Nadya a lo lejos. Estaba en cuclillas en el borde del rectángulo que formaba la excavación.

—Desde luego que no. —Mahmoud confirmó las palabras de Salih mientras miraba fijamente el movimiento que había unos metros por debajo de ellos.

El órdago que le estaba lanzando aquella inglesa iba a enfadar mucho a Khalil.

—¿En qué está pensando esa mujer? —intervino Hasani—. ¿Por qué no se ha ido ya? —se preguntó.

—Porque no conoce a Khalil —respondió Salih.

—Es una inconsciente —comentó Mahmoud—. Una verdadera inconsciente.

Salih movió la cabeza a ambos lados, negando, sin apartar la vista del grupo de hombres que trabajaban sin descanso.

—Y una estúpida —murmuró. Sus labios apenas se movieron.

Con una sacudida seca de las manos, tiró de las riendas del caballo y lo hizo girar.

—Volvamos al palacio, aquí está ya todo visto —dijo escuetamente.

Espoleó los costados de su caballo de crines pardas. El animal echó a correr. Mahmoud y Hasani imitaron su gesto y salieron a galope detrás de él.

Salih desmontó su caballo con prisa y le cedió las riendas a Hasani para que se ocupara de quitarle la montura. Él tenía que ir a hablar con el jeque.

Khalil descolgó el teléfono.

—¿Se han ido, Salih? —preguntó a su amigo, aunque más que una pregunta era una afirmación. El jeque estaba convencido de que los occidentales estarían a esas alturas muy lejos del desierto Blanco.

—No, Khalil —contestó Salih sin rodeos.

El ceño de Khalil se frunció con gravedad. Su rostro demudó en una expresión seria.

—¿Me estás gastando una broma, Salih? —dijo.

—No, Khalil, no te estoy gastando ninguna broma, los occidentales no se han ido.

Al otro lado de la línea telefónica, Khalil chasqueó la lengua, visiblemente molesto. La mujer de ojos cristalinos lo estaba desafiando. Su comportamiento no podía tener otra lectura que el hecho de que quería provocarlo. Tenía que reconocer que era tozuda, audaz y verdaderamente temeraria, pero nadie desafiaba a Khalil Ab Tabul.

CAPÍTULO 8

Khalil apretó la mandíbula. Adoptó un gesto de furia e indignación que a pesar de todo no pudo ocultar la astucia de su oscura mirada.

—Salih, capturad a la mujer de ojos cristalinos y llevadla al palacio. Quiero que esté allí cuando llegue esta noche de El Cairo —ordenó.

—¿Vas a raptarla? —Salih hizo la pregunta sin lograr disimular la incredulidad en su voz.

Khalil estaba de pie, al lado de los enormes ventanales del restaurante de diseño que coronaba la *Burj Al-Qahira*, o Torre de El Cairo. Una construcción de más de 180 metros situada en el moderno distrito de Zamalek, en una de las orillas del famoso río Nilo. Dio media vuelta con el teléfono móvil en la mano, y contempló las impresionantes vistas de pájaro con la que obsequiaba el Gran Cairo desde aquella altura.

—Voy a darle una lección que no va a olvidar en su vida — fue todo lo que murmuró como respuesta.

Salih dibujó en sus labios media sonrisa. Desconocía qué pensamientos pasaban en esos momentos por la cabeza de Khalil, pero, conociéndolo, vaticinó que iba a ser divertido.

—Haremos lo que ordenes —dijo.

—Salih, no quiero que sufra ningún daño. Ninguno — aseveró Khalil en un tono capaz de cortarle la respiración al general más aguerrido—. Ni un solo rasguño. De lo contrario, haré que rueden vuestras cabezas. Yo mismo os las cortaré — advirtió.

—Tranquilo, Khalil. Somos hombres del desierto, curtidos por el sol y la dureza del terreno, pero sabemos tratar a una

mujer, aunque sea una occidental de piel pálida —comentó Salih, tiñendo sus palabras de mordacidad.

—Más os vale.

—Cumpliremos tu orden y esta noche la mujer de ojos cristalinos, como tú la llamas, estará en el palacio —le aseguró Salih, sacando su lado guerrero.

—Hacedlo cuando todos estén dormidos. Será más fácil pillarla desprevenida cuando esté sola en la tienda —le indicó.

—Así lo haremos —asintió Salih.

Khalil colgó, se levantó un poco el borde del caftán de color añil y guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón.

—¿Está todo bien? —le preguntó el hombre que le esperaba en una de las mesas, un tipo con rostro bronceado y profusa barba negra. Un importante empresario del petróleo en Egipto con el que estaba intentando hacer negocios.

—Sí. Ha surgido un... imprevisto —contestó Khalil, sentándose de nuevo a la mesa.

—¿Has podido solucionarlo?

—Sí.

—Me alegro.

Mientras cenaban, Khalil no podía quitarse de la cabeza a Nadya. No había atendido su amenaza y lo había desobedecido. ¿Cómo osaba hacerlo? ¿Cómo osaba desafiar al Hijo del Desierto? Nadie se había atrevido a retarlo nunca. Su reputación de hombre duro y recio alejaba a cualquiera que se le pasara por la cabeza hacerlo.

—¿Quiere que la raptemos? —Mahmoud parecía tan sorprendido como Hasani y como el propio Salih cuando había oído las intenciones de Khalil.

—Khalil puede meterse en problemas, es una occidental —
comentó Hasani.

—A Khalil le da igual, solo quiere dar una lección a esa
mujer —dijo Salih.

—Pues lo va a conseguir.

—Va a ser divertido.

CAPÍTULO 9

El desierto Blanco se extendía hasta un horizonte que se dibujaba infinito. A la luz de la creciente luna, las interminables dunas parecían hechas de capas de plata.

Salih iba a lomos de su hermoso caballo pardo en la vanguardia del grupo. Estaba todo perfectamente planeado. Nada podía salir mal.

Levantó el brazo y en silencio hizo una seña a Mahmoud y a Hasani, que respondieron de inmediato a ella. Los tres hombres descendieron la colina sin hacer ruido. La zona de excavación estaba completamente vacía, todos los trabajadores, incluida Nadya, se encontraban descansando en sus tiendas. Se levantaban muy temprano, con la primera luz del alba para empezar a trabajar, y al final del día se iban a dormir temprano, vencidos por el cansancio que implicaban tantas horas de esfuerzo.

Avanzaron entre la oscuridad hasta las tiendas. Ya habían estudiado que la de Nadya era la segunda. Mientras Mahmoud y Hasani vigilaban con ojo avizor el campamento, Salih tomó aire y entró en acción, dispuesto a cumplir la orden de Khalil.

Nadya abrió los ojos despacio. Embebida todavía en la neblina del sueño, advirtió la sombra de dos hombres altos y corpulentos en el exterior de la tienda. Ninguno de ellos era Randolph, de eso estaba segura, porque el ayudante era un hombre de mediana estatura y menudo. El corazón se le aceleró dentro del pecho. Su intuición le dijo, le chilló más bien, que algo iba mal. El miedo le caló hasta los huesos.

Se incorporó sobre el colchón. No quería entrar en pánico, porque le impediría pensar con claridad en caso de estar en peligro, pero oír un murmullo en el exterior en un árabe rasposo la obligó a gritar. Abrió los labios, sin embargo, la voz

se le cortó de pronto cuando una mano grande y callosa le tapó la boca.

—Ya te tenemos —susurró Salih.

Nadya se revolvió en el lecho, tratando de zafarse de la mano que le impedía gritar y pedir auxilio, pero no lo logró. Solo consiguió emitir un ininteligible balbuceo. Entre la sensación de irrealidad que la asaltaba, Salih le amordazó la boca. Nadya manoteó hacia un lado y otro. Sus uñas alcanzaron el rostro de Salih, haciéndole un arañazo en la mejilla. Él apretó los labios para ahogar el intenso escozor que le atravesaba la cara. Le cogió las manos y con el pañuelo que se quitó de la cabeza le ató las muñecas.

—Así no volverás a arañarme —farfulló molesto entre dientes.

Las esperanzas de Nadya se desvanecieron cuando notó la tela ceñir sus manos. Durante unos segundos fue tremendamente consciente de que estaba perdida: no tenía nada que hacer. No podía creerse lo que estaba pasando: la habían secuestrado.

Salih la cogió sin esfuerzo y de un impulso se la echó al hombro. Nadya movió las piernas, pataleando, pero no pudo hacer nada. Salih ya la llevaba fuera de la tienda sin mayores problemas. Una vez en el exterior, entre las sombras de la noche, la arqueóloga vislumbró la cara de Salih, y lo reconoció. Era uno de los hombres que acompañaban al Hijo del Desierto el día que destrozaron la excavación con los cascos de sus caballos.

Entonces lo entendió todo.

Khalil Ab Tabul estaba cumpliendo su amenaza.

«Si no se va, aténgase a las consecuencias. No querrá enfrentarse a mi ira», había aseverado el jeque cuando Nadya le había preguntado qué pasaría si no se iba del desierto Blanco.

Ahí tenía las consecuencias.

¿Dónde la iban a llevar? ¿Qué iba a hacer con ella el Hijo del Desierto? Las posibles respuestas que atravesaban su mente hicieron que su cuerpo temblara. Un fuerte estremecimiento la sacudió de la cabeza a los pies como un latigazo.

Quizá tenía que haberle hecho caso, quizá tenía que haber abandonado la excavación y Egipto y haber regresado a su tranquilo y aburrido Londres. Ahora estaba metida en una situación peligrosa.

«Mantén la calma», se ordenó a sí misma mientras Salih la subía a su caballo.

Mahmoud alzó la mano y señaló con el índice el trazo escarlata que Salih tenía en la mejilla. La herida estaba enrojecida y un fino hilo de sangre se deslizaba por ella.

—Te has dejado alcanzar por sus zarpas... —comentó socarronamente en voz baja.

Salih se limpió la sangre con la manga del caftán negro.

—Al parecer las occidentales tienen las uñas muy afiladas —respondió con ironía.

Mahmoud y Hasani intercambiaron unas risillas. Nadya sonrió para sus adentros. Al menos aquel tipo se acordaría de ella durante unos días.

Salih amonestó a los dos hombres con la mirada entornada. No le hacía ninguna gracia ni era honorable para un guerrero que una mujer le hubiera arañado. No, a menos que fuera en la espalda y que formara parte de la intensa pasión de una buena sesión de sexo.

—Haced lo que hemos hablado —les ordenó en tono serio, cambiando de tema.

Ambos hombres asintieron, ocultando sus bocas y, acatando la orden de Salih, montaron en sus caballos y tomaron direcciones opuestas. Lo que pretendía Salih, como buen guerrero del desierto, era dejar varios rastros de huellas para que no pudieran seguir su pista, aunque, si tenían la

fortuna de su parte, el viento se encargaría de borrar cualquier vestigio de su acción.

Cuando las siluetas de Mahmoud y Hasani desaparecieron, Salih se subió a su montura. Pasó los brazos por los costados de Nadya para que no se cayera y golpeando los flancos del caballo con los talones, salió a galope, internándose de nuevo en el desierto, camino de palacio.

CAPÍTULO 10

Aunque no lo reconocería nunca, Nadya no pudo evitar quedarse boquiabierto ante la imponente construcción que se alzaba a lo lejos. Un edificio de varias plantas con alma de palacio enclavado entre varias montañas que daban forma a las empinadas paredes de un cañón. Nada podía acercarse más a la idea que tenía de un tradicional castillo de Oriente Medio que aquella hermosa construcción.

El resplandor plateado de la luna caía sobre sus piedras blancas, añadiendo belleza a su forma. Desde hacía un rato habían dejado atrás el desierto Blanco y ahora la arena ya no era clara, sino de un vistoso color coral. Allí, la Tierra Roja, nombre que los antiguos egipcios dieron al desierto, tomaba el más hermoso de los protagonismos.

Mientras cabalgaban entre las dunas, Nadya tuvo la sensación de estar inmersa en uno de los mágicos cuentos de *Las mil y una noches*. De repente se sintió verdaderamente abrumada por la belleza del lugar, una belleza rodeada de sensualidad y misterio.

Durante algún tiempo transitaron por un camino que ascendía por la falda de la montaña rocosa y desde el que se divisaba el pueblo y parte del desierto.

Salih tiró de las bridas del caballo y lo detuvo frente al portalón trasero del palacio, donde había apostados dos guardias, uno a cada lado. Se apeó del animal para ayudar a Nadya a bajar, pero ella se negó manteniendo una expresión de orgullo en el rostro. No iba a dejar que la ayudara, y menos con la mirada de esos dos hombres encima.

Como pudo, colocó las piernas en el lado izquierdo y dejó que su cuerpo se deslizara por el flanco del caballo. Y aunque durante un segundo creyó que perdía el equilibrio y que se

daría de bruces, sus pies tocaron finalmente el suelo sin incidentes. Respiró aliviada.

—Es usted un animal, igual que su jefe, ese que le ha mandado hacer el trabajo sucio —escupió Nadya nada más de que Salih le quitara la mordaza de la boca.

Salih ignoró su comentario.

—Camine —fue lo único que dijo.

—¿No me va a desatar las manos? —preguntó Nadya.

—Cuando entremos en palacio —respondió Salih. Nadya bufó—. Camine —volvió a decir.

Nadya echó a andar con una mueca de desaprobación en la boca.

—¿Dónde me lleva? —preguntó a Salih.

—Hay una persona que quiere verla —dijo Salih escuetamente.

Nadya reparó en la mordacidad que flotaba en sus palabras. Aquel hombre disfrutaba con lo que estaba sucediendo.

Reprimió un escalofrío. Ella sabía quién era esa persona que quería verla: Khalil Ab Tabul.

Tras franquear a los guardias, entraron en un gran vestíbulo, dominado por una enorme escalera que se bifurcaba en dos gráciles curvas hasta el primer piso.

Salih la condujo por lo que parecían kilómetros de exóticos pasillos de mármol, con altos ventanales, hermosas alfombras persas y muebles de prodigiosos labrados. Los ojos de Nadya iban de un lado a otro tratando de abarcarlo todo con la mirada. Parecía una niña pequeña en una enorme juguetería.

Su corazón comenzó a retumbar en sus costillas cuando se pararon frente a unas enormes puertas de madera maciza. Sin

molestarse en decir nada ni siquiera en mirarla, Salih empujó las puertas de doble hoja y las abrió.

—Pase —le indicó a Nadya, cediéndole el paso y fingiendo una cortesía que estaba muy lejos de sentir.

Nadya guardó silencio y se limitó a entrar en la sala. Tuvo que hacer un esfuerzo para que nadie notara que estaba nerviosa. Tragó saliva y se irguió, alisándose la camisa. El corazón le latía a un ritmo frenético, amenazándola con salirse por la garganta.

Khalil se encontraba de espaldas, erguido e imponente como un faraón de tiempos ancestrales. Era mucho más alto de lo que parecía montado a lomos del purasangre que estuvo a punto de aplastarla. Le sacaba una cabeza y eso que ella no era una mujer de estatura baja. El caftán negro no podía ocultar su cuerpo atlético; por el contrario, revelaba unos hombros anchos y una cintura estrecha que llevaban a unas piernas largas y musculosas.

Cuando se giró hacia ellos, Nadya se quedó sin aire en los pulmones. Mantenía aquel aire salvaje, peligroso y primario del primer día. Su estatura y la seguridad en sí mismo que emanaba de cada poro de su piel la hizo tragar saliva. Sus labios, carnosos y sensuales, formaban una línea dura mientras iba hacia ella con pasos rotundos y masculinos. Todo en él emanaba poder. Su porte regio, sus rasgos y el brillo arrogante de sus ojos negros. Nadya se obligó a mantenerse firme. No iba a retroceder ni un solo paso, ni a permitir que la intimidara, aunque sus movimientos exhibieran la gracilidad de una pantera a punto de saltar.

Cuando finalmente la alcanzó, alargó los brazos y deshizo el nudo del pañuelo que rodeaba sus muñecas para liberar sus manos. Nadya se mantuvo rígida como una estatua de piedra y contuvo el aliento cuando los dedos largos y bronceados de Khalil le rozaron la piel. Fue un contacto leve, pero experimentó una extraña sensación, una especie de corriente eléctrica.

Estaba tan cerca de ella que pudo sentir el impacto de su magnificencia. Se dio cuenta de que era un hombre misterioso, vibrante, poderoso, sensual y peligroso...

Era imponente.

Khalil le dedicó a Nadya una mirada por debajo de la densa hilera de pestañas negras. Los rasgos de su rostro de piel de porcelana eran fuertes, pese a su aparente fragilidad, y tenía unos labios sorprendentemente rosas y carnosos.

Percibió que estaba nerviosa.

Eso le gustó.

—¿Te has dejado arañar por la señorita, Salih? —le preguntó en tono de broma al reparar en el arañazo que atravesaba su mejilla.

Le devolvió el pañuelo.

—Esta occidental es como una gata —contestó él sin disimular su fastidio mientras cogía su prenda.

La sagaz mirada de Khalil se posó de nuevo en Nadya.

—¿A sí? ¿Es una salvajita? —Su voz parecía contener alguna invitación secreta.

Nadya sintió que las mejillas le ardían.

—No soy una salvajita, solo me estaba defendiendo —respondió.

Salih la miró de reojo con reprobación.

—Os dejo solos —fue lo siguiente que dijo. No tenía ninguna intención de permanecer allí más tiempo.

Nadya escuchó el ruido que hacían las puertas al cerrarse a su espalda.

CAPÍTULO 11

—¿Qué cree que está haciendo? ¿Está loco? ¿Cómo se le ocurre traerme a la fuerza a su palacio? ¡Y en plena noche! ¿Es así como trata a las mujeres? —Las preguntas salían de los labios de Nadya como el torrente de un río desbocado. En ese instante su mirada era directa y sin rastro de temor.

—Respire, que se va a quedar sin aire —dijo Khalil sin alterarse. Su voz era serena y ligeramente irónica.

—Esto es inaceptable, deje que me vaya ahora mismo.

—No va a ir a ninguna parte.

Nadya alzó las cejas.

—¿Y qué...? ¿Y qué va a hacer conmigo? ¿Va a pedir un rescate por mí? —sonó aturdida.

—Señorita... ¿cómo se llama?

—Nadya Rice.

—Señorita Rice, ¿realmente cree que necesito dinero?

Nadya sabía que no, por supuesto que no. Alguien que poseía un palacio de semejante ostentación estaba muy lejos de tener problemas económicos.

—No —dijo en tono obvio—. Entonces, ¿Qué va a hacer? ¿Me va a encerrar en una mazmorra?

Khalil sonrió mientras escrutaba a Nadya con sus ojos hipnotizadores.

—No soy ningún animal.

—Eso es discutible —objetó Nadya con burla.

—Nunca encerraría a una mujer en una mazmorra. Hay un lugar más apropiado donde puede estar.

Nadya tuvo miedo de preguntar, pero tenía que hacerlo, aunque estaba segura de que no le iba a gustar la respuesta.

—¿Y cuál es ese lugar?

—Mi harén —respondió Khalil.

Nadya abrió los ojos de par en par, incrédula. No podía ser cierto lo que estaba escuchando. ¿Ese hombre había dicho harén? ¿Estaba hablando de llevarla a su harén? En su mente aparecieron de inmediato imágenes de mujeres semidesnudas, con sugerentes camisones llenos de encajes y transparencias, ofreciendo sus encantos a Khalil. Sus pensamientos se volvieron un torbellino.

Negó para sí, desconcertada.

El Hijo del Desierto no se atrevería a encerrarla en su harén ni esperaría que hiciese su voluntad.

—¿No estará pensando que forme parte de su harén? —preguntó. Su voz se elevó hasta una nota de incredulidad—. No puede hablar en serio. No esperará que yo me convierta en una de sus concubinas. Yo no soy...

Khalil se inclinó lentamente sobre ella. Su rostro, a solo unos pocos centímetros del de Nadya, se transformó en una máscara de severidad.

—Le di tres días para que se fuera de mis tierras y me desobedeció —dijo. Su voz sonó peligrosamente suave—. Y nadie desobedece a Khalil Ab Tabul.

Sus ojos se entrecerraron formando una expresión amenazadora. Nadya se sintió como un ratoncillo acorralado por un enorme halcón. Durante unos segundos perdió la capacidad de respirar, pero se obligó a permanecer tranquila.

—Pero... —tartamudeó. No le salían las palabras. Era como si careciera de cuerdas vocales.

—Me desafió, señorita Rice, y ahora va a pagar las consecuencias de su desafío.

Nadya retrocedió un paso. Khalil la seguía mirando con infinita frialdad. Parecía cansada y asustada, pero la expresión de su rostro estaba muy lejos de mostrar vestigio alguno de sumisión. Por el contrario, reflejaba rabia, furia, como un animal salvaje acorralado.

En silencio, Nadya maldijo mil veces su ingenuidad. ¿Por qué no se había ido? ¿Por qué había pensado que la amenaza del Hijo del Desierto sería algo banal? Los hombres como él no hablaban en vano.

—No piense ni por un segundo que voy a formar parte de su harén, que voy a ser una de sus concubinas. ¡De ninguna manera! ¿Cómo se atreve siquiera a sugerir algo semejante? Antes prefiero que me piquen las pulgas de cien camellos —dijo.

Nadya necesitaba desesperadamente poner algo de humor al asunto o terminaría perdiendo los nervios y viniéndose abajo. Khalil sacudió la cabeza tratando de no reír, pero las ocurrencias de aquella mujer le divertían. Sin embargo, tenía que mantenerse firme.

—Le aseguro que, si le picaran las pulgas de cien camellos, me imploraría que la llevara a mi harén —dijo.

—Eso nunca.

—Admiro su decisión, señorita Rice, de verdad, pero no puedo perder el tiempo. Es tarde y tengo algunos asuntos que resolver, así que la llevaré a sus aposentos. Vamos.

—¿Qué? —dijo Nadya enarcando las cejas.

—He dicho que vamos, que la llevaré a sus aposentos.

—Usted no es nadie para darme órdenes.

—No debería desobedecerme por segunda vez —le advirtió Khalil con voz grave.

Nadie le hablaba en ese tono. Estaba acostumbrado a que la gente le hiciera reverencias y acatara su voluntad. Pero allí estaba esa mujer, lanzando bufidos al aire, crispada, y desafiándolo.

—Por última vez, señorita Rice, vamos.

La irritación de Nadya creció.

—Por última vez, Khalil Ab Tagul, deje de darme órd...

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando Khalil la cogió por las piernas y, sin ningún esfuerzo, se la cargó al hombro. Nadya profirió un grito de sorpresa.

CAPÍTULO 12

—¡Bájeme! —gritó Nadya—. ¡Como se atreve a cogeme así! ¡Bájeme, animal!

Pero Khalil la ignoró. No tenía intención de dejarla en el suelo. Tenía que bajarle los humos a esa occidental. ¿Cómo se atrevía a desobedecerlo otra vez? ¿Acaso no sabía que era el Hijo del Desierto y que allí se hacía lo que él decía?

Ella seguía con su retahíla mientras le golpeaba la musculosa espalda con los puños cerrados.

—¡Qué me baje! ¡¿Es que no me oye?! ¡Bájeme, desgraciado! ¡No soy un saco de patatas!

—La oigo perfectamente, señorita Rice —dijo Khalil—. Simplemente la ignoro.

Nadya bufó entre dientes. Odiaba profundamente aquella arrogancia. ¿Ese hombre se creía el rey del mundo? La idea de cocerlo en aceite hirviendo de pronto era muy atractiva.

Khalil rio en silencio mientras avanzaba por el ancho pasillo con Nadya. Algunos de los empleados que se encontraba a su paso lo miraban con expresión atónita. ¿Qué hacía el jeque cargando al hombro a una mujer de cabello dorado que no dejaba de proferir abruptos que cualquier persona decente ni siquiera debería conocer?

Salió a un patio encalado, cuyas paredes se tapizaban de verdes hiedras y hermosos rosales. La luz de la luna revelaba al fondo unas puertas marrones enmarcadas en un arco de herradura. Algunos jarrones de distintos tamaños con matas de romero y varios farolillos de hierro forjado con intrincadas cenefas adornaban ambos lados de la entrada.

Al llegar frente a las puertas, Khalil preguntó con sorna a Nadya:

—¿La bajo o está empezando a disfrutar entre mis brazos?

Ella bufó indignada. ¿Es que ese hombre no conocía límites?

—¡Bájeme! —le chilló.

—Sus deseos son órdenes para mí —dijo Khalil, dejándola en el suelo.

Los cristalinos ojos azules de Nadya se clavaron en su cara.

—¿Es usted un animal! —exclamó con furia.

—Eso ya me lo ha dicho —dijo Khalil, mirándola con una sonrisa divertida. Después sacó una llave del bolsillo del caftán, la introdujo en la cerradura y dio un par de vueltas—. Ahora, entre —añadió, empujando las puertas macizas.

—No pienso entrar —replicó Nadya, mirándolo desafiante—. ¿Quién demonios se cree que es?

—He dicho que entre —repitió Khalil.

—Y yo le he dicho que no pienso entrar. No voy a tolerar que me trate así.

Khalil se dijo a sí mismo que tenía ante él a una mujer dura de pelar.

Era valiente, desde luego.

Y también guapa, femenina, y tenía los ojos más bonitos que había visto jamás.

—No me haga perder el tiempo —dijo, mientras veía como sus mejillas se sonrojaban por la ira.

Nadya entrecerró los ojos y lo fulminó con la mirada. Aunque indignada y perpleja, terminó entrando con los labios apretados. ¿Qué otra opción tenía? ¿Podía salir corriendo y escapar? Calculó mentalmente las posibilidades. Aunque le pesara, la respuesta era no. Y tampoco tenía fuerzas para enfrentarse a él. Estaba terriblemente cansada.

Tras cruzar un pasillo silenciosamente, entraron en una habitación amplia con forma rectangular. La belleza que la

rodeaba hizo parpadear de admiración a Nadya. Colores vibrantes eran los absolutos protagonistas en cada uno de los rincones. Miró las paredes, de ellas colgaban exquisitos tapices con trabajados motivos arabescos. Distintas lamparillas distribuidas en varias mesitas bajas iluminaban la estancia con un resplandor ámbar, y para completar la ambientación, algunas velas aromáticas y un cuenco con barillas de incienso creaban un aroma agradable y exótico.

Las puertas de doble hoja situadas al fondo se abrieron y Bastet entró la estancia vestida con una sobria túnica larga de color azul turquesa.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —le dio la bienvenida como siempre a Khalil, al tiempo que inclinaba la cabeza a modo de reverencia.

—Gracias, Bastet —dijo él.

Nadya se quedó perpleja ante aquel protocolario recibimiento. Bastet la miró y, durante unos segundos, la estudió con la mirada. ¿Qué hacía allí una mujer occidental? Aunque el aguijón de la curiosidad la picaba, su discreción y su personalidad cautelosa la impedían preguntar. Tampoco tenía ningún derecho a hacerlo.

—El señor ha venido —anunció.

Se oyeron pasos a la carrera seguidos de un ligero alboroto y de unas risillas. A continuación, entraron en la habitación Berenice y Kama.

—No le esperábamos, señor —tomó la palabra Berenice, cuya expresión se volvió hosca al ver a Nadya.

Nadya, en cambio, las miró con desaprobación. Se consideraba una mujer de mente abierta, no en vano vivía en Londres, pero dar la bienvenida a un hombre vestidas con túnicas con un escote que casi llegaba hasta el suelo, no le parecía lo más apropiado.

—¿Quiere que despierte al resto de las concubinas, señor? —preguntó Bastet a Khalil.

—No es necesario —respondió él.

—Como quiera.

Nadya se preguntó atónita cuántas concubinas poseía Khalil. ¿Es que no tenía medida? ¿O es que su apetito sexual era insaciable? Fuera como fuere, disponer de cuantas mujeres le apeteciera le parecía una actitud prehistórica y egoísta.

—Ella es Nadya Rice —la presentó Khalil.

—Bienvenida. —Bastet fue la primera en hablar.

—Bienvenida —dijo Kama, acompañando su palabra con una sonrisa.

Bastet miró a Berenice significativamente.

—Bienvenida —dijo finalmente ella.

—¿No va a darles las gracias por la bienvenida, señorita Rice? —preguntó Khalil a Nadya.

—No, porque no me voy a quedar aquí —dijo enfadada—. Si esta es la idea que tiene de una broma, es pesada, pero la acepto. Ha sido gracioso, jajaja —lanzó unas carcajadas fingidas al aire—, pero la broma ya se ha terminado.

—Creo que ya habían quedado claras las cosas. No es ninguna broma —repuso Khalil con voz seria.

CAPÍTULO 13

Nadya frunció el ceño. El mentón le tembló de indignación.

—Yo no voy a ser una de sus putas ni me voy a quedar con ellas —dijo con desprecio hacia las tres mujeres que estaban en la estancia.

Berenice, Kama e incluso la propia Bastet, abrieron los ojos como platos. ¿Cómo osaba enfrentarse al jeque? Aquella mujer tenía el espíritu del diablo.

Khalil la miró con ojos implacables, furioso y dolido por aquel comentario.

—Estas mujeres no son unas putas, son tan honorables como usted. No se le ocurra volver a insultarlas —dijo con voz dura.

Nadya levantó ligeramente la barbilla en un gesto de orgullo.

—¿O si no qué? —se adelantó a decir—. ¿Qué va a hacer?

Khalil apretó la mandíbula con fuerza. Nadya casi pudo oír como le rechinaban los dientes.

—Si vuelve a insultarlas, no dejaré que se vaya sin un castigo —dijo, pronunciando las palabras lentamente, para que calaran en el cerebro de Nadya.

Ella intentó tragar saliva, pero tenía la boca seca.

—Discúlpate con ellas —le ordenó después. Dejando a un lado el tratamiento de «usted». El juego y el respeto habían terminado.

—¡Estoy harta de que me des órdenes! ¡No tienes ningún derecho sobre mí! —gritó Nadya, dejando también el tratamiento de respeto a un lado. Los nervios le hicieron

perder el control—. No voy a disculparme, no voy a pedirles perdón, y no voy a hacerlo porque yo sí creo que son unas putas. Solo hay que ver el modo en el que te reciben. ¡No! No me voy a quedar en este... burdel —pronunció la palabra con una mueca de asco en los labios.

La ira destellaba en los ojos negros de Khalil. Aquello ya era demasiado. Había traspasado todos los límites. No podía dejar que insultara y menospreciara a sus concubinas ni a ninguna mujer de esa forma tan vil. Nadya Rice iba a recibir una lección de verdad, una lección que no olvidaría jamás.

—Discúlpate con ellas —insistió otra vez, haciendo acopio del último vestigio de paciencia que le quedaba.

—No —negó Nadya, testaruda como una mula.

La situación se había vuelto una batalla de voluntades.

Khalil dio una enorme zancada hacia ella con mirada hosca. Nadya retrocedió un paso, asustada por la aterradora frialdad que revelaban sus ojos negros y por la tensión de las mandíbulas, pero no consiguió alejarse lo suficiente para evitar que él la cogiera. Ahogó una exclamación cuando los dedos de Khalil se cerraron alrededor de su brazo.

—Vamos —le ordenó, arrastrándola con él.

—¿Dónde me llevas? —preguntó Nadya.

—Ahora lo verás —respondió Khalil. En sus ojos oscuros brillaba una amenaza real.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Nadya. ¿Y si la castigaba? Durante unas décimas de segundo la imagen atravesó su mente: colgada de una de las vigas de los establos y Khalil golpeándole sin misericordia la espalda con un látigo.

Tragó saliva. Una mueca de horror cruzó su rostro.

¿Y si la violaba?, pensó. Había colmado su paciencia y había provocado que se enfadara, y para demostrarle quién mandaba iba a... ¡Oh, Dios! Por eso la estaba llevando a rastras. Además, ahora era su concubina, por eso estaba allí, por eso estaba en su harén.

«Dios mío», se dijo con aprensión.

—Khalil, por favor... —La voz salió suplicante de sus labios trémulos, pero él no se detuvo ni redujo la velocidad. Continuaba avanzando a zancadas.

La condujo por un largo pasillo sin soltarle el brazo, hasta que alargó la mano, agarró un pomo y abrió una puerta. Empujó a Nadya dentro de la habitación y entró detrás de ella.

—Esta va a ser tu habitación a partir de ahora —dijo en tono severo, soltándole por fin el brazo—. Aquí vas a reflexionar sobre lo que acaba de pasar y a aprender a respetar las costumbres y la gente del país en el que te encuentras.

Y sin darle lugar a réplica, se giró con un movimiento brusco y salió de la habitación cerrando la puerta con llave.

Nadya respiró ciertamente aliviada al comprobar que Khalil no iba a violarla ni tampoco a atarla a una viga y a azotarla con un látigo. Se acarició los brazos y respiró hondo. Tenía que dejar de temblar.

Miró a su alrededor, tomando percepción de donde estaba. La habitación era una estancia pequeña y austera. Solo poseía una cama, una mesilla, una silla y una lamparilla que esparcía una tenue luz blanca. No había cojines brillantes, ni tapices finamente bordados, ni aroma a incienso... No exhibía remotamente nada del lujo y de la belleza del resto del palacio.

Suspiró con resignación.

Se dejó caer en la cama, y se abrazó a sí misma mientras se acurrucaba en una posición fetal.

Mil pensamientos bulleron en su cabeza. Por primera vez desde que los hombres de Khalil la habían raptado fue consciente de la terrible situación en la que se encontraba. Se había convertido en la concubina de un jeque, por muy descabellado que sonara y que fuera.

¿Qué iba a hacer?

«No me creo que esto me esté pasando a mí», se dijo.

Decidió no perder los nervios. La situación no era muy halagüeña, pero tenía que mantener la cabeza lo suficientemente fría para pensar algo. Escaparía de allí. Sí, en cuanto tuviera la más mínima oportunidad, huiría.

Con aquel pensamiento en la cabeza dejó que sus músculos tensos se relajasen; el agotamiento hizo presa de ella.

CAPÍTULO 14

Nadya no recordaba en qué momento se había quedado dormida. Pero de pronto el sonido de la llave girando en la cerradura la despertó. Abrió los ojos y se incorporó en la cama de un salto. La luz pálida del amanecer se filtraba por la celosía de la pequeña ventana. Había pensado que sería Khalil, pero la puerta se abrió y entraron Kama y Neith, otra de sus concubinas. Una chica de unos veinte años aproximadamente, con grandes ojos endrinos, tez morena y pómulos altos. Ambas inclinaron ligeramente la cabeza en señal de respeto.

¿Por qué le hacían aquella reverencia después de los insultos que había proferido hacia ellas? De pronto se sintió avergonzada.

Neith portaba una bandeja con algunos cuencos, una jarra con leche y un vaso. Se acercó a la mesilla y la dejó sobre la superficie de madera.

—Aquí tienes tu desayuno —anunció.

—No tengo hambre —dijo Nadya en tono amable.

Aquellas mujeres no tenían la culpa de que estuviera allí. No serviría de nada cargar su rabia contra ellas. El único culpable de su situación era Khalil Ab Tagul, y también ella, pensó con resignación, por no haber recogido el campamento y haberse ido del desierto Blanco.

—Tienes que comer, a nuestro señor no le gustan las mujeres flacas, le gustan más las mujeres con curvas, exuberantes... —comentó Kama con buen humor.

Tenía en el brazo una preciosa túnica de color verde. Nadya presumió que era para ella.

—Él no es mi señor —dijo.

Kama ladeó la cabeza. Su larguísima melena ébano le caía en cascada hasta la cintura.

—Pero es un gran honor para ti que el señor te haya escogido para ser una de sus concubinas —repuso.

—¿Honor? —Nadya bufó—. Para mí no es ningún honor. En el país del que vengo las mujeres podemos elegir voluntariamente al hombre con el que queremos acostarnos.

—El señor se va a sentir muy molesto por su actitud —intervino Neith.

—Yo también estoy muy molesta por la suya —espetó Nadya—. Me ha traído aquí por la fuerza. Pero no voy a permanecer un minuto más en este lugar...

Se levantó y fue hasta la puerta. Aferró el pomo con las dos manos y tiró, tratando de abrirla, pero estaba firmemente cerrada con llave. Su rostro reflejó una expresión de frustración.

—Abrid —les ordenó.

Volvió a tirar del pomo con fuerza.

—La orden del señor es que se quede aquí —aseveró Neith, antes de internarse en el cuarto de baño que poseía la pequeña habitación y girar el grifo de la bañera para que empezara a llenarse.

—¿Que me quede aquí? ¿Hasta cuándo? —Nadya se sentía indignada. ¿Cómo podía manejar aquel hombre su vida de esa manera?

—Las órdenes del señor no deben discutirse —dijo Kama en tono ingenuo.

—Te repito que él no es mi señor —afirmó Nadya, molesta por la insistencia de aquella mujer de hablar de Khalil como si fuera su amo.

—¿Por qué lo deshonras así? Nunca nadie ha osado a hablar de ese modo al señor o se ha atrevido a desafiarlo, y mucho menos una mujer. Le debemos respeto —dijo Kama.

—¿Y él? ¿No nos debe respeto a nosotras? —inquirió Nadya.

—Claro que sí, y nos respeta profundamente.

Nadya soltó una carcajada.

—Menuda forma de respetarnos —comentó con mordacidad.

—Eres muy injusta con el señor —dijo Kama—. Por eso estás en esta habitación, sino te alojarías en una de las lujosas suites del harén.

Neith volvió a la estancia.

—Si es tan amable de pasar al baño —dijo.

Nadya miró a la chica durante unos segundos. Seguro que Khalil les había ordenado que le prepararan un baño. Solo por eso acariciaba tentadoramente la posibilidad de negarse. Pero tenía calor, estaba sudorosa, y se sentía cansada y pegajosa, y la idea de un baño relajante le resultaba una idea muy atractiva. Además, el sutil aroma a flor de naranjo que emergía del cuarto de baño y que se había instalado en el aire invitaba a dejarse llevar; a olvidarse durante un rato de todo lo que estaba sucediendo.

En silencio, se limitó a asentir con la cabeza y fue hasta el cuarto de baño. La fragancia de flor de naranjo se intensificó cuando entró.

Para sorpresa de Nadya, Neith y Kama la ayudaron a desvestirse.

—Puedo hacerlo sola —dijo, algo intimidada por la situación. No estaba acostumbrada a recibir tantas atenciones.

—Lo sabemos, pero para nosotras es un placer ayudarla —repuso Neith con la voz serena y sensata que la caracterizaba mientras le quitaba la camiseta de lino blanca que llevaba puesta.

Desnuda, Nadya se agarró al borde de la humilde bañera y se sumergió en ella. Cuando sus músculos tensos entraron en

contacto con el agua tibia empezaron a relajarse.

—Está perfecto. Gracias —dijo a Neith y a Kama.

—Me alegro de que sea de tu agrado —dijo Neith.

Nadya tomó un frasco de cristal de la repisa. En su interior había un líquido rosa. Desenroscó el tapón, lo abrió y vertió un chorro en la mano. Lo frotó un poco y cuando hizo espuma se enjabonó el cuerpo.

Durante unos segundos cerró los ojos y se abandonó a la paz del momento.

Un largo rato después salió de la bañera. Kama la esperaba con una toalla en las manos. Cuando Nadya se secó completamente, se puso la túnica que Kama llevaba en el brazo cuando había entrado en la habitación.

CAPÍTULO 15

Salih se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en la mesa del despacho de Khalil.

—¿Por qué la has traído a palacio? ¿A tu harén? —preguntó a Khalil.

—Porque quiero darle una lección —respondió él con firmeza.

—Te va a dar problemas, Khalil. Ya te los está dando. Es occidental, no entiende nuestra cultura, nuestras costumbres... No entiende nada de nuestras tradiciones —dijo Salih.

—Pues va a tener que aprenderlas y acatarlas —sentenció él. Alzó la mirada y la fijó en Salih—. No deja de retarme, de lanzarme desafíos. Lo hizo el día que estuvimos en la excavación. —Acercó el rostro a su amigo—: le di tres días para que se fuera, e ignoró mi advertencia, y sigue provocándome ahora. —Golpeó la superficie de la mesa con el dedo índice.

—¿Y es eso lo que te excita de ella? —planteó Salih.

Khalil se enderezó como si hubiera recibido un calambre.

—¿Qué tratas de decir, Salih?

—No puedes negar que esa mujer te es indiferente.

—Claro que sí lo puedo negar.

—No te engañes, hay algo en esa occidental que te gusta.

Khalil reflexionó sobre las palabras de Salih. ¿Qué le pasaba en el fondo con Nadya? Como afirmaba su amigo, ¿le atraía su rebeldía? ¿El modo en que lo desafiaba constantemente? No lo sabía, pero había algo en ella que le incitaba a poner a prueba sus límites. Era muy diferente a sus

concubinas, que lo complacían con total sumisión, casi con devoción. En cambio, Nadya estaba muy lejos de someterse a su voluntad. Y, aunque no debería estar pensando en ello, aunque debería arrojar aquella idea de su cabeza, no podía dejar de imaginársela en su harén.

Todos esos pensamientos lo inquietaron.

Ante su silencio, Salih volvió a tomar la palabra. Él lo tenía más claro que el propio Khalil.

—Creo que su espíritu rebelde ha despertado tu... interés.

—No, Salih, no. Solo pretendo darle una lección —se apresuró a contradecir Khalil, que se negaba a albergar en su cabeza la posibilidad que planteaba su amigo.

—Ha llamado tu atención desde que se puso delante de Sombra, tu caballo, jugándose la vida —siguió hablando Salih—. Tú mismo lo has dicho: le diste un plazo de tres días para que abandonara el desierto Blanco y no lo hizo. Eso te ha encendido la sangre. Si hubiera sido un hombre...

—Si hubiera sido un hombre le hubiera dado otra clase de escarmiento —le cortó Khalil.

—Sí, pero a ella la has traído aquí, a tu palacio, y la has llevado a tu harén, ignorando los problemas que esa acción te puede ocasionar. No se te puede olvidar que es occidental.

—No se me olvida que es occidental; me lo recuerdan sus ojos azules, su pelo dorado y su piel blanca —dijo Khalil con una expresión tensa en el rostro—. Pero tiene algo distinto... —dejó en el aire.

—¿Algo distinto? —preguntó Salih, desconcertado por aquella afirmación.

Khalil se giró y caminó hasta las altas ventanas que poseía el despacho, desde donde contempló los enormes jardines que se desplegaban a sus pies. Varios jardineros acicalaban la vasta alfombra de césped.

—Sí —afirmó—. Hay algo en sus rasgos... No sé explicarlo... Algo familiar, como si no fuera ajena a nuestra

cultura.

Al principio, Salih pensó que aquella impresión era solo fruto de la imaginación de Khalil. Sin embargo, analizándolo detenidamente, quizá tuviera razón y no fuera solo una percepción subjetiva, como él creía.

—Sus ojos son claros, pero también almendrados. —Khalil comenzó a dar argumento a su percepción mientras Salih seguía inmerso en sus propias cábalas—. Sus labios carnosos, y sus facciones, lejos de ser suaves, son rotundas y marcadas, con una fuerza tan poderosa como las de nuestras reinas. Su mirada guarda un secreto, Salih —concluyó.

—De todas formas, tienes que ser cauteloso —le aconsejó él.

—Lo sé, Nadya es tan peligrosa como una serpiente de cascabel, pero es tan orgullosa, Salih, tan... insolente. A veces me mira como si fuera un insecto indeseable. —Khalil pronunciaba las palabras con sublime vehemencia—. Aunque está bajo mi poder, me provoca y me desafía. Tengo la sensación de que no puedo ganarla, y eso es algo que tengo que cambiar.

Salih dirigió una mirada ceñuda a Khalil. ¿Qué le pasaba a su amigo? ¿Por qué hablaba de ese modo? ¿No se daba cuenta de que aquella mujer era un objetivo inalcanzable para él? Había un millar de cosas que los separaban, la esencial, la diferencia cultural que existía entre sus mundos.

—Khalil, nunca vas a poder someterla a tu voluntad; nunca vas a poder convertirla en tu concubina.

Khalil dio media vuelta y encaró de nuevo a su amigo. Su mirada se volvió impenetrable.

—Eso habrá que verlo —sentenció, y sus ojos se ensombrecieron.

CAPÍTULO 16

Después del relajante y aromatizado baño, Neith y Kama se marcharon y Nadya se quedó de nuevo sola en la habitación. Khalil había dado órdenes de que no saliera de allí.

Apenas tomó algo del desayuno, excepto por un par de dátiles que cogió de uno de los cuencos. Los nervios le tenían cerrado el estómago.

El tiempo, sin tener nada que hacer, pasaba desesperadamente lento entre aquellas cuatro paredes. Por fortuna, curioseando —aunque había poco que curiosear en aquella pequeña habitación—, encontró un libro en el cajón superior de la mesilla. Era una novela de un renombrado escritor egipcio, que devoró con avidez las siguientes horas.

Neith le llevó la comida, aunque no la tocó y al llegar la noche, fue Kama la encargada de llevarle la cena, aunque tampoco comió nada.

Bastet miró la bandeja cuando Kama la llevó a la cocina.

—¿No ha cenado? —preguntó.

—No, y tampoco ha comido —dijo Kama—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no se siente honrada de que el señor la haya elegido como una de sus concubinas? —Kama parecía desconcertada.

Ella llevaba dos años sirviendo lealmente al jeque y no dudaba de que era lo mejor que le había pasado en la vida. Que Khalil la hubiera elegido como una de sus concubinas era todo un honor, tanto para ella como para su familia.

—Porque su cultura es distinta a la nuestra —contestó Bastet en tono sereno—. Ella no entiende que una mujer se sienta orgullosa de que el jeque la escoja como una de sus concubinas.

Kama se encogió de hombros.

—Debemos informar al señor de que no ha comido nada en todo el día —dijo Bastet.

—¿Quieres que vaya yo? —se ofreció Kama con su habitual carácter servicial.

—No, mejor se lo digo yo —dijo Bastet.

Bastet cruzó el patio que separaba el harén del resto del palacio y subió a la primera planta por la escalinata del vestíbulo que el edificio tenía en la parte trasera. Enfiló el largo pasillo que terminaba en el despacho de Khalil y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo él.

Bastet entró e inclinó la cabeza.

—Buenas noches, señor —lo saludó.

Khalil estaba sentado detrás de una mesa repleta de papeles, examinando un documento.

—Buenas noches —dijo, dejando el documento sobre la mesa—. ¿Ocurre algo? —preguntó de inmediato, pues no era común que Bastet o las concubinas anduvieran por el palacio. Algo le dijo en su interior que se trataba de Nadya—. ¿Es Nadya?

Bastet asintió con la cabeza.

—Apenas ha comido nada en todo el día —le informó.

—¿Nada?

—No, los platos vuelven intactos en la bandeja.

Khalil chasqueó la lengua.

Bastet lo miró. El rostro del jeque mostraba una incipiente preocupación.

—Señor, sé que no debo inmiscuirme, que no me corresponde y no pretendo ofenderle, pero ¿me permite que le dé un consejo? —musitó.

Khalil afirmó en silencio con un suave ademán de la cabeza.

—No creo que encerrarla en una habitación sea lo más adecuado. —Bastet escogió las palabras con tacto. Sabía cuál era su lugar y no era la de consejera del jeque—. Esa mujer es impulsiva y testaruda, no va a ceder por muchos días que la tenga encerrada.

Khalil inspiró profundamente.

Bastet tenía razón. Él mejor que nadie sabía cómo era Nadya. Era extraordinariamente impulsiva, testaruda, y rebelde...

—¿Qué puedo hacer? —preguntó a Bastet transcurridos unos segundos.

La mujer se sorprendió de que el jeque pidiera su opinión. Nunca lo había hecho, ni siquiera en temas relacionados con las concubinas.

—Deje que salga, que se relacione con el resto de las chicas.

—¿Crees que es buena idea? Ya viste el menosprecio con el que os trató. Incluso os insultó.

—Se dejó llevar por su impulsividad. Su cultura no tiene nada que ver con la nuestra. Ella no entiende nuestro mundo.

Khalil se reclinó en el asiento.

«Ni en un millón de años lo entendería», se dijo.

Pero ¿realmente estaba pensando en convertir a aquella occidental en una de sus concubinas? ¿De disfrutar de su cuerpo en noches de interminable pasión? ¿De hacerla suya?

No, claro que no.

¿O sí?

Negó para él mismo.

No, solo quería darle una lección: él era quien mandaba; las cosas allí se hacían como él decía. Esas tierras eran suyas; el desierto Blanco era suyo; él era el Hijo del Desierto. Eso es lo que tenía que aprender Nadya.

—Mañana puede salir de la habitación —ordenó.

—Se hará como diga, señor —dijo Bastet.

—Si tenéis algún problema con ella, infórmame de inmediato.

—Claro, señor.

Bastet inclinó la cabeza y salió del despacho de Khalil.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente, Nadya se despertó con el primer rayo de sol que se coló indiscreto por la ventana. Al abrir los ojos, se encontró con el techo de la pequeña habitación. ¿Hasta cuándo la tendría Khalil encerrada allí? ¿Aislada? ¿Podría escaparse en algún momento? Había estado evitando pensar en ello, pero, si la había llevado a su harén con la intención de convertirla en su concubina, ¿cuándo le exigiría sus deberes como tal? ¿Cuándo la sometería a sus deseos?

La angustia corrió a lo largo de sus nervios. Se estremeció.

—Oh, Dios... —musitó.

La cerradura crujió cuando la llave dio dos vueltas. La puerta de madera se abrió. En el umbral aparecieron Kama y Berenice. Nadya se sentó en la cama, algo somnolienta aún, y se frotó los ojos con los dedos para desperezarse.

—Buenos días —dijo Kama con su habitual buen humor, acompañando el saludo con una inclinación de cabeza, como era su costumbre.

—Buenos días —dijo Nadya.

Berenice no habló y mucho menos hizo la protocolaria reverencia, únicamente se limitó a entrar en la habitación y a colgar en una percha la túnica de color fucsia con ribetes negros que llevaba perfectamente doblada en las manos.

Kama miró a Nadya con complicidad.

—El señor te permite salir de la habitación —dijo.

Los ojos de Nadya se iluminaron con un destello. Por fin iba a abandonar esas cuatro paredes.

—¿De verdad?

Kama asintió varias veces.

—Sí.

—Oh, Dios, ¡qué bien! —exclamó.

Mientras Nadya y Kama hablaban, Berenice se dirigió al cuarto de baño envuelta en el mismo silencio con el que había entrado en la habitación. Incapaz de esconder sus sentimientos, no podía negar que detestaba a aquella mujer occidental. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué el jeque se tomaba tantas molestias por ella? ¿Por qué la tenía en su harén si no deseaba ser su concubina?

Era la primera vez que ocurría algo parecido. Nunca una mujer elegida por el jeque había renegado de ser su concubina. ¿Por qué iba a renegar si suponía un orgullo para ellas, incluso para sus familias? Y el modo en que le había hablado... ¿Cómo se atrevía a tratarlo así? Nadie se dirigía de esa forma al señor. Ni a ellas; las había insultado y menospreciado.

—Ya tienes el baño listo —anunció ásperamente al salir del cuarto de baño.

—Gracias —dijo Nadya.

Pero Berenice apenas alcanzó a oírlo, pues salía ya por la puerta de la habitación.

Nadya frunció los labios mientras la veía desaparecer. A Kama no le pasó desapercibida su mueca.

—Discúlpala —se adelantó a decir—. Berenice nunca recibe bien a las nuevas concubinas. Ella ama a nuestro señor de una forma posesiva y celosa. Pero se le pasará —concluyó.

—Kama...

—Dime.

—Siento mucho haberte insultado y haberte llamado puta —dijo Nadya con una leve sonrisa de disculpa—. No quería ofenderte. Ni a ti ni a Berenice ni a Bastet. Estaba muy nerviosa y perdí el control. Lo siento. —Hablaban apesadumbrada.

Kama movió la mano ligeramente, restándole importancia.

—No te preocupes, todas estamos nerviosas cuando venimos al harén —repuso.

—Gracias —dijo Nadya.

Kama sonrió tiernamente.

—Será mejor que te bañes antes de que el agua se enfríe —dijo.

—¿Te hace ilusión poder salir de la habitación? —le preguntó Kama a Nadya mientras le enjabonaba cuidadosamente el cabello.

—Sí, este encierro me está matando —respondió Nadya.

—El harén es muy bonito. Tiene muchas fuentes y unos jardines enormes en la parte trasera que son preciosos. Te van a encantar.

Nadya exhaló una bocanada de aire.

—Seguro —musitó.

¿Debería estar contenta por permanecer encerrada en aquel lugar? ¿Por qué Kama suponía que tenía que estarlo? Ella parecía tan feliz.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años —respondió Kama.

—¿Eres feliz?

—Sí —afirmó Kama como algo obvio.

Cogió una jarra y vertió el agua de su interior sobre la cabeza de Nadya.

—¿Por qué? —planteó Nadya.

—¿Por qué soy feliz? —Kama parecía sorprendida ante aquella pregunta.

—Sí.

Kama se encogió de hombros.

—Me gusta servir al jeque. Es un hombre bueno.

—Es un hombre que os tiene aquí encerradas, como prisioneras —objetó Nadya.

—No somos prisioneras del señor. Él no nos obliga a estar aquí.

Nadya giró la cabeza hacia Kama. Sus cejas rubias se curvaron en un gesto de asombro.

—¿Os podéis marchar? —preguntó.

—Sí, cuando deseemos.

—Y entonces, ¿por qué no te vas? —insistió Nadya. No terminaba de entender a Kama.

—Ya te lo he dicho, soy feliz aquí. El señor nos trata muy bien, nos ofrece protección, ayuda... Nos trata como a reinas, y nos concede todos los caprichos.

—Pero, a cambio tenéis que...

Kama soltó una risilla pícaro al tiempo que esparcía por la melena de Nadya un aceite especial que olía deliciosamente a lavanda.

—Sí, compartimos su cama, pero ¿crees que lo hacemos obligadas? —le cortó con suavidad. Miró condescendentemente a Nadya—. ¿Lo has visto bien? —lanzó al aire con admiración en la voz—. Khalil es hermoso, y tiene un cuerpo... Además, es un magnífico amante; es muy complaciente y muy generoso —continuó diciendo beldades sobre Khalil—. Puede estar toda la noche dando placer a quien elija para compartir su lecho. No es como otros hombres, que

solo piensan en ellos mismos y en satisfacer su propio deseo, sin tener en cuenta a la mujer con la que comparten la cama.

Nadya notó que un calor llenaba sus mejillas de rubor. Afortunadamente, Kama no podía ver su rostro. La concubina se acercó al oído de Nadya.

—Y... está muy bien dotado. Ya sabes... —sonrió entre cómplice y traviesa. Nadya carraspeó. El calor de sus mejillas aumentó—. Pero ya tendrás oportunidad de comprobarlo por ti misma —rio.

Nadya se descubrió imaginándose con Khalil. ¿Cómo sería acostarse con él?, se preguntó. Su mente jugueteó con la idea de sus enormes manos acariciando su cuerpo.

Sacudió la cabeza. No debería de estar pensando en esas cosas. Debería odiarlo. La tenía allí retenida en contra de su voluntad.

CAPÍTULO 18

Kama tenía razón. Los jardines del harén eran preciosos, como sacados de un cuento de fantasía. Senderos de tierra se abrían paso de forma zigzagueante a través de los setos y de los frondosos árboles, de bancos de piedra, de estatuas y de la dilatada manta de césped y flores de todos los colores que cubría el suelo. Fuentes con agua cristalina salpicaban la superficie y emitían un sonido relajante e hipnotizador.

Era un lugar mágico.

Nadya profirió una exclamación de sorpresa cuando vio a lo lejos una delicada cascada cuyas aguas descendían entre las rocas hasta el fondo de un pequeño arroyo. Varias ocas caminaban libremente alrededor. Abrió mucho los ojos al contemplar a un par de pavos reales con la cola extendida en un vistoso abanico.

—¿Te gusta? —le preguntó Kama.

—Es un sitio precioso, parece salido de un cuento —comentó Nadya con ojos embelesados.

—Me alegro de que te guste. Te dije que te encantaría —dijo Kama.

—¿Qué ve el señor en ella? —preguntó Berenice a Bastet mientras observaba a Nadya con los ojos entornados.

Bastet levantó la vista de la palmera de la que estaba cogiendo unos dátiles.

—Eso no es asunto tuyo —le contestó a Berenice en tono de amonestación—. Las razones por las que el señor quiere

tenerla de concubina no te incumben —dicho esto, volvió su atención a la tarea que estaba haciendo.

Berenice puso los ojos en blanco. Una mueca de fastidio se dibujó en sus gruesos labios. Ella seguía sin entender qué veía Khalil en aquella occidental. No tenía nada que ver con las mujeres que lo excitaban. Era delgada, pálida y no daba aspecto de ser muy fogosa en la cama, más bien tenía pinta de ser aburrida.

Bastet alzó la vista de nuevo. Berenice seguía mirando a Nadya.

—Ve a la cocina, seguro que hay cosas que hacer allí —le ordenó.

Berenice se giró, miró unos segundos a Bastet, y de mala gana abandonó el jardín.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Kama a Bastet cuando ella y Nadya llegaron hasta donde se encontraba.

—Sí, por favor.

—¿Nos ayudas, Nadya? —dijo después.

—Sí, claro —respondió ella.

Se acercó a la palmera y empezó a arrancar sus frutos.

—¿Por qué has venido a Egipto? —le preguntó Bastet, sin dejar de coger dátiles.

—Soy la encargada de una excavación que estábamos haciendo en el desierto Blanco.

Kama y Bastet intercambiaron una mirada.

—Al señor no le gusta que excaven nuestras tierras —comentó.

—Ya me he dado cuenta —murmuró Nadya.

—Los occidentales siempre invaden el desierto para profanarlo —comenzó Bastet—. No dejan de levantarlo con sus palas y sus picos. Un día y otro. Un mes y otro.

Los ojos de Nadya adquirieron una expresión pensativa. Dicho de esa forma sonaba realmente invasivo. ¿Era así cómo se sentían? ¿Como si les estuvieran invadiendo? En cierta manera era así; el mundo les invadía y profanaba sus tierras para desenterrar un pasado que ni siquiera les pertenecía.

De pronto se sintió mal consigo misma. Aunque Khalil no tenía ningún derecho a raptarla y mucho menos a llevarla a su harén como si fuera una de sus concubinas, puesto que no tenía nada que ver con su cultura, quizá no le faltaba razón cuando la había echado a ella y al resto de los trabajadores del desierto Blanco. Eran sus tierras, eso no podía discutirlo nadie, y ellos, los occidentales, como les llamaban, estaban invadiendo sus tierras.

Frunció el ceño. Estaba confusa.

—¿Aprendiste árabe para venir a Egipto? —preguntó Kama.

Nadya volvió a la realidad.

—No, me lo enseñó mi madre cuando era pequeña —contestó.

Nadya captó un movimiento por el rabillo del ojo. Giró el rostro. En su campo de visión apareció una niña de no más de doce o trece años. Era morena, delgada, con una larguísima melena negra que le llegaba por la cintura. La niña la miró con cautela.

Nadya no podía creérselo. Una náusea escaló por su garganta. ¿Cómo podía Khalil tener de concubina a una niña? ¿Hasta dónde llegaba su depravación?, se preguntó horrorizada.

Era repugnante.

—Ella es Hanan —dijo Kama, al ver el movimiento de la mirada de Nadya.

—¡Khalil es un degenerado! —exclamó ella de repente.

Los rostros de Kama y de Bastet se llenaron de desconcierto.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Kama.

Nadya se giró hacia ella con los ojos encendidos por la ira.

—¿Cómo puede tener a una niña de concubina?! ¿Está loco?! ¿Qué clase de hombre es?! —dijo, indignada.

—¿Hanan? Hanan no es concubina del señor —le aclaró Bastet, interviniendo en la conversación.

Nadya se quedó descolocada.

—¿No?

—No. Está aquí como protegida de Khalil. Salvó a Hanan de un matrimonio impuesto por su familia —le explicó Bastet.

CAPÍTULO 19

Nadya la miró con desconcierto.

—¿De un matrimonio? —repitió.

—Sí, los padres de Hanan la obligaron a casarse con Yassir, el jeque de una de las tribus de Egipto, de 53 años —matizó Kama.

Nadya se llevó las manos al pecho, horrorizada. Había oído hablar de los matrimonios infantiles que se daban en ciertos países de África, Latinoamérica o el Sudeste asiático, y en alguna ocasión había invertido unos minutos en leer algún artículo sobre ello. Su mente empezó a recabar datos sobre aquel mal mundial. Cada año, 15 millones de niñas eran casadas contra su voluntad. Aquello se traducía en una privación individual de la libertad, abandono escolar y un permanente confinamiento en casa, de la que no salían a menos que fueran acompañadas de su marido, que, por norma general, eran hombres mucho más mayores que ellas. En su cabeza no entraba ninguna razón que hiciera que unos padres obligaran a sus hijas a casarse cuando todavía eran unas niñas.

—Pero ¿por qué casarla tan pronto? —preguntó—. Hanan solo es una niña.

—La pobreza y las tradiciones empujan a muchos padres a casar a sus hijas cuando todavía son unas niñas. Es una boca menos que alimentar —respondió Bastet.

—Las venden... —susurró Nadya.

—Sí —confirmó Kama.

—Durante los meses que estuvo casada, Hanan fue maltratada por su marido, por la familia de su marido, y convertida en esclava —dijo Bastet.

—Dios mío, es terrible —dijo Nadya.

Sintió que se le encogía el corazón, como si alguien se lo estuviera apretando con una mano gélida. Miró a Hanan. Tenía un rostro muy inocente. Una inmensa pena la invadió. Se sentó en un banco de piedra que había al lado de la palmera datilera.

—Desde que Khalil la rescató no habla —explicó Kama.

—Hanan, ven —dijo Bastet.

La niña caminó hacia ellas. Bastet extendió el brazo y le ofreció un dátil. Hanan lo cogió con su pequeña mano y sonrió.

—Hola, Hanan —la saludó Nadya en árabe con voz suave.

La niña no dijo nada, pero, mientras masticaba el dátil que le había dado Bastet, miraba su pelo como si fuera una hermosa joya. Durante un rato observó a Nadya con ojos reticentes, estudiando si podía confiar en ella o no. En silencio, alargó la mano y le tocó un mechón rubio.

—Le gusta tu pelo —comentó Kama—. No estamos acostumbradas a ver mujeres con el cabello tan dorado como el sol, ¿verdad? —bromeó.

—¿Te gusta? —le preguntó Nadya, ofreciéndole una sonrisa amable mientras dejaba que le acariciara el pelo.

Hanan mantuvo silencio, pero sonrió tímidamente.

—A mí me gusta mucho el tuyo y tus ojos —dijo Nadya, tratando de ganarse su confianza. Advirtió que su rostro infantil estaba surcado por algunas cicatrices —. ¿Te gustan los dátiles? —le preguntó.

Hanan asintió ligeramente con la cabeza después de unos segundos.

—Le gustan mucho —intervino Kama.

Nadya cogió un puñado de frutos de la cesta donde los estaban echando y se los dio a Hanan, que los cogió con timidez.

Con los dátiles en la mano, se dio la vuelta y echó a correr hacia las estancias del harén.

—Khalil la salvó de una vida miserable —apuntó Bastet.

Nadya se sintió avergonzada. Había juzgado apresuradamente a Khalil. Había cometido un grave error al tomar a Hanan por su concubina.

—Yo, no sé qué decir. Al verla aquí, pensé que...

—Deberías dar un voto de confianza al señor. Es un hombre bueno —dijo Kama.

Nadya permaneció en silencio. ¿Un voto de confianza? Khalil seguía siendo tan peligroso para ella como el más venenoso de los escorpiones. La había raptado y la había llevado a su harén a la fuerza.

—¿Khalil permite los matrimonios infantiles entre los habitantes de su pueblo? —quiso saber.

—No, están prohibidos, y si algunos padres apalabran matrimonios con sus hijas pequeñas, tienen que enfrentarse a la justicia.

—¿Qué pasará con Hanan?

—Se quedará aquí como protegida de Khalil hasta que tenga la edad suficiente para casarse y marcharse —contestó Bastet.

Nadya sintió alivio. Al menos aquella niña no volvería a pasar por lo mismo. Un escalofrío sacudió su espalda al pensar en todo lo que había vivido a pesar de su tierna edad y en las cicatrices indelebles que recorrían su rostro.

—Hanan no puede salir de aquí, Yassir, su marido, juró venganza a Khalil si no le devolvía a Hanan. El señor se negó y ahora tanto él como Hanan están en el punto de mira de ese hombre —dijo Kama, que se iba turnando en la explicación con Bastet.

—¿Yassir es una persona peligrosa? —preguntó Nadya.

—Muy peligrosa —habló Bastet—. Es el jeque de uno de los pueblos más violentos de Egipto.

—Es un salvaje —sentenció Kama. Un ligero miedo viajó por sus palabras—. No sigue reglas ni se atiene a leyes. Ni propias ni ajenas.

Nadya se acarició el cuello con aprensión. Durante unos segundos temió por la vida de la pequeña Hanan. No se atrevió a imaginarse lo que le sucedería si ese hombre la recuperaba.

Sacudió la cabeza de un lado a otro para alejar esos pensamientos aciagos. Afortunadamente estaba bajo la protección de Khalil. Él no permitiría que Yassir hiciera daño a Hanan.

CAPÍTULO 20

Kama cogió la mano de Nadya y tiró de ella por el pasillo.

—Ven, quiero que veas algo —dijo con una sonrisilla.

—¿Qué quieres que vea? —dijo Nadya, picada por la curiosidad.

—Tus nuevos aposentos. El señor nos ha mandado que la decoremos especialmente para ti.

Nadya se quedó boquiabierta cuando Kama abrió la puerta. Era una estancia grande, tanto que podía perderse en ella. Estaba lujosamente decorada, pero sin rayar el exceso o la ostentuosidad. Las gruesas cortinas cubrían las puertas de un balcón que daba a un exuberante jardín, que poseía varios limoneros y un par de fuentes que borboteaban agua en el centro.

La enorme cama, que dominaba el espacio, estaba protegida por un refinado dosel marrón, la colcha era de un colorido brocado y la decena de cojines que había encima brillaban en toda la gama de tonos carmesí.

Había varias puertas en los muros. Kama se adelantó a abrirlas. Eran armarios con un fondo infinito.

—Aquí podrás guardar toda tu ropa —dijo alegre.

El entusiasmo de Kama contrastaba con el rostro apesadumbrado de Nadya.

—¿No me digas que no te gusta la habitación? —le preguntó Kama al ver su expresión.

—Si me gusta, Kama, es preciosa, pero...

—Pero nada —le cortó ella con suavidad, tratando de que se contagiara de su alegría—. Te estás convirtiendo en la

favorita del señor —le guiñó un ojo.

—¿La favorita?

—Sí, los jeques siempre tienen una favorita entre sus concubinas.

Aquella afirmación, lejos de reconfortar a Nadya, como Kama esperaba, la llenó de inquietud.

—Yo no quiero ser la favorita del jeque —comentó.

—Ser la favorita te va a dar muchos privilegios; todos tus deseos van a ser concedidos.

Nadya se sentó en la cama.

—Yo solo deseo irme de aquí —murmuró—. Para mí esto solo es una jaula de oro.

Kama suspiró y se sentó a su lado.

—Pídeselo a Khalil. Estoy segura de que si lo haces... con buenos modales —enfaticó las palabras «buenos modales»—. Te dejará ir.

Nadya giró el rostro hacia ella.

—¿Tú crees? —dijo, poco optimista.

—Sí, al señor no le gusta que las mujeres que elige de concubinas estén en el harén en contra de su voluntad. Ninguna de las que estamos aquí estamos a la fuerza.

Nadya asintió en silencio.

Khalil miró desde lo alto de la colina y oteó la línea del horizonte. El viento barría la arena blanca formando pequeños remolinos que se alzaban hacia el cielo en espirales.

Sonrió para sí.

No había ni rastro de la excavación ni de las tiendas de campaña ni de los trabajadores que unos días atrás profanaban

ambiciosamente el desierto Blanco buscando una historia que no era suya.

—Han huido como los perros cobardes que son —dijo desdeñosamente Salih, que permanecía a lomos de su caballo, al lado de Khalil—. Ni siquiera se han preocupado de buscar a su jefa —añadió en el mismo tono.

No podía disimular el desprecio que sentía por la gente de occidente. Su engreimiento, su soberbia y el modo en que se dirigían al resto del mundo le sacaba de quicio.

—Menos problemas para mí —comentó Khalil con expresión de satisfacción.

—Puedes hacer con la occidental lo que te dé la gana. Nadie va a venir a reclamarte nada —rio Salih entre dientes.

La sonrisa de Khalil se amplió en su rostro.

—Volvamos a palacio. Aquí ya no tenemos nada que ver —dijo.

Tiró con brío de las riendas de Sombra para que diera media vuelta y se lanzó a galope tendido bajo el sol abrasador que caía a plomo sobre el desierto. Su pelo negro ondeaba al viento con cada cabalgada. Salih espoleó su caballo y fue detrás de él.

Khalil dejó su purasangre árabe en los establos y se dirigió directamente al harén.

—Buenas tardes, Bastet —saludó a la mujer.

Bastet hizo una reverencia.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —dijo.

—Gracias. ¿Cómo está Nadya? —le preguntó.

En su voz se entreveía un matiz de impaciencia.

—Estos días ha salido de la habitación, tal como usted dijo. Se siente cómoda en las estancias del harén. Ha encontrado

una amiga en Kama, pero sigue sin comer. No prueba bocado.

—Entiendo —murmuró Khalil—. ¿Le han gustado sus nuevos aposentos? —se interesó.

—Sí —dijo Bastet.

—¿Dónde está en estos momentos?

—En los jardines, con Kama —respondió Bastet.

Khalil se giró y salió del patio en dirección al palacio.

CAPÍTULO 21

Nadya respiró hondo, inhalando el aroma a hierba buena y romero que flotaba en el ambiente, mientras contemplaba el jardín desde el balcón de sus nuevos aposentos envuelta en una toalla. El calor, caída la noche, dejaba de ser asfixiante. Unas lámparas de luz brillante, semejantes a antorchas, iluminaban las zonas más significativas. Pese a que estaba atrapada en aquel harén, no podía negar que todos los escenarios estaban envueltos en una nebulosa de magia y fantasía, como en un cuento.

Exhaló un suspiro, se giró y entró en la habitación.

Echó un vistazo a la estancia. Desde luego no tenía nada que ver con el pequeño cuarto al que la había llevado Khalil cuando insultó a sus concubinas.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la puerta se abrió. Levantó la vista. Khalil estaba en el umbral. Se quedó petrificada. El majestuoso y poderoso Hijo del Desierto la miró con sus oscuros ojos. ¿Por qué tenía que ser tan jodidamente atractivo? ¿Tan jodidamente irresistible?

Nadya lo observó con extrañeza cuando vio que tenía una bandeja en las manos. Durante un largo instante, permaneció inmóvil. Quizá con la esperanza de que el suelo se abriera a sus pies y la tragara, o mejor aún, que se tragara a Khalil. ¡Ella solo llevaba puesta una toalla! Al ver que no sucedía, levantó la cabeza con orgullo.

—Vaya, el jeque dignándose a traer la cena a una de sus concubinas —dijo con mordacidad—. ¿Tengo que sentirme halagada?

—Al jeque no le gusta que sus concubinas estén escuálidas —respondió él con igual mordacidad—. Prefiere las mujeres

con curvas.

Khalil se acercó a la mesa y dejó la bandeja encima de ella.

—Bastet me ha dicho que apenas has comido estos días —dijo—. No quiero que te enfermes, así que siéntate a la mesa —le ordenó.

—¿Por qué siempre tienes que darme órdenes? —le preguntó Nadya.

—Porque soy quien manda aquí. Siéntate, por favor —dijo Khalil, retirando una silla e invitando a Nadya a que tomara asiento.

—No voy a sentarme porque tú me lo digas —jadeó ella—. Además, no tengo apetito.

Khalil captó el brillo de rabia en sus ojos. Apartó otra de las sillas y se acomodó en ella.

—No voy a irme de aquí hasta que cenes —aseveró en un tono de voz que no admitía discusión.

Al cruzar los brazos por delante del pecho, Nadya se fijó en el modo en que se le marcaban los bíceps a través del ajustado caftán gris oscuro. Un calor lánguido se extendió por todo su cuerpo como si fuera miel.

—Deja de comportarte como si fueras un niño —dijo, tratando de disimular el insólito y turbador efecto que Khalil tenía sobre ella.

Él la miró con expresión divertida. Nadya desvió la mirada. Temía que sus ojos revelaran el modo en que la inquietaba su presencia.

—Deberías sentarte a cenar y acabar cuanto antes —apuntó Khalil.

El rostro de Nadya adoptó una expresión ceñuda. No entendía nada.

—¿Por qué dices eso?

Khalil la miró de arriba abajo, recreándose en las partes de su cuerpo que no ocultaba la toalla, que apenas le cubría el borde de los muslos. La llevaba anudada por encima de los pechos, tan ajustada que cada vez que respiraba amenazaba con soltarse.

—Porque no creo que la toalla que llevas puesta aguante mucho —se burló.

Nadya tragó saliva y se llevó las manos al pecho. Apretó todo lo que pudo el nudo, deseando que Khalil no la mirara de aquel modo. ¿O sí? ¿Le gustaba que la mirara así?

No, no podía gustarle. Era ridículo. Ella tenía que odiar a aquel hombre.

Intentó dominar sus sentimientos. No podía perder el control de la situación. Estaba segura de que Khalil no se marcharía hasta que no cenara. Echó a andar y sin disimular su mala gana se sentó a la mesa.

—Buena chica —dijo Khalil, satisfecho—. Me gustan las mujeres obedientes —añadió con sorna, consciente de que aquella frase enfurecería a Nadya. No se equivocó, pues ella lo atravesó con la mirada.

—Solo te obedezco para que te vayas de la habitación —dijo rotunda.

Khalil sonrió con burla. Por la expresión de su rostro, era obvio que se estaba divirtiendo a su costa. Aunque logró mantener la calma, Nadya estuvo a punto de lanzarle a la cabeza la lámpara de la mesilla de noche.

—¿Te gusta tu nueva habitación? —le preguntó él.

Ella tardó unos segundos en responder.

—Sí —dijo únicamente.

No tenía ninguna intención de halagar sus nuevos aposentos. Para ella no dejaba de ser una jaula de oro, como había dicho a Kama.

—Espero que hayas reflexionado sobre lo que ocurrió la primera noche que estuviste aquí —dijo Khalil.

Nadya bajó la mirada. Todavía se sentía avergonzada por ese suceso. Nerviosa, jugueteó con la servilleta.

—Sí, lo he hecho. Reconozco que no me comporté bien con tus concubinas; las ofendí y por ello les he pedido perdón —contestó—. Pero no puedes pretender que yo sea... como ellas —apuntó en voz baja.

—Estás en mi país. Este es mi desierto, mi tierra, mi cultura... —dijo Khalil.

—Eso no quiere decir nada, yo vengo de un país moderno y libre.

—Mis concubinas también son libres. Ellas no son mis esclavas sexuales.

—Es cierto lo que dice Kama: ¿qué pueden irse cuando quieran?

—Por supuesto.

—¿Por qué a mí no me dejas ir?

—Porque si te dejara ir no volvería a verte jamás.

Aquella respuesta descolocó a Nadya. ¿Qué significaba eso?

—¿Y qué pasa si no vuelves a verme? —preguntó.

Khalil miró a Nadya, estudiando su rostro.

CAPÍTULO 22

—Prueba la sopa —dijo, cambiando radicalmente de tema.

Nadya no formuló ninguna protesta, bajó la mirada hasta el plato en silencio. Estaba lleno de un líquido espeso y anaranjado.

—¿De qué es? —preguntó.

—De calabaza. Bastet la ha hecho especialmente para ti —respondió Khalil.

Nadya cogió la cuchara, la hundió en la sopa y se la llevó a la boca.

—Está deliciosa —comentó, llevándose otra cucharada a los labios.

—Me alegro de que te guste.

—Ya... —murmuró Nadya poco convencida.

—Aunque te cueste creerlo, quiero complacerte —dijo Khalil.

Nadya levantó la vista del plato y lo miró con ojos suspicaces.

—Si realmente quisieras complacerme dejarías que me fuera.

—Ese es un deseo que no puedo concederte.

Nadya dejó la cuchara en el plato.

—¡No soy tu prisionera! —estalló, cansada de su juego.

—Sí que lo eres —la contradijo Khalil.

—¡No puedes retenerme en tu harén!

—Sí que puedo hacerlo. Aquí no tienes ningún derecho. Y por tu bien te aconsejo que empieces a aprender a obedecerme.

Nadya se irguió desafiante.

—No voy a obedecerte nunca.

Khalil se inclinó lentamente sobre su rostro.

—Eso vamos a verlo.

Nadya se echó hacia atrás. Los ojos negros de Khalil poseían una expresión intransigente.

—¿Cuánto crees que va a durar esto? —le preguntó con suficiencia—. Los trabajadores de la excavación que me acompañaban acabarán sabiendo que me has raptado y vendrán a rescatarme.

Khalil sonrió. Una nota de burla asomó a su oscura mirada.

—Lo dudo, porque se han ido todos. Te han abandonado a tu suerte.

Nadya parpadeó desconcertada.

—Me estás mintiendo —dijo.

—Yo nunca miento, señorita Rice —anotó Khalil—. Tus trabajadores han huido como unos cobardes.

Nadya lo miró con circunspección. En el fondo no le sorprendía, aunque sí suponía una decepción. Sintió que el fino hilo en el que se sostenía su esperanza de escapar de allí se había cortado. Pero ella misma había sido testigo del miedo en el rostro de Randolph el día que Khalil y sus hombres asaltaron la excavación y los cascos de sus caballos lo destrozaron todo. Si hubiera sido por él, hubieran abandonado el campamento aquella misma noche.

—Entonces hablaré con la embajada de mi país o con la delegación que Gran Bretaña tenga aquí —dijo rotunda.

—Ellas no tienen ningún poder en mi desierto —respondió Khalil en tono cínico.

La rabia se desató en el interior de Nadya. Elevó ligeramente la barbilla.

—Sea como sea, no voy a permanecer mucho tiempo en tu harén, me las ingeniaré para irme —soltó.

Antes de que la frase terminara de salir de sus labios, se arrepintió de haberla dicho. Había sido un pensamiento en alto. No quería enseñar sus ases ni revelar que tenía la intención de escapar de aquel lugar.

—Si estás pensando en escapar, no te lo recomiendo —repuso Khalil, leyéndole la mente. Nadya maldijo en silencio—. El desierto es un mal amigo; morirías deshidratada antes de que te dieras cuenta —afirmó—. Y si no, morirías por la picadura de un escorpión o de una serpiente.

—¿Hay escorpiones y serpientes? —preguntó Nadya con una mezcla de aprensión y sorpresa.

En los labios de Khalil afloró una sonrisa socarrona al advertir la expresión de su rostro.

—Sí, hay escorpiones del tamaño de mi brazo —exageró. Nadya lo miró asustada—. Además, hay tribus asentadas en el desierto que te despedazarían sin piedad en cuanto te atraparan. No tienen en buena estima a los occidentales.

—¿Tan poca estima como la que nos tienes tú? —inquirió Nadya.

—Mucha menos estima de las que os tengo yo —afirmó Khalil en tono grave.

Nadya se estremeció.

—Eso lo dices para meterme el miedo en el cuerpo —comentó a la defensiva.

Pero sabía que era cierto. Kama le había hablado de Yassir, un hombre sin escrúpulos ni misericordia que había obligado a una niña a contraer matrimonio con él, y que, por si no fuera suficiente, la maltrataba. ¿Qué haría con ella si la capturaba? Simplemente pensarlo le puso los vellos de punta. Pero ni siquiera eso la haría desistir de su idea de escapar del harén de

Khalil. Se las ingeniaría de algún modo para salir de allí y volver a Londres.

—El único lugar donde estás a salvo es aquí —dijo Khalil.

Nadya dejó escapar un bufido.

—¿Aquí? —repitió con burla—. Aquí estoy con mi enemigo.

—Yo no soy tu enemigo —repuso Khalil.

—Me quieres convertir en tu concubina.

—Ese es tu papel aquí.

Nadya lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿Hablas en serio cuando dices que ese es mi papel aquí? ¿Esos son tus planes para mí? —le preguntó.

—Sí, hablo en serio, y si un día te requiero en mi cama, tendrás que estar preparada para mí —respondió Khalil con voz determinante.

CAPÍTULO 23

Nadya sintió un escalofrío al ver el peligroso brillo que destellaba en el fondo de los ojos de Khalil. Retiró la silla y se levantó. Necesitaba romper el contacto visual con él, poner distancia.

—Los hombres como tú tendríais que extinguirlos —dijo con desdén.

Khalil también se levantó y avanzó hacia ella.

—¿Estás segura de que tendría que extinguirme? —le preguntó en tono sugerente.

Nadya retrocedió torpemente un paso al ver que Khalil se aproximaba a ella con semblante lánguido, como un león que juguetea con su comida antes de darle un bocado. De pronto se sintió como un ratoncillo acechada por una enorme águila.

—Sí —afirmó, manteniendo la compostura como podía.

Khalil siguió avanzando hacia ella, y Nadya siguió retrocediendo, aturdida y temerosa de sus intenciones.

—¿Por qué retrocedes? —le preguntó Khalil con sorna, sabiendo que la situación estaba bajo su control.

Nadya guardó silencio mientras veía la silueta majestuosa de Khalil cernirse sobre ella. Se le entrecortó la respiración cuando su cuerpo se topó con la pared.

—¿Me tienes miedo? ¿O tienes miedo de lo que sientes? —Khalil tomó de nuevo la palabra.

—¿Miedo de lo que siento? Yo no siento nada.

Khalil se detuvo a solo un metro de ella y delineó una sutil y lánguida sonrisa en los labios carnosos. Quería besarla hasta

derrumbar la coraza de indiferencia con la que Nadya pretendía ocultar su deseo.

—Lo veo en tus ojos, Nadya —dijo.

Cuando ella escuchó su nombre en la voz de Khalil, un escalofrío le recorrió la médula espinal. Nadie lo había pronunciado como lo había hecho él. Con tanta firmeza como dulzura, como si pasaran una pluma por su fina piel.

—Me deseas... —dijo él, haciendo oír su voz profunda y dominante.

—¿Qué?! ¡Estás loco! ¿Cómo eres tan osado de hacer esas afirmaciones? —dijo Nadya indignada—. No eres más que un presuntuoso, que se cree que todas las mujeres caemos rendidas a sus pies.

—Vamos a comprobar que no me deseas —repuso Khalil con voz acariciadora. Nadya advirtió que había algo hipnotizador en su exasperante seguridad y su arrogancia.

Colocó los brazos a ambos lados de la cabeza de Nadya y apoyó las palmas de las manos contra la pared, acorralándola por sorpresa con su cuerpo. Ella contuvo el aire en la garganta. Notaba su respiración en la cara. Podía oler su aroma; cálido y masculino. Khalil era tan intimidante y peligroso como un tigre de bengala. Debería tener miedo, y lo tenía, pero también sentía algo más, algo a lo que no podía dotar de explicación en aquellos momentos. Una excitación completamente desconocida y nueva para ella.

Sigilosamente, Khalil se inclinó sobre el lado izquierdo de su cuello y, sin rozarla siquiera, exhaló su aliento cálido en la piel.

Nadya se estremeció sin poder evitarlo.

—¿Qué sientes? —le preguntó él.

—Nada —respondió ella, tratando de controlar los latidos de su corazón, que palpitaban desbocados.

Khalil se inclinó más, rozó la vena que palpitaba con fuerza en la base de su cuello con la punta de la nariz y respiró sobre

su pálida piel. Después alzó un poco el rostro y con la lengua le lamió sensualmente el lóbulo de la oreja.

Nadya apretó los labios, esperando no sentir nada, pero no pudo evitar que antes se escapara por ellos un sonoro suspiro, testigo molesto de lo que en realidad estaba experimentando.

Khalil rio.

—¿Qué sientes? —volvió a preguntarle.

Nadya tragó saliva ruidosamente. Khalil notó como su garganta subía y después bajaba. El movimiento hizo que se fijara en su cuello: era esbelto y elegante, y sus hombros, desnudos de ropa, aparecían lozanos y tentadores.

—Nada —dijo ella con voz queda.

—Estás mintiendo —afirmó él con suavidad, pero firme.

—No estoy mintien...

Nadya enmudeció súbitamente cuando sintió la mano de Khalil en su rostro. El Hijo del Desierto la miraba como si quisiera devorarla. Respiró hondo para poner en orden el torbellino de sensaciones por el que se estaba viendo arrastrada. ¿Era posible que Khalil tuviera razón? ¿Que lo deseara?

Era desconcertante.

Khalil deslizó suavemente el pulgar por la línea de la mandíbula hasta que la yema tocó su labio inferior. Con deliberada lentitud repasó su contorno, sin apartar la mirada de los ojos increíblemente azules de Nadya, que lo observaban como si tuviera delante un escorpión.

Sin embargo, aquel contacto, hizo que ella experimentara una sucesión tras otra de escalofríos de placer. Para su sorpresa, Nadya notó que los pezones se le endurecían contra la tela de la toalla.

Trató de moverse. No podía dejar que aquello continuara. Había contado con tener el control de la situación, con frenar en seco a Khalil cuando él quisiera hacer valer sus derechos,

pero se sentía paralizada ante él, ante su magnificencia, ante su magnetismo, ante su arrolladora masculinidad. Nunca había sido consciente de su propia impotencia hasta ese momento. Ella, acostumbrada a tener controlado todo a su alrededor y a manejar su destino.

¿Qué le pasaba con él? ¿Por qué le hacía sentir de aquel modo? ¿Por qué tenía aquel efecto sobre ella? ¿Por qué su cabeza le decía que saliera corriendo, pero su cuerpo no respondía a su orden?

Khalil posó los dedos bajo la barbilla de Nadya y le levantó el rostro para que lo mirara. Ella advirtió el intenso deseo que yacía en sus oscuros ojos. Un deseo que le prometía placeres infinitos y noches interminables. Instintivamente, abrió los labios, presa de un anhelo que no había experimentado con ningún hombre hasta ese entonces.

—¿Qué sientes, Nadya? —le preguntó Khalil por tercera vez.

Pero Nadya no respondió, no tenía fuerzas para pronunciar palabra alguna. Khalil se abalanzó sobre su boca.

CAPÍTULO 24

Aprovechando que Nadya estaba receptiva y tenía los labios abiertos, Khalil introdujo la lengua en su boca y profundizó el beso. Nadya dejó de pensar. Sus sentidos se volvieron locos; no era capaz de controlarlos. Estaban desbocados, como su corazón, que latía a toda velocidad.

De repente tuvo la insólita sensación de que el mundo se había congelado y de que Khalil y ella se habían detenido en el tiempo y en el espacio.

Khalil saboreó el interior de su boca, escudriñando cada recoveco como si buscara un preciado tesoro. Nadya correspondió al beso, enredando su lengua con la de Khalil en una danza húmeda y sensual. Sus ávidos labios la provocaban, la incitaban a seguir besándolo.

Dejó escapar un leve gemido.

Khalil rodeó su fina cintura con sus enormes manos y la estrechó fuertemente contra él. Estaba presionada contra su cuerpo, muslos con muslos, pecho con pecho. Incluso a través de la gruesa tela de la toalla podía apreciar sus curvas. Sus pechos aplastados contra su torso. Olía a bergamota y a jabón, y también a mujer. La sangre comenzó a acumularse en la entrepierna.

El tacto de los largos dedos de Khalil quemó a Nadya a través de la toalla. De pronto notó su erección en el vientre. Su imponente dureza la asustó. Toda la realidad cayó de golpe sobre su cabeza. Khalil la tenía allí en contra de su voluntad y pretendía convertirla en su concubina, y lo peor era que, en esos momentos, lo estaba consiguiendo.

Haciendo un enorme esfuerzo, recuperó el dominio de sí misma. Como pudo, introdujo las manos entre los dos, las

apoyó en el fornido pecho de Khalil y lo empujó.

—¡No! ¡Para! —exclamó.

Él se separó un paso y la miró con los ojos entornados. ¿Qué le pasaba? No era tonto; sabía cuando una mujer estaba disfrutando con sus besos y sus caricias; sabía que Nadya se estaba entregando a él.

—No me vas a convertir en una de tus concubinas. No. Ni lo sueñes —dijo ella, moviendo las manos—. No, no —volvió a negar, como si tratase de convencerse a sí misma.

—Más tarde o más temprano serás mía, Nadya —aseveró Khalil muy seguro.

Había algo cautivador en su voz.

La confianza en sí mismo que destilaba hacía que a Nadya le hirviera la sangre. ¿Cómo podía ser tan engreído?

—Nunca —dijo, ajustándose la toalla al pecho.

—Deja de engañarte. Eso no va a servir de nada —comenzó Khalil. Nadya lo rodeó, pasando justamente a su lado, y caminó hasta el otro lado de la habitación. Él se giró hacia ella, siguiendo su movimiento con la mirada—. Lo veo en tus ojos, en tu cuerpo, te estremeces de placer cuando te toco. Me deseas —continuó Khalil—. Admite que me deseas.

Nadya se dio la vuelta hacia él como si hubiera recibido un latigazo. Todavía tenía los labios rojos e inflamados por el beso.

—¡No te deseo! —gritó, aunque la exclamación parecía más bien ir de nuevo dirigida a ella misma, a su cuerpo, que se empeñaba en traicionarla cuando Khalil estaba cerca.

—Sé que te gustaría que eso fuera verdad, pero no lo es —dijo Khalil.

—Creo que te lo he dejado claro. No quiero que me toques, no quiero que me beses... —Nadya se tapó la cara con las manos. Estaba abrumada por lo que estaba sintiendo, por lo

que se estaba removiendo en su interior—. Lo único que quiero es que te vayas.

—Esta es mi casa —le recordó Khalil con ironía en la voz.

Nadya se descubrió el rostro y lo miró. La observaba con ojos serios e inescrutables.

—Y esta es mi habitación y quiero que salgas de ella —se atrevió a decir—. Y si no, échame de tu harén, échame de tu palacio, échame de tu desierto.

—No te vas a ir de mi harén hasta que yo lo diga, y cuanto antes lo entiendas, mejor. —El tono contundente de Khalil fue como un jarro de agua fría para Nadya.

Contuvo el aliento, y pese a que la mirada de Khalil era sombría y tenía una expresión peligrosamente seria, lo desafió levantando la barbilla.

—Eres como un hombre de cromañón. No sabes tratar a las mujeres —dijo.

El Hijo del Desierto guardó silencio unos segundos, impassible. Después esbozó una sonrisa, y en sus ojos profundos brilló un destello mezcla de diversión y malicia.

—Hasta ahora ninguna se ha quejado —afirmó con doble intención.

Nadya lanzó un gruñido.

—¡Eres un salvaje! —ladró.

—Ten cuidado con lo que dices. —Khalil la apuntó con el índice—. No puedes insultar al jeque. Podría cortarte la lengua por ello.

Nadya frunció el ceño al advertir el tono grave de su voz. La dura advertencia de sus palabras la llenaron de tensión. La expresión de su rostro ya no era traviesa. No era capaz de discernir si se estaba burlando de ella o hablaba en serio. ¿Sería capaz de cortarle la lengua? ¿Se atrevería?

—¿Me...? ¿Me cortarías la lengua? —le preguntó con ingenuidad.

Khalil dejó trascurrir unos segundos antes de desplegar una sonrisa ladina en los labios.

—Jamás te cortarí­a esa lengua viperina que tienes —dijo—. No me divertirías tanto sin ella. Al menos sé que no me aburriré contigo. —Nadya suspiró aliviada—. Pero no me tientes... —añadió Khalil.

—¿Que no te tiente? —Nadya bufó con indignación—. Si te comportaras como un caballero no tendrías que enfrentarte a mi lengua viperina.

CAPÍTULO 25

Cuando Khalil desapareció tras la puerta, Nadya continuaba con el corazón desbocado y las mejillas encendidas. Como un animal enjaulado, empezó a deambular por la habitación. No quería pararse; no quería cerrar los ojos y abandonarse a los recuerdos, a los tortuosos recuerdos. Todavía sentía el rastro sensual de los impetuosos labios de Khalil sobre los suyos, y su propio deseo; sus enormes manos en la cintura, sus acariciadoras palabras. Le pareció que aún podía percibir su sutil fragancia; su aliento en el cuello.... La excitación corrió a lo largo de sus nervios, envileciéndolos.

No podía olvidarlo. Su aroma la rodeaba, estaba impregnado en el aire. Allá donde iba lo presentía.

—Oh, Dios... —musitó.

Se rodeó los brazos deseando gritar de frustración, de furia, de impotencia. Evocó con pulcra nitidez la divertida burla de sus ojos.

La rabia volvió a discurrir por sus venas.

¿Qué le ocurría con Khalil? ¿Por qué la hacía sentir de aquel modo tan extraño? Debería odiarlo, la tenía prisionera en su harén, contra su voluntad. Pero lo más terrible no era eso, sino la reacción de su cuerpo al tenerlo cerca y la pasión que tan fácilmente había encendido en ella. Nunca antes un hombre la había hecho sentir así. Pensaba que ese tipo de pasión solo existía en las novelas románticas, que era algo irreal.

Se detuvo en mitad de la estancia e inspiró profundamente.

Khalil tenía razón: lo deseaba. Él lo había visto en sus ojos como si estuviera leyendo un libro. Lo sabía. Por esa razón la había besado, para comprobar que estaba en lo cierto.

Nadya estaba preparada para despreciarlo, por haberla raptado, pero no para verse abrumada por él de aquel modo.

Sacudió la cabeza.

Un pensamiento la asaltó de pronto.

Tenía que irse de allí, tenía que irse del harén de Khalil, tenía que escapar. No podía permitir que aquel deseo continuara creciendo. No podía permitir que volviera a besarla, a tocarla... Ella no iba a convertirse en una de sus concubinas, en su esclava sexual. Khalil la consideraba su juguete y pretendía someterla a su voluntad.

—No, no —murmuró.

No lo conseguiría.

Pero el Hijo del Desierto no podía esperar que se sometiera a él. ¡Dios, no podía esperar algo así!

Era una locura.

Pediría ayuda a Kama. Ella seguro que le tendería una mano. Era comprensiva y discreta. Entre las dos pensarían algo viable para que pudiera huir de allí.

Khalil apoyó las manos en la balaustrada de piedra blanca de la terraza que había en su habitación. La noche estaba tranquila, fresca y despejada, dejando ver un cielo lleno de estrellas. Bajó la cabeza y dejó que la mirada se perdiera entre las luces ambarinas que salpicaban los ventanucos de las numerosas casas que formaban su pueblo, asentado en las laderas rocosas de los cerros en los que estaba enclavado. Parecían pequeñas luciérnagas en mitad de la oscura noche.

En el silencio que lo envolvía, solo roto por el leve murmullo del viento, se preguntó, no sin cierto asombro, qué le sucedía con Nadya. ¿Por qué no la dejaba ir? La respuesta se la había dado a ella: porque no volvería a verla nunca más. Y ese pensamiento, desconociendo la razón, no le gustaba.

La idea de que realmente fuera su concubina le resultaba de pronto muy atractiva. Se imaginó tenerla desnuda delante de él, haciendo su voluntad; su tentadora boca a su merced. Tenerla a sus órdenes, cumpliendo cada uno de sus caprichos. Se imaginó tenerla sometida a cada uno de sus deseos...

Sintió un fuerte pinchazo en la entrepierna.

La deseaba.

La deseaba como no había deseado a ninguna otra mujer.

Porque lo desafiaba, lo retaba, con las palabras, con los ojos. Nunca una mujer se había atrevido a provocarlo del modo en que lo hacía ella. Ni un hombre tampoco.

Nadya lo obsesionaba. Más aún cuando contemplaba la increíble belleza de sus ojos azules. No había podido dejar de pensar en ella desde que se había puesto delante de su caballo para tratar de detener el destrozo que estaban haciendo en la excavación. Era valiente, enérgica, perspicaz de ingenio rápido, y peligrosa. Demasiado peligrosa, se dijo con cierta admiración.

Resopló. Nadya era una niña rebelde que había que domar.

CAPÍTULO 26

A la mañana siguiente, Nadya salió a los jardines después de bañarse y vestirse con una túnica de color rosa. El sol caía a plomo sobre el lugar. Por suerte, las formaciones rocosas que rodeaban el harén extendían sombras alargadas sobre el palacio, atenuando el asfixiante calor.

A lo lejos, Hanan chapoteaba con los pies en la piscina que poseía el harén. La niña giró el rostro hacia Nadya. Ella le ofreció una sonrisa amable a modo de saludo. Hanan le devolvió el gesto, aunque lo hizo con timidez.

Su historia había afectado profundamente a Nadya, hasta el punto de sentir una enorme empatía por la niña. Le gustaría ayudarla de alguna manera, que volviera hablar. Tenía que haber sido terrible lo que había vivido para haber perdido la voz.

Un movimiento al otro lado del jardín llamó su atención. Desvió la mirada hacia el lugar. Khalil estaba de pie en la entrada del jardín, llevaba puesto un caftán verde oliva, que ensalzaba el moreno de su piel. Hanan levantó la vista. Al ver a Khalil, sacó los pies rápidamente del agua y corrió hacia él.

Nadya no perdió detalle del encuentro. La niña se abalanzó sobre Khalil y lo abrazó con todas sus fuerzas por la cintura. Él le acarició cariñosamente la cabeza en un gesto protector. La miró con tanto afecto que a Nadya se le encogió el corazón. No estaba lo suficientemente cerca para ver la expresión de Hanan, pero no era difícil adivinar que sentía devoción por Khalil.

Al separarse, Khalil se acuclilló frente a Hanan y le dijo algo, ella sonrió y afirmó con la cabeza. Él alzó la mano y la dirigió a la oreja de la niña, y de la nada, haciendo un truco de magia, sacó una flor.

Hanan dejó escapar una alegre carcajada.

Su rostro se iluminó cuando Khalil le dio la flor. La niña la cogió y la olió.

—Hanan lo adora.

La voz de Kama sonó al lado de Nadya. Nadya giró el rostro hacia ella, pero inmediatamente devolvió su atención a Hanan y Khalil.

—Ya lo veo —dijo.

—Para ella el señor es como un hermano mayor, como un padre. Ha encontrado en él la protección que nunca ha tenido con sus padres o su marido.

Nadya se descubrió sonriendo.

—Khalil ha sido su ángel de la guarda —comentó.

—Sí, esa es la mejor definición que se puede dar —afirmó Kama—. Si no la hubiera salvado de Yassir, la vida de Hanan ahora sería un infierno.

Nadya se fijó en Khalil. En esos momentos se despedía de Hanan dándole un toquecito cómplice en la nariz. Ella sonrió y salió corriendo hacia la piscina con su flor en la mano. Se la veía una niña feliz.

La vista volvió a Khalil. Durante unos segundos no pudo apartar los ojos de él. Era hipnótico. Como siempre que lo miraba, algo en su interior vibró. Khalil volvió el rostro hacia ella y la sorprendió observándolo. Nadya carraspeó, nerviosa. De inmediato bajó la vista. De reojo, miró a Kama.

—Tranquila, ya se ha ido —le dijo esta al oído con una nota de burla en la voz.

Nadya se sonrojó, pero no dijo nada.

¿A qué había ido Khalil al harén? ¿Habría ido a solicitar los servicios de alguna de las concubinas?, se preguntó. Tuvo una extraña sensación al pensar que podría estar con alguna mujer.

—¿Ha venido a... a estar con alguna de las concubinas? — le preguntó a Kama tratando de sonar despreocupada, al tiempo que echaba a andar por el sendero de tierra.

—No, ha venido a ver a Hanan —contestó ella, caminando a su lado.

—Entiendo. Khalil... ¿requiere todos los días a alguna de sus concubinas? —siguió interrogando.

—A veces está muy ocupado con los asuntos del pueblo y no tiene tiempo, pero si las obligaciones se lo permiten, viene todos los días. El señor es muy sexual y apasionado —enfaticó Kama—. En ocasiones solicita a dos de nosotras —añadió con picardía y cierto orgullo.

Nadya contuvo la expresión, tratando de que su rostro no mostrara el asombro que aquella aseveración le había provocado.

—¿A la vez? —se le escapó.

—Sí —afirmó Kama.

—Kama, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, puedes preguntarme lo que quieras.

Nadya se aclaró la garganta.

—¿Has estado con él estos días?

—No. —Kama se quedó pensativa—. La verdad es que desde que llegaste tú al harén, no ha estado con ninguna de nosotras. —Se encogió de hombros—. Estará ocupado —concluyó—. ¿Puedo hacerte yo una pregunta a ti?

—Es lo justo —sonrió Nadya.

Se detuvo y se sentó en uno de los bancos de piedra situado a la derecha del sendero. Kama la imitó. Frente a ellas, una fuente hecha de mosaico en tonalidades azules borboteaba agua con un sonido hipnótico.

—¿No te gustaría estar con el señor? ¿Íntimamente, me refiero?

—¡No! —Nadya apenas le dejó terminar.

—¿No te atrae? —Kama se lo preguntó con incredulidad —. EL señor es tremendamente atractivo. La mayoría de los jeques son hombres mayores y barrigones —rio entre dientes —. Pero Khalil es alto, atlético, viril, racial. Imponente. Y cuando monta a Sombra, su enorme purasangre árabe, con ese porte señorial, tan elegante, tan confiado... No deja indiferente a ninguna mujer. Ni siquiera dejaría indiferente a las occidentales.

—No... no es eso —titubeó Nadya.

—Entonces, ¿por qué te niegas a estar con él si te requiere?

—Ya te he dicho que vengo de una cultura distinta, Kama. En mi país las mujeres podemos elegir.

—Nadya, aquí también. El señor nos solicita como concubinas. Si queremos, nos ponemos a su servicio, si no, seguimos con nuestra vida.

—Ya, pero...

—Entiendo que para una chica occidental resulte difícil entenderlo, por la diferencia cultural, como dices, pero es una elección como otra cualquiera.

—Para mí no ha sido una elección. Khalil me ha traído aquí en contra de mi voluntad —le recordó Nadya con voz apesadumbrada—. Y la verdad es que no entiendo por qué.

—Porque lo desafías, y eso le gusta —respondió Kama.

Nadya fijó la mirada en los ojos de color café de la mujer.

—¿Qué quieres decir?

—Para el señor eres un reto. Y los hombres siempre se sienten atraídos por un reto. Sobre todo, Khalil. Aquí, los occidentales no estáis muy bien vistos...

—Me he dado cuenta —intervino Nadya.

—Venís continuamente a nuestras tierras para profanarlas, para mancillar la historia, para levantar a nuestros

antepasados... A los muertos hay que dejarlos descansar — dijo Kama—. Vuestra curiosidad por explorar el mundo es insaciable.

—Pretender saber vuestra historia no es una acción banal, Kama —comenzó Nadya en tono profesional. En ese instante hablaba la arqueóloga—. La antigua civilización egipcia, junto con la mesopotámica, fueron el origen de mi cultura, de la cultura occidental. Vuestra civilización influyó de forma decisiva en la historia de la humanidad. ¡De la humanidad! — enfatizó con vehemencia—. Es lógico que queramos saber de ella.

—Lo entiendo, pero tenéis que comprender que son nuestras tierras, nuestra historia y nuestros antepasados — insistió Kama.

Nadya dejó escapar un suspiro.

—He aprendido la lección —dijo Nadya, mortificada—. La he aprendido a la fuerza. Por eso estoy aquí.

—Desafiaste al jeque... —dijo Kama.

—Y ahora estoy pagando las consecuencias —terminó la frase Nadya.

Y le pesaba haberlo desafiado; le pesaba en lo más profundo de su ser, porque su testarudez y la osadía de la que había hecho gala al ignorar su amenaza le habían llevado a aquella situación.

Aunque únicamente ella sabía que no solo había ido a Egipto a excavar su historia, a profanarla, como creían sus habitantes; también había ido para averiguar el pasado de su madre y qué había sucedido con sus padres, a quienes habían asesinado vilmente, y cuál había sido la razón.

CAPÍTULO 27

A la sombra del edificio principal, Nadya tuvo la tentación de hablar a Kama de su idea de escapar del harén y de solicitarle ayuda, pero tras un intenso debate consigo misma, lo rechazó. Nadie podía garantizarle que no la delatara delante de Khalil. A fin de cuentas, era su concubina y no había que ser un lumbreras para darse cuenta de que sentía una devoción casi religiosa por su señor. Por otro lado, no deseaba ponerla en aquel brete; le debía lealtad al jeque y si la ayudaba a ella, se le podría acusar de traición, y eso no estaría bien visto a ojos de Khalil. Con toda seguridad la echaría del harén y, pese a que ella no lo comprendía, para aquellas mujeres ser concubinas del jeque era un honor y un motivo de orgullo. No podía jugar con su vida, así que lo más adecuado era mantenerla al margen.

Si al menos Randolph y el resto de los trabajadores hubieran permanecido en la excavación, la huida sería más fácil. Llegaría a ellos y sin perder tiempo se irían del desierto Blanco, pero se habían marchado en desbandada sin preocuparse de su paradero.

Apretó los puños.

Eran unos cobardes. En lugar de buscarla, habían salido corriendo, pensó Nadya con pena.

Irguió la espalda en el banco con una dignidad silenciosa.

Pero con o sin ayuda, escaparía. No sabía ni cómo ni cuándo, pero escaparía. No estaba dispuesta a aceptar resignadamente la vida que Khalil planeaba para ella.

Sus pensamientos se interrumpieron cuando vio a Berenice acercarse a ellas. Avanzaba con semblante de suficiencia y rostro vanidoso, luciendo un vestido largo de color naranja

entallado en la cintura. La suave tela de la falda se movía a cada paso que daba.

—Bastet te requiere en la cocina —se dirigió a Kama al alcanzarlas.

Kama se levantó del banco de piedra.

—Luego seguimos hablando —le dijo a Nadya con amabilidad.

Ella asintió con una sonrisa.

Kama se dio media vuelta y se alejó caminando por el sendero de tierra. Cuando Nadya se quedó a solas con Berenice alzó la vista. Se encontró con los inquisidores ojos negros de la concubina clavados en ella como si fueran dos dagas. La miraba con un desdén que no se molestaba en disimular, exhibiendo el desprecio y la animadversión que sentía por ella.

Nadya elevó la barbilla con dignidad. Las formas de Berenice la desagradaban extraordinariamente.

—¿Por qué me miras así? —le preguntó, sin amedrentarse. No estaba dispuesta a consentir que aquella mujer la despreciara.

—No eres más que una intrusa —fue la respuesta de Berenice—. No sé qué haces aquí.

Nadya bufó.

—¿Crees que estoy por voluntad propia?

—Da igual si estás por voluntad propia o no, el señor te quiere en su harén, y eso es lo importante —afirmó Berenice.

Nadya se levantó del banco y se puso frente a ella. Eran de la misma altura. Entornó sus ojos azules y le dedicó una mirada suspicaz.

—Tranquila, no tengo pretensiones de intimar con el señor. Yo no soy su concubina ni pienso serlo. Lo tienes entero para ti —dijo con suficiencia y una estudiada mordacidad.

No esperó réplica, pues no quería discutir con Berenice. Echó a andar, pasó a su lado y se fue. Berenice se giró hacia ella y la observó alejarse por el sendero con determinación y porte elegante. Apretó los labios hasta formar una línea. No le preocupaban las pretensiones de la occidental con Khalil, sino las que tenía él con ella. El jeque tenía alguna intención si la había llevado a su harén. Pero ¿qué intención? La respuesta aguijoneaba sus celos hasta el dolor.

Nadya llegó a la habitación de mal humor. ¿Qué demonios le pasaba a Berenice con ella? ¿Por qué sentía esa animadversión?, se preguntó, cerrando la puerta con fuerza. Formaba parte del harén de un jeque, se suponía que tenía que estar acostumbrada a compartir a su señor con cuantas mujeres quisiera él. ¿Entonces por qué razón la tenía a ella entre ceja y ceja? ¿Tal vez era porque venía de occidente? ¿Porque pertenecía a otra cultura? ¿Porque físicamente era distinta a ellas?

Decenas de posibilidades se instalaron en su cabeza. ¿Qué más daba la razón que subyaciera bajo el odio que parecía tenerle? Ella no podía hacer nada. Khalil la tenía en el harén a la fuerza. Era la primera que quería irse de allí.

Nadya cruzó la habitación y salió a la terraza. A esas horas de la mañana el calor era sofocante. Se giró y volvió a la habitación. Su mente seguía puesta en Berenice.

Era tan descarada que ni siquiera se molestaba en ocultar lo que sentía por ella. Lo llevaba plasmado en el rostro cada vez que se cruzaban.

Recordó que Kama le había dicho que Berenice nunca recibía bien a las nuevas concubinas, que amaba al señor de una forma posesiva y celosa. ¿No resultaba incongruente teniendo en cuenta que formaba parte de un harén?, pensó Nadya.

Su forma de amar no era generosa ni humilde, como la de Kama y el resto de las concubinas; su forma de amar era egoísta; quería al jeque solo para ella, por eso no recibía bien a las mujeres que Khalil llevaba al harén. Las veía como una amenaza, una nueva rival con la que competir por él. Sin embargo, aunque lo quería para ella sola, se resignaba a quedarse con lo que Khalil le ofrecía: algunos pocos ratos en su cama.

—Está enamorada de Khalil —concluyó.

Confiaba en que se le pasara, tal como le había dicho Kama. Solo esperaba que fuera pronto, o de lo contrario el enfrentamiento que habían protagonizado unos minutos antes no iba a ser el único.

CAPÍTULO 28

Khalil y Salih paseaban montados a lomos de sus sementales por los alrededores del desierto Blanco, en el límite de las tierras del jeque. Sus ojos vigilantes no se apartaban del horizonte.

—Está todo tranquilo —dijo Salih.

—Demasiado tranquilo —comentó Khalil con recelo—. Con Yassir nunca se sabe. Es un perro malicioso y traicionero, que siempre ataca por la espalda y mata de la misma forma. No conoce la honorabilidad ni nada que se le parezca. Estoy seguro de que más tarde o más temprano tomará venganza contra mí por haber rescatado a Hanan.

—Es una ofensa que no olvidará jamás —apuntó Salih—. Pero no le dejaremos que haga nada contra ti.

Khalil chasqueó la lengua.

—No temo por mí, Salih, yo sé defenderme de Yassir —afirmó Khalil con voz firme—. De hecho, no me importaría rebanarle el pescuezo. —Apretó los dientes. Salih observó que los músculos del rostro de Khalil se le tensaban—. Temo por el pueblo, por mis concubinas y por la propia Hanan. No quiero pensar en lo que ese malnacido le haría si volviera a sus manos.

A Salih no le pasó inadvertida la expresión de preocupación en la cara del Hijo del Desierto.

—Entiendo tu temor, con Yassir el miedo no es infundado. Es un hombre cruel y violento —dijo mientras cabalgaban por el desierto a paso lento—. Pero a Hanan no le pasará nada. Está bajo tu protección y tú nos tienes a nosotros. Mahmoud, Hasani, yo y el resto de los hombres estamos dispuestos a dar

la vida por ti y por Hanan. Ella está a salvo. No dejaremos que Yassir le haga nada malo.

—Yassir es peligroso —dijo Khalil.

—Por eso estamos contigo —aseveró Salih con lealtad.

Khalil giró el rostro, alargó el brazo y le dio una palmada en el hombro.

—Eres un buen hombre, un buen guerrero —afirmó—, pero sobre todo eres un buen amigo, Salih —le halagó.

Él lo miró con ojos divertidos. Aunque Khalil era su señor, el jeque a quien debía el máximo respeto, su estrecha amistad le permitía tratarlo con la confianza de un hermano.

—¿A qué viene tanto sentimentalismo? —se burló.

Khalil sonrió cómplice con él.

—¿Así es como recibes mis parabienes? —le preguntó a su vez a su amigo—. Eres un desagradecido. Debería lanzarte a un pozo lleno de escorpiones.

Salih se echó a reír.

—No, hombre, no. Guarda el pozo de escorpiones para Yassir —dijo en tono socarrón—. Agradezco tus halagos. Bien lo sabes. Simplemente me sorprende ese ataque de sentimentalismo —siguió con la broma.

—No es sentimentalismo, Salih. —Khalil habló con voz modulada—. Un líder debe valorar a las personas que tiene a su lado. Lo contrario lo convertiría en un mal dirigente. La lealtad y la confianza se tienen que ganar.

Salih lo miró sobre su caballo.

—Solo bromeaba —apuntó, adoptando un tono serio en su voz—. Aprecio tu reconocimiento Khalil. Para mí no solo eres mi señor, eres mi amigo.

—Tú para mí también eres un amigo —dijo Khalil—. Aunque nunca logres ganarme cuando te reto a echar una carrera a caballo.

Guiñó un ojo a Salih con complicidad. Sin avisar, espoleó a su purasangre con los talones de las botas y se lanzó a galope a través de las hermosas dunas nórdicas del desierto Blanco.

—Pero porque eres un tramposo —bromeó Salih con una sonrisa de oreja a oreja, al tiempo que picaba los flancos de su semental.

El animal se puso de manos y salió corriendo tras Khalil a toda velocidad. Tardó solo un par de minutos en darle alcance. El cabello del Hijo del Desierto, suelto y negro como el azabache, ondeaba al viento mientras cabalgaba como si fuera un héroe de antiguas historias épicas.

—¿Cómo que no te gano nunca? —dijo Salih, poniéndose en cabeza.

Khalil sonrió y espoleó con fuerza a Sombra para aumentar su velocidad. Adelantó de nuevo a Salih, que impulsaba a su purasangre pardo para no quedarse atrás. Atravesaron el desierto Blanco como dos exhalaciones, como si les persiguieran las mismísimas Furias para llegar cuanto antes a palacio.

Cuando Mahmoud los vio venir a lo lejos, envueltos en una espesa nube de polvo, abrió los enormes portones de madera. Khalil y Salih cruzaron el umbral prácticamente al mismo tiempo.

—¡He ganado! —exclamó Salih.

—¿Ganado? He ganado yo —lo contradijo Khalil, tirando con fuerza de las riendas para detener al caballo.

—Mahmoud, ¿quién ha ganado? —preguntó Salih, parándose a su lado.

—Yo creo que ha sido el señor —bromeó el hombre.

—Eres un palmero —dijo Salih.

—Le debo lealtad al jeque, no deseo que me decapite —se mofó Mahmoud.

Khalil echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Su risa se escuchó grave y profunda en el patio. Salih y Mahmoud rompieron también en risas.

CAPÍTULO 29

Khalil se bajó del caballo con un movimiento atlético y le cedió las riendas a Mahmoud para que se ocupara de él y lo guardara en los establos. Cuando caminaba junto a Salih hacia palacio, él le preguntó:

—¿Qué tal con la occidental?

Khalil alzó los hombros.

—Mal. Cualquier encuentro entre nosotros siempre termina en una discusión.

Salih lo miró.

—No es extraño teniendo en cuenta de dónde viene y que no tiene que ver nada con nuestra cultura. Es como un camello en una playa del caribe. —Hizo una pequeña pausa. Carraspeó para aclararse la garganta—. Khalil, ¿crees que has actuado bien? —planteó con una sonrisa un tanto cautelosa.

Él mantuvo silencio unos segundos mientras avanzaban hacia el palacio.

—Quizá he ido un poco más lejos de lo necesario —admitió al cabo de un rato.

—¿Solo un poco? —Khalil no hizo ningún comentario al respecto—. ¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé, Salih, pero ahora no puedo dejarla ir.

El rostro de Salih mostró una expresión de desconcierto ante la respuesta de Khalil.

—¿Por qué?

—Porque si la dejara ir no volvería a verla nunca más.

Por extraño que resultase, no quería que Nadya desapareciera de su vida. Si la dejaba marchar, probablemente sus caminos jamás volverían a cruzarse.

Salih estaba cada vez más confundido.

—¿Y qué pasa si no vuelves a verla? Mejor, así dejarías de tener un problema.

—Tenías razón cuando dijiste que me gusta —soltó Khalil sin más preámbulos.

Salih se detuvo en seco en mitad del patio que llevaba al vestíbulo de la parte trasera del palacio. Aferró el brazo de Khalil para que él también se parara.

—¿Te gusta? —preguntó serio y ceñudo.

Khalil se movió en el sitio con cierta incomodidad.

—Solo quería darle una lección, un escarmiento... Pero ahora... —titubeó.

—¿Qué pasa ahora? —le instó Salih a hablar, sabiendo el esfuerzo que tenía que hacer Khalil para expresar sus sentimientos.

—No sé, Salih. —Khalil se pasó la bronceada mano por la frente—. Me gusta, la deseo, yo que sé...

—Khalil, no pertenece a nuestro mundo —dijo su amigo a modo de advertencia.

—Eso ya lo has dicho.

—Porque es cierto.

Khalil levantó los ojos y los clavó en Salih.

—Me desea —afirmó—. Lo veo en sus ojos; lo noto en su cuerpo cuando me acerco.

—Khalil...

La voz de Salih tenía una nota amonestadora, pero él lo interrumpió.

—Ella no me es indiferente, lo reconozco, pero yo tampoco le soy indiferente a ella.

—¿Por qué crees eso?

—Porque la besé y correspondió a mi beso. Se estremeció entre mis brazos.

Khalil emprendió de nuevo la marcha. Aunque el sol comenzaba a ocultarse tras la línea del horizonte, el calor no dejaba de ser asfixiante. Salih lo siguió.

—Estás jugando con fuego —dijo.

—Lo sé, Salih, lo sé —se apresuró a decir Khalil. Su rostro reflejaba en esos momentos una expresión grave—. Pero ya no hay vuelta atrás —aseveró con una contundencia aplastante. Los ojos le brillaban con un destello de súbita determinación.

Salih movió la cabeza.

Cuando alcanzaron las grandes puertas de madera maciza, los dos hombres de piel aceitunada apostados con semblante impasible a ambos lados, se adelantaron a abrirlas para que Khalil y Salih entraran, después de hacer una leve reverencia al jeque.

—¿Cómo que no hay vuelta atrás con la occidental? Deja que se vaya —le aconsejó Salih a Khalil, ya dentro del majestuoso vestíbulo.

Ambos agradecieron la frescura que proporcionaba el mármol del interior del palacio.

—No, no niego que quizá he ido un poco más lejos de lo que debería con ella, pero no lo voy a dejar así. Tengo que meterla en mi cama, Salih —dijo con vehemencia.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Requerir sus servicios como concubina?

Salih dejaba claro que no aprobaba esa idea si era la que se le estaba pasando por la cabeza a Khalil. Ante su silencio, volvió a hablar.

—Khalil, es una locura. Quítate esa idea de la cabeza. Quítatela.

—La idea de someterla a mi voluntad, a mis deseos, es tan tentadora... —susurró él en tono anhelante—. Doblegar esa insolencia que derrocha, esa rebeldía, ese orgullo; subyugarla a mí... —Apretó los puños—. Solo imaginármelo me excita, me pone el miembro duro como una piedra.

—¿Eso es lo que necesitas? ¿Tenerla una noche en tu cama? —le preguntó Salih.

Khalil giró el rostro hacia su amigo.

—Por supuesto —sonrió con gesto divertido—. No tengo ninguna intención de hacerla mi esposa —se burló—. Solo quiero una buena noche de sexo con ella, y bajarle los humos.

Salih rio.

—No cambiarás nunca —dijo.

—Bien sabes que no —rio Khalil.

Y dando una palmada en el hombro de Salih se internaron en uno de los pasillos del palacio.

CAPÍTULO 30

Hanan estaba sentada en el borde de la piscina, con el vestido remangado para meter los tobillos en el agua fría.

—Hola —dijo Nadya.

Ella alzó la cabeza y le sonrió a modo de saludo. Nadya se sentó a su lado, se subió la túnica hasta las rodillas e introdujo los pies en el agua, como Hanan.

—¿Te gusta meter los pies en la piscina? —le preguntó.

La niña asintió con la cabeza.

—A mí también me gusta. Me ayuda a combatir el calor sofocante del desierto. ¿Sabes? Yo no estoy acostumbrada a este calor.

Hanan frunció el ceño, confusa. Nadya delineó en los labios una simpática sonrisa al advertir su expresión.

—Es que no soy de Egipto; soy de Inglaterra, un país del norte de Europa.

El rostro de Hanan se iluminó. Extendió el brazo y tomó uno de los mechones de pelo de Nadya. Después la miró.

—Sí, por eso mi cabello es dorado.

La niña abrió la boca, sorprendida.

—Nunca has estado fuera de Egipto, ¿verdad? —le preguntó Nadya.

Ella negó con la cabeza.

—El mundo está lleno de gente diferente. Todos somos iguales, pero al mismo tiempo físicamente distintos —comenzó a explicar Nadya—. Es fascinante. Hay personas de piel blanca, personas de piel negra...

Hanan la interrumpió para señalase ella misma con el dedo índice.

—No, su piel es mucho más oscura —le aclaró Nadya con una sonrisa—. Esas personas viven en países situados por debajo de Egipto. Su piel es así para protegerse del duro sol que golpea esta parte del planeta. Por eso tu piel es más oscura que la mía. Si no fuera así, el sol te quemaría y enfermarías.

La niña asintió, entusiasmada por todo lo que le estaba contando Nadya.

—También están los orientales. Se dice que tienen la piel amarilla, pero no es cierto —sonrió—. Aunque sus ojos son así. —Nadya se rasgó los ojos con los dedos y rio.

Hanan dejó escapar una risilla. Imitando el gesto de Nadya, se rasgó los ojos con los índices.

—Sí, así son —bromeó Nadya. Las dos rieron con complicidad—. La diversidad es fascinante —reflexionó, fijando la mirada en el agua cristalina de la piscina—, pero hay quienes se empeñan en utilizarlo para asegurar que no somos iguales. Volvió los ojos azules hacia Hanan—. ¿Te cuento un secreto? —dijo.

La niña se apresuró a afirmar con la cabeza. Nadya se inclinó hacia ella.

—Mi madre era egipcia —dijo en tono confidencial. Hanan abrió los ojos de par en par—. Era como tú; tenía la piel del color del caramelo y un pelo negro azabache que le caía en cascada hasta la cintura. Era guapísima.

De pronto sintió un acceso de nostalgia. Todavía no había superado del todo la muerte de sus padres. Una lágrima asomó a sus ojos. Hanan se apresuró a enjugársela con la mano. Nadya la miró. La niña se encogió de hombros.

—La asesinaron... —dijo—, y a mi padre también.

Hanan le acarició el pelo.

—Hay gente mala en el mundo, Hanan —afirmó Nadya con rostro apenado—. Gente muy mala. —Delineó en sus

labios una sonrisa amarga—. Pero ¿qué te voy a decir a ti? — lanzó al aire—. Has sufrido tanto siendo tan solo una niña... —Le colocó un mechón de pelo negro detrás de la oreja.

Hanan bajó los ojos.

—Pero ahora tu vida ha cambiado, ¿verdad? Ahora eres feliz. —dijo Nadya, adoptando un tono de voz alegre.

La niña alzó la vista y con una amplia sonrisa asintió.

—¿Te gusta estar aquí?

Hanan inclinó la cabeza mientras chapoteaba en el agua con los pies.

—¿El señor te trata bien? —le preguntó Nadya, aunque ella misma había sido testigo con sus propios ojos del cariño que Khalil le profesaba, y como era correspondido por Hanan.

Hanan volvió a afirmar.

Nadya le acarició la mejilla suavemente. Aquella niña despertaba en ella una inmensa ternura.

—Con él no tienes nada que temer; te va a proteger siempre. Nadie te va a hacer daño —dijo.

Hanan lo sabía. Era consciente de que Khalil la protegería del siniestro Yassir y de su propia familia. Sus padres se sentían deshonrados por haber abandonado a su marido. Aunque en un principio no había sido algo buscado ni voluntario, pero ella prefería morir a volver al infierno de Yassir.

—Hanan, a merendar —se oyó la voz de Bastet.

—¿Vamos? —le preguntó Nadya, guiñándole un ojo.

Ella movió la cabeza haciendo un ademán afirmativo, se levantó rápidamente y sin ponerse siquiera las sandalias, salió disparada hacia Bastet, que en esos momentos depositaba varios cuencos llenos de fruta y jarras de zumo sobre una mesa.

Nadya se acercaba a ellas cuando Berenice apareció en su camino sin saber muy bien de dónde había salido. Al pasar a su lado, un brillo lobuno destelló en sus ojos negros. Nadya trastabilló cuando Berenice le dio un empujón. Como pudo, se enderezó sin perder el equilibrio y se giró hacia ella. La mirada le ardía de furia.

—¿Por qué me has empujado? —le preguntó, encarándola.

—No vales nada —dijo Berenice con expresión de burla en el rostro.

—¡Tú sí que no vales nada! —rugió Nadya, cansada de sus constantes vilipendios.

Dio un paso hacia adelante y le devolvió el empujón. Berenice se tambaleó hacia atrás y se hubiera caído al suelo de no ser porque se sujetó en uno de los bancos de piedra del jardín.

Sin mediar más palabras, Berenice se abalanzó sobre Nadya. Sus manos se aferraron a su larga melena suelta. Nadya gritó por la sorpresa que le produjo el inesperado asalto, pero no se amedrentó. Cerró el puño y lo lanzó contra su oponente. Impactó de lleno en la boca de Berenice. La chica aulló de dolor retrocediendo unos pasos. Fulminó a Nadya con la mirada mientras se llevaba la mano al labio. Un hilo de sangre se deslizaba sigilosamente por la suave comisura.

—¿Quién te has creído que eres? —escupió—. En este harén no eres nadie.

Embargada por una ira que le recorría las venas como si fuera fuego, volvió al ataque. Abrió la mano y arrojó un zarpazo a Nadya. Las uñas de Berenice se clavaron en su mejilla, delineando varios surcos en la piel que de inmediato se tiñeron de sangre. Nadya sintió que le ardía el rostro.

Gimió de dolor.

—Y tú eres una estúpida —le respondió a la concubina.

Nadya se enfrentó de nuevo a ella. Dio una zancada y la empujó. Berenice perdió el equilibrio y terminó en el suelo.

Nadya se agachó y se sentó a horcajadas encima de ella. Berenice le tiró de nuevo del pelo, a lo que Nadya respondió con una fuerte bofetada que hizo que girara la cara.

—¡Zorra! —gritó Berenice.

—Aquí la única zorra que hay eres tú.

Nadya alzó el brazo con la intención de abofetearla de nuevo, pero de pronto notó que unas fuertes manos le rodeaban la cintura y la levantaban casi en vilo.

—¡Basta! —Era la voz ronca y autoritaria de Khalil la que restallaba en el aire.

CAPÍTULO 31

Bastet llegó en ese momento, alarmada por el alboroto. Ayudó a levantar del suelo a Berenice, que tenía la cara y la ropa manchada de polvo.

—¿Qué ha pasado aquí? —interrogó Khalil.

Berenice alargó la mano y señaló a Nadya con gesto acusador.

—Ella... —jadeó—. Ella se ha abalanzado de repente contra mí —dijo con la voz entrecortada.

Nadya frunció el ceño con gravedad. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¡Eso es mentira! ¡Eres una vil mentirosa! ¡Una embustera! —gritó a Berenice—. Cuando he pasado a tu lado me has empujado

—Has sido tú quien me ha empujado a mí —gimoteó la concubina con teatralidad.

Nadya trató de liberarse de las manos de Khalil para arremeter de nuevo contra Berenice. Las mentiras que salían de sus labios estaban provocando que le hirviera la sangre.

—¡Deja de mentir! —exigió.

—¡Ya! —atajó Khalil, tirando con fuerza del cuerpo de Nadya.

—¿La ve, mi señor? ¡Está loca! —dijo Berenice, mirando a Nadya con burla en los ojos.

Ella lanzó al aire un bufido de indignación.

—Eres una mentirosa. ¿Cómo te atreves a calumniarme así?

Khalil alzó la vista hacia Bastet.

—Llévate a Berenice y ocúpate de ella, yo me encargaré de Nadya —ordenó.

Bastet agarró a Berenice por los hombros.

—Vamos, no empeores más las cosas —dijo.

Pero Berenice se resistía a irse. ¿Por qué el señor se quedaba con Nadya en vez de con ella? ¿Por qué prefería ocuparse de la occidental?

—Vamos —insistió Bastet, tirando ligeramente de Berenice.

Finalmente ella accedió. Miró a Nadya de arriba abajo por última vez y se fue con Bastet.

Khalil guio a Nadya hasta una de las estancias del harén. Una habitación con lujosas alfombras persas y bancos de madera llenos de cojines de telas brillantes, con estampados geométricos.

—Entra —indicó Khalil.

Pasó detrás de ella y cerró la puerta a su espalda.

—¿Qué problema tienes? ¿Por qué te has peleado con Berenice? —le preguntó.

Nadya se giró hacia él como si hubiera sufrido un calambre. La figura de Khalil parecía dominar toda la estancia.

—¿Qué problema tengo? ¿Qué problema tiene tu concubina conmigo? No me soporta —dijo con un bufido.

—¿Por qué no habría de soportarte Berenice? —le preguntó Khalil.

Nadya suspiró.

—Porque está celosa —respondió.

—¿Celosa? Eso es ridículo. Berenice sabe cuál es su lugar. Sabe que no doy exclusividad a ninguna mujer.

Extrañamente, aquella última frase encendió la rabia de Nadya. ¿Por qué le molestaba que Khalil no quisiera dar exclusividad a ninguna mujer? ¿Qué le importaba a ella que fuera polígamo o monógamo?

Respiró hondo para calmarse. Se cruzó de brazos.

—Pues parece que se le ha olvidado, quizá tengas que recordárselo —repuso con mordacidad—, y déjale claro también que yo no tengo ningún interés en ti, que dirija el objetivo de sus celos hacia otra dirección.

—No estoy dispuesto a consentir este tipo de comportamientos en mi harén —dijo Khalil.

—Pues díselo a tu concubina —repuso Nadya con retintín—. Si no, es posible que la pelea que has visto hoy no sea la única. Ella me ha atacado, me ha dado un empujón cuando iba a acompañar a Hanan a merendar, y yo he respondido a ese ataque. No voy a dejar que Berenice me amedrente.

Khalil se llevó la mano al bolsillo del pantalón y extrajo un pañuelo. Nadya se tensó cuando lo vio acercarse a ella, estirar el brazo y cuidadosamente limpiarle la mejilla.

—Tienes la mejilla llena de arañazos —dijo.

—Estoy bien —respondió rápidamente.

Nerviosa, alzó la mano y trató de coger el pañuelo de Khalil para seguir limpiándose ella, pero él se lo impidió. Sus dedos se rozaron y Nadya bajó la mirada. Un cálido rubor manchó sus mejillas.

—Deja que te cure —susurró Khalil con voz aterciopelada.

—No es necesario, Khalil —dijo Nadya.

Aunque se sentía intimidada por su cercanía y por su suave voz, se obligó a levantar los ojos y mirarlo.

—Los arañazos se pueden infectar —afirmó Khalil, sosteniéndole la mirada mientras le enjugaba las gotitas de sangre que se deslizaban por su blanca mejilla.

—Son solo unos arañazos —insistió Nadya, que hablaba como si en esos momentos estuviera hipnotizada por él.

Khalil retiró el pañuelo.

—Ven —dijo, cogiendo la mano de Nadya.

—¿Adónde?

—Voy a curarte esos arañazos.

Nadya movió la mano tratando de soltarse.

—No hace falta... —protestó.

Khalil volvió el rostro hacia ella y la miró por encima del hombro. Se llevó el dedo índice a los labios y la silenció.

—Shhh... No me repliques —siseó en tono travieso.

CAPÍTULO 32

Khalil empapó una gasa en suero fisiológico para limpiar las heridas.

—No quiero que te vuelvas a pelear con Berenice —dijo, al tiempo que se la pasaba por la mejilla a Nadya con suaves toquitos.

—Ya te he dicho que ha empezado ella. No tiene ningún derecho a tratarme mal —replicó Nadya, aunque su voz estaba lejos de sonar enfadada. La delicadeza con la que le curaba Khalil los arañazos la había ablandado.

Khalil la miró unos instantes. Tenía el cabello despeinado fruto de la pelea, las mejillas sonrojadas y los ojos le brillaban vidriosos. La sintió extrañamente vulnerable. Deseaba abrazarla, estrecharla entre sus brazos y decirle que a su lado nunca le pasaría nada.

—Hablaré con ella —repuso, aplicando a los arañazos un desinfectante yodado—. No quiero que nadie te haga daño, no quiero que nadie te toque, ni siquiera que te rocen. Solo te puedo tocar yo —dijo, poniendo voz a su pensamiento.

—Khalil, yo no soy de tu propiedad —replicó Nadya.

Él la miró fijamente.

—¿Te gustaría serlo? ¿Te gustaría ser mía? —Las palabras eran tan susurrantes que Nadya sintió un escalofrío. Su corazón empezó a martillearle las costillas.

—No, Khalil, no —contestó—. No soy como uno de tus purasangres.

Pero en su fuero interno no estaba segura de que no quisiera. ¿Cómo se podía estar planteando siquiera algo semejante? Él había destrozado la excavación; su trabajo, su

sueño, y por si fuera poco, la había despojado de su libertad, incluso de su orgullo. Su rebeldía y sus desafíos solo eran una vana ilusión. No tenía nada que hacer contra él. Era una batalla perdida. Khalil la tenía en sus manos.

Culpó a la cercanía por el calor que estaba notando en el cuerpo. Trató de separarse, de poner distancia entre ellos. La proximidad de Khalil la confundía, hasta el punto de anular casi por completo su capacidad de razonar, pero él no se lo permitió. De un empujón, el Hijo del Desierto la atrajo hacia sí, pegándola a su cuerpo. Nadya alzó la mirada. Los ojos negros de Khalil se veían densos y sombríos, velados por el magnetismo que lo envolvía.

—Tienes razón, no eres como mis purasangres. Ellos, a pesar de su naturaleza indómita e impetuosa, se vuelven dóciles y obedientes entre mis manos —afirmó Khalil.

—Yo no voy a obedecerte.

—Lo harás. Con tiempo.

—No, no lo haré.

Khalil la miró con ojos divertidos, como un gato que observa a un ratoncito, consciente de que no tiene nada que hacer frente a sus sutiles zarpas.

—Eres la mujer más obstinada que conozco, y también la más fascinante. —Su voz baja y suave acariciaba la piel de Nadya como si fuera seda.

Ella sintió que empezaba a flaquear. Su cordura estaba a punto de saltar en pedazos. El extraño efecto que Khalil causaba en ella estaba de nuevo haciendo de las suyas.

—Khalil, por favor... —musitó en un tono apenas audible, pues casi no le salían las palabras.

—¿Por qué luchas contra el deseo, Nadya? ¿Por qué te niegas lo que sientes? —Mientras hablaba, Khalil deslizó suavemente la yema del pulgar por su labio inferior, repasando su contorno.

—Yo no lucho contra nada —se defendió ella con escaso convencimiento.

Echó hacia atrás la cabeza, escapando del contacto de Khalil. Quería irse, huir de las excitantes sensaciones que le hacía sentir. Unas sensaciones que le hacían enajenarse de todo, excepto de él.

En esos momentos, todo parecía girar en torno a Khalil.

—Sí lo haces —aseveró él, seguro de lo que estaba afirmando—. Estás librando constantemente una batalla contigo misma, negándote lo que sientes; negándote lo que te hago sentir.

Nadya apretó los dientes.

—Eso no es cierto —se defendió.

Khalil la soltó de pronto. Nadya aprovechó para alejarse unos pasos. Y, aunque con Khalil cerca no estaba fuera de peligro, respiró aliviada.

—Los hombres y las mujeres tenemos las mismas necesidades. ¿Por qué rechazas las tuyas? —dijo el Hijo del Desierto.

—¿De qué...? ¿De qué hablas? —preguntó Nadya.

—Si fueras mi concubina yo averiguaría con qué sientes placer y te lo daría. Satisfaría todas y cada una de tus necesidades —continuó Khalil. Su tono de voz se volvió sugerente.

Nadya sintió que una ola de rubor le ascendía por el rostro, coloreando de carmesí sus mejillas. Un líquido abrasador corrió por el interior de sus venas y su cuerpo se llenó de calor.

—Por enésima vez te repito que yo no seré jamás tu concubina —dijo con tensión en la voz. Escuchándose, era como un disco rayado que repetía lo mismo de forma interminable—. Deja de decir ridiculeces.

Sonriendo, Khalil la cogió del brazo y la atrajo hacia sí. Nadya forcejeó para liberarse de él. Estaba harta de su juego,

de su arrogancia, pero, sobre todo, estaba harta de que tuviera razón. Sin embargo, no pudo zafarse. Khalil le agarró las muñecas y, levantándoselas por encima de la cabeza, la inmovilizó. Nadya se movió, pero el Hijo del Desierto la aprisionó contra la pared.

—¿Qué te molesta más, Nadya? ¿La idea de que te proponga ser mi concubina o saber que, si lo fueras, te gustaría? —le preguntó con suficiencia.

Nadya abrió la boca. En su rostro apareció como un relámpago una expresión de indignación. Aquel hombre era irremediablemente engreído y arrogante.

—¡Maldito seas! ¿Quién te has creído que er...?

Khalil la silenció de golpe con un beso salvaje, voraz y exigente. Nadya se dejó seducir por su lengua, que exploraba su boca con destreza, robándole el aliento y la voluntad.

Khalil apartó la boca y dejó que Nadya tomara aire.

—Soy el que hace que mojes las braguitas —le susurró al oído con una sonrisa depredadora.

Se inclinó y volvió a rozarle los labios con los suyos. Esforzándose por reprimir el llanto, Nadya movió la cabeza. Se odiaba a sí misma por ser tan evidente y odiaba a Khalil por percibirlo. Aterrorizada por la intensidad de las sensaciones que amenazaban con vencer su autocontrol, se revolvió contra él.

—¡No, Khalil! —dijo con voz ronca.

Movió la pierna y le dio un pequeño puntapié. Aunque a Khalil no le dolió, sirvió para que se apartara.

—¡Eres un cabrón! —le gritó furiosa.

—Qué bien hablada eres —dijo Khalil.

Nadya alzó el brazo y, antes de que pudiera pensar lo que estaba haciendo, estrelló la mano contra la mejilla de Khalil. El sonido de la bofetada llenó la estancia. Khalil entornó los ojos hasta que parecieron dos ranuras negras, fulminándola,

mientras un silencio ensordecedor caía sobre ellos. Se acarició la mandíbula lentamente y su rostro adquirió una expresión de piedra. Sus miradas se cruzaron como espadas de acero.

Sin esperar a que dijera nada, Nadya echó a andar hacia la puerta y salió de la habitación dando un portazo. Estaba ya fuera cuando oyó a Khalil gritar su nombre.

—¡Nadya!

CAPÍTULO 33

Nadya emprendió una carrera por el pasillo mientras el corazón le latía a mil por hora. Los apresurados pasos producían un eco solitario sobre el suelo de mármol. La rabia se había instalado en su cabeza amenazándola con estallarle. Cruzó uno de los patios. Un espacio al aire libre, rodeado de arcos de herradura y encalado bellamente en blanco.

Con su nombre gritado por Khalil aún en la cabeza, abrió la puerta de madera sin apenas detenerse y se internó en una galería amplia y flanqueada por plantas de gran altura. Cuando tuvo la certeza de que Khalil no la seguía, se paró y se recostó en la pared, intentando recobrar el control de sus emociones.

Inhaló una profunda bocanada de aire y exhaló. El pecho le subía y le bajaba a toda velocidad. Pensó en la bofetada que le había dado a Khalil y tuvo la peligrosa certeza de que aquello le iba a costar caro.

—Nadya, ¿qué te ocurre? —La voz visiblemente alarmada de Kama la sobresaltó.

—Kama... —susurró ella con la mano en el cuello.

Exhaló un suspiro, aliviada de que no fuera Khalil, y masculló una maldición.

—Perdona, no quería asustarte —se disculpó la concubina.

—No... no te preocupes... —dijo Nadya entrecortadamente, tratando de serenarse y regular la respiración.

Kama apoyó la mano bronceada en su hombro.

—¿Estás bien? —insistió—. Tienes la cara desencajada.

—No, no estoy bien —confesó Nadya.

Kama buscó su mirada. El sol que se filtraba por los ventanales de la galería le daba de lleno en el rostro, intensificando el color cristalino de sus ojos.

—¿Es por la pelea con Berenice? Bastet me lo ha contado... No sé cómo ha podido hacer algo así. —Kama parecía indignada. Los comportamientos que estaba teniendo Berenice hacia Nadya habían traspasado cualquier límite.

—No estoy así por ella —aclaró Nadya—. Aunque agradezco tu apoyo, Kama. Berenice ha mentido. Yo no me he abalanzado sobre ella, ha sido ella la que me ha empujado a mí.

—Lo sé. Yo lo sé, Nadya. Los celos le nublan la mente; hacen que mienta y que se pelee con todas nosotras. Últimamente no tiene medida —dijo la concubina—. Pero dime, ¿estás así por el señor? ¿Te ha regañado? —retomó el tema.

Nadya negó con la cabeza.

—No me ha regañado, pero hemos discutido... como siempre.

Nadya se pasó la mano, aún temblorosa, por la frente. Sudaba. No sabía si por la carrera que se había dado, por el sofocante calor que hacía, o por el encuentro con Khalil, que siempre conseguía aumentar su temperatura.

—¿Por qué has discutido con él? —curioseó Kama.

—Porque no accedo a ser su concubina. Porque no quiero serlo —respondió Nadya, cansada de repetir siempre lo mismo—. Porque... —súbitamente se calló.

No quiso confesarle a Kama que Khalil afirmaba que ella lo deseaba.

—Nadya, ¿de verdad el señor te es totalmente indiferente? —le preguntó Kama.

Nadya levantó el rostro como si hubiera recibido un latigazo en el cuello.

—¿Tú también, Kama? —dijo molesta.

—No te enfades, Nadya —se apresuró a decir la concubina con voz conciliadora—. No pretendo incomodarte, pero me he fijado en cómo miras al señor y...

—¡Y nada! —la interrumpió Nadya—. ¡Yo no lo miro de ninguna manera! Lo aborrezco. Lo aborrezco profundamente, porque me ha traído aquí en contra de mi voluntad. Yo tendría que estar trabajando en mi excavación y haciendo mi sueño realidad.

—Cálmate —le pidió Kama, pasándole la mano por la espalda—. Sabes que estoy contigo. Si dices que lo aborreces, yo te creo —dijo.

Kama no quería que Nadya se enfadara con ella. En esos momentos se encontraba muy alterada, pero en el fondo no la creía. Realmente pensaba que sentía algo por el señor. No sabía exactamente qué, pero el modo en que lo había mirado el día que Khalil fue a ver a Hanan no dejaba lugar a dudas, aunque no lo reconociera.

—Vamos a la cocina. —Kama tomó de nuevo la palabra—. Bastet ha preparado limonada.

—Sí, vamos —aceptó Nadya—. Necesitamos refrescarnos. Con este calor, me voy a deshidratar.

CAPÍTULO 34

Khalil se pasó lentamente la mano por la mandíbula en tensión. La mejilla todavía le ardía de la bofetada que le había dado Nadya. Aquello iba a costarle caro. Muy caro. ¿Quién se había creído que era? ¿Con qué derecho lo humillaba de aquella manera? Le enseñaría de una vez por todas quién era él y el lugar que ocupaba ella en su harén. Ejercería su derecho como jeque esa misma noche, y ella tendría que cumplir con sus deberes como concubina. Le gustase o no.

El contundente golpe de unos nudillos en la puerta le sacó de sus pensamientos.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y Salih entró en la habitación.

—Al fin te encuentro —dijo.

Khalil se giró hacia él. Salih permanecía de pie, estático como una estatua, en medio de la estancia.

—¿Por qué me buscas? ¿Qué sucede? —preguntó el jeque al percibir la entonación seria de su amigo.

—Hay problemas en el pueblo —respondió él con gravedad.

Khalil frunció el ceño dejando ver su malestar.

—¿Yassir? —intuyó.

—Sí, algunos de sus hombres están atemorizando a la gente.

—¿Cómo se atreve?! —bramó Khalil. De inmediato echó a andar en dirección a Salih.

—Ya lo conoces... No tiene escrúpulos ni límites —dijo Salih.

Khalil exclamó una maldición con los dientes apretados. ¿Hasta cuándo iba Yassir a sentirse ultrajado? ¿Por qué no entendía de una vez que había perdido y que debía darse por vencido?

—¡Vamos! Nos llevaremos a Mahmoud, a Hasani y a un par de hombres más —ordenó a Salih—. No voy a permitir que los secuaces de Yassir hagan daño a mi pueblo —dijo con arrojo.

Salih se giró sobre sus talones y siguió los pasos del Hijo del Desierto.

Más relajada y en la intimidad que proporcionaba uno de los rincones más hermosos del jardín y la puesta de sol, Nadya le dijo a Kama:

—Tengo que escapar de aquí.

Tenía la imperiosa necesidad de contárselo a alguien, de contar con la complicidad de una persona; tener un confidente. Había enfadado a Khalil; lo había humillado y lo había arrastrado al límite. Estaba segura de que el Hijo del Desierto la obligaría a someterse a su voluntad, a meterse en su cama. Segura de que la convertiría en su concubina. Se maldijo en silencio por ser tan orgullosa. Con Khalil no se jugaba, y ella había jugado.

—¿Escapar? ¿Estás loca? —dijo Kama ceñuda—. Nadya, eso es imposible.

—¿Por qué? —preguntó ella al borde de la desesperación.

—Porque el palacio es inexpugnable como una fortaleza.

Nadya se levantó del banco de piedra en el que estaba sentada y se acercó a la fuente que presidía el centro del anillo que formaban los setos perfectamente podados.

—Pero como en cualquier fortaleza, por inexpugnable que sea, hay entradas, salidas... —dijo Nadya.

Se inclinó un poco hacia adelante, estiró el brazo e introdujo la mano debajo de uno de los chorros de la fuente. El agua la refrescó. Se mojó las muñecas y la nuca.

—Aunque pudieras escapar, el desierto Blanco es muy peligroso —le explicó Kama, tratando de hacerla entrar en razón.

—Supongo que como cualquier desierto —apuntó Nadya como obviedad.

Se sentó en el borde de la fuente.

—No. El desierto Blanco lo es mucho más —enfaticó Kama—. Hay tribus de beduinos que asaltan a los extranjeros que merodean por él, a veces incluso los secuestran. Y luego está Yassir...

—¿Yassir? ¿Qué pasa con él?

—Ya sabes lo que ocurrió con Hanan. Le tiene jurada venganza a Khalil.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Si Yassir se enterara de que eres concubina de Khalil...

—Yo no soy su concubina —se apresuró a aclarar Nadya con vehemencia.

Kama no pudo evitar poner los ojos en blanco. Se levantó y se sentó al lado de Nadya.

—Está bien, no eres su concubina —dijo en tono de resignación—. Pero has estado en su harén y, de alguna manera, tienes relación con él. Si Yassir se enterara de que conoces a Khalil, te secuestraría... Incluso aunque no lo supiera, si te encontrara en el desierto, te raptaría y te llevaría a su harén.

—No es muy diferente de lo que ha hecho Khalil —apuntó Nadya.

—Te aseguro que Yassir es mucho peor que el señor —dijo Kama en tono serio—. Ese hombre no tiene escrúpulos. No

quiero imaginarme lo que te haría o lo que te obligaría a hacer...

Solo pensarlo hizo que se estremeciera.

Sin embargo Nadya ya no la escuchaba, su cabeza continuaba elucubrando la forma de escapar del harén, sin pensar en las posibles consecuencias ni en los peligros sobre los que le estaba advirtiendo Kama.

CAPÍTULO 35

Khalil, Salih y el resto de los hombres que los acompañaban bajaron al pueblo a todo galope dejando tras de sí una densa estela de polvo. Atravesaron estrechos callejones hasta alcanzar un zoco donde se asentaba un mercado. Allí, varios individuos parapetados en sus caballos aterrorizaban a un grupo de mujeres y niños, que corrían de un lado a otro profiriendo gritos de pánico, tratando de ponerse a salvo y de esquivar los cascos de los animales, que golpeaban el suelo una y otra vez estrepitosamente, sembrando el terror en el lugar.

—¿Cómo os atrevéis a molestar a mi gente?! ¡Marchaos de aquí! ¡Marchaos! —ladró Khalil con cara de pocos amigos.

Salih y el resto de los hombres esperaban impacientes detrás de él. Habían formado una barrera entre las mujeres y los secuaces de Yassir, para que estos no les atacaran.

—¡Dejad en paz a mi gente y volved con el perro cobarde de Yassir! —exclamó furioso Khalil.

Uno de los hombres, de complexión fuerte, con un turbante negro y un pañuelo añil que ocultaba la mitad de su rostro para protegerlo del polvo, se adelantó un par de pasos con el caballo, sobresaliendo así del resto. Khalil lo reconoció de inmediato. Era Sebak, la mano derecha de Yassir. Se llevó la mano al pañuelo, lo desabrochó y lo dejó caer a un lado.

—¿Y si no nos vamos?, ¿qué harás, Khalil Ab Tagul? —lo provocó imprudentemente, levantando el mentón.

Khalil se enderezó en su montura y se acercó a Sebak. Aunque los hombres de Yassir eran tipos fornidos y robustos, Khalil era más alto y fuerte que ellos. Nadie allí le hacía sombra. Nadie podía.

Se inclinó ligeramente sobre sí mismo.

—Mi gente es intocable —advirtió a Sebak con voz de trueno—. Si volvéis a molestar a mi pueblo, os cortaré la cabeza y bañaré con vuestra sangre inmoral la arena del desierto Blanco.

Sebak esbozó una sonrisa burlona.

—Yassir no te lo permitiría —dijo.

—No necesito que Yassir me lo permita —dijo Khalil en tono mordaz—. No necesito que un perro cobarde me dé permiso para nada. Marchaos y no se os ocurra volver. De lo contrario, conoceréis mi ira.

Salih se adelantó con su caballo pardo.

—Y la mía —dijo tajante.

—Y la nuestra —añadieron Mahmoud, Hasani y el resto de los hombres de Khalil, que también se irguieron en sus monturas.

—¿Crees que tus hombres nos dan miedo? —preguntó Sebak.

—Deberían daros miedo —aseveró Khalil—. Son los mejores guerreros de todas las antiguas tribus que quedan en Egipto.

—¿Habéis oído eso? —dijo Sebak a los individuos que lo acompañaban—. Los hombres del Hijo del Desierto presumen de ser los mejores guerreros.

Los secuaces de Yassir estallaron en risas.

—¿Queréis probar el sabor de mi cimitarra? —preguntó socarronamente Salih, llevando la mano a la empuñadura del arma—. Estoy deseando desenvainarla y rebanaros el cuello.

—Otro día —respondió Sebak.

—No sois más que unos cobardes, como el perro al que servís —repuso Salih, dejando entrever su desdén.

—¡Marchaos! —repitió Khalil, cuya paciencia estaba a punto de agotarse.

Su fuerte voz hizo que el purasangre se encabritara, alzando las patas delanteras. Khalil lo controló tirando de las riendas con contundencia.

—Tendrás noticias de Yassir —dijo Sebak en un tono que sonaba amenazante.

—Lo estaré esperando —repuso Khalil, aceptando el reto velado que le lanzaba Sebak—. Decidle que cuando quiera nos vemos las caras.

—Lo haréis. Él jamás te perdonará lo que le hiciste —apuntó Sebak.

—Hice lo que tenía que hacer. Solo un degenerado contrae matrimonio con una niña. ¿Cómo osa llamarse hombre? —dijo Khalil con expresión indignada—. Solo es un crápula.

—Con quien se casó mi señor no era asunto tuyo —le echó en cara Sebak—. No eran tus tierras, ni tus tradiciones, ni tu pueblo...

—¿Qué tradiciones ni que niño muerto?! —lo interrumpió bruscamente Khalil—. Hanan solo tiene 13 años.

—Yassir se encargará de hacerte pagar el agravio que has cometido. Te vas a arrepentir, Khalil Ab Tagul. —Sebak se cubrió de nuevo el rostro con el pañuelo añil.

Khalil rio con denostada burla.

—Eso habrá que verlo.

Sebak lo miró con los ojos entornados. Alzó el brazo e hizo una seña con la mano.

—Nos vamos —ordenó a sus hombres.

Espoleó los flancos del caballo con fuerza y se lanzó a correr a todo galope calle abajo, pasando al lado de Khalil con semblante altanero. El resto hizo lo mismo, elevando una enorme nube de polvo tras la que desaparecieron.

—Perros cobardes —siseó Salih entre dientes—. Qué ganas de cercenarles el cuello.

—Tranquilo, Salih. Ya llegará nuestro momento —repuso Khalil.

—Tenías que haber dejado que los cortáramos la cabeza —sentenció Salih, al que le seguía hirviendo la sangre en las venas.

—Hay que mantener la mente fría, Salih —dijo Khalil en cierto tono admonitorio—. Estamos rodeados de mujeres y niños. Esto podría haberse convertido en una matanza.

—Tienes razón, Khalil. Perdona —se disculpó Salih—. Pero es que no puedo evitar que me hierva la sangre.

—Y a mí también. Pero como te he dicho, ya llegará nuestro momento. Otro día en otro escenario.

Khalil miró a su alrededor, llevando la mirada a un lado y a otro.

—¿Estáis bien? —preguntó a las mujeres que los hombres de Yassir habían atemorizado con sus caballos.

Algunas cabezas se inclinaron.

—Sí, gracias, señor —le agradecieron, aún con la voz llena de temor.

—Bien, volved a vuestros hogares —dijo Khalil en tono amable.

Las mujeres cogieron a sus hijos y se marcharon.

CAPÍTULO 36

Nadya contemplaba las vistas desde el balcón mientras pensaba en la forma de escapar. Debía ser realista: no tenía muchas opciones, pero alguna forma habría de salir de allí. Tenía que ser positiva y no dejarse vencer por el pesimismo.

De pronto oyó el golpe de unos nudillos en la puerta y alguien que la abría, interrumpiendo sus cavilaciones. Se giró.

Bastet entró en la habitación seguida de una chica de pelo endrino y ojos almendrados. La había visto en el harén, pero nunca había hablado con ella excepto algún intercambio de saludos. Era otra de las concubinas de Khalil, pensó con fastidio.

La mirada se le fue a las manos de Bastet. Llevaba lo que parecía un vestido de gasa de color azul turquesa. Entornó los ojos y aguzó la vista. No era un vestido, era un camisón.

Tragó saliva. Arrastró los ojos hasta la chica joven. Entre las manos tenía varios botes de aceite y distintas fragancias.

—Oh, no —musitó, temiéndose lo peor. No quería preguntar porque sabía la respuesta, pero tuvo que hacerlo—. ¿A qué habéis venido?

—El señor te requiere esta noche en su habitación —contestó Bastet—. Vamos a prepararte para él.

Nadya sintió que el latido de su corazón se aceleraba, golpeando su pecho frenéticamente.

—Bastet, no voy a ir —se negó en rotundo, haciendo gala de su habitual testarudez.

—Nadya, tienes que acudir a su habitación. Khalil te ha requerido y no se pueden desobedecer sus órdenes. Él quiere verte —le explicó la mujer.

Nadya trató de protestar.

—Pero...

—Ya, por favor —se impuso Bastet, mirándola con gravedad.

Nadya lanzó un vistazo en derredor buscando el modo de escapar. ¿Qué posibilidades tenía de huir para no convertirse finalmente en la concubina de Khalil, como él pretendía? Ninguna. Aunque lograra salir de la habitación, no tenía la menor idea de salir del harén y menos del palacio. Khalil terminaría atrapándola en algún lugar de aquel laberinto.

—Vamos al cuarto de baño —ordenó Bastet.

Nadya sintió que su única esperanza de escapar se desvanecía cuando la chica joven la cogió amablemente del brazo y la acompañó hasta el cuarto de baño. Ella se limitó a dejarse llevar.

Llenaron la enorme bañera de agua y en ella vertieron varios de los líquidos que contenían los frascos que habían llevado. El aire se llenó de una suave fragancia mezcla de lavanda y bergamota mientras en el agua flotaban pétalos de rosa y flores de naranjo.

Bastet la ayudó a desvestirse y cuando estuvo completamente desnuda, la ayudó a introducirse en la bañera.

—Nefar, lávale el cabello —ordenó Bastet a la chica.

—Sí, señora —dijo ella en tono servil.

Nefar vertió un chorro de champú en sus manos, hizo espuma y empezó a lavar el pelo de Nadya, que trataba de mantenerse imperturbable ante lo que le esperaba, pero a duras penas era capaz de ocultarlo.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —le preguntó la chica con voz afable.

Nadya notó que las mejillas se le encendían.

—¿Mi...? ¿Mi primera vez?

¿Cómo sabía aquella chica que iba a ser su primera vez?, se preguntó Nadya. ¿Cómo sabía que nunca había tenido relaciones sexuales con un hombre?

—Con el señor, me refiero... —aclaró Nefar.

—Sí, bueno... —tartamudeó Nadya.

Nefar sonrió con calidez.

—No tengas miedo. El señor es muy apasionado. Las noches con él son salvajes e interminables, pero también es tierno y paciente —dijo, al notar su nerviosismo.

Nadya forzó una media sonrisa, pero no dijo nada. Dudaba que Khalil fuera con ella tierno y paciente. Lo había enfurecido. Llevaba haciéndolo desde que se habían visto por primera vez, cuando ella intentó detenerlo poniéndose delante de su caballo. Ahora se lo iba a hacer pagar, y seguramente muy caro.

Se estremeció.

Los nervios se le agarraron al estómago y le provocaron náuseas.

Salió de la bañera, le secaron suavemente y le peinaron la larga cabellera rubia y, tras masajearle el cuerpo con aceite de una esencia cuyo aroma Nadya no supo reconocer pero que resultaba exquisito, le pusieron el camisón. La prenda era de seda pura, tan suave al tacto, que parecía líquido, y transparente, demasiado transparente, quizá, pues apenas ocultaba sus encantos femeninos. El roce de la tela contra su piel supuso una sensación desconocida para ella.

Se miró de reojo en el espejo de cuerpo entero que poseía la habitación. ¿Era ella? Enrojeció al verse tan sexy. Su cuerpo rezumaba sensualidad por cada poro de la piel. Imaginó en su mente la mirada de Khalil recorriéndola de arriba abajo; observándola con ojos depredadores. Se abalanzaría sobre ella como un águila sobre un conejo.

Alzó la mirada y se encontró con los ojos de Bastet, que la esperaba con una bata larga en las manos.

—Estás preciosa —le dijo.

—Es cierto —apuntó Nefar.

—Gracias —contestó Nadya, al tiempo que introducía los brazos en las mangas de la bata.

—Vamos —dijo Bastet.

Y aunque ella no quería encontrarse con Khalil, asintió y siguió a la mujer.

El Hijo del Desierto la esperaba.

CAPÍTULO 37

Nadya siguió a Bastet por un laberinto de pasillos y corredores en los que había apostados varios hombres pertenecientes al personal de seguridad.

Los bordes de la larga bata susurraban contra el suelo de mármol mientras se dirigía a la habitación de Khalil. La larga melena ondulaba suelta sobre sus hombros a medida que avanzaba por el pasillo. Le temblaban las manos y el corazón le latía fuerte contra el pecho, preguntándose cómo iba a enfrentarse a Khalil después de la bofetada que le había propinado.

Frente a la puerta de madera, Nadya respiró hondo e intentó armarse de un pretendido valor que estaba lejos de sentir. Tenía miedo. No podía evitarlo.

Cuando Bastet abrió la puerta, Nadya tuvo el impulso infantil de dar la vuelta y echar a correr como una niña pequeña. Pero era consciente de que no serviría de nada, por lo que se limitó a seguir a Bastet hasta el interior de la habitación.

Nadya recorrió con la mirada la estancia. La habitación del Hijo del Desierto era grande, preciosa y exótica, y la más espectacular que había visto jamás. Tanto, que Nadya se quedó sin aliento. Parecía sacada de *Las mil y una noches*, como todo allí. Estaba decorada con muebles elegantes y en tonos granates y púrpuras, lo que le daba un aire misterioso e íntimo. Hermosísimas alfombras persas cubrían el suelo en su totalidad. Las cortinas de damasco se encontraban recogidas en suaves pliegues, dejando ver las maravillosas vistas del pueblo desde aquella altura. El resplandor de la luna entraba por las enormes ventanas, iluminando un exquisito tapiz con escenas mitológicas que colgaba en una de las paredes. En las

mesas y estanterías de roble había varios boles de cristal con agua aromatizada, que impregnaba el aire de una elegante y sutil fragancia con olor a jazmín.

Los ojos de Nadya se detuvieron en la cama, que dominaba la habitación situada encima de una tarima. Se imaginó a Khalil y a ella misma envueltos entre las sábanas de satén granates y la multitud de cojines, y sintió un extraño hormigueo en el estómago. De pronto se dio cuenta de que las mejillas le ardían y de que estaba ruborizada. Era increíble —y detestable— el efecto que provocaba en ella el simple hecho de pensar en Khalil.

Sorprendida y horrorizada por la dirección de sus propios pensamientos, movió la cabeza.

Trató de consolarse diciéndose que tenía que ser el harén, la decoración, el palacio, o el sutil aroma que flotaba en el ambiente... Todo estaba impregnado de una sensualidad y un erotismo que resultaba hipnotizador, que incitaba a pecar, a que la mente evocara y se perdiera en imágenes indebidas.

Giró los ojos. Khalil se encontraba de espaldas, frente a los ventanales del balcón, contemplando el vibrante resplandor de las estrellas, con un porte majestuoso.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —lo saludó Bastet como era su protocolaria costumbre.

—Gracias, Bastet —respondió Khalil.

Nadya lo miraba con suma atención. Khalil no se había movido, permanecía de pie, de espaldas a ella. No se había dado ni siquiera la vuelta.

—Bastet, déjanos solos —ordenó en tono serio, sin girarse.

—Sí, señor —dijo ella.

Nadya le lanzó una mirada de súplica. Bastet le dirigió una sonrisa cálida para que se tranquilizara, antes de salir de la habitación.

—Buenas noches —se despidió de Khalil.

—Buenas noches —dijo él.

La puerta se cerró tras Nadya. De pie en mitad de la habitación, no sabía qué hacer. Nerviosa, se arrebujó la bata sobre el pecho.

Entonces Khalil se dio la vuelta.

Nadya contuvo el aliento en la garganta cuando lo tuvo frente a ella. Se mordió el labio inferior. Khalil estaba resplandeciente con un elegante caftán negro que le llegaba hasta la mitad de los muslos y unos pantalones ajustados que se encargaban de remarcar la firmeza de sus piernas. Sus rasgos parecían más fuertes y masculinos que nunca.

¿Por qué tenía que ser tan increíblemente atractivo? ¿Y tan alto? ¿Por qué tenía aquel efecto en ella? Odiaba que tuviera aquel efecto.

Quizá fuera una sensación suya o tal vez la situación, pero le parecía aún más regio y más intimidatorio que en otras ocasiones. Se fijó en su rostro. Su expresión era distante y fría. La de una persona que es perfectamente consciente de su poder, y de la obediencia que le deben los que le rodean.

En el fondo, Nadya no se había tomado en serio la amenaza de Khalil de convertirla en una de sus concubinas. No se había permitido pensar que sería cierto. Había dado por hecho que no ocurriría, que solo iba a darle una lección; estaban en el siglo XXI y pertenecía a una cultura totalmente diferente. Pero la realidad es que se encontraba en su habitación, frente a él. Y no es que Khalil la fuera a someter a su voluntad, es que no tenía otra opción.

—¿El señor ha solicitado esta noche a alguna concubina?
—preguntó Berenice a Bastet, cuando esta regresó a las dependencias del harén.

—Sí—respondió.

—¿A quién? —curioseó con impaciencia en la voz.

—A Nadya.

El rostro bronceado de Berenice se descompuso en un segundo.

—¿Y la ha llevado a su habitación? —dijo ceñuda y con sorpresa.

—Sí —volvió a afirmar Bastet en tono neutro.

—¿Por qué la ha llevado a su habitación? —continuó la concubina con su interrogatorio—. El señor nunca nos lleva a sus aposentos. No nos lo permite, los encuentros siempre tienen lugar en las estancias del harén.

Bastet dejó escapar el aire, haciendo acopio de paciencia, y miró a Berenice. Alrededor de sus ojos comenzaban a apreciarse unas sutiles arrugas.

—Berenice, lo que haga el señor no nos incumbe —dijo tajante.

—Pero es que...

—Berenice, ya está bien —le cortó en tono autoritario—. Deja de cuestionar las decisiones del señor.

Bastet no quería seguir escuchando las quejas de Berenice, así que se dio la vuelta y se fue, zanjando el asunto. Berenice bufó mientras observaba como Bastet se alejaba del lugar.

Masculló una maldición entre dientes.

—¿Ya estás quejándote de nuevo? —La voz de Kama sonó detrás de ella.

Berenice ni siquiera se tomó la molestia de girarse.

—El señor ha llevado a Nadya a su habitación —dijo con desdén.

—¿Y qué? —preguntó Kama sin dar importancia a lo que había dicho.

Ante su pregunta, Berenice giró el rostro y fulminó a Kama con la mirada.

—¿Cuándo nos ha llevado a nosotras a su habitación? —
No dejó que respondiera—. ¡Nunca! —estalló sin poder
contenerse—. ¿Qué tiene esa occidental que no tengamos
nosotras?

—Berenice, los celos no te hacen bien.

—¿Qué sabes tú de lo que me hace bien o mal?

—Sabes que el señor no nos da exclusividad a ninguna.

—Pero por Nadya siente algo especial —afirmó Berenice
—. Me lo dice mi intuición. Es como si esa mujer lo hubiera
hechizado.

—¿Y qué si Nadya le gusta de una manera especial? —
cuestionó Kama—. Es nuestro señor y tenemos que respetar
sus decisiones.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? —saltó Berenice,
mostrando su enfado.

Kama meneó la cabeza. En ese momento decidió que
Berenice era imposible. Los celos obsesivos que sentía por
Khalil le hacían perder el norte y olvidar cuál era su lugar.

—Los celos te ciegan —le dijo—. Vas a sufrir mucho si
continúas con esa actitud posesiva con Khalil.

Berenice miró una última vez a Kama. En sus ojos de color
ébano asomó un viso de desprecio.

—Déjame en paz —dijo.

Se recogió la falda larga del vestido y echó a andar a
zancadas por el dilatado pasillo.

CAPÍTULO 38

Nadya no sabía qué hacer ni qué decir. ¿Seguiría Khalil enfadado por la bofetada que le había dado? Tenía la sensación de que estaba manejando una bomba de relojería y de que explotaría de un momento a otro con el más mínimo movimiento que hiciera.

Había pensado que Khalil se abalanzaría sobre ella como un depredador que por fin ha conseguido acorralar a su presa. Se sorprendió cuando él la invitó a que se sentara a la mesa.

—Siéntate, por favor —le pidió, señalándole una de las sillas.

Nadya lo miró con ojos recelosos, pero tras unos segundos, se acercó a la mesa y se sentó. Khalil se acomodó frente a ella.

Olía a jabón y a una fragancia con aroma a cítricos que a Nadya le resultó estimulante.

—¿Qué pretendes? —le preguntó.

Nadya observó a Khalil, y vio el asomo de un desafío en la profundidad de su mirada.

—¿Aún no lo sabes? —dijo a su vez él con suficiencia.

Sus ojos negros brillaban con un halo insondable, rebosantes de mil placeres.

Nadya tragó saliva. Khalil era completamente insufrible. Le hubiera dado réplica, como solía hacer, pero en aquella ocasión se puso nerviosa. El pulso se le aceleró vertiginosamente. Permaneció en silencio. Se negaba a mirarlo a los ojos, temiendo lo que pudiera ver en ellos.

—¿Quieres una uva? —le preguntó Khalil.

Alargó la mano y le ofreció una. Nadya la cogió, tratando de no rozar sus dedos, y se la llevó a la boca. Cuando la mordió, el jugo estalló en su lengua.

—Gracias —dijo.

—¿Te gusta?

—Está deliciosa.

Durante unos segundos se hizo el silencio en la habitación. Khalil tomó una uva del racimo y la mordió sin dejar de mirar a Nadya. A la luz ámbar de la lámpara su cabello era de un dorado brillante y sus ojos de un azul profundo y dulce.

—¿Qué te trajo a Egipto? —le preguntó de pronto.

Nadya alzó la vista y se arriesgó a mirarlo. Parecía relajado, como si no hubiera pasado nada. Se fijó en cómo tragaba. Hipnotizada, siguió con los ojos el suave movimiento de su nuez al subir y bajar. No podía ser cierto que se sintiera atraída por Khalil. Tenía que odiarlo con todas sus fuerzas.

—Ya lo sabes: trabajo. Era la encargada de una excavación —dijo, recuperando el control.

—¿Y por qué otro motivo has venido a Egipto?

Nadya enarcó las cejas.

—No hay ningún otro motivo —contestó. Se frotó la frente.

Khalil la miró con suspicacia durante unos segundos.

—Tengo la sensación de que no estás diciendo toda la verdad —apuntó.

—¿Por qué?

—Tienes un rostro muy expresivo. Todas tus emociones se reflejan en él.

—Pues en este caso te equivocas —contestó apresuradamente Nadya.

Khalil sabía que estaba mintiendo. Una voz en su interior le decía que Nadya estaba allí por alguna razón más que

ocultaba, pero no podía obligarla a que se lo contara.

—¿Qué pretendías encontrar en el desierto Blanco? —preguntó, cambiando de tema.

—Algún vestigio de Akhenatón.

—El faraón hereje —apuntó Khalil, recostando la espalda en el respaldo de la silla.

—Sí.

—¿No crees que te has desviado unos cuantos kilómetros en su búsqueda? Akhenatón levantó la ciudad de Akhetatón, la actual Amarna.

—Aunque fundó la ciudad que ahora se llama Amarna, conocida como la «ciudad maldita», y la convirtió en la capital de Egipto, desplazando a Tebas, hay teorías que lo sitúan una breve temporada en esta zona —repuso Nadya.

Khalil la miró fijamente.

—¿Por eso aprendiste árabe?, ¿para venir a Egipto? —quiso saber.

Nadya tardó unos segundos en responder.

—No, me lo enseñó mi madre. Ella era egipcia.

Khalil abrió ligeramente los ojos, sorprendido por la revelación que le acababa de hacer Nadya.

—Ahora lo entiendo todo... —murmuró.

Sonrió, con una sonrisa sexy, enseñando sus dientes blancos y perfectos.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó Nadya.

—El toque exótico que posee tu rostro —respondió Khalil—. Aunque tus ojos sean azules como el cielo y tu pelo dorado como el sol, muy alejado de las características de las etnias egipcias, hay algo especial en ti, algo misterioso... y eso te lo otorga tu ascendencia vinculada a mi tierra, a la Tierra de los Faraones. Tu poderosa fuerza es como la de las reinas egipcias.

—Estás exagerando —dijo Nadya.

—No me mires de ese modo.

—¿De qué modo?

—Con tanto escepticismo. Te aseguro que no exagero — refutó Khalil.

Nadya se sonrojó. Aquel halago la enorgulleció de un modo extraño. El recuerdo de su madre afloró a su mente. Siempre se había sentido orgullosa de tener sangre egipcia, sobre todo, porque amaba Egipto, su antigua civilización y el misterio que la rodeaba.

—Gracias por tus palabras —respondió, jugueteando con un mechón de pelo.

Khalil se levantó de su asiento y caminó hacia ella con porte elegante.

CAPÍTULO 39

Nadya carraspeó nerviosa cuando Khalil se sentó a su lado. Dejó de jugar con el mechón de pelo y se lo colocó tras la oreja.

—Nadya, sabes para qué estás aquí, por qué he requerido tu presencia —dijo Khalil. Su voz había adquirido un tono serio.

Ella tragó saliva.

—Te pido perdón por la bofetada que te di —respondió de pronto.

Las negras y pobladas cejas de Khalil se contrajeron ligeramente.

—¿A qué viene eso ahora? —preguntó.

Nadya echó hacia atrás la silla y se incorporó, para poner distancia con él.

—Quieres castigarme por ello —le aclaró, caminando hacia la ventana.

Una lenta sonrisa se extendió por las facciones de Khalil.

—¿Crees que quiero castigarte?

Nadya se giró hacia él.

—Es lo lógico, osé pegar al jeque —contestó.

Se cruzó de brazos para evitar restregarse los dedos. Detestaba que Khalil pudiera darse cuenta de que la intimidaba.

Él se incorporó y se aproximó a Nadya con el sigilo y la belleza de un tigre. Podía notar como la sangre palpitaba aceleradamente en las venas de su pálido cuello. Ella se quedó

quieta, tratando de mantener una postura imperturbable, como si le fuera indiferente.

—No pretendo castigarte, sino darte placer. Un placer que probablemente nunca hayas conocido —susurró Khalil, tan cerca de Nadya que ella podía sentir su aliento en los labios.

Las níveas mejillas de Nadya adquirieron un vivo rubor bajo la intensidad de la mirada masculina, que se deslizaba por ella, adivinando las curvas de su cuerpo a través de la tela de la bata. Se preguntó por qué le resultaba tan difícil respirar. Alzó el rostro y se esforzó por mirarlo. Se sentía desnuda bajo su inescrutable examen. Al ver el deseo que yacía en los ojos de Khalil le entró miedo. Le imponía demasiado.

Nadya no se dio cuenta de en qué momento decidió salir corriendo, pero fue consciente de ello cuando las manos fuertes de Khalil la agarraron por la cintura impidiéndole escapar.

—No creo que vayas a ir muy lejos, y tampoco creo que quieras que te deje ir —le susurró Khalil en el oído.

La sensualidad de su voz fue su perdición.

Nadya bufó de frustración. Odiaba a Khalil por tener razón y se odiaba a sí misma por sentirse así, porque la hiciera sentir de aquel modo. No se reconocía cuando estaba con él. No sabía quién era. Es como si perdiera su identidad, como si Khalil hubiera despertado una parte de ella que ni siquiera sabía que existía. Estaba acostumbrada a tener el control; a ser racional y mostrarse segura de sí misma, pero delante de él eran los sentidos los que la gobernaban y no la cabeza. Una parte de ella quería irse de allí, pero otra anhelaba que él fuera a más, que la arrastrara hasta la cama y le diera todo ese placer que prometía darle.

Khalil pareció intuir la encarnizada guerra que se libraba en su interior. Le dio la vuelta y la colocó con la espalda contra la pared. Le abrió las piernas con la rodilla y metió el muslo entre ellas. Sus manos abandonaron su cintura para coger sus muñecas y entrelazar los dedos con los suyos por encima de la

cabeza, inmovilizándola. Se inclinó, aproximando su rostro al de Nadya. A ella se le secó la boca ante su proximidad. Era demasiado consciente de él, de su poder, de su fuerza, de su magnetismo. Tanto, que el mundo podría haberse desvanecido en ese instante y no se hubiera enterado.

—Dime, Nadya, ¿quieres que te deje ir? —le preguntó Khalil en voz baja. Un deseo oscuro brilló en su mirada.

Nadya no se atrevía a mirarlo, por miedo a que sus ojos revelaran la verdad. Esa verdad que ella se empeñaba en ocultar.

Con una agonizante lentitud, Khalil recorrió la línea de sus labios con el dedo pulgar, sensibilizando la boca de Nadya, que suspiró involuntariamente. La necesidad de tocarla era insoportable.

—¿Por qué no me respondes? —insistió.

El cerebro de Nadya se negaba a funcionar. La actitud de Khalil tenía que darle miedo, pero en lugar de eso, solo sentía excitación. Su aroma masculino y el roce de su muslo en el vértice de sus piernas la tenía con los sentidos embotados.

Khalil sabía que podía lograr que aquella indiferencia que mostraba Nadya desapareciera en un instante. Todo lo que tenía que hacer era acercarse, besarla, y ella dejaría escapar ese gemido de rendición ante él que lo volvía loco.

Apoyó los labios sobre los suyos con determinación, apretándola contra la pared y su cuerpo. Al principio Nadya se resistió, tirando de los últimos retazos de sensatez que le quedaban. Movié la cabeza de un lado a otro, pero finalmente acabó sucumbiendo al deseo y a la pasión del Hijo del Desierto. La calidez de su boca era tan maravillosa que era imposible resistirse.

La lengua de Khalil recorrió su labio inferior para después introducirse entre los dientes y buscar su lengua. Nadya dejó escapar un leve gemido. La excitación atravesó su cuerpo, seducida por el movimiento de su lengua en su boca.

—Lo quiero todo de ti, Nadya —dijo Khalil sobre su cuello con voz ronca—. Absolutamente todo.

La sangre se le acumuló en la entrepierna, inflamando su miembro y provocándole una erección tan intensa que casi era dolorosa. Se pegó a Nadya. Quería que se excitara tanto como él y que fuera tan consciente de su cuerpo como él lo era del suyo.

Nadya notó la presión del palpitante pene contra su vientre y sintió una extraña debilidad recorrerle el cuerpo. La horrorizaba su incapacidad de mantener el control ante él. No debería dejarse llevar de aquella forma, pero...

Una sucesión de rápidos golpes de nudillos en la puerta los interrumpió.

—¡Khalil! —gritó Salih, impaciente, descargando otra retahíla de golpes en la madera maciza.

Khalil alzó la cabeza de mala gana. Resopló frustrado. Se giró sobre los talones y se dirigió a la puerta dispuesto a asesinar a su amigo.

—¿Qué pasa, Salih? ¿A qué vienen esos golpes? —inquirió con el ceño fruncido.

Salih no se anduvo con rodeos. No había tiempo.

—¡Yassir y sus hombres están intentando asaltar el palacio! —dijo.

Khalil maldijo. Su voz retumbó en la habitación como un trueno.

—Viene a por Hanan —dijo.

—Sí —afirmó Salih.

Khalil apretó los puños con fuerza.

—No se saldrá con la suya.

Se volvió hacia Nadya.

—No te muevas de aquí —le ordenó—, andar por palacio es muy peligroso en estos momentos.

Nadya se limitó a asentir con la cabeza mecánicamente. Khalil le devolvió la atención a Salih.

—Vamos a encargarnos de ese miserable —dijo.

Y salió por la puerta acompañado del leal Salih como si fuera la versión moderna de un antiguo guerrero.

CAPÍTULO 40

Una idea pasó fugazmente por la cabeza de Nadya. Una idea imprudente, descabellada. Precipitada. Era una oportunidad de oro para escapar de allí. Aprovecharía el revuelo que se había formado para salir del palacio. Con Khalil, Salih y el resto de los hombres pendientes de Yassir, no repararían en ella.

Corría hacia la puerta cuando se percató de que no podía huir con el atuendo que llevaba puesto. ¿Cómo iba a caminar por el desierto con un camisón transparente? Pero no podía ir a su habitación y coger algo de ropa. No tenía tiempo y además corría el peligro de ser vista.

Deslizó una mirada a su alrededor.

—Piensa algo rápido, Nadya —se urgió a sí misma.

Se vestiría con ropa de Khalil. Era lo único que tenía a mano.

Fue hasta su enorme vestidor, abrió uno de los armarios de par en par y lanzó un vistazo rápido a las prendas que colgaban ordenadamente en las perchas. Escogiera lo que escogiera le iba a quedar enorme, pero cualquier cosa era mejor que el camisón que llevaba. Sacó unos pantalones negros y un caftán gris y sin pensarlo mucho, se lo puso.

La tela tenía impregnado el aroma de Khalil. Ese olor tan característico suyo que traía hasta la habitación su recuerdo.

Sacudió la cabeza. No era momento de entretenerse en pensar en él.

Se agachó y rápidamente se dio varias vueltas a los bajos del pantalón y a las mangas del caftán, sin detenerse en pensar que su apariencia era un extraordinario despropósito.

Abrió la puerta de la habitación y se asomó con cuidado. Ante ella se extendía un largo pasillo. Recordó por dónde la había llevado Bastet desde el harén y conjeturó que alguna de las salidas tenía que estar en el lado opuesto.

Cerró la puerta sin hacer ruido y corrió pasillo adelante. Por fortuna no se encontró con ninguno de los hombres del personal de seguridad, excepto uno que cruzó el pasillo de lado a lado cuando se disponía a bajar la escalinata. Pero le dio tiempo a ocultarse detrás de una columna antes de que la viera. Dejó escapar el aire de los pulmones con alivio cuando el tipo pasó de largo.

Sacó la cabeza ligeramente y miró a un lado y a otro con ojos cautelosos. Al comprobar que el vestíbulo estaba despejado, salió de detrás de la columna y se apresuró a descender ágilmente los peldaños de la escalera. Si no actuaba con diligencia, su plan fracasaría. No quería imaginar la reacción de Khalil si descubría que estaba tratando de escapar.

Sin mirar atrás, atravesó el enorme vestíbulo. De él surgían dos galerías: una a la derecha y otra a la izquierda.

Nadya se paró unos instantes para debatir por cuál iría. Siguiendo con su teoría, la galería de la izquierda la alejaba más del harén, así que se decantó por esa. Empezó de nuevo la carrera y se adentró en el corredor sin cuestionarse si era el correcto o no.

Comenzó a oír el rumor de lo que parecían voces. Estas fueron ganando fuerza a medida que avanzaba. Moviéndose por el aguijón de la curiosidad, se detuvo frente a una de las ventanas que daban al patio. Descorrió tímidamente las cortinas y miró al exterior.

El resplandor de la luna dejaba ver a Khalil, que estaba dando órdenes a Salih y al resto de sus hombres. Yassir había asaltado el palacio con el objetivo de llevarse a Hanan. El corazón de Nadya se encogió. Dios no podía permitir que ese hombre se saliera con la suya. Si Hanan volvía con él, su vida sería de nuevo un infierno.

Pero no podía permitirse el lujo de pensar en eso ahora. Debía mantener la mente fría. Khalil se ocuparía de ello, por nada del mundo dejaría que Yassir se saliera con la suya.

Soltó la cortina y la tela veló la visión que tenía del patio. Se giró, miró al frente y echó a correr.

Llegó hasta una puerta de doble hoja. En esos momentos Mahmoud y otro hombre entraron por ella como una exhalación. Nadya reaccionó justo a tiempo para esconderse detrás de la puerta.

Antes de que se cerrara y sigilosa como un gato, se coló a través de ella y salió al patio. Rápidamente se pegó a la pared. Khalil y sus hombres estaban cerca. Demasiado, quizá. El corazón de Nadya se aceleró fruto de la adrenalina que le corría por las venas.

—Mierda... —masculló en voz baja.

Respiró hondo y miró a derecha e izquierda. A unos cien metros divisó los enormes portones de madera que le permitirían salir de aquel lugar, que le devolverían la libertad. El rostro se le iluminó al comprobar que estaban abiertos.

Al amparo de las sombras clandestinas de la noche, se movió entre las columnas que formaban el largo pórtico que rodeaba el patio. Estaba a punto de alcanzarlas cuando oyó la voz de Salih.

—¡Vamos! —gritó.

Un segundo después, varios caballos galopaban a toda velocidad hacia ella. Se giró con una agilidad pasmosa y se ocultó detrás de un contrafuerte del muro. Contuvo el aliento con el cuerpo tenso durante los segundos que los hombres y sus monturas cruzaban los portones rumbo al pueblo.

Había estado cerca, pensó Nadya con el corazón latiéndole en la garganta.

Se tapó la boca y la nariz con la manga del caftán y, corriendo, se metió en la nube de polvo que levantaban los cascos de los caballos.

El estómago le dio un vuelco de alegría cuando la polvareda se desvaneció a su alrededor y se vio por fin fuera del palacio.

CAPÍTULO 41

Khalil se dirigió al harén y advirtió a Bastet y a las concubinas de que protegieran a Hanan. Yassir había tratado de asaltar el palacio para raptarla y no dudaba de que volvería a intentarlo. Por su parte, él apostó varios hombres en la entrada para salvaguardar la seguridad del lugar. Yassir no lograría llevarse a la niña. No lo permitiría.

Después volvió al patio, ensilló su purasangre y se fue al pueblo. Perseguiría a Yassir hasta los confines del mundo, si era necesario, pero no dejaría que alterara la tranquila vida de su gente.

Mientras Nadya corría, a lo lejos se oían gritos y órdenes. Sin detenerse miró hacia atrás y contempló cómo desaparecía lentamente el magnífico palacio amurallado.

Se dirigió al pueblo, convencida de que alguna caravana la llevaría a la ciudad más próxima, ya que aprovechaban el frescor que proporcionaba la noche para viajar.

Sus pasos la condujeron a una estrecha calle que descendía hacia el pintoresco zoco, vacío y con aspecto desangelado a esas horas intempestivas. Dio la vuelta en una pequeña plaza rodeada de casas bajas y caminó por una travesía hasta encontrar una familia, un matrimonio con dos hijos, que se ofreció a llevarla hasta una pequeña población beduina a medio camino de Farafra.

Ya en la camioneta, entre las risillas curiosas de los dos niños, que miraban asombrados su pelo y la insólita tonalidad de sus ojos, Nadya se permitió respirar hondo, visiblemente aliviada.

Lo había conseguido.

No volvería a ver a Khalil Ab Tagul nunca más. Inexplicablemente durante una décima de segundo se dio cuenta de que no le gustaba la idea. Pero se recordó a sí misma lo que ese hombre le había hecho, lo que casi había estado a punto de pasar apenas unas horas antes, y también se recordó que tenía que odiarlo.

Khalil espoleó enérgicamente los flancos de Sombra para dar alcance a Yassir. Cuando llegó a su altura, se adelantó unos cuantos metros y se atravesó en su camino. El caballo de Yassir relinchó y levantó las patas delanteras ante el obstáculo, provocando que su jinete casi cayera al suelo. Por suerte para Yassir en el último momento logró controlarlo.

—¡Eres un maldito perro cobarde! —ladró Khalil entre dientes.

—¿No pensarás que voy a dejar que te quedes con Hanan? Ella es mía —dijo Yassir con semblante desdeñoso.

—Hanan no es de nadie. Las personas no son propiedad de nadie.

—Hanan sí es mía. Es mi esposa, me pertenece —afirmó Yassir—. ¿O la quieres para ti solo? —añadió con desprecio.

Khalil se acercó a Yassir con la velocidad y ligereza de un león en pleno ataque y le agarró vigorosamente de la pechera con una mano.

—¡Yo no soy un depravado como tú!, ¡yo no violo a niñas! —rugió con los ojos llenos de furia a escasos centímetros de su rostro ajado.

La prominente barriga de Yassir se sacudió como si fuera de gelatina cuando trató de zafarse de Khalil, pero no lo logró.

—¡Suéltame! —forcejeó con la voz jadeante.

Khalil finalmente lo liberó de su mano.

—No vales ni el viejo caballo que montas —dijo—. No te quiero volver a ver por mi pueblo. Ni a ti ni a tus secuaces, y mucho menos que trates de asaltar mi palacio. La próxima vez te daré caza y te cortaré el cuello. Hazte a la idea de una vez de que Hanan nunca volverá contigo. No lo permitiré —sentenció con una mirada tan gélida que hubiera congelado el mismísimo sol.

—No te atrevas a amenazarme, Khalil Ab Tagul —dijo Yassir.

—No es una amenaza, es una promesa, y el Hijo del Desierto siempre cumple sus promesas —repuso él, serio—. Ya te lo he advertido, Yassir, no te lo voy a repetir más veces —concluyó.

Y tirando de las riendas de su purasangre, que relinchó con fuerza, se lanzó a toda velocidad a través de las cimbreadas dunas del desierto.

Khalil volvió con sus hombres, que lo esperaban en el zoco del pueblo.

—¡Maldito cobarde! —exclamó Salih con rabia contenida.

—Yassir no va a parar hasta que recupere a Hanan —intervino Mahmoud.

Las mandíbulas de Khalil se pusieron en tensión.

—Jamás dejaré que Hanan regrese con él en contra de su voluntad. Antes le cortó el cuello, ya se lo he dicho —aseveró—. Lo único que ese hombre ofrece a una mujer son humillaciones, latigazos e infelicidad.

Salih posó la mano en el hombro del jeque, ofreciéndole su apoyo.

—No te preocupes, no dejaremos que alcance su propósito.

Khalil asintió en silencio. Su rostro acusaba a esas horas el cansancio acumulado de una noche entera en vela.

—Volvamos a palacio —ordenó a sus hombres.

—Volvamos —dijo Salih.

Todos picaron espuela a sus caballos y se precipitaron calle arriba. Sus siluetas se fundieron con la oscuridad de la noche.

CAPÍTULO 42

Khalil dejó el caballo a cargo de Salih y se fue directamente a su habitación. La idea de ver a Nadya le reconfortó en aquella noche tan dura. Pero el rostro le demudó al entrar y no verla.

—¿Nadya? —preguntó, avanzando por la estancia—. Yassir —masculló.

En un primer momento pensó que Yassir la podía haber raptado. Ese pensamiento se desvaneció en su mente cuando reparó en el camisón. Nadya lo había dejado encima de la cama.

—No puede ser... —dijo.

Soltó un juramento y desapareció tras la puerta.

—Ensilla a Sombra, Salih, mientras yo preparo algunas provisiones y ropa —ordenó al llegar de nuevo a los establos.

—¿Qué ocurre, Khalil? —le preguntó él con alarma en la voz.

—Nadya se ha escapado.

—¿Qué? ¿Por qué sabes que se ha escapado? Quizá la ha secuestrado Yassir.

—No. Ha dejado el camisón en mi habitación. Supongo que se ha puesto algo de ropa mía —respondió Khalil—. Voy a salir a buscarla.

—Voy contigo —se apremió a decir Salih.

—No, Salih, es mejor que te quedes aquí —repuso Khalil—. No me fio de Yassir, y prefiero que vigiles el palacio.

—¿Estás seguro, Khalil?

—Sí.

—¿Por qué no te llevas a Mahmoud o Hasani?

—Quiero ir solo —dijo Khalil.

—Como desees —accedió Salih—. Enseguida te preparo el caballo —dijo, dirigiéndose al interior del establo.

Unos minutos después, Khalil abandonaba el palacio sin rumbo determinado y con la única pretensión de encontrar a Nadya. ¿Cómo se le podía haber ocurrido escaparse? ¿Acaso no sabía que el desierto era un enemigo impiadoso? Nadie salía vivo de él.

Y por si no fuera suficiente, Yassir andaba merodeando por allí.

Una hebra de angustia anidó en su pecho.

¿Y si se lo encontraba? ¿Y si él la raptaba y se la llevaba a su harén? No se atrevió a imaginar lo que ese degenerado sería capaz de hacer con ella.

—¡Maldita sea, Nadya! —masculló sin dejar de galopar, con el viento azotando su pelo.

No se perdonaría nunca que le ocurriera algo. Nunca.

Cabalgó unos metros y se detuvo. Tenía que pensar...

Nadya era una mujer inteligente. No se lanzaría al desierto así por así. Seguro que había bajado hasta el pueblo. Siguiendo su intuición, Khalil fue tras su pista. Preguntó a varios lugareños que no pudieron proporcionarle información sobre ella, hasta que un hombre, un anciano de pelo canoso y piel ajada por el sol, por fin le dio los datos que buscaba. Nadya se había marchado en la caravana de una familia que se dirigía

hacia la ruta Al Farafra-Al Wahat. El hombre no le supo especificar cuándo habían emprendido el viaje, pero le aseguró que hacía ya algunas horas.

Khalil le dio las gracias, y de inmediato puso rumbo a esa dirección. Tenía que alcanzar a Nadya.

La población a la que llegaron era una aldea que contaba con apenas una decena de casas mal dispuestas. Construcciones rústicas y en exceso modestas de una planta, levantadas con adobe y arena sobre el árido desierto.

—¿Es aquí donde os quedáis? —preguntó Nadya a la mujer.

—Sí —asintió ella.

Nadya levantó la vista y miró por encima de su hombro. Una sábana de arena se extendía a su alrededor. No parecía seguro, pero tenía que seguir si quería escapar de Khalil.

—¿Hacia dónde está Farafra? —dijo.

—Hacia el norte —respondió el hombre—. Sigue la ruta Al Farafra-Al Wahat.

Alzó la mano y señaló con el dedo el largo camino que se abría ante ellos.

—Sigue por él —le indicó—. Las caravanas van y vienen a diario por esta ruta. Alguna te acercará a Farafra.

—Muchas gracias —agradeció Nadya.

—Espera —la detuvo la mujer antes de que emprendiera el camino—. Llévate agua. Sin agua no llegarás lejos —dijo, ofreciéndole un par de cantimploras con una sonrisa. Nadya se las ató a la cintura—. Y protégete el rostro —añadió.

La mujer se quitó el pañuelo que cubría su cabello y se lo puso a Nadya alrededor de la cabeza. Tomó uno de los extremos y cruzándolo por el rostro, le tapó la boca y la nariz.

—Así el polvo no te entrará —dijo.

Nadya le tomó las manos y le sonrió.

—Gracias —dijo—. Gracias, de verdad.

—Suerte y que llegues donde desees llegar —le dijo la mujer con amabilidad.

—Suerte también para ti y tu familia —dijo Nadya.

La mujer inclinó la cabeza, agradecida.

CAPÍTULO 43

El calor era tan intenso que casi le dejaba sin aliento, incluso a esas horas tempranas del día. Con el frío de la noche se había olvidado de lo feroz e impiadoso que podía ser el sol.

Una película de sudor perlaba su frente. Tenía la ropa pegada al cuerpo, le dolían las piernas y le ardían los pulmones como si tuviera fuego en ellos, pero continuó andando, alejándose de la aldea beduina en la que la había dejado el amable matrimonio que la había llevado hasta allí y, a la vez, poniendo más distancia con el harén de Khalil.

Se detuvo, cogió una de las cantimploras, quitó el tapón y retirándose el velo, dio un trago, al tiempo que se enjugaba la frente con la manga del caftán. Había tratado de beber lo justo para aportar a su cuerpo el líquido suficiente que la mantuviera en pie, hasta encontrar una caravana que la llevara a Farafra.

No sabía cuánto tiempo llevaba caminando. Mucho, pensó. Pero no había logrado atisbar el menor indicio de vida en aquel lugar yermo, excepto un halcón que no dejaba de sobrevolar por encima de ella. Si hubiera sido un buitres, hubiera jurado que el animal estaba morbosamente esperando a que muriera para comérsela.

Respiró hondo, se colgó la cantimplora en la cintura y emprendió de nuevo el camino.

Khalil tiró con fuerza de las riendas y paró el caballo en lo alto de una colina. Se puso la mano en la frente a modo de visera para protegerse del sol de media mañana y oteó en derredor.

Nada.

No veía nada, ni el más asomo vestigio de Nadya.

Lanzó al aire un gruñido. Estaba empezando a desesperarse. Ya habían pasado demasiadas horas y seguía sin ver rastro de Nadya. Todavía continuaba sin explicarse cómo había sido tan inconsciente. ¿Hasta dónde llegaba su temeridad? Los peligros del desierto eran innumerables, sobre todo para alguien como ella, que no había estado nunca. Y no le tranquilizaba saber que Yassir y sus hombres merodeaban por sus tierras. Y para colmo de males se avecinaba una tormenta de arena. Lo presentía. La atmósfera estaba agitada, revuelta. Amenazando infortunios.

—¿Dónde estás? —masculló preocupado.

Picó los costados de Sombra con un golpe seco y se precipitó colina abajo a todo galope.

Sus pies se hundían en la arena como si fueran de plomo. Estaba agotada. Se paró, se giró y miró hacia atrás. Solo distinguía sus propias huellas en la llanura desértica que se extendía ante sus ojos. Volvió la vista al frente y enarcó las cejas. ¿Dónde estaba el camino por el que tenía que ir? ¿Dónde estaba la ruta de Al Farafra-Al Wahat? ¿Por qué había desaparecido?

Sintió que una punzada de angustia se apoderaba de su pecho cuando comenzó a ser consciente de la situación.

—Me he perdido —dijo desalentada en voz alta, mirando a un lado y a otro completamente desorientada—. ¡Estupendo! —jadeó con ironía.

¿Cómo iba a encontrar a alguien que la dejara subir a su caravana si se había desviado de la ruta?

Dio una vuelta sobre sí misma y miró a su alrededor aguzando la vista, tratando de hallar el camino que la llevaría a Farafra. Pero solo había arena. Arena y más y más arena.

—¡Mierda! —exclamó.

Maldijo su suerte en silencio.

El desierto, ese lugar que tanto amaba y admiraba cuando estaba en Londres y al que deseaba ir para rescatar parte de la historia de Akhenatón, se convirtió de pronto en su enemigo. En uno feroz, implacable y cruel.

Pero la culpa era del Hijo del Desierto. Era por Khalil que se encontraba en aquella situación. Si no la hubiera retenido en su harén, no hubiera tenido que huir y nada de aquello habría sucedido.

Sacó fuerzas de donde no tenía y lanzando un suspiro, echó a andar hacia la inhóspita línea del horizonte. ¿Cuántos kilómetros se vería obligada a caminar para encontrar algo de civilización? ¿Alguna aldea donde poder pedir ayuda? En esos momentos parecía ser la única persona que habitaba el planeta.

Un rato después, Nadya vio un saliente en una roca. La canícula flotaba en la atmósfera deformando su perfil. Lo primero que se le vino a la cabeza es que por fin podría resguardarse de aquel endiablado sol y disfrutar de un poco de sombra. Animada por el hecho de pensar que se sentaría y descansaría unos minutos, aceleró ligeramente el paso.

En cuanto las alcanzó, apoyó la mano en ellas. Las rodillas le temblaban. Se deslizó por la pared de piedra hasta quedar sentada en el suelo y resopló a través del velo que cubría su boca. Ya en la arena, cogió la cantimplora, la abrió y dio un largo trago de agua. Echó la cabeza hacia atrás y la dejó descansar en la roca. Levantó los ojos hacia el cielo completamente desnudo de nubes. ¿Qué iba a hacer si se le terminaba el agua? Las posibilidades de hallar la ruta de Al Farafra-Al Wahat, incluso intentando ser optimista, eran escasas.

Las palabras de Khalil resonaron en su cabeza. Le había dicho que no la aconsejaba escaparse, que el desierto era un

mal amigo; que moriría deshidratada antes de que se diera cuenta.

Tal vez tuviera razón y muriera deshidratada allí mismo.

Suspiró y se enjugó con las mangas del caftán, las gotas de sudor que se deslizaban por las sienes.

También le había dicho que las tribus asentadas en la zona la despedazarían sin piedad, que no tenían muy buena estima a los occidentales.

Cerró los ojos y alzó una plegaria al Cielo para no encontrarse con una de esas tribus. No había pensado en ello cuando había salido corriendo de la habitación de Khalil para huir de su harén. Pero ahora se daba cuenta de que había sido una insensatez. Los ojos se le anegaron de lágrimas.

Una sombra enorme cayó sobre ella, cubriendo el abrasador sol del desierto. Abrió los ojos.

CAPÍTULO 44

—Mira lo que tenemos aquí —dijo una voz ruda en tono burlón.

Nadya arrugó las cejas. Delante de ella se encontraba un hombre joven, corpulento y de piel curtida que estaba montado en un caballo con el pelaje castaño. Iba ataviado con varias capas de ropa y llevaba un tocado granate en la cabeza para protegerse del sol y del viento del desierto. Sonreía, pero su sonrisa era tan desagradable que Nadya sintió miedo. Deseó gritar, pero no pudo. Deseó echar a correr, pero el miedo la tenía paralizada.

A su lado apareció otro hombre, también a lomos de un caballo. No era joven como él, sino de mediana edad. Moreno, con una barriga prominente y una espesa barba negra que daba aspecto de estar enmarañada. La miraba desde lo alto con una expresión tan fría y desdeñosa en los ojos que Nadya volvió a sentir la dentellada del miedo. La observaba como si fuese un objeto que pudiera comprar. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

Todas las alarmas saltaron en su interior. Se movió, decidida a irse de allí, pero el hombre joven puso el caballo delante de ella, obstaculizando su intención, y ni siquiera dándole tiempo a levantarse. Una nube de polvo se alzó delante de sus ojos.

—¿Dónde crees que vas? —preguntó el hombre.

—He estado descansando un rato, pero tengo que seguir mi camino —respondió Nadya con cautela.

—¿Adónde vas? —dijo el hombre más maduro.

—A Farafra —respondió Nadya sin dar más explicaciones.

—Nosotros podemos llevarte —habló el joven—. Podemos llevarla, ¿verdad, Yassir?

Nadya palideció. Toda señal de color había desaparecido de su rostro. Sintió que le faltaba el aire. No podía ser cierto. Aquel hombre de mediana edad con barba desaliñada era Yassir, el marido de Hanan. Tragó saliva.

—Claro —contestó Yassir.

Miró a Nadya de arriba abajo como si la considerase una mercancía y le dedicó una mirada llena de lujuria. Ella se puso de pie de un salto.

—No es necesario —se adelantó a decir.

Echó a andar, quería irse de allí y deshacerse de aquellos hombres cuanto antes. Una voz en su interior le decía que saliera corriendo y no parara. En esa ocasión fue Yassir el que se interpuso en su camino. Nadya respiró hondo tratando de mantener la calma.

—No es muy seguro que las damas vayan solas por el desierto —dijo Yassir—. Sobre todo, con unos ojos tan bonitos como los tuyos —añadió con perversidad contenida.

Nadya trató de pasar entre los dos caballos, pero tanto Yassir como el hombre que lo acompañaba le cerraron el paso. Su corazón se aceleró, presintiendo el peligro que la acechaba. Notó como se le secaba la boca.

—Dejadme pasar —pidió en tono pausado.

Hizo un esfuerzo para disimular los nervios y como pudo fingió una confianza en sí misma que estaba muy lejos de sentir.

—Antes quiero ver tu rostro —dijo Yassir de repente.

Se inclinó sobre el caballo, con más agilidad de la que se podía esperar de un hombre de su complexión, alargó la mano y de un fuerte tirón le arrancó el velo. Nadya gritó, sobresaltada. Cuando su cara quedó al descubierto se hizo un momento de silencio. Nadya advirtió que la expresión de

Yassir demudaba en una extraña sorpresa, o miedo, como si hubiera visto un fantasma.

—¿Quién demonios eres? —farfulló Yassir después de unos segundos. Nadya no respondió y retrocedió un par de pasos. Él entornó los ojos—. ¿He dicho que quién eres? —repitió, alzando la voz.

Frustrado por su silencio, la cogió del brazo con fuerza y de un tirón la acercó a él. Nadya pudo oler el hedor fétido de su aliento.

—¡Contesta! —la incitó Yassir.

—¡Suéltame, bastardo! —gritó Nadya, sin poder contenerse.

Se echó hacia atrás, tratando de liberarse de la mano de Yassir, que se cernía como un grillete alrededor de su brazo, pero fue inútil.

—¡Respóndeme! —exigió Yassir. No parecía que se fuera a dar por vencido—. ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes?

—¡Qué me sueltes! —gritó Nadya otra vez, aterrada.

Al tirar para zafarse de él se hizo daño. Gritó, pero Yassir no la liberó.

—No voy a soltarte —dijo.

Nadya pudo ver la ferocidad en sus pequeños ojos y la sangre se le heló de miedo. Yassir la agarró de la cintura y la arrastró hasta que quedó sentada delante de él en el caballo. Presa del pánico, Nadya se revolvió contra él con todas sus fuerzas, dando patadas y puñetazos al aire, mientras el hombre joven observaba la escena con ojos divertidos.

—¡Estate quieta, zorra! —le ordenó Yassir en tono frío—. O te aseguro que te romperé los brazos.

—¡No quiero ir contigo! ¡Déjame, desgraciado! ¡Maldito bastardo! —le increpó Nadya.

Yassir la apretó más contra sí. Nadya notó su barriga gelatinosa moverse de arriba abajo en su espalda. Sintió un profundo asco. Una náusea le escaló por la tráquea. Aquel hombre era repugnante.

Levantó el brazo y con fuerza golpeó a Yassir en la cara. Él profirió un alarido, la soltó y ella aprovechó para bajarse del caballo. Cayó en la arena de rodillas. Estaba incorporándose cuando la mano gorda de Yassir, que se había apeado de su montura, la aferró otra vez del brazo y la puso en pie de un tirón. Nadya sintió el mordiente cepo que formaban sus dedos al cerrarse alrededor de su carne.

—Ven aquí, maldita zorra. Yo te voy a domar —se burló Yassir con malicia.

Le agarró la cabeza y se acercó a ella. Nadya se estremeció de miedo bajo su mirada.

CAPÍTULO 45

Sus labios gruesos y violáceos tocaron los de Nadya. La besó con tanta fuerza que le hizo daño. Ella se debatió contra él con los puños y los pies, tratando de escapar, mientras las náuseas se apoderaban de su garganta. Levantó la pierna y le dio un rodillazo. Yassir profirió una maldición y la empujó, lo que provocó que Nadya trastabillara y terminara cayendo al suelo. Odió sentirse tan débil e indefensa como se sentía en ese momento.

—¿Quién te has creído que eres para pegarme? Eso es una ofensa —dijo Yassir con los ojos inyectados de rabia—. Nadie ofende a Yassir El Delab y vive para contarlo.

Nadya se quedó inmóvil, sin capacidad de respirar, al ver la siniestra expresión que reflejaba el rostro de Yassir.

Él se abalanzó súbitamente sobre ella y, antes de que pudiera reaccionar y defenderse, la levantó con una mano y le dio una bofetada. Ella sintió que se mareaba. Intentó decir algo, protestar, pero de su boca solo salió un gemido ahogado por el dolor.

—Voy a enseñarte cómo domo yo a una mujer —masculló Yassir.

Bajó una de sus manos, ásperas y sudorosas por el sofocante calor, y palpó el pecho de Nadya por encima de la ropa, estrujándose. Ella oyó como el caftán se rasgaba cuando Yassir tiró de la tela. Se agitó con fiereza, tratando otra vez de soltarse, cuando notó que él tenía la intención de desnudarla. Entonces el viejo jeque la empujó contra la roca. Nadya perdió el equilibrio y volvió a caer al suelo. Impotente por no ser capaz de frenar a Yassir, sollozó. De repente, en su mente apareció la imagen de Khalil.

Si el Hijo del Desierto estuviera allí...

Justo en el momento en el que las manos de Yassir tocaban la piel desnuda de los hombros de Nadya y ella empezaba a gritar, ocurrió algo. No sabía exactamente qué, pero de pronto dejó de sentir el peso del cuerpo de Yassir sobre el suyo.

Alguien gritaba.

—¡Yassir, no la toques! ¡Si lo haces, eres hombre muerto!
—Era la voz de Khalil.

Nadya no pudo evitar sentir un enorme alivio cuando lo escuchó. Aturdida y con la cabeza dándole vueltas, se incorporó y recostó la espalda en la roca. Se apretó contra el pecho el caftán medio desgarrado mientras intentaba recuperar el control de la respiración. Se pasó vigorosamente los dedos por los labios, intentando borrar el asqueroso beso que le había dado Yassir.

—¿Por qué no puedo tocarla? —preguntó Yassir con suficiencia.

—Porque es una de mis concubinas —respondió Khalil de forma tajante.

Yassir miró a Nadya, que permanecía recostada en la roca con el rostro lívido, después dirigió la mirada a Khalil y pronunció unas cuantas palabras en un dialecto de la zona que ella no entendió. Khalil puso mala cara y respondió en el mismo dialecto en un tono que a Nadya le sonó duro.

¿Qué le había dicho?, se preguntó con curiosidad.

Yassir volvió a hablar, en respuesta a lo que había manifestado Khalil. Este contestó de nuevo de malas maneras. En los siguientes minutos la conversación se tornó áspera.

—¡Lárgate! —dijo Khalil por fin en árabe. Nadya pudo ver la ferocidad que reflejaban sus ojos negros—. No tienes nada

que hacer aquí. —Sus palabras sonaron rudas y autoritarias. Desde luego no admitían ninguna discusión.

Yassir giró el rostro y le dedicó una nueva mirada a Nadya. Ella se encogió sobre sí misma, apretándose más la tela del caftán contra el pecho. Sentía que Yassir la estaba desnudando con la mirada.

—Volveremos a vernos, no voy a dejar esto así —afirmó Yassir como una sentencia.

Seguidamente se montó en su caballo, se giró y haciendo una señal al hombre que lo acompañaba, espoleó al viejo animal y salió a la carrera por el desierto.

Nadya mantenía el aliento contenido en la garganta, sin atreverse siquiera a moverse. Khalil retiró la tela que ocultaba su rostro y lo protegía del polvo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí.

Nadya sentía los ojos reprobadores de Khalil clavados en ella.

—¿Cómo se te ocurre escaparte del harén? —le reprochó enfadado.

Nadya se levantó.

—Déjame en paz —dijo, sacudiéndose la arena de la ropa.

—¿Que te deje en paz? —gruñó Khalil, poniendo los brazos en jarra—. ¿Tú sabes lo que te habría hecho Yassir si yo no hubiera llegado a tiempo para detenerlo? ¿Sabes qué trato da ese malnacido a las mujeres? Para él sois poco más que animales.

Nadya no quería pensarlo, solo imaginarlo le hacía estremecerse. No se le ocurría nada más terrorífico que estar a merced de Yassir, pero, aunque no lo reconocería delante de

Khalil, si él no hubiera aparecido, quien sabe lo que podría haber sucedido. Yassir era capaz de hacer cualquier cosa para satisfacer sus instintos más depravados.

—Me las hubiera arreglado sola —afirmó con soberbia, en contra de lo que realmente pensaba.

—Eres la mujer más inconsciente que he conocido en mi vida —dijo Khalil con ojos centelleantes.

—Y tú eres el hombre más... más...

Nadya quería insultarlo, herirlo de alguna manera, pero no le salían las palabras. Tenía sentimientos encontrados. Por un lado, se sentía tremendamente aliviada de que Khalil hubiera llegado a tiempo para que Yassir no consiguiera llevar a cabo sus intenciones, pero por otro le molestaba profundamente que no hiciera otra cosa más que regañarla. Ni siquiera le había preguntado cómo se encontraba o si Yassir le había hecho algo.

Khalil subió al caballo de un movimiento ágil. Una vez montado, extendió un brazo hacia Nadya.

—Vamos —le dijo.

—No voy a ir contigo a ninguna parte —objetó Nadya.

Khalil suspiró y masculló una maldición entre dientes.

CAPÍTULO 46

—No podemos quedarnos aquí —dijo con actitud cansada, tratando de armarse de paciencia y de mostrarse razonable—. No es seguro. No mientras Yassir y sus hombres estén por mis tierras. Además, se avecina una tormenta de arena.

Miró al horizonte. Una neblina causada por la arena se vislumbraba sobre las dunas. El espectro de la tormenta amenazaba con presentarse de manera inminente bajo un cielo tan oscuro que producía escalofríos.

—Tenemos que emprender rumbo al palacio, si nos quedamos aquí el riesgo que correremos es enorme —dijo con prisa en la voz.

—Ya sé que estás acostumbrado a que todo el mundo te obedezca, pero te he dicho que yo no voy a ir contigo a ninguna parte —volvió a decir Nadya.

Echó a andar.

La paciencia de Khalil se agotó en ese instante. La terquedad de Nadya lo exasperaba. Era insufrible. ¿En qué momento se le había ocurrido llevarla a su harén? Se inclinó sobre el caballo, le rodeó la cintura con el brazo, tiró de ella con fuerza y la sentó delante de él, apretándola contra su cuerpo.

—¡Bájame! —rezongó Nadya.

Khalil acercó su rostro a ella.

—¿Quieres que te deje en manos de Yassir para que él se encargue de ti? —le preguntó al oído con voz amenazante.

Nadya sintió la caricia de su aliento en la piel. Se giró para mirarlo de reojo. Se encontró con una oscura mirada desafiante. Mantuvo silencio y apretó los labios con fuerza,

intentando no explotar como una bomba. No sería inteligente por su parte seguir contribuyendo al visible enfado que tenía Khalil. Lo más prudente en ese momento era morderse la lengua.

Khalil azuzó a Sombra y emprendió la marcha. La inercia provocó que Nadya pegara la espalda contra su torso. Su cuerpo se estremeció entre los fuertes brazos que la rodeaban. Podía sentir el calor de los muslos de Khalil contra los suyos. Intentó en vano reprimir la oleada de calor que se instaló en su vientre.

Galopaban entre las dunas del desierto cuando el viento empezó a dejarse escuchar. Silbaba como si quisiera advertir del peligro que se aproximaba. Khalil miró hacia atrás. Una densa nube de polvo anaranjado avanzaba amenazante hacia ellos. Solo estaba a unos metros... Chasqueó la lengua. La tormenta había llegado.

—Agárrate con fuerza al cuerno y no te sueltes —le indicó a Nadya, colocando su delicada mano en el saliente que la montura poseía en la parte delantera.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con rostro de preocupación.

—La tormenta se acerca con rapidez. La tenemos a solo unos metros, si nos atrapa estamos perdidos —afirmó Khalil.

Nadya tragó saliva. La voz de Khalil sonó intranquila y eso la inquietó profundamente. Él espoleó a Sombra casi con violencia y le azuzó con las riendas para aumentar la velocidad. Nadya apretó el cuerno con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

El rugido del viento se hizo más cercano, tornándose casi ensordecedor a su alrededor, y con él aumentó la amenaza. Nadya lanzó un vistazo de reojo. Sintió terror al ver la arena girar en círculos a su lado. Volvió la mirada al frente, ignorando los funestos pensamientos que cruzaban su cabeza.

El caballo tomó más velocidad. A Nadya le costaba abrir los ojos por la fuerza del aire. Durante unos segundos entró en pánico. Temió que sus manos se soltaran del cuerno y

terminara cayendo al suelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas por la fuerza con la que el aire golpeaba su rostro.

Khalil, como experto jinete que era, iba sorteando los tornados que se levantaban a un lado y a otro, tratando de no dejarse atrapar por el aliento del desierto, que los perseguía como si tuviera vida propia.

Una fuerte ráfaga los golpeó. Khalil tiró de las riendas hacia la derecha y la esquivó desviándose de su trayectoria. Nadya gritó cuando el caballo viró bruscamente.

—¡Khalil, voy a caerme! —vociferó angustiada.

—No permitiré que te ocurra nada malo —dijo Khalil.

Le rodeó la cintura con el brazo y la apretó contra sí mientras guiaba al caballo con una mano. Nadya se sintió de inmediato protegida. Estaban en peligro, era plenamente consciente de ello, pero Khalil la hacía sentir así, como si, estando a su lado nada malo pudiera pasarle. No tenía ni idea de si saldrían vivos de la tormenta, pero confiaba en él.

Sombra siguió cabalgando a la velocidad del rayo, abriéndose paso a través del lienzo de dunas que se dibujaban en la llanura, tratando de que la virulenta tormenta de arena no los engullera como un monstruo de fauces siniestras.

Khalil lo azuzaba como si le fuera la vida en ello. Jamás había corrido a aquella velocidad, ni siquiera cuando hacía carreras con Salih. Pero aquello solo era una inocente carrera de amigos, y en esos momentos él y Nadya se estaban jugando el pellejo. La tormenta era tan violenta que, si les daba alcance, los sepultaría bajo las ingentes toneladas de arena que movía el viento. Eso si antes no los asfixiaba.

El ruido era tan atronador que Nadya no escuchaba nada, ni siquiera los resoplidos del caballo. Solo oía el rugido amenazante de la tormenta. El miedo le mordió los huesos. No iban a salir vivos de ella. Iban a morir enterrados por la arena del desierto, pensó con angustia. Cerró los ojos con fuerza y se encomendó al Cielo.

—Dios mío, ayúdanos —susurró.

CAPÍTULO 47

Khalil condujo el purasangre hasta una colina formada de rocas que había a un kilómetro. Conocía bien la zona. Si conseguía llegar, podrían refugiarse en la cueva que poseía hasta que la tormenta pasara.

Apretando a Nadya más contra su cuerpo, siguió azuzando a Sombra. Fue comiéndole metros a la distancia hasta que por fin llegó. Sin detenerse, se coló por la grieta que se abría en la pared de piedra, justo cuando la tormenta estaba a punto de darles alcance. Los cascos del caballo resonaron en el interior de la cueva.

Khalil se apeó del animal y bajó rápidamente a Nadya. La empotró de espaldas contra la pared de rocas y la protegió con su cuerpo mientras la abrazaba. El viento soplaba con furia, haciendo un ruido semejante al chillido de un lobo, pero aumentado muchos decibelios. Nadya se encogió sobre sí misma y se tapó los oídos con las manos para no escucharlo. Tenía la sensación de que se iba a acabar el mundo. ¿Cómo podía ser una tormenta de arena tan terrible?

Khalil la abrazó con más fuerza. De pronto de lo único de lo que era consciente Nadya era de la presión del cuerpo de Khalil sobre el suyo y del calor que desprendía su piel. Sentía la fuerza de sus brazos, protegiéndola. Respiró su esencia, deleitándose con su aroma, y dejó que su cuerpo la envolviera.

El ruido cesó ligeramente y Nadya dejó de sentir la presión de los brazos de Khalil sobre ella. Se quitó las manos de los oídos y enderezó la espalda.

—No podremos salir en unas horas —dijo Khalil. Miró hacia la grieta por la que habían entrado. El cielo estaba teñido de un naranja turbio—. Lo peor ha pasado, pero la tormenta de arena todavía sigue sacudiendo la atmósfera. Ahora mismo el

aire es irrespirable. —Giró el rostro hacia Nadya, que permanecía en completo silencio con la cara desencajada—. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —afirmó ella, aún con el corazón desbocado por el susto. El miedo le había calado hasta el fondo de los huesos—. Me duelen un poco las manos de agarrarme al cuerno, pero estoy bien —dijo, frotando una con otra para que se destensaran.

Khalil tuvo el impulso de cogerle las manos y masajearlas hasta que el dolor remitiera, pero se reprimió. Seguramente ella no se lo tomaría bien.

—¿Tienes sed? —le preguntó.

—Sí.

Khalil se dirigió a las alforjas del caballo y sacó de ellas una cantimplora.

—Toma —dijo, ofreciéndosela a Nadya.

Nadya la cogió de su mano.

Observó a Khalil unos segundos mientras se pasaba la lengua por los labios reseca. Su rostro de facciones definidas se mostraba serio, casi severo. Sombrío, incluso. Era indudable que estaba enfadado con ella. Claro, le había desobedecido. Había intentado huir en contra de sus advertencias. Algo impensable dado que era un jeque. Al final todo se reducía a eso: no toleraba que lo desobedecieran. Para él era una ofensa personal.

Desenroscó el tapón de la cantimplora, se la llevó a la boca y dio un trago largo. Notó como el agua le refrescaba la garganta seca y aliviaba el dolor que sentía.

—Gracias —dijo, devolviéndole la cantimplora a Khalil.

Él la tomó y también bebió. Después la guardó de nuevo en las alforjas.

—Has elegido un mal momento para escapar —le recriminó a Nadya con evidente enfado.

Ella alzó la mirada. Entornó los ojos.

—Y según tú, ¿cuándo era el momento apropiado? —preguntó con ironía.

Khalil se giró hacia ella.

—No lo sé, pero desde luego no cuando Yassir anda merodeando por mis tierras o cuando hay una tormenta de arena —respondió de mal humor.

—No te preocupes, la próxima vez te pediré permiso —se burló Nadya.

—Si vuelves a escaparte, volveré a encontrarte y a llevarte al harén. No será suficiente todo el desierto Blanco para esconderte de mí. Así que será mejor que lo aceptes —aseveró Khalil, mirándola fijamente.

—¿En serio quieres que discutamos ahora? Estoy agotada, Khalil —repuso Nadya.

Después de todo lo que había sucedido estaba cansada. Le dolía la cabeza y tenía los músculos agarrotados de la tensión a la que les había sometido mientras galopaban a toda velocidad para que no les tragara la tormenta de arena.

—No, claro que no —dijo él, mordaz, dándole la razón simplemente porque sí.

Nadya puso los ojos en blanco. Iban a ser unas horas muy largas. Khalil sacó una manta de las alforjas y se la ofreció.

—Te vendrá bien para el frío de la noche —dijo serio.

Nadya la cogió sin decir palabra, la echó en el suelo y se sentó encima de ella.

—Come, te vendrá bien para no deshidratarte y reponer fuerzas —siguió hablando Khalil, que había sacado también una bolsa de fruta y algo de carne seca.

Nadya tenía que reconocer que había pensado en todo.

—No tengo apetito, gracias —dijo, declinando el ofrecimiento.

—Nadya, tienes que comer.

—Pero es que no tengo ham...

—Deja de poner objeciones a todo lo que digo —le cortó Khalil.

Sus ojos negros centellearon como los de una serpiente.

—Y tú deja de darme órdenes —repuso Nadya sin dejarse intimidar.

—No te estoy ordenando nada, simplemente te estoy diciendo que tienes que comer. Has estado muchas horas caminando bajo el sol. Puedes deshidratarte.

Nadya lo miró unos segundos. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué tenía ese humor de perros? Vale, se había escapado. Vale, tal vez había escogido el peor momento para hacerlo, pero eso no era algo que pudiera haberle pillado desprevenido. Era imposible pensar que se quedaría en su harén sin al menos intentar huir. ¿Era eso lo que no terminaba de entrarle en la cabeza? ¿Que ella siguiera sin querer someterse a su voluntad? ¿Que siguiera sin querer convertirse en su concubina? ¿Que se negara a formar parte de su colección de mujeres? ¿Cómo podía tener ese hombre tanto amor propio?

Suspiró largamente. Estaba demasiado cansada para discutir. No iba a mantener una batalla dialéctica con Khalil después de todo lo que había acontecido las últimas horas. Solo por no oírle gruñir más, cogió el albaricoque que le tendía, se lo llevó a la boca y le dio un bocado.

Khalil se sentó frente a ella y mordió un trozo de carne seca.

CAPÍTULO 48

Comieron sumidos en un silencio que se hacía más incómodo a medida que trascurrían los minutos, aunque siempre era preferible a tener que escuchar las constantes recriminaciones de Khalil, pensó Nadya.

Llevó la mirada hasta la grieta de la cueva. La atmósfera todavía se veía anaranjada y turbia. ¿Hasta cuándo iban a tener que permanecer allí? Le ponía nerviosa estar tan cerca de Khalil. El efecto que producía en ella no había desaparecido con el intenso calor del desierto.

—Si te pregunto algo, ¿me responderás? —preguntó Nadya inesperadamente.

—Depende —respondió Khalil.

Nadya respiró hondo.

—¿Qué habéis hablado Yassir y tú? No os entendía.

—Hablamos en siwi, un dialecto de la zona.

—Me lo he imaginado, pero ¿qué te ha dicho?

—Quería hacer un trueque.

—¿Un trueque?

—Me ha propuesto que te cambiara por una de sus concubinas.

Nadya abrió los ojos azules desmesuradamente.

—¿Qué?

—Él me cedía a una de sus concubinas y yo te entregaba a él.

—¿Y qué le has dicho?

Nadya se mostraba impaciente e indignada.

—Que no te cambiaría por menos de tres mujeres.

—¿Cómo dices?! ¿Tres mujeres?! —gritó Nadya, espantada.

Khalil se encogió de hombros con indiferencia.

—Es lo que vales —dijo sin inmutarse.

Nadya se levantó del suelo como un resorte, como si hubiera recibido un calambrazo.

—¿Cómo te atreves a ponerme precio?! —exclamó, dirigiéndose a él.

—Deberías sentirte halagada, vales por tres concubinas.

Nadya apretó los dientes hasta que le rechinaron.

—¡Eres un salvaje! ¡Un maldito cabrón!

Khalil alzó el brazo, ágil como una serpiente de cascabel, y cogió la mano de Nadya. Dio un leve tirón y la sentó en su regazo.

—No sabes lo salvaje que podría llegar a ser contigo. Podría ser tan salvaje como un león —murmuró cerca de su oído. Un brillo peligrosamente sugerente asomó a sus ojos negros.

Nadya se revolvió tratando de liberarse.

—¡Suéltame, maldito! ¡Suéltame! —dijo, golpeándole el pecho con furia.

Khalil le apresó las muñecas y se las colocó detrás de la espalda. Acercó su rostro al de ella mientras sus labios dibujaban el principio de una sonrisa.

—Parece mentira que aún no me conozcas —dijo con un leve rastro de ironía, muy cerca de su boca—. No te cambiaría ni por todas las mujeres del mundo. Ni a Yassir ni a nadie. Eres mía. Solo mía —susurró.

—¡Yo no soy tuya! ¡Yo no soy de nadie! —exclamó Nadya.

Se agitó con fuerza y logró deshacerse de las manos de Khalil. Se levantó de su regazo y se puso de pie.

—Estoy harta de este juego —dijo.

Echó a correr en dirección a la salida de la cueva. Una bofetada de sofocante calor le golpeó en la cara como si fuera un látigo de fuego. Intentó respirar, pero los pulmones le ardían y solo pudo inhalar una angustiada bocanada de aire. De pronto notó el brazo de Khalil rodeando su cintura y tirando de ella hacia atrás.

—¿Estás loca?! Es un acto suicida salir ahí fuera en estos momentos —la regañó—. Te asfixiarías, el aire es irrespirable.

Nadya se quedó quieta, jadeante. Hubiera jurado que el exterior de la cueva era el mismísimo infierno.

—Deja de hacer tonterías —dijo Khalil.

Ella lo miró de reojo y con enfado se sentó de nuevo sobre la manta.

Al caer la noche, Khalil sacó una pequeña lámpara de las alforjas y la encendió, colocándola en el medio de ambos. De inmediato, la luz deshizo las sombras instaladas en la cueva.

A esas horas empezaba a refrescar. Nadya se preguntó para qué sería la cuerda que había extraído después. Se quedó atónita cuando vio que Khalil se dirigía a ella con la cuerda en las manos.

—Levántate —le dijo.

—¿Qué tienes pensado hacer? —le preguntó.

—Atarte conmigo por la cintura —respondió Khalil.

—¿Acaso te crees que soy un animal?

—No, aunque tienes la lengua de una serpiente y a veces eres terca como una mula.

Nadya alzó la barbilla.

—No voy a dejar que me ates —refunfuñó.

—Da igual si me dejas o no, voy a atarte de todas formas. No pienso arriesgarme a que intentes escaparte de nuevo. Después de todo lo que has pasado en las últimas horas parece que no escarmientas —le recordó.

Nadya se cruzó de brazos con actitud testaruda.

Khalil ladeó la cabeza y suspiró quedamente.

—¿Prefieres que te desnude? —le preguntó, dedicándole una media sonrisa malévola.

—No te atreverías a hacer semejante vileza —lo retó Nadya.

—Te aseguro que sí que me atrevería —afirmó Khalil en tono contundente.

Dio un paso hacia adelante con actitud decidida.

—Está bien —se apresuró a decir Nadya, capitulando.

CAPÍTULO 49

Khalil cogió el extremo de la cuerda y rodeó la cintura de Nadya, teniendo cuidado de que los complicados nudos que hacía no estuvieran demasiado apretados. A continuación, unió su cintura a la de ella con el otro extremo de la cuerda.

—Dormiremos un rato —dijo.

—¿Tengo que dormir porque tú lo digas? —le rebatió Nadya, como era habitual en ella.

Khalil la miró con sus profundos ojos oscuros.

—No, puedes hacer lo que quieras —contestó indiferente —, pero mañana nos espera un largo viaje por delante a caballo. Tú verás...

Sin decir nada más, Khalil se tumbó sobre la manta, lo que obligó a Nadya a acercarse a él. Ella se echó a su lado a regañadientes. Durante unos segundos tuvo miedo. Miedo de sí misma. ¿Cómo iba a pasar tantas horas compartiendo con Khalil un espacio de apenas un par de metros?

Bufó.

Khalil, de espaldas a ella, sonrió para sí. Se preguntó por qué le gustaba tanto enfadarla. Porque estaba preciosa cuando lo hacía. Era ese carácter rebelde e insumiso lo que más le atraía de ella.

Nadya se colocó en el borde de la manta, para tener la máxima distancia con Khalil, y se tapó el cuerpo con la otra. Aún eso, el cruel frío de la noche se colaba en la cueva implacable. Empezó a temblar de arriba abajo como una hoja. Se acurrucó contra sí misma para paliar el frío, pero no consiguió nada.

—Nadya, acércate a mí para darte calor. —La voz de Khalil retumbó en la cueva.

—Nunca —respondió ella, subiéndose la manta hasta la boca—. Prefiero morir de frío.

Los dientes le castañeteaban.

—No seas testaruda —dijo él en un tono extremadamente suave—. Ven.

La intimidad de su voz inundó cada célula del cuerpo de Nadya con una sensación embriagadora.

Khalil estiró el brazo, le rodeó la cintura y la atrajo hacia él. Los músculos de Nadya se pusieron en tensión de inmediato al sentirlo en su espalda. Estaba duro como una roca. Se hubiera resistido, le hubiera golpeado en el pecho para alejarse de él, pero el calor que emanaba su enorme y sólido cuerpo resultaba asombrosamente reconfortante.

—¿Estás mejor? —se preocupó Khalil.

A Nadya le costó esfuerzo reconocerlo, le fastidiaba tener que hacerlo, pero sería de idiotas negar lo que era evidente.

—Sí, gracias —contestó.

—Ahora duerme —le susurró Khalil en el oído con voz melodiosa, como si pretendiera acunarla con ella.

Nadya cerró los ojos, tratando de dejarse atrapar por Morfeo, pero no podía quedarse dormida. Era imposible. La proximidad de Khalil la ponía nerviosa. ¿Por qué siempre le ocurría eso? ¿Por qué siempre sentía ese cosquilleo en el estómago cuando lo tenía cerca? ¿Por qué no, simplemente, lo detestaba? Eso era lo lógico. Se suponía que era lo que debía sentir. Debía detestarlo. La había secuestrado, la había llevado a su harén y pretendía que fuera su concubina. Aunque nunca la había forzado a nada. Algo que sí había querido hacer Yassir. Ese hombre era despreciable. Le vino a la mente Hanan...

«Pobre niña», pensó.

Khalil supo que Nadya se había quedado dormida al escuchar su respiración pausada. Él, en cambio, no podía pegar ojo. Tenerla tan cerca provocaba reacciones en su cuerpo. Reacciones que no podía evitar. Estaba llena de polvo y se notaba que había estado horas caminando bajo el implacable sol, pero aún eso, el aroma floral que desprendía su cuerpo le inundaba las fosas nasales hasta el punto de embriagarlo.

Observó la esbelta silueta que dibujaban los claroscuros que había en la cueva. Su larga melena rubia se deslizaba por sus hombros como si fuera seda. El resplandor de la luna que se filtraba por la grieta iluminaba los rasgos suaves de su rostro de porcelana. Alargó la mano y con cuidado le retiró un mechón de la mejilla.

Nadya suspiró.

Después de dormir un rato profundamente, su sueño se volvió extraño e intranquilo.

Nadya corría por una carretera sin fin. No había nada a su alrededor, excepto esa larga línea que parecía alargarse hasta el infinito. Corría muy rápido, tanto, que los pulmones le ardían. Casi no podía respirar. Pero tenía que llegar. Tenía que llegar.

Oyó un disparo.

Se detuvo en seco en mitad de la carretera y ahogó un grito en la garganta.

Otra detonación llenó el aire. El atronador sonido se propagó como un eco funesto.

—¡No! —gritó.

Echó nuevamente a correr.

Tenía que llegar. Por Dios, tenía que llegar.

El coche estaba volcado en medio del carril, con las ruedas hacia arriba. A Nadya se le encogió el corazón. Aceleró más

aún el paso, pese a que le dolían las piernas. Justo cuando iba a alcanzar el vehículo, este echó a arder. Lenguas de fuego lo engulleron como un monstruo.

Nadya se detuvo. Miraba la escena impotente, sin poder hacer nada.

—No, por favor, no. ¡Nooo! —gritó, hasta que sintió que las cuerdas vocales se le quebraban.

CAPÍTULO 50

Unos brazos la sujetaron cuando se incorporó de golpe. Sudaba copiosamente y el corazón le latía con fuerza, golpeándole el pecho.

—Ha sido una pesadilla. Solo ha sido una pesadilla. —Una voz, suave como una caricia, se escuchó a su lado. Nadya giró el rostro hacia esa voz. Era Khalil.

—No he podido evitarlo —murmuró entrecortadamente con frustración—. No he podido.

—Nadya, has tenido una pesadilla. Todo está bien —dijo Khalil.

—Todo está bien —repitió ella aún ausente.

La reminiscencia de la desagradable pesadilla todavía se agitaba en su cabeza como una bestia negra que se resistía a morir. Era un sueño recurrente que la perseguía constantemente y que trastocaba su mundo con la fuerza de un tornado.

—Duerme un rato más —le aconsejó Khalil.

Nadya se limitó a asentir de forma mecánica, y abrazada por Khalil, volvió a tumbarse en la manta. Él la tapó con ella.

Nadya abrió los ojos lentamente. Pestañeó un par de veces. El cielo que se podía ver al otro lado de la grieta que hacía las veces de salida de la cueva era azul claro como el agua de un lago. Por fin había pasado la tormenta.

Había tenido una noche inquieta.

Había soñado con sus padres. Más bien con el accidente que tuvieron. Una carrera por una carretera infinita. Unos disparos... Intentó imaginarse el rostro de sus progenitores, pero su imagen era borrosa, como si el paso de los años la hubiera ido desvaneciendo poco a poco.

No quería olvidarse de ellos, de su aspecto. No quería que desaparecieran de su mente. En su corazón siempre tendrían un lugar privilegiado, como no podía ser de otro modo.

Era extraño, pero en esos momentos su muerte le parecía algo irreal, una pesadilla de la que nunca despertaba, una mala película.

—¿Cómo estás?

La voz de Khalil sonó al otro lado de la cueva. Nadya arrastró la mirada hasta él. Se encontraba atareado metiendo todos los achiperres que había llevado en las alforjas.

—Bien —contestó, mientras reparaba en que ya no estaba atada a él.

—Anoche tuviste una pesadilla...

—Siento haber gritado.

—No te preocupes por eso —comentó Khalil. Después de unos segundos de silencio, dijo—: Estabas aterrada, Nadya. Dijiste que no pudiste evitarlo. ¿Qué no pudiste evitar?

Nadya echó a un lado la manta y se levantó.

—Solo fue una pesadilla, Khalil —respondió en tono evasivo, sin darle importancia.

—Pero parecía ser algún hecho que has vivido —insistió él.

—¡Ya te he dicho que solo fue una pesadilla! —exclamó visiblemente molesta.

Khalil arrugó el ceño y guardó silencio. Devolvió la atención a las alforjas. Rebuscó con la mano en una de ellas y sacó algunas prendas.

—Cámbiate de ropa —le dijo, alargando el brazo.

—¿No te cansas nunca de dar órdenes? —le preguntó Nadya.

Khalil soltó una profunda exhalación.

—Tienes que ponerte esta ropa —contestó—. Vamos a cruzar el desierto en las próximas horas. Ya has comprobado por ti misma la severidad del sol en estas tierras. Las prendas blancas te ayudarán a expeler el calor, cosa que no hacen las prendas oscuras. Así disminuirás la sensación de sofoco y evitarás deshidratarte.

—Estoy bien con esto —dijo Nadya, que no estaba dispuesta a obedecer ni una orden más de Khalil.

—¿A ver cómo te lo explico para que me entiendas? O te desnudas por voluntad propia o te desnudaré yo.

—Te he dicho que estoy bien con esto —repitió Nadya, terca.

Khalil dejó a un lado del suelo la ropa que tenía en la mano y se acercó a ella con pasos deliberadamente lentos, mostrando en los labios una sonrisa que Nadya no supo interpretar, pero que la hizo retroceder hasta que su cuerpo se topó con la pared.

Contuvo la respiración cuando Khalil se inclinó y extrajo de su bota derecha una *gumia*, una daga de origen árabe con la hoja curva y la empuñadura de ornamentada madera. Tragó saliva mientras elevaba la mano y colocaba la punta en el vértice del escote. La afilada hoja brilló resplandeciente a la luz del sol.

El corazón de Nadya comenzó a latir con furia mientras su pecho subía y bajaba con cada inhalación y exhalación. Pero permaneció en silencio y se obligó a mantenerle la mirada.

Sin quitarle los ojos de encima, Khalil fue bajando la daga a lo largo del caftán, rasgándolo muy despacio hasta llegar a la cintura. Después hizo lo mismo con los pantalones, con tanta precisión que el filo no tocó en ningún momento la piel de Nadya.

Nadya se quedó completamente desnuda delante de él. Ni siquiera tenía ropa interior.

—Así es como enseño yo a obedecer a las mujeres tan tercas como tú —dijo Khalil en tono burlón. Sus ojos oscuros mostraban en el fondo un matiz de diversión.

—¿Cómo te atreves a desnudarme de este modo? —le reprochó Nadya, tapándose los pechos con las manos.

Khalil se agachó, ignorando su pregunta, y recogió las prendas del suelo.

—Vístete —dijo, ofreciéndole la ropa de nuevo—. A menos que quieras ir desnuda.

Nadya cogió la ropa de su mano con expresión desafiante y comenzó a vestirse.

—Por cierto, tienes un cuerpo precioso —le susurró Khalil al oído cuando pasó a su lado.

Los labios de Khalil se curvaron en una sonrisa que a Nadya le resultó tan irritante como atractiva. Gritó entre dientes con rabia cuando salió de la cueva con el caballo.

—¡Maldito seas, Hijo del Desierto! —exclamó.

La sonrisa de Khalil se amplió, satisfecha.

CAPÍTULO 51

Cuando Khalil entró en la cueva para recoger el resto de las cosas, se encontró a Nadya intentando colocarse el turbante, o más bien, luchando con él, porque el asunto no se le estaba dando muy bien.

—¿Puedes ponértelo? —le preguntó.

Nadya no respondió, pero trataba de enrollárselo en la cabeza una y otra vez. Aunque finalmente tuvo que darse por vencida. Suspiró resignada y dejó caer los brazos.

—No, no puedo. No sé cómo narices se pone este chisme —se quejó.

—No es difícil —dijo Khalil, al tiempo que se acercaba a ella.

Khalil se colocó con su imponente envergadura a un metro de Nadya, le quitó el turbante de las manos y con un par de hábiles movimientos se lo puso alrededor de la cabeza. Durante unos segundos se mantuvieron la mirada. Nadya advirtió el peligroso brillo que asomaba a los ojos de Khalil.

El Hijo del Desierto era el hombre más guapo que había visto en su vida.

El pulso le empezó a ir a mil por hora. Notó que la respiración se le entrecortaba y que era presa de un torbellino de sensaciones.

¿Qué pasaría si se dejaba llevar por esas sensaciones que la asaltaban? ¿Si cedía a las pretensiones de Khalil? ¿Si...? Detuvo sus pensamientos de golpe. ¿Cómo podía siquiera estar planteándose una cosa así? Convertirse en la concubina de Khalil Ab Tagul.

«Estoy perdiendo el juicio y la perspectiva», se dijo.

Se movió nerviosa, tratando desesperadamente de deshacerse del perturbador calor que inundaba su cuerpo y de las indecentes imágenes que estaban empezando a formarse en su mente. Khalil percibió su inquietud. Sus sensuales labios se curvaron en una sonrisa provocadora, satisfecho del efecto que causaba en Nadya.

—¿Ves? No es tan difícil —dijo, cubriéndole la mitad del rostro con el extremo de tela que sobraba, para protegerla del polvo.

Nadya hizo una mueca, imitándole. ¿Por qué era tan extraordinariamente arrogante? Le fastidiaba tener que necesitar su ayuda incluso para ponerse un simple turbante en la cabeza.

—Gracias —dijo en tono seco, rompiendo el silencio que se había adueñado de la cueva.

Aprovechó el momento para dar un par de pasos hacia atrás y separarse de él. Si no lo hacía estaría perdida. Estaba peligrosamente cerca.

—Nos vamos —dijo Khalil, al tiempo que salía de la cueva. Nadya siguió sus pasos.

El cielo se veía despejado y volvía a ser de un azul extremadamente claro, casi blanco. El aire estaba limpio y parecía alentador. Al menos se podía respirar.

De mala gana, Nadya se dejó ayudar por Khalil para subir en los lomos de Sombra. Seguidamente él se montó detrás de ella y cogió las riendas.

Habían pasado ya varias horas desde que habían emprendido la marcha. A medida que avanzaban por el desierto bajo el sol abrasador, Nadya comenzó a sentirse incómoda. Tenía la ropa pegada al cuerpo por culpa del sudor, el polvo adherido a la piel le picaba y eso provocaba que no dejara de moverse sobre la silla de montar.

—¿Te encuentras bien? Parece que estás llena de pulgas — dijo Khalil.

¿Había burla en su voz?, se preguntó Nadya.

—No estoy llena de pulgas —respondió con fastidio—, lo que ocurre es que tengo mucho calor y me pica el cuerpo por culpa del polvo —se quejó.

Khalil rio. Nadya lo miró de reojo.

—Yo no le veo la gracia —dijo molesta, rascándose el cuello.

—Pues la tiene, te lo aseguro —repuso Khalil.

Nadya apretó los labios, aguantándose las ganas de abofetearlo. ¿Por qué le gustaba tanto sacarla de quicio? ¿Por qué disfrutaba de aquella manera tan morbosa?

—Pero ese problema tiene solución —añadió el Hijo del Desierto.

—¿Ah, sí? ¿Hay alguna ducha cerca? —se mofó Nadya.

—Una ducha no, pero un oasis, sí —respondió Khalil.

—¿Un oasis? —repitió Nadya con el rostro iluminado.

—Sí.

Khalil espoleó el caballo y lo puso a galope.

Un rato más tarde comenzó a divisarse en el horizonte una mancha verde oscuro. La estampa era curiosa en mitad del árido desierto.

—Oh, Dios mío... —susurró Nadya, pensando que podría darse un baño y quitarse todo el polvo que tenía encima.

—Pararemos un rato para descansar y podrás bañarte si quieres —dijo Khalil.

Nadya esgrimió una sonrisa en los labios.

Era la primera vez que sonreía en mucho tiempo. Pero nunca la idea de darse un baño había sido tan atractiva y apetecible como en ese momento.

CAPÍTULO 52

Khalil guio a Sombra por el sendero que se abría a través de los muros de palmeras y arbustos que rodeaban la pequeña laguna de aguas cristalinas con forma de media luna que dominaba el lugar. El sol le arrancaba bellos destellos plateados. El contraste de colores era insólito y vibrante, y las palmeras parecían susurrar encantos mágicos con las caricias de la suave brisa que corría.

El frescor que proporcionaba la vegetación los envolvió cuando se internaron en él. Khalil se apeó del caballo de un salto y, antes de que Nadya se negara, porque estaba seguro de que lo haría, la cogió por la cintura y la ayudó a bajar de la montura. La depositó despacio en el suelo y retiró las manos de su cuerpo con reticencia. ¿Por qué tenía siempre aquella necesidad de acariciarla?

Negó para sí con la cabeza, recordándose que no era conveniente pensar en esas cosas.

—Puedo sola —refunfuñó Nadya.

—¿Puedes sola? ¿De la misma manera que podías ponerte el turbante? —dijo Khalil con ironía.

Nadya lo fulminó con la mirada, pero él hizo caso omiso. Dejó que el caballo bebiera agua y sacó una cantimplora de la que él también bebió. Se sentó a la sombra de un grupo de palmeras y recostó la espalda en el tronco.

—Tienes la laguna para ti sola —le dijo a Nadya mientras daba un sorbo de agua.

Nadya tragó saliva. ¿Cómo iba a desnudarse delante de Khalil?

—¿Vas a quedarte ahí? —le preguntó.

—Sí.

Nadya se puso tensa.

—No voy a desnudarme delante de ti —dijo.

—Pues no te recomiendo que te bañes con la ropa puesta. La humedad pegará la tela al cuerpo más de lo que se pega con el sudor y eso hará que tengas mucho más calor —dijo Khalil con una nota de burla en la voz.

Nadya se mordisqueó el labio inferior, sopesando las posibilidades que tenía. La idea de quitarse la ropa y caminar desnuda delante de Khalil le daba mucho pudor.

—Nadya, no tenemos todo el día —dijo él en tono cansado, incluso aburrido.

—Cierra los ojos —le indicó ella.

Khalil enarcó las cejas y la observó. A Nadya no le pasó inadvertida la nota de diversión de sus ojos.

—Si me lo pides educadamente, a lo mejor los cierro —dijo. Una sonrisa juguetona apareció en sus labios carnosos.

Nadya apretó los dientes. ¿Es que nunca se cansaba de jugar con ella?

Respiró hondo.

—¿Puedes cerrar los ojos, por favor? —dijo de nuevo, enfatizando el «por favor».

—Por supuesto —dijo él.

Apoyó la cabeza en la palmera y cerró los ojos.

Después de unos segundos, Nadya comenzó a desvestirse. Se quitó el pantalón, la camiseta de algodón, y las botas. Lo dejó a un lado y echó a andar hacia la laguna, confiando en que Khalil no mirara.

Y no lo hacía.

Aunque la tentación de abrir los ojos para verla era muy fuerte, la venció. Le gustaba exasperarla, era la forma de

llamar su atención y de hacerse con el control, pero no quería exceder los límites.

En cuanto Nadya se sumergió en el fresco agua se olvidó de todo, incluso de Khalil. No podía creerse que por fin pudiera deshacerse de todo el polvo y el sudor que tenía encima. Se estiró y nadó a estilo crol unos cuantos metros, adentrándose en la laguna. Metió la cabeza para mojarse el cabello y la sacó. Durante unos minutos se frotó la piel con las manos. Después se tumbó boca arriba y dejó que su cuerpo flotara mientras el sol le bañaba el rostro. Extendió los brazos y respiró hondo, mirando el cielo azul. Un estado de puro bienestar la inundó.

Inmersa en aquella paz, recordó algo que le decía su madre: que Dios había creado el desierto para que el hombre pudiera sonreír al ver un oasis.

Y era cierto.

Tras estar un largo rato así, se puso de pie y miró hacia Khalil. No estaba sentado bajo la palmera en la que lo había dejado cuando se había metido en la laguna. Giró la cabeza hacia un lado y hacia otro tratando de localizarlo, pero no lo encontró.

¿Dónde se había metido?

Volvió a echar otro vistazo a su alrededor. Ni rastro. Comenzó a preocuparse. No había muchos sitios donde ir.

—¿Me buscabas? —La cabeza de Khalil emergió sorprendentemente del agua a un metro de ella. Nadya se sobresaltó al verlo. Gritó, llevándose las manos a la garganta.

—Me has asustado —le reprochó, nerviosa.

—Lo siento —se disculpó él.

Se pasó los dedos por el pelo para colocarse los mechones hacia atrás. Nadya no pudo evitar que sus ojos se clavaran en la visión que ofrecía la musculación de su torso y el precioso color de su piel bronceada. Una ligera capa de vello negro

cubría su pecho masculino, estrechándose en la cintura hacia la pelvis.

Khalil poesía una belleza extraña y salvaje, propia de sus antepasados. Nadya pensó que podía haber sido perfectamente un faraón o un príncipe egipcio. Lo ponían de manifiesto sus rasgos, su porte regio, la profundidad de su mirada, sus movimientos fluidos y felinos...

—¿Por qué has entrado en la laguna? ¿Tendrías que haber esperado a que yo saliera? —dijo con sonrojo.

—Adoro tu pudor —afirmó Khalil, dando un paso hacia ella mientras la observaba con detenimiento.

El agua empapaba su piel blanca, provocando que brillara con los rayos de sol como si estuviera cubierta de miles de diamantes. El efecto era mágico, parecía la criatura de un bosque encantado.

—Khalil, por favor... —musitó Nadya.

Se puso rígida, intentando mantenerse apartada de él.

—¿Por qué me tienes miedo? ¿Qué temes que te haga? —le preguntó él.

—No te tengo miedo —refutó Nadya.

Se dio la vuelta, dispuesta a alejarse de Khalil, pero él la cogió por el brazo y la retuvo. Nadya se volvió.

—Nadya, no soy un salvaje —dijo serio—. ¿Por qué no das rienda suelta a tus deseos? ¿Por qué no te dejas llevar? —dijo Khalil—. ¿Qué tiene de malo? —Se encogió de hombros. El sol arrancó destellos perlados de las gotas de agua que se deslizaban por su piel—. Las mujeres occidentales sois mucho más liberales y modernas que las de Oriente Medio.

—¿Y eso que tiene que ver? —preguntó Nadya.

—No entiendo por qué tanta reticencia conmigo. Sé que me deseas. Me lo dicen tus ojos.

Durante unos segundos Nadya parecía estar pensárselo. Por una vez en su vida quería dejarse llevar y no pensar en las

consecuencias. Ser libre para perderse en el deseo que sentía por Khalil. Era inútil negarlo. Era estúpido hacerlo. No servía de nada. Incluso Khalil era consciente de ello. Lo había sido siempre, aunque ella no había querido reconocerlo. Quizá fuera descabellado o quizá estuviera perdiendo la cabeza.

Estaba cansada... Cansada de luchar contra ella misma, cansada de luchar contra Khalil, de luchar contra lo que sentía, contra lo que le exigía el cuerpo. Quería bajar los brazos y rendirse a él.

Khalil se acercó. Estaba a solo unos centímetros de ella. Nadya podía sentir el calor que desprendía su cuerpo perfecto. De pronto fue consciente de toda su masculinidad.

—¿No vas a decirme que me aleje? —le preguntó él.

Nadya tardó unos segundos en responder mientras se perdía en la profundidad de sus ojos. Khalil vio la lucha interna reflejada en su preciosa mirada azul. Nadya bajó el rostro, como si se sintiera avergonzada de la respuesta que anhelaba darle.

—Nadya, mírame —le ordenó él en tono autoritario. Ella alzó el rostro hacia Khalil. El sol iluminó directamente sus ojos azules, haciendo que brillaran como los de una gata—. ¿Quieres que me aleje de ti? —repitió.

El silencio flotó entre ellos durante unos segundos mientras se sostenían la mirada. Nadya se perdió en aquellos ojos negros como la noche. Nada se oía en el entorno del oasis excepto el leve graznido de los pájaros. Se humedeció los labios.

—No —respondió finalmente. Su voz fue poco más que un murmullo.

No deseaba que Khalil se alejara. Todo lo contrario, quería que se quedara cerca de ella eternamente, dejarse consumir por el deseo que sentía por él.

Aguardó la reacción de Khalil con el corazón palpitándole en la garganta. Por fin había reconocido en voz alta lo que había estado negándose a sí misma durante tanto tiempo.

Khalil supo lo que significaba aquella respuesta. Un brillo travieso surgió en sus ojos.

CAPÍTULO 53

Nadya alzó el rostro y le ofreció su boca. Khalil se lanzó a ella, fundiendo los labios con los suyos, e introduciendo la lengua en su boca la saboreó a su antojo, como si no deseara hacer otra cosa en el mundo. La deseaba tanto...

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Nadya de la cabeza a los pies.

Khalil alzó los brazos y colocando las manos a ambos lados de su rostro, le inmovilizó la cabeza, como si temiera que fuera a escaparse, que se diera la vuelta y se marchara.

Nadya apoyó las manos en sus fuertes hombros. Khalil la acercó a él, pegando su cuerpo al suyo. Notó como, al contacto con su torso mojado, los pezones de Nadya se endurecían contra su piel. Sin descanso y alentado por su respuesta, continuó invadiendo su boca, tratando de aplacar las ansias que tenía de besarla. Esas ansias que no parecían mitigarse nunca.

Inclinó el rostro y le mordisqueó juguetonamente el lóbulo de la oreja. Una corriente eléctrica llegó hasta la entrepierna de Nadya, al sentir la ardiente humedad de su aliento. Khalil comenzó a obrar su magia en ella.

—Oh, Dios, Khalil... —musitó. Su voz sonaba jadeante.

Él sonrió.

Sus manos grandes le acariciaron el vientre por debajo del agua, haciendo un círculo alrededor del ombligo con la intención de excitarla. Nadya se encogió por las cosquillas que le produjo el suave contacto.

Tal vez debería detenerlo, pensó. Pero su pensamiento se nubló por completo cuando Khalil la elevó por encima del

agua para dejar al descubierto sus pechos y sus labios apresaron uno de sus suaves senos. Bordeó el duro pezón con la lengua, haciendo un círculo, y lo succionó con ardor, produciendo en Nadya una intensísima oleada de placer.

Supo con certeza que estaba perdida cuando se descubrió arqueando la espalda buscando el sensual contacto de Khalil.

Él la dejaba desamparada al deseo que con tanta facilidad invocaba en su cuerpo, que la traicionaba siempre que lo tenía cerca.

Gimió, en un acto de rendición.

Khalil la levantó sin ningún esfuerzo y la sacó de la laguna en brazos. La miró fijamente a los ojos antes de depositarla con infinito cuidado en la manta que había dejado extendida al amparo de la sombra de las palmeras. La mirada era tan intensa que Nadya se sintió turbada y excitada a la vez. Como si sus dedos tuvieran voluntad propia, se enredaron en el pelo mojado de Khalil mientras él se colocaba encima.

Bajó la cabeza y comenzó a dibujar un camino de besos sobre la esbelta línea de su cuello. Nadya sintió que se derretía por dentro. Soltó el aliento con un suave suspiro de satisfacción que excitó a Khalil hasta casi el punto del dolor.

—Eres preciosa —dijo con voz ronca.

Movió las caderas contra ella; quería que notara su erección, que notara la extraordinaria reacción que provocaba en él. Nadya ahogó un gemido, luchando por mantener el control, pero le resultaba imposible. Se maldijo en silencio por el rubor que encendió sus mejillas al sentir la dureza del miembro de Khalil en su vientre.

La mano de Khalil se deslizó por su costado hasta acariciar el muslo desnudo. Cuando los dedos tocaron los pliegues de su sexo, Nadya se movió alarmada.

—Khalil, espera. Espera, por favor... —le pidió.

Khalil advirtió una nota de angustia en su voz. Se incorporó de inmediato y se sentó a su lado.

—¿Qué pasa, Nadya? —le preguntó, con visible preocupación—. Puedo ir más despacio si quieres...

Nadya aferró un extremo de la manta y se cubrió con ella. Bajó el rostro. Khalil puso los dedos bajo su barbilla y le alzó la cara, obligándola a que lo mirara.

—Nadya, ¿qué pasa? —volvió a preguntarle.

—Khalil, yo... —Se movió incómoda en el sitio. Carraspeó—. Yo no... —¡Joder, ¿por qué era tan difícil?! Tomó aire y volvió a intentarlo—. Bueno, que yo nunca... —Se calló lanzando un leve suspiro de resignación.

Khalil tenía el ceño fruncido y la miraba con una expresión mezcla de expectación y sorpresa.

—Nadya, ¿eres virgen? —le preguntó.

Nadya notó que un violento rubor le teñía las mejillas. Afirmó con la cabeza.

—Vaya... —murmuró Khalil, mesándose el pelo. Cogió el caftán y se cubrió sus partes.

—¿Decepcionado? —dijo Nadya.

Khalil arqueó una ceja.

—¿Decepcionado? ¿Por qué dices eso?

Nadya se encogió de hombros con impaciencia.

—Quizá esperabas una mujer con más... experiencia —respondió.

—Es cierto que tu confesión me ha sorprendido, no lo niego, pero no me ha decepcionado. Todo lo contrario —dijo—. Además, ahora entiendo muchas cosas... —añadió.

—¿Qué cosas? —quiso saber Nadya.

—Tu pudor, tus dudas, tu miedo... Y también entiendo que quieras esperar al momento adecuado.

Nadya lo miró fijamente. Sus pupilas se dilataron, formando un anillo azul cristalino en sus ojos.

—No quiero esperar —dijo rotunda.

Khalil ladeó ligeramente la cabeza. Su perfecta silueta se recortaba contra el cielo azul.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Nadya se mordió el labio y movió la cabeza, afirmando en silencio.

CAPÍTULO 54

Khalil llevó la mano hasta su boca y con el dedo pulgar tiró levemente del labio inferior para desengancharlo de los dientes de Nadya, que lo mordisqueaba nerviosamente. Se inclinó sobre ella y lo atrapó entre los suyos. La besó con suavidad, comparado con la pasión con que la había besado antes. Fue un beso lento y delicado; lleno de sensualidad y ternura. Nadya sintió el roce de su lengua y abrió la boca despacio para acogerla. Levantó las manos y las posó sobre su pecho mojado. Podía sentir como latía el corazón de Khalil.

Él profundizó el beso, intensificando el movimiento de su lengua. Nadya se dejó llevar. Después de un rato de dar rienda suelta a la pasión, Khalil se separó unos centímetros de su rostro y la miró con ojos brillantes.

—Tendré mucho cuidado —susurró con voz tranquilizadora, al tiempo que la tumbaba en la manta y se colocaba de nuevo sobre ella.

Nadya sintió el peso de su cuerpo. El aroma que desprendía su piel bronceada y el cálido contacto tuvieron un efecto embriagador para ella, que amenazaba con cortarle la respiración. Khalil bajó la cabeza y después de volver a reclamar sus labios, comenzó a mordisquearle el pezón en una exploración sensual. Ella se arqueó contra él y gimió.

—¿Te gusta? —le preguntó Khalil.

—Sí —jadeó Nadya—. Nos... Nos pueden ver —dijo con voz débil y vacilante. De pronto se sintió temerosa de que alguien pudiera verlos en esa actitud tan poco decorosa.

Khalil esgrimió una sonrisilla. En ese momento tenía un aspecto oscuro y viril.

—Estamos en mitad del desierto —dijo despreocupadamente, antes de lamer las gotas de agua que había entre sus pechos.

Paseó los dedos suavemente por el otro pezón para después pellizcarlo con el índice y el pulgar.

—Oh, Dios... —musitó Nadya, sintiendo un intenso espasmo de placer.

Khalil posó los labios sobre el duro pezón, lo aprisionó en la boca y lo succionó. La respuesta de Nadya fue instantánea y vibrante. Volvió a gemir y se apretó contra él. No podía pensar en nada más que en el abrumador deseo que sentía.

El silencio y el suave calor del oasis los unió de una forma curiosamente íntima. Se encontraban solos en un mundo que parecía únicamente de ellos. Donde no existía nada más.

Khalil descendió la boca por su vientre y lamió con delicadeza una gota de agua que reposaba en su ombligo.

—Eres deliciosa —dijo contra su piel.

Nadya se estremeció al sentir su cálido aliento. La ternura y la sensualidad con que la estaba tratando Khalil la excitó aún más.

Khalil le acarició con elegancia la curva de la espalda con la yema de los dedos y deslizó las manos por debajo de sus nalgas posesivamente, depositando una hilera de pequeños besos sobre sus caderas. Su piel clara era suave como la seda y cruelmente tentadora.

Le separó las piernas para besar la cara interna de sus muslos, marcando en la piel un sendero de puro fuego. Se inclinó y hundió la lengua en su sexo. Nadya sofocó una exclamación en la garganta. Khalil comenzó un recorrido por su clítoris de forma suave, rozándolo con la punta de la lengua, acariciándolo de arriba abajo. Atormentándola y proporcionándole el mayor de los placeres al mismo tiempo. Nadya reaccionó arqueándose de nuevo contra él, ofreciéndole su cuerpo.

Deseaba más.

Quería más.

Necesitaba más.

Parecía que todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se hubieran despertado de golpe y ansiaran el contacto de Khalil.

Él lo supo. Y la hubiera embestido en aquel mismo instante. Se hubiera hundido en ella hasta el fondo, pero tenía que controlarse. Estaba a punto de estallar. Notaba la sangre palpar con violencia en su entrepierna. El miembro, duro y enhiesto, le dolía por el deseo. Porque la deseaba. ¡Sí, la deseaba! ¡Y de qué modo! Lo hacía de una manera instintiva, primitiva y salvaje. Pero debía tener paciencia. Ir despacio.

Continuó dándole placer.

Nadya se retorció bajo la destreza de su boca, sintiendo que el calor en su cuerpo se hacía insoportable. Cuando él comprobó que estaba preparada, enderezó la espalda y se colocó entre sus piernas. Alargó el brazo y de la cartera que tenía guardada en el bolsillo del pantalón, sacó un preservativo.

Nadya lo miraba perpleja, casi sin pestañear, mientras Khalil rasgaba el precinto y se ponía el condón. No era una chica de la Edad Media. Evidentemente sabía lo que los hombres tenían entre las piernas, y había gozado de algunos juegos preliminares con otros chicos, pero tenía que reconocer que nunca había visto un miembro tan grande. Lanzó una mirada de fascinación y se sonrojó. Al ver su expresión, Khalil dijo con cierta satisfacción:

—¿Estás bien?

—Sí —afirmó, apartando la mirada con las mejillas sonrojadas.

Khalil sonrió. Se inclinó sobre ella y le apartó el pelo del rostro.

—Tranquila, no te voy a hacer daño, ¿vale? —le prometió con voz cariñosa.

—Vale —asintió Nadya.

—Mírame —le dijo Khalil—. No dejes de mirarme, bella.

Deslizó las caderas hacia abajo y poco a poco fue penetrándola. Nadya sintió una pequeña punzada de dolor en el vientre, que desapareció cuando Khalil bajó la cabeza y la besó apasionadamente en los labios. Durante un rato Khalil no se movió para que se acostumbrara a su invasión.

—¿Te hago daño? —se preocupó, observándola con sus ojos negrísimos.

—No —respondió Nadya en un hilo de voz.

Khalil sonrió.

—No sabes cómo te deseo —dijo susurrante.

Comenzó a moverse encima de ella, despacio. Nadya le acarició la espalda y clavó los dedos en sus hombros, entregada totalmente a él. Khalil se retiró y la embistió de nuevo.

Sentirlo dentro era una sensación maravillosa. Tanto que necesitaba más. Llevada por la pasión, le rodeó la cintura con las piernas y se aferró a él. Alzó la cabeza y le mordió el hombro.

—Necesito que vayas más rápido, por favor —le pidió a Khalil entre jadeos.

—Todavía no, bella —dijo él riendo traviesamente en su cuello.

—Por favor... —suplicó Nadya en tono débil.

—No seas impaciente, la espera es la mitad del placer —siseó Khalil.

La penetró más y más profundamente, pero sin aumentar el ritmo. Se negó. No quería hacerle daño. Mantenía un movimiento lento y lleno de sensualidad. Olas de placer

crecían dentro de Nadya haciendo que sus terminaciones nerviosas se pusieran en tensión.

—Mi salvaje Nadya, mi rebelde niña, tan indomable, tan bella... Pero ahora eres mía. Solo mía —susurró Khalil contra su boca con voz ronca. En su mirada titilaba una cruda posesividad, como la de un depredador que atrapa por fin la pieza que codiciaba cazar.

Bajó la cabeza y le pasó la lengua por el labio inferior, lamiéndoselo. Después volvió a besarla.

—Oh, Khalil... —Nadya soltó el aliento en un gemido.

Khalil la estaba volviendo loca, despertando en ella sensaciones que jamás había imaginado. Era incapaz de tener el control. Se le escapaba de las manos como si fuera agua. No debería estar sintiendo aquellas cosas, no debería desear a Khalil de esa forma tan visceral, tan animal. ¿O sí? Atrapada en su cuerpo se sentía libre, libre como no se había sentido nunca.

CAPÍTULO 55

El orgasmo llegó de manera precipitada e inesperadamente, como una tormenta de verano. Una sucesión de intensas convulsiones sacudió el cuerpo de Nadya, obligándola a retorcerse de placer bajo Khalil, y a gritar su nombre una y otra vez mientras se aferraba con los dedos a su fuerte espalda. Los músculos se le tensaron como afinadas cuerdas de arpa, para caer exhausta y satisfecha unos segundos después.

Unas embestidas más tarde Khalil se estremecía sobre ella con un gemido ronco y gutural que emergía de lo más profundo de su garganta. Nadya se mantuvo inmóvil, con los ojos cerrados, disfrutando del peso del cuerpo de Khalil. No quería que aquel momento terminara nunca.

—¿Estás bien? —le preguntó Khalil mientras le acariciaba la mejilla con ternura.

—Sí, muy bien —respondió Nadya.

—¿Te he hecho daño?

Nadya negó con la cabeza.

—No.

Khalil finalmente salió de ella y se dejó caer a un lado, la arrastró con él y la rodeó con el brazo. Su piel blanca contrastaba con la bronceada suya.

—Ha sido... —Nadya no encontraba palabras—... increíble —susurró.

Apenas se atrevía a mirar a Khalil, en esos momentos le embriagaba una extraña timidez. El acto había sido tan increíblemente íntimo que no hallaba palabras para describirlo.

—Tú eres increíble, Nadya —afirmó Khalil.

Se inclinó y le dio un beso en la frente. Nadya esgrimió una sonrisa sin despegar los labios y se acurrucó contra su torso desnudo.

—Ahora duerme —musitó Khalil—. Descansa. Tenemos que emprender de nuevo el camino antes de que anochezca.

Aunque estaban en el desierto, le cubrió ligeramente con la liviana manta y le acarició la mejilla con dulzura.

—Sí —murmuró Nadya.

Cerró los ojos, agotada. Solo quería apoyar la cabeza en el pecho de Khalil y dormir. Su maravilloso olor le llenaba las fosas nasales, aletargándole los sentidos.

Conteniendo el aliento, Khalil contempló a Nadya tendida a su lado, con el pelo mojado cayéndole por la espalda, la piel sonrosada y los labios hinchados, fruto de la pasión que habían compartido unos minutos antes. Parecía increíblemente inocente. Lo era. Más de lo que hubiera imaginado nunca.

Su miembro se sacudió de nuevo, impetuoso. Respiró hondo y trató de tranquilizarse. No podía someter a Nadya a un asalto tan pronto. No quería que pensara que era un salvaje, como decía. Suspiró resignado y apoyó la cabeza en el tronco de la palmera mientras contemplaba el cielo despejado y se dejaba hipnotizar por la respiración acompasada de Nadya.

Nadya.

Era virgen.

Nunca lo hubiera imaginado. No de una chica occidental de veintipocos años. Eran mujeres mucho más liberales de lo que lo eran las de Oriente Medio. Lo veía normal en sus concubinas, pero no en ella, y tenía que reconocer que lo había sorprendido. Había sido el primero. El primer hombre en darle placer.

Se sintió extrañamente orgulloso.

Nadya notó el suave roce de los dedos de Khalil sobre su mejilla.

—Despierta, bella, tenemos que irnos antes de que caiga la noche —le dijo en un susurro.

Ella abrió los ojos, somnolienta, y pestañeó para enfocar la vista. Khalil la miraba con dulzura a pocos centímetros de su rostro. Un hormigueo empezó a viajar por su cuerpo desnudo. Durante unos instantes tuvo la sensación de estar sumergida en el nimbo ilusorio y caprichoso de un sueño. Había hecho el amor por primera vez en un bello oasis; una especie de pequeño edén en mitad del desierto, con el que, para ella, era el hombre más atractivo del mundo. Además, él la había tratado con una ternura infinita. Se puso roja al recordar el modo en que había gemido, el modo en que Khalil le había dado placer, el modo en que la había llevado al más excelso de los éxtasis.

«¡Oh, Dios...!», exclamó para sus adentros. La cara le ardía.

Y lo peor es que deseaba volver a hacerlo. Debía admitirlo. Tenía que ser la influencia de aquel enclave, por momentos idílico: las palmeras, la laguna, el cielo azul, el calor, Khalil y su exacerbada sensualidad...

Khalil flexionó el codo, incorporándose ligeramente, y apoyó la cabeza en una mano.

—¿Sabes que tienes unos ojos preciosos? —dijo, observándola con detenimiento.

Nadya emergió de sus pensamientos y volvió a la realidad. Sonrió.

—Adulador —dijo en tono de broma.

—No soy un hombre dado a las adulaciones —repuso él—. Solo digo la verdad. Nunca he visto unos ojos tan cristalinos como los tuyos, tan limpios...

—Pues gracias —le agradeció Nadya, haciendo un mohín algo ruborizada—. Yo, en cambio, nunca he visto una mirada

tan oscura y profunda como la tuya, unos rasgos tan rotundos. —Alargó el brazo y le pasó la mano por la parte de la mejilla que no estaba cubierta de barba—. Unos rasgos tan masculinos...

Khalil sonrió, mostrando su dentadura blanca y perfecta. Luego se inclinó hacia Nadya y le dio un beso en los labios.

—Tenemos que irnos —anunció.

—¿Tan pronto?

—¿Qué quieres hacer?

Nadya se encogió de hombros.

—No sé, podríamos quedarnos un ratito más —respondió en tono pícaro.

Acercó su boca a la de Khalil y lo besó. Notó que sus carnosos labios se abrían en una sonrisa.

—¿Quieres que vuelva a hacerte el amor? —le preguntó él deslizándose la mano por su melena rubia.

Su voz ronca hizo que a Nadya le temblara todo el cuerpo de deseo. Se mordió el labio inferior, pero no dijo nada. Aunque la expresión de sus ojos parecía hablar por ella.

CAPÍTULO 56

—La chica rebelde de occidente ha resultado ser una caja de sorpresas —susurró Khalil.

Puso los dedos bajo su barbilla, le atrapó el labio y tiró de él. Cuando lo soltó, sus miradas se encontraron. Khalil apartó la manta que cubría a Nadya y se tumbó sobre ella. Le aferró las manos, entrelazó los dedos con los suyos y los llevó por encima de su cabeza.

Preso bajo su cuerpo, se inclinó y comenzó a descender la boca por su cuello, el recién descubierto punto débil de Nadya. Lo mordisqueó suavemente y lo besó hasta arrancar suspiros de placer de ella. Nadya sintió el duro miembro de Khalil excitado y palpitante apretando su vientre, dejando al descubierto la urgencia con que su deseo la reclamaba.

Khalil continuó bajando.

Se deslizó por su pecho. Los labios se cerraron en torno a un pezón. Nadya sofocó un gemido desesperado mientras la lengua de Khalil jugueteaba con la rosada areola, dibujando círculos alrededor. Nadya dejó escapar una exclamación y musitó algo en inglés que él no entendió, pese a que dominaba el idioma a la perfección.

Se pasó al otro pecho, lamiéndolo y saboreándolo como el manjar más exquisito del mundo. Ella gimió y sacudió la cabeza, extasiada. ¿Cómo era posible que le provocara todas aquellas cosas con solo acariciarla? Khalil parecía poseer un poder secreto bajo las manos, un hechizo que le hacía caer rendida ante sus encantos.

Jamás había conocido a un hombre tan sensual como él. Khalil era instintivo, sexual, indómito y muy peligroso para ella, pues le arrebatava cualquier brizna de raciocinio que

tuviera y hacía que le hirviera la sangre solo con mirarla. Khalil tenía el poder de hacerle perder el control.

—¿Qué estás haciendo conmigo? —murmuró, poniendo involuntariamente voz a sus pensamientos.

—Estoy descubriéndote un mundo de placer —respondió Khalil con una sonrisilla traviesa en los labios.

Pasó las yemas de los dedos por su vientre con suma delicadeza. Pese al calor que hacía en el desierto, Nadya notó un fuerte escalofrío recorriéndole la espalda.

Sentía los labios de Khalil devorando cada centímetro de su piel, dejando un rastro de fuego por su sensibilizado cuerpo. Cuando le separó las piernas y la penetró, hundiéndose en lo más profundo de ella, después de ponerse un preservativo, Nadya se arqueó contra él, clavándole las uñas en la espalda con fuerza.

Khalil gruñó un gemido.

—Eres una gata salvaje —dijo, mientras acoplaba su cuerpo con el de Nadya. Ella ronroneó con una sonrisa traviesa, satisfecha.

Una extraña nebulosa invadió su mente cuando Khalil apresó su boca. La besó con tanta vehemencia que se quedó sin aliento. Su cuerpo se estaba derritiendo debajo del suyo. Khalil se movía dentro de ella despacio, colándose en sus entrañas como si fuera seda caliente.

—Khalil... —jadeó. La voz sonaba cargada de placer.

—¿Me deseas? —le preguntó Khalil al tiempo que aceleraba el ritmo de sus caderas.

—Sí —respondió Nadya.

—¿Cuánto?

—Mucho.

—Repítelo, Nadya, ¿cuánto me deseas? —le exigió Khalil, enterrándose con fuerza en su cuerpo.

—Mucho, Khalil, mucho —repitió ella, como si esas palabras fueran el pase al cielo.

Llevada por la pasión, se aferró a él, rodeándole la cintura con las piernas. De pronto, con un movimiento rápido y ágil, Khalil se dio la vuelta y se tumbó sobre su espalda, colocando a Nadya a horcajadas encima de él.

—Muévete —le dijo.

Nadya empezó a bombear las caderas adelante y atrás, moviéndose al ritmo que le exigía el deseo. Segura de sí misma y de lo que hacía sentir a Khalil, deslizó las manos por su torso. Se sintió maravillada por la definición de sus músculos. Era una delicia pasar los dedos por la dureza de su torso.

—Así, sigue moviéndote así —gimió Khalil.

Nadya aumentó el ritmo. Khalil hacía que se comportase sin vergüenza, sin pudor, como lo haría una de sus concubinas, como lo haría una ramera experimentada.

—Me vas a volver loco —dijo Khalil con voz ronca, sosteniéndole la mirada. Un brillo lujurioso refulgió en sus ojos negros.

La agarró con firmeza de las caderas, tratando de acelerar las embestidas. Necesitaba correrse ya o estallaría en pedazos. La visión de los pechos de Nadya danzando arriba y abajo lo estaba volviendo loco. Por un momento creyó que iba a perder la cabeza.

Ella comenzó a moverse más deprisa siguiendo las olas de deseo que crecían en su interior. Llamas de placer bailaban por su cuerpo y se dirigían hacia cada una de sus terminaciones nerviosas.

Todo a su alrededor comenzó a desaparecer, solo existían Khalil y ella. Continuó moviéndose rítmicamente sobre él, hasta que su cuerpo explotó. Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido cuando el orgasmo la sacudió como un terremoto.

Khalil sintió que se le tensaban los músculos y los tendones bajo el cuerpo de Nadya. Fuertes convulsiones crecieron en su interior haciendo que se estremeciera de placer. Fuego líquido recorrió sus arterias.

Nadya se dejó caer sobre él y cerró los ojos. Se quedó un rato inmóvil, intentando recuperar el aliento; rodeada por la luz crepuscular y sintiendo los latidos acelerados del corazón de Khalil, que respiraba de forma entrecortada. Los dos estaban cubiertos de una capa de sudor y trataban de recuperar el ritmo normal. Khalil la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza.

CAPÍTULO 57

—Tenemos que irnos —dijo Khalil, rompiendo el brumoso silencio—. Faltan un par de horas hasta que lleguemos al palacio y no es conveniente viajar de noche por el desierto.

El sol estaba bajando, buscando la línea del horizonte, y brillaba directamente en sus ojos negros. Nadya movió la cabeza para romper el encantamiento de su mirada.

—Enseguida me visto —dijo.

—¿Has oído hablar de la leyenda del ejército desaparecido de Cambises? —preguntó Khalil a Nadya mientras cabalgaban al trote por el desierto.

—Sí —asintió ella—. Es uno de los misterios más fascinantes de la Historia de la Humanidad —añadió, y comenzó a contar el relato que había leído mil veces—. Los sacerdotes no reconocían al rey persa Cambises II el derecho a gobernar Egipto. Por ello Cambises II envió un poderoso ejército de más de 50.000 soldados para destruir el Templo de Amón, situado en el oasis de Siwa. El ejército viajó durante siete días y siete noches por el desierto occidental de Egipto hasta llegar al oasis. Cuando lo abandonaron, desaparecieron sin dejar rastro, como si se los hubiera tragado la Tierra.

—Exacto —corroboró Khalil—. Nunca más volvió a saberse nada del poderoso ejército de Cambises II.

—Muchos arqueólogos han tratado de encontrar los restos de este ejército durante años, pero no han tenido suerte.

—Quizá porque lo hacen en las tierras contiguas al oasis de Siwa —comenzó Khalil—, pero el ejército de Cambises II no

llegó al oasis de Siwa, como era su pretensión, sino al de El-Kharga.

—Desconocía ese dato —apuntó Nadya, muy interesada en el tema. Como buena arqueóloga, la leyenda que planeaba sobre el ejército fantasma de Cambises II le parecía fascinante. ¿Cómo no? Era uno de los grandes misterios del mundo antiguo—. Pero ¿cómo pudieron desaparecer por completo? —lanzó al aire.

—Se los tragó la tierra —respondió Khalil, alzando los hombros.

Nadya arqueó las cejas.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Se abrió una grieta en el suelo y se los tragó a todos? ¿A 50.000 hombres? ¿Así, sin más? ¿Y después la grieta se cerró como por arte de magia? —dijo en tono de irónica incredulidad.

Khalil rio ante su conjetura.

—No se abrió ninguna grieta en el suelo —repuso—. Lo que ocurrió es que los sepultó una gigantesca tormenta de arena.

—¿Una tormenta de arena? —repitió Nadya.

En un principio le pareció una idea descabellada, pero lo reflexionó durante unos segundos. ¿Y si Khalil tenía razón? ¿Y si el ejército de Cambises II había sido sepultado bajo una tormenta de arena? Ella había presenciado una hacía solo unas horas y había estado a punto de comprobar el nivel de devastación que podía alcanzar.

—Sí —afirmó Khalil—. Hay tormentas de arena capaces de mover toneladas de tierra. Tú misma has visto cómo son, y la de ayer es una ínfima parte de lo que pueden llegar a ser. Algunas te sumergen en un apocalipsis.

El rostro de Khalil había adoptado un semblante sombrío al decir aquello. Igual que su tono de voz, que en esos momentos se escuchaba gris y taciturno.

—¿Tú has visto alguna de esas tormentas de arena apocalípticas? —curioseó Nadya, presintiendo que hablaba por propia experiencia.

La respuesta tardó unos segundos en llegar a los labios de Khalil.

—Sí, cuando era niño —contestó al cabo de un rato—. Viajaba por el desierto Blanco en una caravana junto a mis padres. Nos dirigíamos a Farafra cuando una tormenta de arena nos cogió desprevenidos en mitad de la ruta. La caravana volcó y fue arrastrada a lo largo de varios metros. Quedó enterrada bajo una montaña de arena.

Nadya sintió que se le encogía el corazón.

—¿Y qué pasó? —preguntó.

—Mi madre murió en el acto, mi padre murió una semana después a causa de la grave neumonía que le provocaron las partículas de polvo que inhaló.

Nadya se quedó con la boca abierta.

—Lo siento mucho, Khalil. No sabía que... que tus padres habían fallecido.

—Fue hace muchos años, como te he dicho. Yo era apenas un niño —fue el comentario que hizo él.

Khalil se mantenía fuerte, pero Nadya advirtió un halo de vulnerabilidad en la expresión de su rostro.

—Tuviste que sufrir mucho. —Su voz se escuchaba afligida.

Khalil nunca hablaba de la muerte de sus padres. Era doloroso. Pero en ese momento sintió que las emociones que se había negado a sentir comenzaban a removerse en su interior.

—¿Y tú? ¿Resultaste herido? —habló de nuevo Nadya.

Khalil no tenía intención de compartir nada de las circunstancias del accidente en el que habían fallecido sus padres. Sin embargo, se descubrió hablando de ello con

Nadya, que lo miraba con sus grandes ojos azules de una forma desconcertante.

Negó con la cabeza a su pregunta.

—Yo me salvé gracias a un milagro. Permanecí debajo del hueco que formó una de las ruedas hasta que la tormenta pasó, lo que me permitió no quedar sepultado y respirar el suficiente tiempo para que mi padre me rescatara. A partir de ese día, la gente empezó a decir que solo un Hijo del Desierto, alguien que cuenta con el beneplácito de estas tierras yermas, hubiera salido intacto de una tormenta de arena tan terrible como aquella.

—¿Por eso te llaman así?

—Sí —respondió—. La gente de Egipto es muy supersticiosa —añadió. Su voz se tornó seria, amarga.

Después de esas palabras se hizo un silencio pesado. Solo se escuchaban los relinchos de Sombra mientras avanzaba por las dunas del desierto.

—Oye, ¿sabes que puedes tener razón? —dijo Nadya, cambiando de tema, pues estaba claro que Khalil no quería seguir hablando del accidente de sus padres—. Con respecto al ejército de Cambises II, quiero decir.

—¿No me vas a rebatir el argumento? —bromeó Khalil fingiendo incredulidad—. No me lo puedo creer. ¿Quién eres y qué has hecho con Nadya Rice?

—No te burles —rezongó ella, girando el rostro hacia él—. No te rebato el argumento porque de verdad creo que puedes tener razón. De otro modo es imposible que un ejército de 50.000 hombres desaparezca sin dejar rastro.

—Como arqueóloga que eres, ¿nunca has querido buscar los restos del ejército de Cambises II? —le preguntó Khalil.

—Hubo un tiempo que sí, que quería perseguir ese mito —reconoció Nadya al tiempo que miraba la línea del horizonte—. Fue cuando leí la novela de Michael Ondaajte, *El paciente*

inglés, pero, sobre todo, cuando cayó en mis manos *El enigma de Cambises*, del escritor Paul Sussman.

—Lo último que se sabe de ello es que unos arqueólogos italianos aseguraban haber encontrado cientos de huesos humanos bajo las arenas del Sahara —dijo Khalil

—Leí algo al respecto en un artículo del National Geographic. También encontraron artefactos aqueménidas como pendientes, brazaletes de plata y algunas armas de bronce.

—Pero hay muchas dudas respecto a ese hallazgo —intervino Khalil, con su humor de siempre—. Hay quienes dicen que es una treta de marketing que utilizan las agencias de viaje para atraer turistas.

Nadya alzó los hombros.

—¿Quién sabe? —dijo—. Yo creo que el misterio de lo que ocurrió con el ejército de Cambises II va a seguir siendo eso, un misterio.

CAPÍTULO 58

El sol, convertido en un enorme medallón rojo, se había ocultado casi por completo detrás de la suave línea del horizonte. Su resplandor teñía el cielo de un vibrante tono escarlata.

Khalil y Nadya llevaban un buen rato sin hablar. Cada uno estaba sumido en sus propios pensamientos. Nadya no podía quitarse de la cabeza la trágica historia que rodeaba la niñez de Khalil. La tormenta de arena, el accidente, la horrible muerte de sus padres... Era curioso que compartieran tragedia.

Algo le hizo hablar.

—Hay otra cosa en la que también tienes razón —dijo de pronto, sin saber muy bien por qué había pronunciado aquellas palabras.

—¿Ah, sí? —dijo Khalil.

—Sí.

—¿Y en qué más tengo razón?

—Hay otro motivo por el que he venido a Egipto, además de tratar de hallar algún vestigio de Akhenatón —contestó.

Khalil recordó la conversación que había mantenido con Nadya en la que él le había preguntado por qué había ido a Egipto, ella se había empeñado en decir que solo buscaba recomponer la historia del «faraón hereje». Sabía que mentía, se lo decía su intuición. Pero no podía obligarla a contárselo, por supuesto. Su curiosidad se aguzó.

—¿Qué te ha traído a mi país, Nadya? —le preguntó directamente.

—Saber quién asesinó a mis padres —respondió sin titubear.

El rostro de Khalil se llenó de perplejidad. Tanto se sorprendió por aquella respuesta que tiró de las riendas y detuvo el caballo.

—¿Asesinaron a tus padres? —repitió.

—Sí.

—¿Por qué?

Nadya se giró ligeramente hacia él.

—Ese es otro de los motivos por los que estoy aquí.

—¿Quieres contarme cómo ocurrió?

Khalil volvió a poner a Sombra al trote.

—Alguien chocó lateralmente con su coche haciendo que se salieran de la carretera. Después les pegaron un tiro. Sin más. —A Nadya se le quebró la voz. El dolor llenaba su corazón. Tuvo que esperar unos segundos para poder seguir hablando—. Y a mí también me hubieran matado de no ser porque ese día me quedé con mi tía.

—Yo también siento mucho la muerte de tus padres —dijo Khalil—. Jamás me hubiera imaginado que compartiéramos una infancia trágica. ¿Cuántos años tenías cuando ocurrió? —le preguntó.

—Nueve.

Khalil permaneció unos segundos en silencio, reflexionando.

—Por eso tienes pesadillas, ¿verdad? —curioseó, aunque no pretendía ser indiscreto.

A Nadya le costó reconocer que la muerte de sus padres la asediaba casi cada noche desde que había tenido lugar.

—Sí —reconoció finalmente—. Durante la adolescencia hice terapia, pero no sirvió de nada —añadió con voz desconsolada—. No saber quién y por qué lo hizo no me deja dormir tranquila.

Khalil le acarició el hombro cariñosamente.

—Algún día lo superarás —dijo.

—No lo creo, ya han pasado muchos años y siento el dolor como el primer día.

—Es normal. Eran tus padres. Yo mejor que nadie sé lo que es crecer sin unos padres que te cuiden y te protejan.

—Sí, es verdad. Nadie mejor que tú lo sabes.

Nadya esbozó una débil sonrisa.

—Quizá nunca se supera, pero se aprende a vivir con ello, te lo aseguro. Solo necesitas saber qué pasó. Cuando averigües quién los asesinó, los sentimientos se apaciguarán —dijo Khalil—. Y yo voy a ayudarte a que lo averigües.

Nadya echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el pecho de Khalil al tiempo que soltaba un pequeño suspiro.

—¿No tienes una mínima idea de quién pudo estar detrás del asesinato de tus padres? —habló de nuevo Khalil—. ¿La policía no tenía sospechosos?

Nadya sacudió la cabeza, negando.

—No, no hubo testigos, y yo no tengo la más mínima idea de quién pudo hacerlo, era muy pequeña. Pero estoy segura de que su asesinato tiene que ver con el pasado de mi madre. Mi padre era un hombre normal y corriente. Un contable brillante que trabajaba en una multinacional. No había rincones oscuros en su vida. No había sombras. —Nadya carraspeó y se aclaró la garganta—. Lo que quiero decir es que no tenía enemigos que quisieran asesinarlo.

—¿Y tu madre? ¿Qué sabes de su vida aquí, en Egipto? —se interesó Khalil.

—No mucho, si te soy sincera. En casa no se hablaba de su pasado.

—¿No estaba orgullosa de ser egipcia?

—No, no, ni muchísimo menos. Como ya te dije, ella misma fue la que me enseñó árabe y la que me inculcó el amor por esta tierra. Mi madre nunca ha renegado de sus orígenes,

todo lo contrario, la amaba, pero había algo en su pasado de lo que no hablaba.

—¿Algo de lo que quizá se avergonzaba?

—No, yo creo que era algo de lo que quería protegerme... A mí, a mi padre; a la familia que había formado en occidente.

—¿Cuál era el apellido de tu madre?

—Zayed. Salem Zayed.

Khalil hizo memoria, por si el apellido pudiera decirle algo o proporcionarle algún dato. En Egipto siempre había habido linajes importantes. Quizá la madre de Nadya había pertenecido a alguno de ellos y había sido protagonista de una de esas intrigas palaciegas que la había obligado a huir a Inglaterra, pero fracasó en su intento.

—Te ayudaré a averiguar qué pasó con tus padres —dijo.

—Gracias —respondió Nadya.

CAPÍTULO 59

Llegaron al palacio cuando la oscuridad comenzaba a caer y el aire dejaba de ser asfixiante. Bajo el incipiente suspiro de la noche, la construcción se apreciaba como un edificio con encanto de cuento.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —dijo Bastet a Khalil al verlo entrar en el harén—. Me alegro de que la señorita Nadya y usted estén bien.

—¡Nadya! —gritó Kama. Se dirigió a ella corriendo y la abrazó, estrechándola con fuerza entre los brazos—. Alabado sea Dios, estás sana y salva, pensábamos que te había pasado algo. Algo horrible. —Se ruborizó cuando se dio cuenta de que Khalil estaba allí, unos pasos por detrás. Se separó de Nadya—. Buenas noches, señor —saludó a Khalil, haciendo una ligera reverencia con la cabeza.

—Buenas noches, Kama —dijo él, sereno—. Tengo que irme —les informó—. He de avisar a Salih y a los hombres de que estamos aquí.

Bastet asintió. Khalil se dio media vuelta y se marchó. Nadya lo vio alejarse por el patio encalado con paso determinante y porte regio. No se había despedido de ella de ninguna forma especial, se había limitado a mirarla sin más, como había hecho con Kama y Bastet. ¿Esperaba un adiós distinto? Sí, en el fondo, sí. Habían compartido momentos muy íntimos y especiales en el oasis, aunque tal vez solo habían sido especiales para ella...

—Pero, cuéntanos... —continuó Kama, impaciente. Nadya volvió a la realidad—. Al principio creímos que te había secuestrado Yassir. ¡No sabes cómo nos asustamos! Si ese hombre te hubiera llevado con él...

—¿En qué estabas pensando cuando decidiste escaparte? Ha sido una insensatez —le dijo Bastet a Nadya, dejando entrever en su voz un matiz de reproche—. Podrías haber muerto en el desierto. La tormenta de arena que nos ha azotado ha sido terrible...

—Bastet, no la regañes —intervino Kama, pasando el brazo por los hombros de Nadya—, seguro que viene cansada. Además, está bien y el señor también. Estás cansada, ¿verdad? —le preguntó a Nadya con complicidad.

Ella giró el rostro hacia Kama.

—Sí, la verdad es que sí —contestó.

No mentía. Estaba cansada, aturdida, confusa. Habían pasado demasiadas cosas en las últimas horas.

—Ve a la habitación a darte un baño y a descansar, te llevaré algo de comida para que cenes —dijo Bastet.

—No tengo hambre —dijo Nadya.

Bastet la miraba con el ceño fruncido.

—No me repliques, tienes que comer. No creo que en el desierto hayas comido mucho —dijo, mostrando su preocupación por ella.

Nadya no puso ninguna objeción. No le quedaban ganas para discutir. Había gastado todas sus energías en los acontecimientos que habían tenido lugar en su fallido intento de escapar.

—Te acompaño y te ayudo a preparar el baño —se ofreció Kama.

—Gracias —dijo Nadya.

Ambas mujeres enfilaron la galería contigua al patio camino de la habitación de Nadya, al tiempo que Bastet iba a la cocina.

—Khalil, nos tenías preocupados. Íbamos a salir a buscarte —dijo Salih algo ansioso—. Mahmoud y Hasani están preparando los caballos.

Se acercó a él de unas cuantas zancadas atravesando el patio desde los establos.

—Tranquilo, Salih —dijo Khalil, haciendo un gesto con las manos.

—¿Cómo estás? —preguntó Salih.

—Estoy bien —respondió Khalil en tono tranquilizador.

—¿Y la occidental?

—También está bien.

Salih respiró aliviado.

—¿Y qué pasó con la tormenta de arena? ¿Os pilló? —se interesó después, mientras se limpiaba las manos con un paño viejo.

—Estuvo a punto. Nos libramos por los pelos —comenzó a relatar Khalil—. Por suerte, antes de que nos engullera la nube de polvo, pude alcanzar las rocas del sur y meternos en la cueva que forman.

Salih soltó el aire que estaba conteniendo en los pulmones mientras lo escuchaba. Dio una palmada a Khalil en el hombro.

—Menos mal, porque ha sido una de las tormentas de arena más violentas de los últimos tiempos —señaló.

—¿Por aquí ha habido desperfectos?

—No, ninguno. Estamos preparados convenientemente desde que tuvo lugar la última. Pero temíamos por ti, la falta de noticias nos preocupó. Sobre todo a medida que pasaban las horas.

—Tuvimos que pasar la noche en la cueva hasta que la tormenta terminó.

—Hiciste bien en llevarte provisiones.

—Sí, pero la tormenta de arena no ha sido lo peor con lo que nos hemos encontrado, Salih —dijo Khalil, que había puesto rumbo al interior del palacio.

—¿A qué te refieres? —Salih caminaba a su lado.

—Nadya se topó con Yassir y uno de sus hombres en la ruta de Farafra-Al Wahat.

Salih chasqueó la lengua ruidosamente.

—¿Qué pasa con ese malnacido que está en todas partes? —protestó.

—Parece que tiene el don de la ubicuidad —dijo Khalil.

—¿Y qué pasó? ¿Le hizo algo a la occidental? —preguntó Salih, serio.

—No, llegué justo a tiempo de impedirlo —contestó Khalil—. Si hubiera llegado solo unos minutos más tarde... —dejó la frase en el aire.

—¡Miserable hijo de puta! —masculló Salih.

Khalil contrajo las mandíbulas con fuerza. Pensar en lo que Yassir habría hecho con Nadya si no hubiera llegado a tiempo de impedirlo hacía que le hirviera la sangre. Le habían entrado unas enormes ganas de matarlo. Lo hubiera estrangulado con sus propias manos cuando vio que los dedos de Yassir estaban tocando los hombros desnudos de Nadya y que tenía la intención de violarla.

—Le hubiera matado sin piedad si le hubiera hecho algo —aseveró, conteniendo la rabia entre los dientes.

—Afortunadamente no has tenido que mancharte las manos con su sucia sangre —dijo Salih desdeñosamente—. No merece la pena. No es más que un perro cobarde.

CAPÍTULO 60

Kama vertió un último chorro de aceite de esencia de bergamota en el agua caliente.

—Nadya, el baño está listo —dijo.

Nadya entró en el lujoso cuarto de baño y se deshizo de la bata de seda que llevaba puesta. Se la quitó, haciendo que resbalara por sus hombros pálidos, y la dejó a un lado.

—Muchas gracias por preparármelo, Kama. La verdad es que no puedo con los pies —dijo con voz cansada.

Desde que había puesto un pie en el harén se sentía agotada, como si le hubiera pasado un par de veces por encima la tormenta de arena que había sacudido el desierto y de la que habían escapado gracias a la pericia de Khalil.

—Para mí es un placer. Tú solo disfrútalo —dijo amablemente Kama—. Es normal que estés agotada. El desierto es un lugar feroz para quien no lo conoce.

Nadya se introdujo lentamente en la bañera. El agua, lleno de pétalos de rosas e impregnada de una suave fragancia a bergamota, fue relajándole poco a poco los músculos.

—Oh, Dios... —musitó cuando se sumergió por completo en la bañera.

Apoyó la cabeza en la toalla que Kama había colocado para tal fin en uno de los lados y lanzó al aire un suspiro.

—¿Quieres que te lave el cabello? —preguntó Kama.

—Sí, por favor —contestó Nadya, cerrando los ojos.

Kama cogió uno de los botes del estante, lo abrió, se echó un chorro en las manos de champú y lo frotó hasta hacer espuma. Carraspeó.

—No quiero que te tomes esto que te voy a decir como una regañina —comenzó, mientras masajeaba el cuero cabelludo de Nadya—, pero ¿en serio pretendías escaparte atravesando el desierto?

—Ya me ha quedado claro que ha sido una mala idea —dijo ella. Abrió los ojos. Su color azul refulgió—. He pasado mucho miedo —le confesó a Kama, en la intimidad del cuarto de baño.

—Es normal. Como te he dicho, el desierto es un lugar feroz para quien no lo conoce. Es un mal enemigo.

Nadya enderezó la cabeza.

—No solo tuve miedo por las inclemencias del desierto, la mala suerte quiso que me topara con Yassir.

Kama dejó de masajearle el pelo.

—¿Con Yassir? ¿Estás segura?

—Completamente —respondió Nadya.

—¿Y qué pasó? ¿Te...? ¿Te hizo algo ese hombre? —La voz de Kama sonaba con un matiz de miedo.

—No, pero lo intentó.

Kama soltó un pequeño grito.

—¡Rata inmunda! —exclamó.

—Cuando... Bueno, ya sabes, llegó Khalil —dijo Nadya.

—Oh, el señor siempre tan oportuno. ¿No crees que es como un héroe? —dijo Kama con expresión de ensoñación en el rostro mientras volvía a mover las manos para seguir lavando el largo pelo de Nadya.

—Para mí lo fue en ese momento. Sino hubiera sido por él, Yassir me hubiera violado.

Nadya sintió un escalofrío cuando pronunció aquellas palabras. Cada segundo que el tiempo le robaba al reloj era más consciente del alcance que había tenido la intervención de Khalil, como decía Kama, había sido muy oportuno.

—Yassir es un cobarde —comentó Kama.

Nadya se quedó pensativa. Había una cosa que le había pasado desapercibida entre la vorágine de los duros sucesos que había vivido en las últimas horas.

—Pasó algo extraño... —dijo.

—¿Algo extraño? ¿Qué?

—La actitud de Yassir cuando me vio. Cualquiera diría que había visto un fantasma.

—¿Un fantasma?

—Sí, le cambió la expresión.

—¿Y no sabes por qué? ¿No te dijo nada?

Nadya movió la cabeza.

—No. Pero no paraba de gritar que le dijera quién era. Una y otra vez.

—¿Y lo hiciste? ¿Le dijiste tu nombre o que eres inglesa?

—No. —Nadya meneó la mano—. Yo solo quería que me soltara. Me tenía agarrada del brazo con tanta fuerza que me hacía daño. Todavía puedo oler el hedor de su aliento. —Nadya se estremeció al recordarlo—. ¡Era repugnante!

—Yassir es un hombre repugnante —afirmó Kama—. Dale gracias al señor Khalil que saliera a buscarte. Si Yassir te hubiera secuestrado y te hubiera llevado a su harén, tu vida sería un infierno, Nadya. Ese hombre no tiene escrúpulos.

—Lo sé, Kama, lo sé —recalcó ella con aprensión—. Solo hay que ver las intenciones que tenía conmigo. Espero no tener que volver a ver su cara en mi vida.

Kama apoyó las manos en sus hombros y se los apretó cariñosamente.

—Afortunadamente no consiguió hacerte nada y ahora estás a salvo.

Nadya no hizo ningún comentario, prefirió mantenerse en silencio. Ella no estaba tan segura de estar a salvo en el harén.

Allí estaba el peligro más grande de todos.

Khalil.

CAPÍTULO 61

Bastet le llevó una bandeja con carne estofada de cordero con albaricoques y miel, dátiles rellenos y jugo de arándanos. Nadya solo tuvo que empezar a cenar para darse cuenta de que en realidad tenía un hambre feroz. La tranquilidad del harén le había abierto el apetito.

—¿Dónde os quedasteis durante la tormenta de arena? —le preguntó Kama.

—En una cueva —contestó Nadya. Pinchó un trozo de cordero y se lo llevó a la boca—. Tuvimos que pasar la noche en su interior.

Se encontraba sentada a la mesa con un albornoz blanco.

—Tuvisteis mucha suerte. Por lo que han dicho, ha sido una de las tormentas más devastadoras de los últimos años —le informó Kama.

—Fue horrible —apuntó Nadya—. Te juro que hubo un instante que pensé que era el fin. La gigantesca nube de polvo que había detrás de nosotros parecía seguirnos, como si tuviera vida propia y pretendiera engullirnos en su interior.

—Debiste pasar mucho miedo.

—Mucho. Solo Khalil me hacía sentir algo de seguridad. Tuvo que sujetarme con fuerza por la cintura para no caerme del caballo. Íbamos muy rápido, ¿sabes?, pero nunca perdió el control de Sombra. Nunca pensé que fuera un hombre tan indómito, tan... —Suspiró.

Kama advirtió una nota de admiración en la voz de Nadya. Sonrió para sí mientras ahuecaba las almohadas de la cama.

—La valentía es una de las muchas virtudes del señor —comentó, pulsando la reacción de Nadya. La miró por el

raballo del ojo.

—Tienes razón —murmuró ella con rostro meditabundo.

Desde luego la valentía era una virtud de Khalil, sin duda. Una de tantas. Y las innumerables pericias amatorias eran otras de sus muchas virtudes. ¿Por qué no se podía sacar de la cabeza lo que había pasado entre ellos en el oasis? Estaba grabado a fuego en su mente.

—Después nos detuvimos en un oasis. —Nadya relegó al fondo de su cabeza los pensamientos indecorosos que invadían su mente y habló de nuevo.

—Me imagino que sería el oasis que está cerca de aquí —dijo Kama.

—Sí —contestó únicamente Nadya.

Kama se volvió hacia ella. Tenía la sensación de que Nadya quería decirle algo, pero no se atrevía. ¿Cómo podía ser una chica occidental tan pudorosa?

—¿Pasó algo en el oasis? —preguntó con cautela.

—Bueno, Khalil y yo... —súbitamente Nadya se cayó.

—¿Tuvisteis sexo? —se adelantó a decir Kama.

—Sí.

—¿Por qué lo dices así? ¿No te gustó?

Nadya dio un trago del jugo de arándanos, dejó el vaso sobre la mesa y se echó hacia atrás, recostando la espalda en la silla.

—Fue maravilloso, Kama. Maravilloso —confesó—. Además fue muy tierno y delicado conmigo, sobre todo teniendo en cuenta que... bueno, que era mi primera vez.

Kama dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia Nadya con una ceja enarcada.

—¿La primera vez que has hecho el amor ha sido con el señor? —dijo con un deje de incredulidad.

—Sí —contestó Nadya.

—¿Nunca habías estado con un hombre antes?

—Sí, claro que he estado con hombres antes de Khalil, y he hecho cosas con ellos, pero con ninguno he llegado a tener relaciones sexuales completas. Incluso tuve un medio novio, Chad, pero me fue infiel.

—Lo siento.

Nadya hizo un gesto con la mano.

—Ah, ya no importa, Chad es pasado —se apresuró a decir con indiferencia, pues a esas alturas Chad no le importaba lo más mínimo—. Después de romper con él, me dediqué en cuerpo y alma a los estudios y a lo que más me gusta en el mundo, la arqueología y Egipto. El amor pasó a un segundo plano. Hay mucho tiempo para él. La vida es muy larga —argumentó.

—Pues creo que no has podido escoger a un mejor hombre para perder la virginidad —aseveró Kama—. Khalil es muy salvaje, muy apasionado, pero también es tierno y cariñoso, y más cuando es la primera vez de una mujer.

Nadya miró a Kama. Se había olvidado de que ella era una de las concubinas de Khalil.

—¿Tu primera vez también fue con Khalil?

La respuesta era obvia, pero no pudo evitar hacer la pregunta.

—Sí, las concubinas debemos ser vírgenes, aunque no es una obligación.

—¿Khalil no os lo exigía?

—No.

Nadya bajó la mirada y se mordisqueó el labio inferior ansiosamente. Con dificultad contuvo los celos que sentía, mezclados con temor. Le ahogaban el pecho cuando se imaginaba a Khalil compartiendo con Kama o con otra de sus concubinas la misma intimidad que había compartido con ella. Para Khalil era una más de tantas con las que había estado.

—¿Qué te ocurre? —se interesó Kama al ver que la expresión del rostro de Nadya se había tornado sombría.

—Nada —mintió—. Es que estoy un poco cansada —añadió, forzando una débil sonrisa.

—Te dejo para que descanses —dijo Kama.

—Gracias por todo —le agradeció Nadya.

—Mañana hablamos.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Kama salió de la habitación. Nadya esperó a que cerrara la puerta y entonces suspiró. Volvió a sumergirse en sus pensamientos.

Se levantó y se dirigió hacia la cama. Cuando la alcanzó se dejó caer en el colchón.

¿Cómo había llegado a esa situación? ¿Cómo había conseguido Khalil hacerla olvidarse de todo? ¿Olvidarse de que era su enemigo? ¿Cómo había cedido finalmente a sus pretensiones?, se preguntó.

Había luchado contra sí misma y contra su deseo y había perdido. No reconocía su cuerpo cuando estaba cerca de él, actuaba como si tuviera voluntad propia, ajeno a las órdenes de su cerebro.

Quizá hubiera actuado como una concubina entregándose a él, pero eso no significaba que lo fuera. De ninguna manera. No se convertiría en una de ellas ni permanecería en su harén dispuesta a cumplir complacientemente sus deseos. Khalil estaba acostumbrado a que las mujeres se echaran a sus pies con solo chasquear los dedos, pero ella no iba a hacer eso.

Trató de conciliar el sueño, pero no podía dormir.

Cada vez que cerraba los ojos recordaba los oscuros ojos de Khalil y la impetuosidad de su cuerpo embistiéndola.

CAPÍTULO 62

Salih ladeó la cabeza.

—Ha pasado algo con la occidental, ¿no es cierto? —preguntó a Khalil.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarla «la occidental»? —dijo Khalil en tono despreocupado.

—Es occidental, ¿no? —ironizó Salih.

Khalil llenó un vaso de karkadé, una bebida refrescante típica de Egipto, y se lo ofreció a Salih alargando el brazo.

—Sí, pero tiene un nombre —dijo.

Sin dejar la jarra de karkadé se sirvió un vaso para él.

—Khalil, no evites el tema, ¿ha pasado algo con ella? —insistió Salih con el esbozo de una sonrisa en los labios.

Khalil dio un trago de la bebida.

—A ti no puedo esconderte nada —dijo.

—Sabes que no, te conozco como si fueras mi hermano.

—Casi lo eres. Pero respondiendo a tu pregunta te diré que sí, ha pasado algo con Nadya.

Salih se echó a reír.

—Tardasteis mucho en regresar a palacio después de que pasara la tormenta de arena —comentó, revelando de dónde había surgido su acertada suposición—. No es difícil imaginar a qué fue debida la demora.

—Eres muy agudo —dijo Khalil a modo de halago.

Salih dio un trago largo de su vaso.

—¿Por fin ha accedido a quedarse en el harén?

—Espero que sí.

—¿No crees que te puede seguir dando problemas? ¿Por qué no la dejas ir? Ya has obtenido de ella lo que querías.

Khalil caminó hasta la ventana del despacho. Permaneció de pie, erguido y de espaldas a Salih mientras contemplaba el exterior y volvía a dar un trago de karkadé.

—No ha sido suficiente —contestó.

—¿Cómo que no ha sido suficiente?

—No sé qué me pasa con ella.

—¿Tan fuerte te ha dado? —Salih parecía sorprendido.

Khalil movió la cabeza y sonrió levemente.

—Por muy fuertes que sean mis sentimientos por Nadya no van más allá de lo puramente físico, y nunca van a ir más allá —le aclaró a su amigo—. Pero el deseo sexual que siento por ella es el más primitivo que jamás he experimentado. —Se giró hacia Salih, apartando la vista del exterior, y clavó los ojos en él, que lo miraba curioso—. Cuando la tengo cerca me arden las venas —dijo con vehemencia—. Siento tanto calor en mi interior que pierdo el control. —Río débilmente con ironía, burlándose de él mismo, como un chiste de humor negro—. Yo, que siempre he presumido de autocontrol por encima de todo. Su mezcla de inocencia y rebeldía me vuelve loco.

Salih dejó el vaso de karkadé encima del escritorio, ya que la bebida se había calentado.

—Ten cuidado, Khalil —le advirtió—. Los juegos de cama a veces se convierten en amor, y una occidental no estaría bien vista como tu esposa. Conoces sobradamente lo tradicional que es tu pueblo, y tu mujer deberá tener sangre árabe.

—¿No crees que estás exagerando, Salih? —dijo Khalil.

—El amor tiene esas cosas.

—No tengo intención de convertir a Nadya en mi esposa. Pero si lo hiciera, mi pueblo no lo vería mal.

—¿Por qué? Aunque somos un pueblo moderno, y cada vez estamos más abiertos al mundo, algunas de las tradiciones todavía son sagradas.

—La madre de Nadya es egipcia —apuntó Khalil.

Salih arrugó el entrecejo.

—¿Egipcia?

Khalil se llevó el vaso a los labios y dio el último trago que le quedaba de karkadé.

—Sí —afirmó—. Por eso tiene ese porte, esa elegancia innata, esos rasgos regios, como una reina egipcia —añadió sin disimular cierta admiración.

—Vaya, eso es toda una sorpresa. Jamás lo hubiera pensado, lo reconozco.

—Te lo dije hace unas semanas, que Nadya tenía algo familiar, algo que no era ajeno a nuestra cultura; me lo decían la rotundidad de sus rasgos. Te dije que sus ojos guardaban un secreto...

—Es cierto, lo dijiste. ¿Y qué hace su madre en Inglaterra?

—Qué hacía —le corrigió Khalil.

—¿Murió?

—Sí, y su padre también. Los asesinaron.

—¿A los dos? —dijo Salih con incredulidad.

—Sí, los sacaron de la carretera y les pegaron un tiro.

—Pero ¿por qué? ¿Quién?

—Eso es lo que quiere averiguar Nadya. Es una de las razones por las que ha venido a Egipto.

—Pensé que había venido a rebuscar vestigios de Akhenatón —dijo Salih.

—También ha venido a eso, pero no es el único motivo. Saber quién mató a sus padres y por qué es otro.

—¿Y por qué ha venido a Egipto?

—Piensa que la muerte de sus padres está ligada al pasado de su madre; a algo que tiene que ver con Egipto.

—¿Hace cuántos años pasó? —preguntó Salih.

—Doce o trece. Nadya tenía nueve años, según me dijo —respondió Khalil.

—¿Cómo se llamaba su madre?

—Salem Zayed.

Khalil advirtió en el rostro curtido de Salih que se había quedado pensativo.

—¿Te suena el nombre? —le preguntó.

—No me es desconocido —dijo Salih, tratando de hacer memoria—, pero no logro saber por qué.

—Haz memoria, Salih —le apremió Khalil con rostro impaciente.

Salih estuvo unos minutos removiendo los recuerdos de su cabeza, esperando traer a la superficie la razón por la que le sonaba el nombre de la madre de Nadya, pero fue inútil. No consiguió nada.

—No lo sé, Khalil —dijo con frustración.

—Si te acuerdas de algo, dímelo —dijo él.

—Sí, claro que sí.

—He prometido a Nadya ayudarla a averiguar quién asesinó a sus padres y quiero cumplir mi promesa.

—Lo harás. Estoy seguro de ello.

CAPÍTULO 63

Nadya abrió los ojos lentamente. El sol entraba radiante por los ventanales del balcón. Suspiró y se dio media vuelta en la cama para que el resplandor no le diera directamente en los ojos. Todavía tenía los músculos doloridos de la tensión que había sufrido su cuerpo durante la veloz galopada.

Aunque había tratado de descansar, de que la noche reparara el cansancio acumulado, su sueño había sido ligero e inquieto.

Estaba en el harén.

Otra vez.

En el punto de inicio.

¿Qué haría ahora Khalil con ella? No podía dejarla en el harén. Nadya no sabía qué pasaría a partir de ese momento, pero se negaba a quedarse con el resto de las concubinas. No era una de ellas.

Apartó la sábana, apoyó los pies en el suelo y se levantó. Se dirigía al cuarto de baño cuando tocaron a la puerta con un suave golpe de nudillos.

—Adelante —dijo.

La puerta se abrió y Neith asomó la cabeza.

—¿Se puede? —preguntó.

—Sí —contestó Nadya.

La chica entró en la habitación con una sonrisa esbozada en los labios y una bandeja en las manos. En ella llevaba leche, zumo, cereales y un cuenco de dátiles.

—Te dejo aquí el desayuno —dijo, depositando la bandeja cuidadosamente sobre la mesa.

—Gracias —dijo Nadya.

Cogió una bata de suave seda de color turquesa del respaldo de la silla y se la puso.

—¿Quieres que te prepare el baño? —se ofreció Neith.

—No, Neith, simplemente voy a darme una ducha —respondió Nadya en tono amable.

—Como prefieras.

—Me voy para que desayunes tranquila —dijo Neith.

La concubina se disponía a salir por la puerta cuando Nadya la detuvo.

—Neith...

—¿Sí?

—¿Sabes algo de Khalil? —le preguntó.

Intentó que su voz sonara despreocupada, indiferente, pero no estaba segura de haberlo conseguido. Neith la miró con una expresión extraña. ¿Por qué lo llamaba por su nombre de pila y no «señor»?

—No —respondió. Cogió el pomo de la puerta. En el umbral, se giró—. Bueno sí, ayer por la noche solicitó ver a Berenice.

Nadya sintió un pinchazo en el corazón.

—¿Requirió sus servicios como concubina? —La interrogación salió de sus labios sin poder frenarla, aunque quizá lo mejor hubiera sido no preguntar.

Neith se encogió de hombros.

—No lo sé —respondió.

—Gracias, Neith —dijo Nadya.

La chica salió de la habitación, cerrando la puerta a su espalda. Nadya se quedó unos segundos con la vista fija en ella y soltó el aire que había estado conteniendo. Los celos le

retorcieron el estómago. Sintió como si una mano invisible le pellizcara. ¿Por qué había llamado Khalil a Berenice?

—¿Tú para qué crees? —le habló su vocecita interior en actitud insidiosa—. Para jugar al ajedrez seguro que no —se respondió a sí misma.

En ese instante se sorprendió casi odiando a Berenice.

¿Tan pronto había necesitado Khalil llenar su cama con una de sus concubinas? Solo habían pasado unas horas desde que tuviera relaciones con ella. El Hijo del Desierto se comportaba como un semental. Solo pensaba en sexo y en tener sus apetitos sexuales cubiertos.

—Al diablo con Khalil y Berenice —farfulló malhumorada.

Resopló con fuerza, apartándose con el aire un mechón de pelo del rostro. Jamás se acostumbraría a esa cultura; a compartir a Khalil con otras mujeres. Era algo que no concebía, que no entraba en su cabeza.

Después de darse una larga ducha dio buena cuenta del desayuno que le había llevado Neith, y salió a los jardines.

El abrazo de Hanan la pilló desprevenida. La niña corrió hacia ella y le rodeó la cintura.

—Hola —saludó a la pequeña.

Se puso de cuclillas para estar a su altura. La niña, que tenía la piel del rostro arrebolada, le cogió un mechón de pelo y se lo acarició.

—Te ha echado de menos. —La voz madura de Bastet se escuchó a solo unos cuantos pasos de distancia. Nadya alzó la mirada hacia ella. La mujer estaba de pie, con una expresión cálida en el rostro.

—¿Me has echado de menos? —preguntó a Hanan, devolviendo su atención a la niña.

Ella afirmó varias veces con la cabeza. La inocente sonrisa que se abría en su cara infantil hizo que a Nadya se le encogiera el corazón.

Le pasó cariñosamente la mano por la mejilla.

—Yo también te he echado de menos a ti —dijo, devolviéndole la sonrisa.

La imagen de Yassir asomó en su cabeza. Lo que ese hombre había hecho con Hanan era propio de un monstruo. Lo que era. Ella misma lo había podido comprobar. Tuvo miedo por Hanan. No se atrevía a imaginar lo que sufriría si Yassir la obligaba a vivir con él. Pensó en Khalil y en lo que estaba haciendo por la niña. Y una vez más lo admiró por la protección que le proporcionaba.

CAPÍTULO 64

Los días pasaban sin que Nadya supiera nada de Khalil. Mataba las horas jugando con Hanan, leyendo o dando paseos por los jardines. Las únicas noticias que sabía de él es lo que le había dicho Neith; que había buscado a Berenice. Y aquello era suficiente para desesperarla. Trataba de poner sentido común a la situación, pero los celos le carcomían por dentro como si fueran termitas.

Tocaron a la puerta de la habitación cuando su cabeza le daba vueltas al por qué de que Khalil ni siquiera se hubiera molestado en ir a verla al harén. Cada vez estaba más convencida de que él realmente pensaba que había claudicado y que había aceptado ser su concubina.

—Adelante —dijo.

—Buenas noches —la saludó Kama al entrar en la habitación.

—Buenas noches, Kama —dijo Nadya.

Kama llevaba en las manos un vestido largo rosa que destellaba con la luz.

—Nadya, el señor ha solicitado verte en su habitación —anunció.

Nadya arrugó las cejas.

—¿Quiere que vaya ahora? —preguntó, sorprendida.

—Sí —afirmó la concubina, estirando el vestido sobre la cama—. Me ha pedido que te ayude a vestirte para esta noche. Voy a prepararte el baño para que estés lista para él.

Kama se metió en el cuarto de baño mientras sus últimas palabras resonaban como un eco estridente en la cabeza de Nadya.

«Para que estés lista para él».

—¿Para que esté lista para él? —se preguntó con voz indignada. Miró hacia la cama—. Incluso se ha molestado en elegirme un vestido.

—¿Decías algo? —dijo Kama desde el cuarto de baño.

—No, nada —respondió Nadya.

—El baño ya está listo —volvió a hablar Kama.

Nadya se desnudó sin demoras y se introdujo en la bañera.

—¿No estás contenta? —le preguntó Kama.

—¿Por qué debería estarlo? —dijo Nadya.

—Vas a pasar la noche con el señor —comentó Kama con picardía.

—Pues no me hace ninguna gracia.

—No lo entiendo...

—¡Yo no soy una concubina! —exclamó.

No deseó que sus palabras sonaran con desprecio, pero lo hicieron. Había algo irremediabilmente desdeñoso en ellas. Kama se sorprendió ante aquella inesperada explosión.

—Lo siento —se adelantó a decir Nadya en tono conciliador—. No quiero ofenderte. Solo...

—Ya sé que no lo dices para ofenderme —le cortó suavemente Kama—. Comprendo que tu cultura no tiene nada que ver con la nuestra y que eso hace que veas las cosas de forma diferente.

Nadya lanzó al aire un débil suspiro.

—Dios mío, Kama, eres maravillosa —dijo.

Las mejillas de Kama se tiñeron con un ligero rubor que se extendió por el resto del rostro. Se le escapó una sonrisilla nerviosa.

—¿Por qué me dices eso? —preguntó.

—Porque lo eres. —La respuesta de Nadya fue contundente. Guardó silencio unos segundos mientras Kama vertía un chorro de aceite de rosas en la bañera. Después dijo —: Kama, ¿nunca has pensado casarte y tener hijos?

—Sí, claro —respondió ella de inmediato.

—¿Cuándo?

—No voy a ser concubina toda la vida. Cuando el señor escoja esposa y se case, el harén desaparecerá.

Nadya, que estaba frotándose los brazos con una esponja, se detuvo.

—¿Desaparecerá? Pensé que, aunque el jeque se casara, podía seguir manteniendo a sus concubinas.

—Normalmente es así —respondió Kama—, pero Khalil no quiere.

—¿Por qué?

—Los jeques suelen casarse por conveniencia, para unir territorios. Se llevan a cabo acuerdos que benefician a ambas partes y que se sellan a través del matrimonio, pero Khalil se casará por amor. Él sí que amará a su esposa y no tendrá la necesidad de distraerse con otras mujeres.

—Entiendo... —murmuró Nadya, sintiendo una sensación en el estómago que no pudo describir con palabras, pero que le resultaba extraña.

Kama rio.

—Pero para eso falta mucho —añadió—. El señor no tiene prisa de casarse.

Nadya evitó hacer comentario alguno. Se limitó a salir de la bañera, ponerse el albornoz que Kama le tendía y sentarse frente al tocador. En silencio, la concubina le arregló el pelo y la maquilló. Luego la ayudó a vestirse.

—¿Cómo te ves? —le preguntó Kama cuando terminó.

Nadya se miró en el espejo.

—Supongo que guapa —respondió con poco entusiasmo.

Kama sonrió.

—Estás hermosa —dijo, agarrándole los hombros—. El señor se va a quedar con la boca abierta.

Nadya se miró en el espejo por última vez. La verdad es que el vestido era increíble. No podía negarlo. Khalil tenía un gusto exquisito, eso era indiscutible. Se colocó el fino tirante en el hombro y apartó la mirada del reflejo de la imagen que le devolvía el espejo.

—Vamos —le dijo a Kama.

CAPÍTULO 65

Kama abrió la puerta de la habitación después de que Khalil le diera permiso y ella y Nadya se adentraron en la estancia.

Khalil se giró hacia ellas y Kama desapareció al instante tras una breve inclinación de cabeza. Nadya permaneció inmóvil, como una estatua de mármol de tiempos griegos cuando lo vio. Notó que la garganta se le secaba. Estaba muy atractivo, vestido completamente de negro con un pantalón ajustado y un caftán que acentuaba sus anchos hombros, resaltando su masculinidad. Le envolvía un aire oscuro y ladino.

Nadya apretó los dientes.

¿Llegaría un día en el que pudiera mirarlo y no estremecerse?

—Buenas noches —la saludó Khalil, dando un par de pasos hacia ella.

—Buenas noches —respondió Nadya, sin mostrar ninguna emoción.

—Estás preciosa —dijo Khalil.

—Normal, teniendo en cuenta que el vestido lo has elegido tú —comentó Nadya, haciendo gala de cierta mordacidad.

Las comisuras de Khalil se elevaron ligeramente.

—No hablo del vestido —dijo, con una sonrisa depredadora dibujada en los labios.

Se acercó a Nadya. Se inclinó para darle un beso, pero ella volvió la cabeza, esquivándolo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Khalil extrañado.

Nadya se giró, dándole la espalda y alejándose de él para que hubiera entre ellos toda la distancia posible. No se fiaba de ella ni de la irresistible atracción que sentía por Khalil. ¿Qué le había hecho ese hombre? ¿Qué le había dado para que se sintiera como si estuviera bajo el poder de un encantamiento? Es como si hubiera hecho magia negra con ella.

—Quiero volver a Londres —dijo, mirando por la ventana.

—¿A qué viene eso ahora?

—A que esta tontería ya ha durado demasiado.

—Esto no es ninguna tontería —dijo Khalil.

Nadya se dio la vuelta.

—Has ganado, Khalil. Te has salido con la tuya. Fin de la historia —dijo cortante, haciendo verdaderos esfuerzos para no mostrar el dolor que sentía. Tenía que aferrarse a la poca dignidad que le quedaba el tiempo suficiente hasta que se fuera de allí.

—¿He ganado? —Khalil no entendía nada.

—Sí, has ganado —repitió Nadya, mirándolo fijamente a los ojos—. Has conseguido lo que querías. Tu pretensión era acostarte conmigo, ¿no? Bien. Enhorabuena. Lo has conseguido —se burló.

La mirada de Khalil reflejó una frialdad que Nadya no había visto nunca.

—Deja de decir tonterías —dijo.

—¿Tonterías? —Nadya bufó—. Me has traído de nuevo al harén y no te he vuelto a ver desde que volvimos del oasis y ahora solicitas mis... —No sabía de qué modo decirlo—... servicios para pasar la noche juntos. Me acosté contigo, Khalil, pero no voy a ser tu... tu concubina. No voy a ser tu juguete. No pienso permitir que me trates como a una puta.

Hubo un silencio incómodo. La mirada de Khalil se endureció.

—¿Estás otra vez con lo mismo? —dijo al borde de su paciencia.

Nadya sonrió con amargura.

—¡Eres un cínico! —le espetó sin poderse contener—. La misma noche que volvimos ya estabas metiendo en tu cama a Berenice. Solo piensas en el sexo. Eres como un... como un semental que no se sacia nunca.

En ese momento la expresión de Khalil se suavizó.

—¿Estás celosa? —le preguntó, mirándola con ojos divertidos.

—¿Celosa? No, por supuesto que no —negó con rapidez Nadya, alzando ligeramente la barbilla en actitud orgullosa.

Pero lo cierto es que sí. Aunque no tuviera razón para estarlo, pues no era nada de Khalil, estaba comportándose como una mujer celosa, como una mujer enamorada. Y ella no estaba enamorada del Hijo del Desierto. No, no lo estaba. ¿O sí?

Era patético, pensó.

—Yo creo que sí que estás celosa —reafirmó Khalil.

Nadya deseó gritar. ¿Por qué era tan presuntuoso? ¿Tan arrogante? ¿Es que no iba a cambiar nunca?

—No estoy celosa —dijo de nuevo con obstinación—. Me da igual lo que hagas y con quien lo hagas —añadió, en el tono más indiferente que pudo.

—Bueno, aunque no estés celosa, para tu tranquilidad te diré que aquella noche no me acosté con Berenice —dijo Khalil.

Nadya levantó la vista y lo miró con desconfianza.

—No he estado con ninguna de mis concubinas desde que estuve contigo.

—Pero Neith me dijo que habías llamado a Berenice. Pensé que... —Nadya no sabía qué decir.

—¿Pensaste que era para acostarme con ella?

—Es tu concubina.

—Sí que llamé a Berenice, pero no para requerir sus servicios como concubina.

—¿Ah, no?

—No. Fue para decirle que estabas de nuevo en el harén y para advertirle que mantuviera las distancias contigo. No quiero que haya problemas entre vosotras.

CAPÍTULO 66

Nadya agradecía el gesto, pero lo único que significaban las palabras de Khalil es que su pretensión era dejarla en el harén junto al resto de sus concubinas. Algo a lo que ella no estaba dispuesta.

—¿Por qué no has ido al harén estos días? —quiso saber.

—He estado ocupado —contestó Khalil—. He tenido que viajar varias veces a El Cairo para cerrar un negocio muy importante y productivo con una petrolera y solucionar ciertos asuntos de Estado que requerían mi intervención.

—¿Está todo bien? —Nadya percibió un matiz de alarma en la voz de Khalil y eso anidó una preocupación en ella.

—Sí, todo está bien —afirmó él. Durante unos segundos contempló a Nadya en silencio—. ¿Ya se te ha pasado el enfado? —dijo, acercándose a ella.

El último rastro que quedaba en Nadya se disolvió al ver la dulce expresión de sus ojos negros.

—Sí, bueno... Pensé que... —titubeó, consciente de que, con la cercanía de Khalil, estaba perdiendo el control.

Khalil le puso un dedo en los labios.

—Hay algo en lo que tienes razón —comenzó. Nadya abrió los ojos—: que nunca me sacio; nunca me sacio de ti —dijo Khalil en un susurro.

—Khalil...

—Shhh... Déjate llevar por lo que sientes...

No debía dejarse llevar por lo que sentía, pensó Nadya con turbación. Si lo hacía estaba perdida. Completamente perdida. Nada evitaría caer sin remisión en los brazos de Khalil, y ella

no podía permitirse albergar sentimiento alguno por un hombre que solo la veía como una concubina.

Alzó el rostro y luchó para enfrentarse con su penetrante mirada y su suave voz.

—Yo no... —trató de protestar, pero fue en vano, y sus peores presagios se cumplieron.

Khalil se inclinó sobre ella y la silenció con un beso, haciendo que sus palabras se perdieran en la nada. El Hijo del Desierto ardía por Nadya. La deseaba con tanta intensidad que le costaba un enorme esfuerzo no lanzarse como un tigre de bengala y devorarla.

Soltando una maldición por el poder que ejercía sobre él, aumentó la presión de sus labios contra los suyos. Nadya sintió un escalofrío. Khalil buscó su lengua, quería el acceso completo a su boca, a ella. Quería su entrega.

Sin pensar, Nadya levantó los brazos para rodear su cuello y sus labios se abrieron de pronto como si tuvieran voluntad propia. Introdujo los dedos en su cabello azabache y pasó las manos por su nuca, apretándole más contra ella. Se arqueó ligeramente aplastando los pechos contra el duro torso de Khalil.

—Necesito acariciarte, Nadya. Déjame acariciarte, déjame sentirte... —dijo él con voz ronca.

Metió las manos por debajo del vestido y la acarició. Suspiró quedamente cuando sus dedos rozaron su cálida piel. Fue ascendiendo por sus muslos desnudos hasta que le aferró las nalgas. De un envite pegó la pelvis de Nadya a la suya, haciéndole notar que estaba excitado, y que ella también lo estaba. Si no, ¿por qué su cuerpo se estremecía de aquella forma cuando la acariciaba?

Nadya sintió la dura erección de Khalil entre sus piernas, y sus mejillas enrojecieron de placer.

—Oh, Khalil... —musitó.

Su voz llevaba la intensidad del deseo que sentía, la intensidad de su necesidad de él. Pensar en lo que Khalil le podría hacer en la cama, hacía que se sintiese ansiosa.

—Mi bella Nadya —susurró Khalil, en un tono suave y seductor como el terciopelo.

Nadya irguió la cabeza y miró a Khalil con sus grandes ojos azules hipnotizados, seductores, y correspondieron a la oscura pasión que desprendía la profunda mirada de Khalil.

Sin poder evitarlo, le dedicó una sonrisa complaciente, rendida, deslumbrada por su encanto masculino. Khalil le devolvió el gesto.

—No sabes lo que me gusta que no puedas disimular que me deseas —dijo.

Las mejillas de Nadya se encendieron con un violento rubor escarlata. Le avergonzaba ser tan evidente.

Con dedos delicados, Khalil deslizó los tirantes del vestido por sus hombros. La prenda cayó al suelo, formando un remolino de tela rosa alrededor de sus pies, enfundados en unos altísimos zapatos de tacón.

—Me gustas con el vestido, pero me gustas mucho más sin él —susurró Khalil en el oído de Nadya. Ella sintió su aliento acariciándole suavemente la mejilla.

A Khalil se le quedó el aire atrapado en la garganta al ver expuestos los pechos de Nadya.

Eran preciosos.

Abrió las manos y posó las enormes palmas sobre ellos. El simple contacto con la piel tibia le produjo una especie de descarga eléctrica que le recorrió la espina dorsal de arriba abajo. Comenzó a acariciarlos con delicadeza.

Nadya soltó un gemido cuando los dedos de Khalil hicieron círculos sobre sus pezones y estos se endurecieron. Sintió que una ola de calor se extendía por todo su cuerpo hasta hacerse casi insoportable. Quería volver a hacer el amor con él con la misma pasión con la que lo habían hecho en el oasis.

Había perdido la cuenta del número de veces que, los días siguientes, había recordado el maravilloso momento vivido.

Alargó los brazos y desabrochó la rígida fila de botones del caftán negro de Khalil, dejando al descubierto el torso de dios griego que poseía.

—Puedes tocarlo —dijo él, al ver que Nadya titubeaba sin dejar de mirar.

Nadya sonrió débilmente, con una timidez en la expresión del rostro que a Khalil le resultó adorable. Alzó las manos y las posó sobre los duros pectorales de Khalil. El Hijo del Desierto colocó las suyas encima de las de Nadya, cubriéndolas por completo, y enfatizó la caricia, apretando las palmas de ella contra su cuerpo.

—Me encanta que me toques —susurró con sensualidad. Su voz acarició la mejilla de Nadya.

—Y a mí me encanta tocarte —reconoció ella, sin mirarlo.

Inclinó la cabeza y besó suavemente el torso de Khalil, saboreando con la punta de la lengua el aroma de su piel bronceada. Fue ascendiendo despacio, dibujando un camino de besos hasta el cuello.

—Nadya, oh... —gimió levemente él cuando le invadió un torrente de placer.

De un impulso la tomó en brazos y dando grandes zancadas la llevó a la cama. Con cuidado la dejó sobre los almohadones y se colocó sobre ella, tomando el control de la situación.

Nadya se estremeció bajo la fuerza de su cuerpo.

CAPÍTULO 67

Y de repente estaba allí, en la cama de Khalil, con las piernas abiertas, con él encima. Pensó que tal vez había bajado la guardia demasiado pronto.

Todavía estaba a tiempo de parar aquello, de terminar con todo, pensó. Pero no quería. Y sintió la respuesta traicionera de su cuerpo. Deseaba a Khalil como nunca había deseado a un hombre. No quería pensar en nada. Solo quería que él le hiciera el amor y que el mundo desapareciera a su alrededor. Le necesitaba de alguna forma que no podía definir. Él había encendido esa insólita necesidad en ella, una necesidad que iba más allá de lo físico.

Lo miró fijamente durante unos segundos, enfrentando la pasión de sus ojos negros. Le cogió el anguloso rostro entre las manos y lo atrajo hacia sí para besarle de una manera salvaje. Introdujo la lengua en su boca y exploró sus secretos hasta que ambos se quedaron sin aliento.

Khalil se movió sensualmente hacia abajo. Sus labios se deslizaron a través del mentón de Nadya hasta alcanzar la espléndida curva de su garganta, dejando un rastro de fuego sobre la piel del cuello y de los pechos. Ella se retorció de placer cuando él le acarició los pezones con la barba. Temblaba, hasta que tuvo que apartarlo porque el roce era insoportable. ¿Es que Khalil conocía todas las formas de dar placer?

Ajeno a sus pensamientos, él continuó acariciándola. Deslizó el erótico cosquilleo de la barba hasta la planicie de su vientre, llevándola a niveles de placer que Nadya ni siquiera había imaginado.

Ella emitió un grito ahogado al sentir los labios de Khalil en su sexo. El roce de su ardiente y juguetona lengua en los

pliegues del sensibilizado clítoris consiguió volverla loca. De repente se descubrió a sí misma sumida en un estado de delirio, gimiendo por el Hijo del Desierto, rogándole más, con palabras que salían de su boca de forma ininteligible.

El orgasmo le llegó con la intensidad de un tornado. Nadya gritó el nombre de Khalil una y otra vez mientras se convulsionaba con el placer más absoluto que había experimentado en su vida.

Ya no se acordaba de la razón por la que estaba en la cama de Khalil; la razón por la que la había llamado; si quería que fuera su concubina o no, ni de nada que se interpusiera entre ellos. No pensaba en otra cosa que no fuera él y en las salvajes sensaciones que despertaba en ella.

Khalil buscó su boca y cubrió vorazmente sus labios mientras dejaba caer su peso sobre su cuerpo.

—Prueba tu sabor —le susurró, besándola una y otra vez.

Nadya degustó el sabor salado que poseían los carnosos labios de Khalil. Su propio sabor.

—Quiero complacerte, Khalil. Quiero complacerte como lo hacen tus concubinas —se sorprendió diciendo, sin saber muy bien de dónde habían surgido esas palabras.

Titubeó unos instantes antes de estirar la mano y cerrar los dedos alrededor de la erección de Khalil. Con una inusitada satisfacción notó como el miembro crecía más a su contacto.

Khalil gimió con suavidad.

Aquel sonido alentó la osadía de Nadya, que movió la mano hacia atrás. Khalil volvió a gemir. Nadya se incorporó y, sin soltar su miembro enhiesto, lo lamió con fruición de arriba abajo.

Oyó a Khalil musitar unas palabras entre dientes que no entendió, pero el tono la hizo sonreír para sí.

Ella también sabía dar placer.

Despacio, se introdujo la erección en la boca, apretó los labios sobre ella, sintiendo la extrema suavidad de la piel, y comenzó a mecerse hacia dentro y hacia afuera.

Khalil cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, perdiéndose en el placer que le estaba dando Nadya. ¿Por qué con ella el sexo era distinto pese a que eran las mismas prácticas que realizaba con las concubinas de su harén? No recordaba ningún momento en su vida en el que el sexo hubiese sido así. Nunca se había sentido tan afectado por una mujer como se sentía por Nadya.

—No quiero terminar en tu boca —dijo, haciendo un esfuerzo para retirarse de ella.

Nadya lo miró con inocencia por debajo de la línea de las pestañas. Khalil estaba sofocado y gotas de sudor perlaban su frente.

—No me mires así o estoy jodido —murmuró.

Nadya sonrió sin despegar los labios, pero consciente de las reacciones que provocaba en él. Khalil le dio un beso en la boca mientras la tendía en la cama. Se giró un poco y alargando la mano, abrió el cajón de la mesilla y extrajo un preservativo de su interior. Sin demoras rasgó el paquete plateado.

—Me va a explotar —comentó, al tiempo que desenrollaba el condón a lo largo de su pene.

—Khalil...

—¿Ves cómo me pones, Nadya? —le preguntó con ironía —Me va a explotar si no te follo.

—Yo estoy igual que tú —dijo ella—. Necesito que me folles.

Khalil le separó los muslos con fuerza, acercándola a él, y se tumbó encima de ella, cubriéndola por completo con su enorme cuerpo. Nadya gritó cuando se abrió camino hasta el fondo de un solo empujón.

—¿Te gusta que te lo haga así? —le preguntó Khalil.

—Sí —afirmó Nadya con la voz ligeramente ronca.

La agarró de las caderas y con un ronco gruñido volvió a embestirla; llenándola, fundiéndose con ella. Nadya sentía el poder de la excitante masculinidad de Khalil en cada célula de su cuerpo. Khalil apagó sus gemidos con un beso. Deslizó la lengua dentro de su boca, arrastrándola en el torbellino de su pasión.

Mientras se besaban apasionadamente y Khalil se movía con desesperación dentro de Nadya, ella pasó los brazos por su espalda. Sus manos acariciaron la dureza de sus músculos, sintiendo la sensual humedad impregnada en su piel.

Cerró los ojos. El placer creció en su interior hasta casi convertirse en dolor. Sus fibras nerviosas se estremecieron, haciendo que su cuerpo se sacudiera debajo de Khalil. Entre los últimos coletazos del orgasmo lo escuchó gemir y llegar al clímax mientras lanzaba al aire un gruñido ronco.

—Me gusta tanto follarte —musitó con la respiración entrecortada—. Tanto...

Nadya permaneció tumbada, sin aliento, con una sonrisa de satisfacción esbozada en los labios, esperando que su cuerpo se recuperara del intenso placer que acababa de experimentar. Sentía a Khalil aún dentro de ella. Hubiera vendido el alma al diablo por poder quedarse así para siempre.

Khalil se dejó caer a su lado con un resuello y se colocó a su espalda.

—Eres preciosa —murmuró, jugueteando con el pelo rubio de Nadya.

Ella se dio la vuelta hacia él. Estiró la mano y le acarició la cara, trazando una línea en su mandíbula con los dedos. Mientras miraba a Khalil a los ojos se dio cuenta de lo que pasaba. La razón de sus celos, de su enfado; la razón de que la molestara tanto que Khalil solo la viera como una concubina. Estaba enamorada de él.

CAPÍTULO 68

La luz rosada del amanecer se abrió paso entre la oscuridad de la noche. Nadya abrió los ojos y vio a Khalil abotonándose un caftán blanco frente al espejo de la habitación. La prenda realizaba extraordinariamente el moreno de su piel.

—Buenos días —la saludó, mirándola a través del espejo con una expresión extraña y el inicio de una sonrisa en los labios.

—Buenos días —dijo Nadya con voz somnolienta.

—¿Has dormido bien?

—Apenas me has dejado dormir. —Nadya no pudo evitar sonrojarse. Khalil y ella habían estado toda la noche haciendo el amor.

La sonrisa de Khalil se amplió con un matiz de picardía.

—La culpa no es mía —dijo, abrochándose el último botón del caftán—. La culpa es tuya. No puedo quitarte las manos de encima cuando te tengo delante. Eres una tentación. —Su mirada, con deliberada intensidad, descendió por la figura de Nadya.

El arrogante repaso de Khalil le hizo ponerse nerviosa. Pensó que debería sentirse halagada. Khalil lo había dicho como si fuera un halago, pero ella no lo veía así. Tenía sentimientos encontrados; estaban enfrentados entre sí en una lucha encarnizada, de la que estaba segura que no saldría ilesa. Le gustaba que Khalil la deseara, ¿cómo no iba a gustarle? Pero la enfadaba que solo la deseara, que no hubiera nada más, que todo fuera físico y fugaz.

—Khalil... —comenzó. Se sentó en la cama, cubriéndose los pechos con la sábana—... esto... esto no puede seguir así —dijo.

Khalil se dio la vuelta hacia Nadya. La sonrisa se había esfumado de su rostro, como si un pintor hubiera pasado el pincel y se la hubiera borrado.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

Nadya se apretó más la sábana contra el cuerpo.

—Quiero irme —contestó.

Le dolía el alma al pronunciar aquellas palabras, pero era lo más sensato. Ella no iba a ser una más en la vida de Khalil.

—¿Adónde? —dijo él, mirando a Nadya con frialdad.

—¿Como que adónde? A Londres —espetó ella.

Khalil se adelantó un par de pasos. Y aunque se acercaba, Nadya tuvo la sensación de que la distancia entre ellos se había hecho inmensa.

—Me temo que no vas a ir a ninguna parte —aseveró rotundo Khalil.

Nadya arrugó la frente con expresión ceñuda.

—¿No vas a liberarme? —dijo, mirándolo con confusión.

Los ojos de Khalil se entornaron.

—No, no voy a liberarte.

Nadya lanzó al aire un bufido, indignada.

—¿Y qué...? ¿Qué vas a hacer conmigo?

—Mantenerte en mi harén más tiempo.

Nadya permaneció en silencio unos segundos mientras digería aquellas palabras. ¿Khalil estaba bromeando? Sí, tenía que estar gastándole una broma.

—¿Más tiempo? ¿Cuánto más?

—¿Cuánto piensas vivir?

Nadya soltó una risilla nerviosa.

—¿Estás bromeando? Tienes que estar bromeando —dijo.

Khalil la miró fijamente durante unos segundos cargados de tensión.

—No estoy bromeando. De hecho, no he hablado más en serio en toda mi vida —dijo, sin mover un solo músculo de la cara—. No vas a irte de aquí.

—Khalil, por favor, esto es ridículo. Te he dicho innumerables veces que no voy a ser tu concubina —argumentó Nadya.

—Y yo te he dicho innumerables veces que no te vas a ir de aquí.

—Trata de ser razonable, yo no puedo quedarme en tu harén.

—¿Por qué?

—¿Como que por qué?

Nadya no salía de su asombro. Desde luego no iba a decirle que estaba enamorada de él. Nunca. Eso sería como exponerse desnuda ante un ejército de hombres armados con metralletas. Khalil solo la veía como una concubina con la que satisfacer sus deseos sexuales. Ella nunca sería nada más.

Tenía que pensar algo rápido.

—Porque este no es mi mundo ni mis costumbres —respondió, esforzándose para que su voz sonara lo más convincente posible.

—Terminarás adaptándote —dijo Khalil, al tiempo que se recolocaba el cuello del caftán con un movimiento galante.

Nadya levantó bruscamente las cejas y todo su cuerpo se tensó.

—¡No quiero adaptarme! —gritó, cansada de la pasividad de Khalil—. ¿Es que no te das cuenta? No quiero estar aquí, no quiero ser una de tus concubinas.

Khalil apartó un poco la manga del caftán con un gesto elegante y consultó el reloj.

—Ahora no puedo seguir hablando, tengo una reunión muy importante a la que no puedo llegar tarde. Hablaremos en otro momento —dijo, al tiempo que echaba a andar hacia la puerta de la habitación.

Nadya sacudió la cabeza con impaciencia.

—Khalil, no podemos dejar la conversación así —repuso con desesperación.

Él se volvió hacia ella.

—Hablaremos luego —dijo.

—Quiero hablar ahora —exigió Nadya.

—Luego —atajó Khalil con voz brusca.

Se giró. Sin más se encaminó hacia la puerta, regio, confiado e indiferente, y dejó a Nadya mirándolo. Ella apretó los dientes cuando salió de la estancia, deseando gritar de frustración.

CAPÍTULO 69

Nadya bufó exasperada al quedarse sola en la estancia.

—No, no vamos a hablar, ni luego ni nunca —dijo en voz alta.

Lágrimas de frustración pugnaban por escapársele de los ojos. Se los enjugó rápidamente con rabia antes de que comenzaran a precipitarse por las mejillas. Detestó ser tan débil, sobre todo detestaba serlo por un hombre. ¿Cómo podía haberse enamorado del Hijo del Desierto? ¿Cómo podía haberse enamorado del hombre que la había raptado y la había llevado a su harén? ¿Del hombre que la veía simplemente como una concubina? ¿Estaba loca? ¿Qué demonios le pasaba por la cabeza? Khalil no iba a comprometerse. Ni con ella ni con nadie. Nunca.

En cambio, ella...

Hasta ese entonces jamás se había planteado tener pareja. Después de lo de Chad su carrera había sido su prioridad, se había dedicado a ella y a su trabajo en cuerpo y alma, pero con Khalil las cosas eran distintas. Todos los conceptos que tenía sobre el amor, la pareja y el compromiso habían cambiado por completo. Nunca le había concedido al amor mucho tiempo y no era dada a escarceos de una noche. El amor era algo que no tenía ningún lugar en su vida, hasta ese momento...

—¿Quién me lo iba a decir a mí? —se preguntó con ironía.

Las lágrimas le quemaban los ojos mientras seguían deslizándose precipitadamente por las mejillas sin descanso.

—Tengo que irme de aquí. Ahora más que nunca tengo que irme de aquí —se dijo, pasándose las manos por el rostro—. Debo alejarme de Khalil. Sí, me alejaré de él. Volveré a

Londres, retomaré mi vida y me olvidaré de todo esto — añadió con decisión.

Sin embargo, una extraña corriente de tristeza la embargó. La vida no era tan sencilla. Uno no se olvidaba de una persona con solo chasquear los dedos.

Apartó las sábanas de golpe, quería alejar cualquier pensamiento de su cabeza, y se levantó de la cama para buscar el vestido que se había puesto la noche anterior y con el que había acudido a la cita con Khalil. Permanecía en el suelo, como un reguero de seda líquida. Lo cogió sin pararse a pensar en nada y se vistió con él.

Salió de la habitación dando un portazo, con los ojos todavía irritados por el llanto, y enfiló el amplio pasillo despotricando de Khalil mientras ignoraba a los guardias apostados a un lado y a otro. Afortunadamente no podían entenderla ya que lo decía en inglés.

Varios hombres se inclinaron en una reverencia cuando Khalil entró en la sala con paso determinante. Ante él había una enorme mesa llena de ejecutivos occidentales. Sus trajes sobrios, sus corbatas perfectamente ajustadas al cuello hasta el punto de estrangularles y sus rostros serios exponían que la reunión iba a ser dura. Una negociación que duraría horas.

—Señor, buenos días —lo saludó Salih al llegar, dejando al lado su amistad y haciendo gala del protocolo con el que debía tratar al jeque.

—Buenos días, Salih —dijo él.

—¿Va todo bien? —preguntó Salih al percibir un tono demasiado serio en Khalil.

—Sí —respondió escuetamente él.

Decidió dejarlo pasar. Quizá estaba nervioso por la reunión. Había muchas cosas en juego.

—Buenos días, señores —dijo Khalil a los presentes.

—Buenos días —correspondieron a su saludo los hombres.

Uno de los criados separó la silla para que Khalil se sentara. Él tomó asiento.

—Empecemos —indicó Khalil, dando comienzo a la reunión.

Dos horas más tarde no se había llegado a ningún acuerdo y Khalil estaba extraordinariamente irritado. Salih se inclinó hacia él.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó en tono confidencial aprovechando el receso.

—Nada —respondió Khalil en tono seco.

—Entonces, déjales respirar.

Khalil giró el rostro hacia Salih con los ojos entornados.

—Si les dejas respirar no conseguiremos nada.

—Sabes que eso no es cierto. Lo hemos hablado. Esto es una negociación, Khalil, no una dictadura —le dijo Salih con un matiz de amonestación en la voz.

—No me digas cómo tengo que hacer las cosas, no se te olvide quién eres —aseveró Khalil.

Aquella respuesta sorprendió a Salih. Khalil nunca le había hablado de ese modo. Cuando el Hijo del Desierto se dio cuenta de que se había excedido, lanzó al aire un sonoro suspiro.

—Lo siento —se disculpó.

—Dime qué te pasa, Khalil —insistió Salih.

—No lo sé, Salih. No sé lo que me pasa. —Khalil estaba confuso.

—¿Tiene algo que ver con la occidental?

Khalil puso los ojos en blanco.

—Siempre es por Nadya —contestó.

—¿Qué ha pasado? —se interesó Salih.

—Quiere irse.

—Khalil, ¿cuándo vas a entender que esa mujer no entiende nuestras costumbres?

—Es medio egipcia.

—¿Y qué? —Salih se encogió de hombros—. No ha crecido aquí, ha crecido en Londres, con las costumbres y las tradiciones occidentales. Nunca va a capitular; nunca va a ser una de tus concubinas.

—Quizá tengas razón...

Khalil se quedó pensativo unos segundos. Él era el primero que tenía claro que Nadya no se convertiría en su concubina. Sin embargo se negaba a dejarla ir.

—¿Y qué puedo hacer?

—Deja que se marche. —Para Salih la respuesta era obvia.

Khalil negó.

—Eso no.

¿Por qué Khalil se comportaba de una forma tan obstinada con ese tema?, se preguntó Salih. Ya había conseguido lo que quería, ¿Por qué no la dejaba ir? Suspiró resignado.

—Entonces compórtate como un occidental —dijo.

—¿Qué quieres decir con que me comporte como un occidental? —preguntó ceñudo Khalil.

—Que, si Mahoma no va a la montaña, la montaña vaya a Mahoma —respondió Salih en tono cómplice. Khalil sonrió—. Por cierto, antes de que se me olvide decírtelo, sé por qué Salem Zayed se fue de Egipto —añadió.

Khalil volvió el rostro hacia él, prestándole toda la atención del mundo.

—¿Por qué se fue?

—Huía de un matrimonio.

—¿De un matrimonio concertado?

Salih movió la cabeza, afirmando.

—Sí.

—¿Con quién querían casarla?

—No lo sé. Aunque estoy tratando de averiguarlo. Pero no es fácil. Pasó hace muchos años y la gente tiende a olvidar con facilidad.

—Te agradezco que te estés tomando la molestia de ayudarme con este asunto —dijo Khalil—. Yo últimamente no tengo cabeza para nada. —Se pasó la mano por la melena.

Salih movió la mano para restarle importancia.

—No te preocupes. En cuanto tenga más datos, te informaré.

Khalil asintió.

—Gracias —dijo, dándole una palmada en el hombro.

CAPÍTULO 70

Kama se sentó al lado de Nadya.

—Nadya, ¿has llorado? Tienes los ojos rojos —le preguntó, colocándole un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿Ha ido algo mal con el señor? —dijo con una incipiente preocupación en la voz.

Nadya negó débilmente con la cabeza mientras sorbía por la nariz.

—He hecho lo que nunca debí hacer —contestó enigmáticamente, sentada en el borde de la cama.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que has hecho? No entiendo nada, Nadya —dijo Kama con la frente fruncida.

Ella alzó la mirada hacia la concubina.

—Enamorarme, Kama. Eso es lo que he hecho, enamorarme —dijo con pesar.

El rostro bronceado de Kama se llenó de sorpresa. Sus ojos negros se abrieron de par en par.

—¿Estás enamorada del señor?

Nadya apretó los labios.

—Sí —dijo, moviendo la cabeza.

—Pero, Nadya....

Nadya no dejó que Kama continuara la frase.

—Ya sé lo que vas a decirme —le cortó, levantando la mano—. Es una locura, lo sé. —Se acarició la frente con los dedos—. No sé cómo ha pasado. De verdad que no sé cómo ha pasado. Debería odiarlo —dijo, cogiendo carrerilla. Las palabras salían de su boca en torrente—. Debería odiarlo por

haberme traído aquí. Debería... —súbitamente silenció sus labios.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia los ventanales del balcón. Se frotó los brazos de arriba abajo.

—¿Qué voy a hacer? —lanzó al aire—. Se me ha olvidado el papel que tengo y cuál es mi sitio aquí. Se me ha olvidado el sitio que me ha dado Khalil, y que, fuera de la cama, las mujeres no ocupan lugar alguno en su vida —dijo con desconsuelo. Pensar que él solo la veía como una concubina le dolía en lo más profundo del corazón.

Bajó la mirada al suelo. Se sentía vulnerable, sensible, indefensa... Se sentía idiota. ¿Cómo había caído en las redes del amor con el Hijo del Desierto? ¿Con un hombre que tenía un harén? ¿Con un hombre que solo la veía como a una más de sus concubinas? Para Khalil, ella solo era una de las mujeres con las que satisfacía sus necesidades sexuales. Nada más. No había amor, no había sentimientos ni emociones más allá de las que surgían de la atracción física. Ella no significaba nada para él.

—Me gustaría decirte que no te preocupes, pero el señor... —comenzó Kama.

—El señor no es hombre de compromisos, ¿verdad? —Nadya lo dijo utilizando un tono irónico.

Kama hizo una mueca con la boca. Se incorporó y se dirigió hacia Nadya.

—Bueno, llevas aquí un tiempo, conoces al señor... —Kama no sabía qué decirle para consolarla.

—Soy una idiota —afirmó Nadya.

Los ojos se le llenaron de lágrimas. Había cometido una estupidez enamorándose de un hombre con el que no tenía ningún futuro sentimental. Kama apoyó las manos en sus hombros y se los apretó afectuosamente.

—No eres una idiota.

Nadya exhaló un prolongado suspiro, tratando de contener el llanto.

—No quiero ser como Berenice —dijo.

—Deja de decir tonterías, tú nunca serás como ella.

Nadya se volvió hacia Kama.

—El amor transforma a las personas; las vuelve posesivas, egoístas, celosas...

—Pero tú no eres ninguna de esas cosas.

Nadya sonrió con amargura.

—En estos momentos siento celos incluso de ti —confesó, corroborando sus anteriores palabras. Kama la miró con asombro—. Si una noche Khalil te solicitara para compartir su cama, no sé qué haría.

—Nadya...

Ella se encogió de hombros.

—No puedo ser tan ecuánime como eres tú. No puedo. No puedo ser ecuánime cuando mi corazón siente lo que siente por Khalil.

Nadya nunca había estado más segura de cuánto deseaba y necesitaba a Khalil. No podría soportar verle con Kama en sus brazos, con Berenice o con cualquier otra concubina.

—Yo no soy tu enemiga —dijo Kama con tristeza en la voz.

—Por supuesto que no —se apremió a decir Nadya. Cogió las manos de Kama y las envolvió con las suyas—, y yo no te veo como a una enemiga. Al contrario, sin ti, mi estancia en el harén hubiera sido un suplicio.

Sonrió sin despegar los labios y Kama le devolvió el gesto.

—En mí siempre vas a tener una amiga —afirmó la concubina.

—Lo sé. Tú eres mi mayor apoyo aquí dentro.

—¿Se lo has dicho al señor?

—No, no —negó rápidamente Nadya—. No le he dicho nada. Lo único que conseguiría es quedar como una idiota y complicar las cosas.

—Deja de decir que eres una idiota, por favor —le pidió Kama con voz cariñosa—. Enamorarse no es de idiotas —añadió.

—Yo no estoy tan segura de eso —replicó Nadya.

—¿Y qué vas a hacer?

—Le he dicho a Khalil que me deje ir, pero se niega. No está dispuesto a liberarme. Y yo no puedo permanecer aquí durante más tiempo. No soportaría ser su concubina. No soportaría ser *solo* su concubina —dijo, enfatizando el «solo».

—No vuelvas a cometer una locura —le advirtió Kama, quitándole de la cabeza la posible idea de escaparse de nuevo—. Ya intentaste huir una vez y viste cómo acabó.

Nadya permaneció callada. Kama entornó los ojos y la miró significativamente ante su silencio.

—No se te ocurra, Nadya —insistió.

Nadya dejó caer los hombros y resopló.

—Tranquila, no voy a escaparme —dijo, muy a su pesar.

Kama pareció respirar aliviada. Todo lo que había ocurrido en su primer intento tendría que haberle servido de escarmiento.

—No sé de qué forma lo voy a hacer, pero no puedo quedarme aquí. —Nadya volvió a hablar.

—No te preocupes, encontrarás una solución —trató de animarla Kama, acompañando sus palabras con una sonrisa.

CAPÍTULO 71

Nadya observaba una de las fuentes del jardín con los ojos fijos. El agua cristalina borboteaba con un sonido hipnótico. Con aquel eco de fondo trataba de sacar de su cabeza todos los pensamientos románticos que la acechaban.

—Nadya... Nadya... —La voz madura de Bastet la obligó a poner los pies de nuevo en la realidad.

Volvió en sí y giró el rostro hacia la mujer, poniéndose la mano en la frente a modo de visera para impedir que el sol le diera en los ojos.

—¿Si?

—Khalil quiere verte —dijo Bastet.

—¿A estas horas? —preguntó Nadya con expresión de extrañeza.

—Sí.

—¿Te ha dicho para qué?

—No. Solo que te cambies de ropa. Ponte algo elegante pero cómodo. Cuando estés lista ve a la terraza del ala oeste del palacio, te estará esperando allí.

—De acuerdo —dijo Nadya.

Bastet se alejó por el sendero. Nadya se levantó del banco de piedra y se dirigió a su habitación.

—Algo elegante y cómodo —repitió las palabras de Khalil ante el armario abierto de par en par.

Echó un vistazo en su interior. Sus ojos repararon en un vaporoso vestido azul eléctrico de gasa y corte simétrico, con un fino cordón alrededor de la cintura. Lo hubiera acompañado con unas sandalias de tacón alto, pero se acordó

que Khalil le había dicho que fuera cómoda, así que escogió unas planas con unas tiras doradas que se abrochaban cruzadas hasta la mitad de la pantorrilla.

Frente al espejo se soltó la cola de caballo y se pasó el cepillo por la melena para desenredar los mechones. ¿La llevaría Khalil a algún lado? ¿A algún lado fuera del palacio?, se preguntó. Una mezcla de expectación e impaciencia empezó a ser presa de ella.

Mientras se dirigía a la terraza escoltada por dos guardias, sintió que el estómago se le hacía un nudo. No sabía por qué Khalil la había llamado y eso la tenía hecha un manojo de nervios.

Uno de los hombres que la acompañaban se adelantó un par de pasos y le abrió las enormes puertas acristaladas que daban a la terraza. Nadya apenas había cruzado el umbral cuando vio a Khalil de espaldas. Su aspecto la dejó clavada en el sitio, petrificada.

Nerviosa, carraspeó. Al oírla, él se dio la vuelta.

—Buenas tardes —la saludó con semblante tranquilo.

El aire abandonó los pulmones de Nadya de golpe. Khalil estaba arrebatadoramente guapo. La vestimenta que llevaba no era la habitual en él. Los caftanes y las túnicas habían dado paso a unos pantalones vaqueros que se ajustaban perfectamente a sus piernas atléticas y a una camisa negra que resaltaba su preciosa piel color caramelo. Llevaba el pelo recogido en un pequeño moño en la parte de atrás de la cabeza y la barba perfectamente cortada. Su sofisticada apariencia occidental no le quitaba un ápice de su aspecto exótico y peligroso.

—Buenas... Buenas tardes —dijo débilmente, con la sorpresa reflejada en el rostro—. Estás... muy guapo, Khalil —añadió sin poder apartar la mirada de aquellos ojos hipnotizadores.

Nadya quería seguir enfadada con él. Mostrarse disgustada por la forma en que la había dejado con la palabra en la boca el día anterior, pero, aunque hizo un esfuerzo, no pudo. El orgullo cedió ante su encanto, que volvía a bajar sus escudos. Seguro que tendría oportunidad de hablar del tema en algún momento, pensó.

—Gracias —contestó él—. Tú también estás muy guapa.

—No sé si el atuendo es el adecuado, no sabía muy bien qué ponerme —dijo Nadya, dando una vuelta sobre sí misma.

Hasta la nariz de Khalil llegó su característico aroma a bergamota.

—Es perfecto —afirmó.

La mirada que le dirigió hizo correr la sangre más deprisa por las venas de Nadya. Aquel vestido acentuaba la esbeltez de su cuerpo.

—Me alegro de haber acertado —sonrió ella—. ¿Y dónde vamos? —preguntó muerta de curiosidad.

—A El Cairo —respondió Khalil.

A Nadya se le iluminó el rostro con una sonrisa radiante.

—¿Vamos a ir a El Cairo?

—Sí, ¿has estado alguna vez?

—No, la primera vez que he venido a Egipto ha sido con la excavación.

Khalil había pensado enseñar a Nadya la capital, los bazares, las calles del casco antiguo, el zoco. Se había imaginado su cara de felicidad al ver las maravillas que brindaba la mayor ciudad del mundo árabe.

—Bien, entonces creo que la visita te va a gustar. El Cairo es una de las ciudades con más misterio del mundo —dijo.

—Seguro que me encanta —comentó Nadya con un destello en los ojos.

—Será mejor que nos vayamos, tenemos unas cuantas horas de viaje por delante. —Khalil alargó la mano hacia ella —. ¿Vamos? —dijo, mirándola con una complicidad que hizo que Nadya se derritiera por dentro.

Ella titubeó unos segundos mientras observaba la mano tendida de Khalil. Respiró hondo y finalmente la tomó.

—Vamos —contestó.

CAPÍTULO 72

Nadya giró el rostro hacia Khalil. Observó en silencio sus manos morenas sobre el volante de cuero y la facilidad con que manejaba el vehículo. Sacudió ligeramente la cabeza para alejar de sus pensamientos las imágenes lascivas que aparecían en su mente.

—¿Iremos a ver las Pirámides de Guiza? —preguntó, tratando de no perderse en las fantasías que le inspiraban las manos de Khalil.

Él la miró.

—Si quieres, sí —respondió.

—Sí, por favor —dijo Nadya.

A sus labios asomó una sonrisa que hizo brillar sus ojos azules e iluminó su rostro. La corriente de excitación de su voz era inconfundible. Khalil sonrió ante su entusiasmo.

—Para una occidental como yo, sería imperdonable viajar a El Cairo y no ir a ver las pirámides más célebres del mundo —comentó.

Llevaban un par de horas de camino. Evidentemente, Nadya no pensaba que fueran a la capital de Egipto en caballo o en camello por mitad del desierto, pero tampoco se hubiera imaginado que fueran en un Rolls Royce último modelo de brillante carrocería negra, que Khalil conducía con una elegancia innata por una ancha carretera que se abría serpenteante a través de las inmensas dunas.

—¿Por qué te interesa tanto la historia de mi país? ¿Es por tu ascendencia egipcia?

Nadya encogió los hombros.

—Quizá. Si algo hizo mi madre fue inculcarme el amor por Egipto. Por ella amo este país y su historia por encima de cualquier cosa, pero también por lo que su antigua cultura ha supuesto para el mundo occidental. Tanto la civilización egipcia como la mesopotámica han sido decisivas para la historia de la humanidad —le explicó en tono profesional—. A lo largo de la historia han hecho importantes avances en distintos campos: la medicina, la filosofía, la ciencia, la arquitectura... La cultura egipcia es una de las que mayor legado ha dejado a la humanidad, por no decir que la que más. ¿Cómo no voy a sentir fascinación por ella? —Nadya suspiró quedamente y cambió el tono de voz—. Para vosotros, los occidentales no somos más que unos necios que venimos a profanar vuestra historia, y no niego que en parte tenéis razón —admitió, sonando razonable—, pero vosotros tenéis que entender que para nosotros vuestra antigua cultura es fascinante. Todo lo que hicieron, todo lo que la rodea... — Después de unos segundos de silencio, Nadya preguntó a Khalil—: ¿Te molesta lo que estoy diciendo?

Khalil no contestó de inmediato. Movi6 la cabeza sin dejar de mirar la carretera.

—No —dijo finalmente con voz tranquila—. No viniendo de ti —especific6—. Creo que realmente amas Egipto y nuestra antigua civilizaci6n, y que eso impulsa tu curiosidad por querer saber nuestra historia, pero no en todas las excavaciones impera tanta honestidad. A veces solo hay un afán por apuntarse tantos, por robarnos lo que nos pertenece. Los occidentales nos han arrebatado muchos tesoros para sus museos y exposiciones —dijo—. Incluso a veces es una cortina de humo para tantear posibles zonas petrolíferas.

—Lo sé, hay mucho intrusismo y también muchos intereses económicos que nada tienen que ver con la historia o con la arqueología —arguyó Nadya con pesadumbre. Esas cosas embarraban su profesi6n y hacían que pagaran justos por pecadores, como sucedía en su caso.

La «ciudad de los mil minaretos» o la «madre de todas las ciudades», como los egipcios conocían a El Cairo, era una urbe espléndida que nada tenía que envidiar a las ciudades cosmopolitas de occidente. Se expandía a ambas orillas del majestuoso Nilo, que la cruzaba de norte a sur como una anaconda gigante.

Nadya contemplaba con auténtico embeleso en los ojos a través de las ventanillas del coche como respiraba la ciudad, rebosante de vida a esas horas, mientras Khalil la observaba con la mirada llena de curiosidad.

—Primero iremos a la parte antigua —anunció.

Nadya giró el rostro hacia él y lo miró con ojos sonrientes.

Llegaron a la Ciudadela de Saladino junto a la marea de transeúntes que se encaminaban por el sombrío enclave laberíntico que formaban los callejones polvorientos del casco viejo.

—¿No es maravilloso? —murmuró Nadya, mirando el centenar de brillantes luces que iluminaban el interior de la mezquita de Mohamed Alí, cuya construcción albergaba la fortaleza.

—Sí, lo es —reconoció Khalil.

En esos momentos, sin saber muy bien la razón, veía la ciudad de otro modo distinto a cómo lo había hecho hasta ese entonces, quizá influenciado por la visión de Nadya, que miraba todo con indudable fascinación.

Nadya respiró hondo. Cerró los ojos, envuelta en el rumor que creaban las conversaciones de los turistas, y sin saber cómo, le pareció trasladarse a la época en la que había sido erigida la mezquita. La había mandado construir el gobernador otomano Mehmet Alí en memoria de su hijo mayor Tusun

Pasha, que había fallecido unos años atrás. Cuando los abrió vio que Khalil la miraba. Ninguno de los dos dijo nada.

—¿Has oído hablar de la Ciudad de los Muertos? —preguntó Khalil a Nadya mientras caminaban por las calles abarrotadas de viandantes.

—¿El Arafa?

—Sí.

—Sí —afirmó Nadya—. Es un cementerio donde vive gente, ¿verdad?

—Así es. Hay quienes viven y trabajan en él. Aquí está considerado un barrio más de Egipto, como lo son Midan Tahrir, Midan Ramses, Gezira o Guiza. Está situado a los pies de las colinas Mokattam, al sureste de la ciudad.

—¿Cómo se ha llegado a esa situación, Khalil? ¿A vivir en una necrópolis? —curioseó Nadya—. No me imagino un cementerio de Londres convertido en un barrio habitable.

—Algunas personas se tuvieron que ir allí después de que les obligaran a abandonar el centro de El Cairo por la especulación urbanística, otras porque perdieron todo en la Guerra de los Seis Días contra Israel y otras residen en él para estar cerca de sus antepasados —le explicó Khalil—. ¿Te gustaría verlo?

Nadya no lo dudó un solo segundo.

—Sí, claro que sí —respondió de inmediato.

—Te va a sorprender —dijo Khalil con una sonrisa.

CAPÍTULO 73

El Arafa era una gigantesca colmena construida con edificaciones de terracota, de fachadas agrietadas y desconchadas, distribuidas a lo largo de calles cenicientas sin asfaltar y, donde el silencio no era, en ningún caso, sepulcral, como pudiera serlo en cualquier otro camposanto.

Los ojos de Nadya se agrandaron cuando ella y Khalil se internaron en la pequeña ciudad. Su mirada cristalina iba de un lado a otro en un intento de asimilar y normalizar lo que estaba viendo. De las distintas calles provenían las risas estridentes de los niños que jugaban en ellas. Nadya permaneció inmóvil unos instantes, inhalando el aroma a especias y ceniza que se mecía en el aire.

—Es desconcertante —comentó, al ver a dos críos corretear entre las tumbas como si estuvieran en el parque de una urbe cualquiera.

Pero lo más sorprendente era ver que las construcciones y los mausoleos tenían la estructura de casas.

—¿Han edificado casas? —preguntó.

—No, es una vieja tradición egipcia —contestó Khalil—. Cuando una persona moría, y siempre que la familia se lo pudiera permitir, se le daba sepultura en grandes estancias cubiertas. Se hacía así para que pudieran vivir los familiares durante los cuarenta días que duraba el duelo.

—¿Pasaban cuarenta días con el difunto? —Había perplejidad en la voz de Nadya.

—Sí, y con el resto de los sepulcros del cementerio —agregó Khalil como algo obvio.

—Una tradición curiosa —apuntó Nadya.

Uno de los niños que habían visto antes se acercó a ellos. Estaba despeinado, tenía el rostro manchado de arena y una pata del pantalón era más larga que la otra.

—¿Me puede dar algo para comer, señor? —preguntó con voz suave, dirigiéndose a Khalil.

Khalil se puso de cuclillas para estar a su altura. Sacó unos cuantos billetes de su cartera y se los ofreció al pequeño. El rostro infantil se iluminó súbitamente.

—Gracias, señor —dijo entusiasmado el niño.

Cogió la mano de Khalil y le dio un beso en señal de sumo agradecimiento.

—Compártelo con tu amigo —indicó Khalil, dándole un toquecito en la nariz.

El niño asintió satisfecho con gesto feliz y después de mirar a Nadya, salió corriendo a buscar a su amigo.

—Qué fácil es hacerles feliz —comentó Nadya contemplando la estampa de los dos pequeños.

—La miseria hace que valores lo que realmente es importante —dijo Khalil, incorporándose.

—Con el dinero que les has dado, ellos y sus familias tendrán para comer más de una semana. —Nadya miró a Khalil sin disimular la admiración que sentía por él—. Eres muy generoso.

—Trato de ser justo. Es lo mínimo que puedo hacer. Soy un hombre privilegiado y creo que lo razonable es ser generoso con los que no lo son tanto.

—Eres un buen jeque —observó Nadya, trascurridos unos segundos en los que ambos se habían mantenido en silencio.

—Intento serlo. Para mí lo más importante es mi pueblo —respondió Khalil. Viró la mirada hacia Nadya—. Continuemos. Todavía tenemos que ver muchas cosas.

Cuando salieron del enorme cementerio, Nadya tuvo la sensación de que volvía a la civilización, como si hubiera

viajado en el inescrutable tiempo y la máquina la hubiera dejado en el centro del caos de El Cairo.

La capital de Egipto era una ciudad rebotante de matices y contrastes. Características que Nadya pudo evidenciar a lo largo de las muchas visitas que hicieron a los lugares más emblemáticos de la ciudad, y de recorrer su infinidad de calles. El Cairo era dispar y algo sucio, pero tenía un encanto que se escapaba a cualquier explicación que quisiera darle con palabras.

—¿Estás preparada para ir a ver las pirámides? —le preguntó Khalil, después de haber visto el museo egipcio, el de Arte Moderno, el Barrio Copto y la Iglesia Colgante, entre otras maravillas.

—Preparadísima —dijo Nadya.

—Después volveremos aquí para cenar —anunció Khalil.

Las Pirámides de Guiza estaban situadas a unos veinte kilómetros al suroeste de El Cairo y, como no podía ser de otro modo, era el mayor reclamo, no solo de la ciudad, sino del país.

—¿Sabes que la gran Pirámide de Keops, también llamada de Jufu, es una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo y la única que perdura hoy en día? —preguntó Nadya a Khalil mientras se dirigían a la meseta de Guiza en el Rolls Royce.

—Sí —respondió él.

—¿Y que es la mayor de las pirámides de Egipto?

—Sí.

—¿Y que se emplearon para su construcción 2,5 millones de piedra caliza?

—Sí —repitió Khalil por tercera vez. En esa ocasión no pudo evitar sonreír.

Nadya lo miró ruborizada.

—Sí, claro, ¿cómo no lo vas a saber? —dijo—. Eres egipcio y además un hombre culto. Lo raro es que no conocieras esos datos.

—Te aseguro que tú sabes más de la historia de mi país que yo —comentó Khalil.

—No te burles.

—No me burlo, Nadya —dijo Khalil en tono serio—. Eres asombrosa.

Nadya se colocó un par de mechones de pelo detrás de las orejas. Un brillo risueño se instaló en sus ojos azules.

CAPÍTULO 74

Nadya miraba de un lado a otro con impaciencia mientras un viejo carromato tirado por un caballo a las órdenes de un beduino de rostro ajado los llevaba a Khalil y a ella por un camino de arena.

No veía la hora de llegar.

Cuando por fin las siluetas de las majestuosas pirámides asomaron en el horizonte, recortadas contra el nítido cielo azul, entre la bruma que todavía formaba la calima, se agitó dentro de ella una intensa excitación. Se encontraba en un mundo de leyenda.

—¡Oh, Dios mío! ¡Son maravillosas! —exclamó frente a los imponentes monumentos, cuando solo la separaban de ellos unos cuantos metros.

Se acercó con expresión de felicidad a la llamada Gran Pirámide y pasó la mano por las piedras desgastadas por el tiempo como si acariciara una preciadísima joya. Para ella lo era. Era más maravillosa que cualquier otra cosa que pudiera haber visto. Poseía un aire de misteriosa decadencia que traspasaba el alma.

Alzó lentamente los ojos. El estratosférico sepulcro se elevaba por encima de su cabeza con una majestuosidad imponente a lo alto de sus casi 140 metros. No en vano, durante 3800 años había sido el edificio más alto de la Tierra. Tan absorta estaba observándola que no oyó la voz de Khalil.

—Nadya... Nadya...

Ella parpadeó, emergiendo de sus pensamientos, y volvió en sí.

—¿Si? —dijo.

—¿Crees que fueron levantadas por alguna avanzada civilización extraterrestre? —le preguntó Khalil en tono de incredulidad, poniendo sobre la mesa una de las descabelladas teorías que pululaban en torno a ellas.

Nadya rio.

—No hay que acudir a teorías esotéricas para dar explicación a su construcción —respondió, sin apartar la atención de la pirámide—. Se cree que se hacían a través de palancas de madera o bronce. Una vez construido el primer escalón, usaban una máquina hecha de troncos para elevar las piedras al segundo escalón y así sucesivamente.

—Eso es más lógico —anotó Khalil.

—Se construyeran como se construyeran son simplemente maravillosas. —Nadya se giró hacia él después de decir aquello y le miró durante unos segundos—. Gracias por traerme a ver las pirámides. Es el mejor regalo que podías hacerme —dijo con franqueza. Los ojos le brillaban entusiasmados.

Khalil la tomó de la mano, la atrajo hacia sí mismo de un impulso y le dio un beso corto. El entusiasmo infantil que mostraba Nadya era adorable.

—Khalil... —rezongó ella—. Las demostraciones de afecto públicas no están bien vistas en Egipto —dijo, tratando de apartarse de él—. Deberías saberlo —le regañó, aunque con poca convicción.

Khalil la soltó a regañadientes. Nadya tenía razón, podían tener problemas si los veían besándose en público, pero no había podido resistirse. Era tan deliciosa... Tan tentadora...

—Te libras porque estamos aquí, pero ya te pillaré luego a solas —murmuró en su oído en tono sensual.

Nadya sintió la calidez de su aliento sobre la piel y el color de sus mejillas se intensificó.

—Luego tenemos que hablar —le recordó, tratando de disimular su rubor.

Khalil sonrió de medio lado y le dijo:

—Vamos, aún tenemos dos pirámides que ver; la de Kefrén y Micerino.

—Y también tenemos que ver la Esfinge —añadió Nadya.

Echaron a andar y se dejaron arrastrar por el río de personas que avanzaba hacia el resto de las construcciones.

Berenice caminaba de un lado a otro del patio encalado con paso tajante y los brazos cruzados.

—¿Se ha ido con ella a El Cairo? ¿Se la ha llevado a ella? —preguntó con voz áspera.

—Sí —respondió Bastet, sin dar importancia al tema, mientras continuaba zurciendo uno de sus vestidos.

Berenice se volvió de golpe hacia ella, como si hubiera recibido un latigazo. La vaporosa tela de la túnica color berenjena que llevaba puesta voló a su alrededor.

—¿Cuándo nos ha llevado a alguna de nosotras a algún lugar?! —exclamó, abriendo los brazos de par en par aspaventosamente.

—Vosotras podéis salir del harén cuando queráis —arguyó Bastet sin apartar la vista de la costura.

Berenice lanzó al aire un ruidoso bufido.

—Sí, pero nunca con él —espetó.

—No empieces de nuevo con tus celos —le cortó Bastet, que estaba harta de sus berrinches. En esa ocasión había alzado el rostro para mirarla.

Los ojos pintados intensamente de Khôl negro de Berenice fulminaron a la mujer. Tenía las facciones de la cara contraídas por la tensión.

—Entonces, ¿te pones de su parte? —le reprochó—. ¿Cómo puedes ponerte de su parte? Es una occidental.

—Yo no me pongo de parte de nadie —se adelantó la mujer —, simplemente acato las decisiones del señor, que es lo que deberías hacer tú —amonestó a Berenice.

—¡El señor, el señor, el señor! —gruñó—. El señor se está enamorando de esa maldita zorra.

—¡Cállate! —la interrumpió abruptamente Bastet—. No digas cosas de las que luego te puedas arrepentir.

—¿Arrepentir? ¿De qué me voy a arrepentir? ¿De decir la verdad?

—Si el señor te oye, tendrás problemas.

Berenice rio con amargura.

—El señor está demasiado ocupado con... esa occidental —dijo con desprecio—. Parece que lo ha embrujado.

—Nadya no es una hechicera.

—Pues yo creo que ha lanzado sobre él un amarre de magia negra.

—Deja de decir tonterías, Berenice. ¿Y qué si se está enamorando de ella?

Aquellas palabras terminaron de enfurecer a la concubina.

—No eres más que una viej...

—Ten cuidado con tus palabras —la frenó Bastet en seco con un tono de voz firme—. Que no se te olvide quién eres y cuál es tu lugar aquí.

Berenice apretó los dientes, conteniendo el aliento. Solo siseó algo que Bastet no llegó a entender, pero que no sonaba bien, y se fue de allí como alma que lleva el diablo. Bastet la observó salir del patio con los labios contraídos en una línea delgada.

CAPÍTULO 75

Comenzaba a oscurecer cuando regresaron a la capital. Khalil llevó a cenar a Nadya al *Burj Al-Qahira*, la Torre de El Cairo.

—Mi restaurante favorito —dijo Khalil en la puerta.

Cuando entraron, Nadya comprendió por qué. Era un tributo al propio país, a la historia árabe. Los suelos estaban cubiertos de grandes alfombras persas y había muebles con intrincados labrados por doquier.

—¡Wow! —exclamó en inglés una espontanea Nadya, al contemplar con perplejidad las vistas panorámicas de la capital, que regalaba el mirador giratorio que poseía el restaurante.

Se hallaban con todo El Cairo a sus pies. A muchos metros de la planta más alta de la torre, el Nilo resplandecía como plata vieja a la luz de la luna. Fluía con languidez a lo largo de la urbe. Nadya siguió silenciosamente con la mirada el curso de la corriente, dejando que la belleza y la paz de la escena invadiera cada uno de sus sentidos. Se sintió viva.

—¿Te gusta? —le preguntó Khalil.

—¿Que si me gusta? ¡Me encanta! —contestó Nadya—. Incluso pueden verse las Pirámides de Guiza desde aquí —dijo, señalando su ubicación con el dedo índice.

Ya en el interior del comedor se sentaron frente a frente en una amplia mesa junto a unos ventanales por los que se podía seguir disfrutando de las vistas de El Cairo de noche. El vino Chateau Glicini, un tinto típico local, que ordenó Khalil al camarero, era exquisito. Brillaba en la copa como si fuera cobre.

—¿Qué me recomiendas pedir? —dijo Nadya echando un vistazo a la carta.

—Tienes bastantes cosas donde elegir —comenzó Khalil—. La cocina de aquí está muy influenciada por la gastronomía árabe, africana y mediterránea. Las rodajas de berenjena adobadas están muy ricas —le aconsejó—, y, si quieres probar algo más exótico de segundo, te aconsejo el *Fattah*; es una especie de pastel hecho de capas de pan empapadas en caldo con arroz y carne y cubierto con yogurt, nueces y pasas.

Nadya notó que la boca se le hacía agua.

—Suena bien —dijo—. Seguiré tu recomendación.

Khalil sonrió e hizo una señal al camarero para que se acercara. Le pidió lo que habían elegido y tomó la copa de vino. Nadya siguió el movimiento de su mano. Era grande, morena y de dedos largos y elegantes. Sin saber por qué, llevó los ojos hasta la suya: era pequeña y pálida, aunque su piel había cogido algo de color desde que estaba en Egipto.

Ella y Khalil eran tan distintos..., pensó con un halo de tristeza.

Había demasiadas cosas que los separaban: cultura, tradiciones, kilómetros... La forma de ver la vida.

—Gracias por este día, Khalil —dijo Nadya—. Lo recordaré siempre.

Él bajó la copa y la dejó sobre la mesa con un movimiento lento mientras clavaba la mirada en el rostro de Nadya.

—Sin embargo, tus ojos están tristes —observó.

Nadya apartó los ojos de la penetrante mirada de Khalil, pues la hacía sentir débil y vulnerable.

—¿Es que no sé por qué me has traído aquí? —repuso en un arranque de franqueza. Sabía que aquella cita tenía una doble intención. Una forma de contentarla.

Khalil se encogió de hombros con un gesto que podía querer decir tanto, o tan poco...

—Porque quiero que enterremos el hacha de guerra —contestó.

Nadya jugueteó con la base de la copa.

—Khalil, no podemos enterrar el hacha de guerra mientras sigas reteniéndome en tu harén. —Levantó los ojos hacia él—. No voy a ser una de tus concubinas.

Los ojos de Khalil, clavados en los de Nadya, se oscurecieron a la luz de la luna.

—Cuanto más obstinada estés, más terco me pondré yo. No tienes posibilidades de ganar —dijo.

Nadya notó que su espalda se transformaba en una línea tensa. Enderezó la cabeza para mirarlo. Encontró los ojos negros de Khalil fijos en ella, mirándola de esa forma pensativa y acariciadora que tanto la intimidaba.

—No es cuestión de ganar o perder —repuso, ignorando la intensidad de su mirada—. Es cuestión de que esta situación no puede seguir así. Esto es... —Dejó escapar un suspiro—. Tienes que dejar que regrese a Londres, mi sitio no está aquí.

Le costó horrores pronunciar cada una de las sílabas de aquellas palabras. Tenía un nudo adherido a la garganta que apenas le dejaba hablar, pero lo más sensato era alejarse de Khalil, del harén y de todo lo que tuviera que ver con él.

—¿Qué más hay detrás de esa decisión? ¿Hay algo que no estás diciéndome? —fue lo que preguntó Khalil.

Nadya contrajo el rostro.

—¿Qué...? ¿Qué quieres decir? —dijo nerviosa al tiempo que enrollaba un pequeño mechón de pelo en el dedo. No quería que Khalil supiera que estaba enamorada de él. Eso no haría más que dejarla como una idiota—. La única razón es que no estoy dispuesta a ser tu concubina. Mi lugar no está en tu harén. Estoy cansada de esta situación —añadió en un tono cuidadosamente despojado de emoción.

Khalil ladeó la cabeza, percibiendo su cansancio. Desde hacía unos días sus ojos azules estaban apagados; no brillaban con la intensidad con que lo hacían antes.

—No quiero que te vayas —dijo simplemente.

«Ojalá la razón de esas palabras fuera que estuviera enamorado de mí», pensó Nadya.

Pero no era así. A Khalil solo le movía el egoísmo y el amor propio. La obstinación de salirse con la suya, como un niño pequeño. Lo peor es que se pensaba que eso era razón suficiente para quedarse.

Una nota de tristeza se apoderó de ella.

—No puedes retenerme más tiempo en tu harén. Yo tengo una vida en Londres, amigas, una carrera profesional que desarrollar... —enumeró, dándole motivos para que la dejara irse.

Khalil guardó silencio unos segundos. Nadya había hablado en tono ligero, pero no había duda respecto a la determinación que asomaba a sus ojos azules.

Tal vez había llegado el momento de soltar la cuerda, de entrar en razón. Si seguía en su empeño de retener a Nadya en su harén, lo único que conseguiría es que fuera una persona infeliz. Y él no quería verla de ese modo. Había que poner fin al juego.

—Tienes razón, este no es tu mundo —dijo al cabo de un rato.

El camarero apareció, interrumpiendo la conversación. En silencio, colocó cada uno de los platos que llevaba delante de ellos.

—Espero que les guste —les deseó con una cordialidad protocolaria propia del lujo del lugar en el que estaban.

Nadya no dijo nada y Khalil se limitó a asentir brevemente con la cabeza a modo de agradecimiento.

CAPÍTULO 76

El camarero se retiró envuelto en el mismo silencio con el que había llegado.

—Cometí un error llevándote a mi palacio —continuó hablando Khalil. Estaba dispuesto a sincerarse. Era el único modo de salir bien parado de todo aquello—. Cometí un error llevándote a mi harén y pretendiendo que fueras mi concubina... —Sus labios carnosos esbozaron una débil sonrisa de condescendencia hacia sí mismo—. He sido un ingenuo. Aunque tu madre era egipcia, y tú tienes mucho de nuestro legado en tu sangre, te has criado en occidente y te resulta difícil entender nuestras costumbres.

—Yo...

Durante unos instantes, mientras cogía el tenedor y pinchaba una rodaja de berenjena, Nadya dudó entre revelar lo profundo de sus sentimientos o no. Quizá Khalil viera las cosas con otra perspectiva si sabía lo que sentía, pero descartó la idea de inmediato. Si Khalil sintiera algo por ella se lo habría dicho, conjeturó. No la hubiera dejado de nuevo en el harén con el resto de las concubinas cuando volvieron del oasis.

—... solo quiero regresar a casa —terminó finalmente la frase. Temía que la hiriera, ya que había mucho de sí misma en juego.

—Está bien, Nadya, volverás a Londres —dijo Khalil.

Nadya tuvo sentimientos encontrados ante aquella afirmación. Por un lado, le alegraba irse del harén de Khalil. Le dolía en lo más profundo del corazón cada vez que él la trataba simplemente como a una más de sus concubinas, cuando la solicitaba en su habitación para tener una noche de

sexo, cuando la utilizaba para satisfacer sus instintos, pero por otro había alimentado la tonta esperanza de que él recapacitara. Pero ¿qué iba a recapacitar?

«¡No está enamorado de ti! —le gritó en silencio una vocecita interior—. No es difícil de entender».

—Te agradezco que me dejes marchar —dijo con el corazón encogido, sacando fuerzas de donde no las tenía.

Se llevó el tenedor a la boca y se metió la rodaja de berenjena. Todo había acabado.

—Para mí no has sido una más, Nadya. —La voz de Khalil sonó de pronto.

—Ya... Bueno...

Khalil pasó la mano por encima de la mesa y cogió la de Nadya. Ella la sintió cálida sobre la suya.

—Te lo digo sinceramente —insistió Khalil—. Nunca pretendí que fueras mi concubina. No era mi intención. O no al principio... —matizó—. Solo quería darte una lección por tu atrevimiento; bajarte los humos, enseñarte quién mandaba, pero la atracción que empecé a sentir por ti hizo que perdiera el control y la perspectiva de la situación. Lo siento mucho.

Nadya movió la mano y se zafó de la de él.

—No quiero hablar de eso, Khalil. Ya no quiero hablar de nada —repuso con voz apagada. Se aclaró la garganta con un carraspeo nervioso—. No tengo tanto apetito como pensaba —se excusó de pronto—. ¿Podemos irnos?

Khalil estudió su rostro unos instantes. Se veía opaco y ensombrecido. Pero no podía esperar que Nadya reaccionara de otro modo a como lo había hecho.

—Sí —respondió.

Berenice se deslizó por la calle con pasos apremiantes y sigilosos, como la lóbrega sombra de un fantasma, envuelta en una larga capa de color oscuro. Sus ojos, parapetados entre la tela de la capucha, iban de un lado a otro, inquietos. Giró el rostro por encima de su hombro y miró una última vez detrás de ella, para asegurarse de que no la viera nadie. En silencio, se internó en el estrecho callejón.

—Llegas tarde —dijo con aspereza una voz masculina.

—No he podido salir antes, hubiera levantado sospechas —se justificó Berenice, aunque no lo hizo con demasiada amabilidad. En el fondo, aquel hombre le daba igual.

Levantó los brazos y echó la capucha hacia atrás. Llevaba el largo pelo negro recogido en una coleta a la altura de la nuca.

—¿Por qué vas a ayudarnos? —preguntó él.

—Porque quiero quitarme del camino a esa occidental —respondió Berenice con indisimulado desdén.

—No parece que le tengas mucho aprecio —se burló el hombre.

—Eso no es asunto tuyo —espetó la concubina, que no tenía ganas de dar explicaciones.

El hombre, que estaba apoyado en la pared, se irguió en toda su estatura y, dando un paso hacia adelante, emergió de las sombras, como si se arrancara de una de ellas, haciéndose visible a los ojos de Berenice.

—¿Cuándo podremos actuar? —dijo en tono rasposo y algo impaciente.

—Esta noche.

Las gruesas cejas negras del hombre se fruncieron con gravedad.

—Es demasiado pronto —objetó.

—Tiene que ser esta noche —se impuso Berenice con firmeza—. Khalil está fuera con ella y llegarán de madrugada.

Es el mejor momento.

El hombre se frotó la barbilla de abundante barba con semblante pensativo. Era muy apresurado, pero al menos contarían con el factor sorpresa.

—¿Y qué pasa con los hombres de Khalil? —preguntó.

—No te preocupes por ellos —respondió Berenice, segura de sí misma—. Yo me encargaré de que las puertas estén abiertas cuando lleguéis, para que podáis entrar. Si lo hacéis del modo que te voy a indicar, nadie os verá.

El hombre titubeó durante unos segundos.

—De acuerdo. Lo haremos esta noche —dijo, al cabo de un rato.

Berenice se echó de nuevo la capucha sobre la cabeza con un gesto elegante.

—No falléis —advirtió al hombre.

Su rostro mostraba una expresión seria.

—Nosotros nunca fallamos —sentenció él con una mirada dura en sus ojos marrón oscuro.

CAPÍTULO 77

El Rolls Royce entró en la corriente de tráfico de las calles centrales de El Cairo. Nadya no miraba a Khalil, se mantenía mirando al frente, con los ojos fijos en el caos que formaban los vehículos, perdida en sus pensamientos. Khalil estaba sentado a su lado, pendiente de la circulación. Ninguno de los dos hablaba.

—Nadya, se me ha olvidado comentarte algo —dijo, rompiendo el silencio.

—¿Qué?

—Es respecto a tu madre.

Los sentidos de Nadya se pusieron en guardia. Volvió el rostro hacia Khalil con suma atención.

—¿Has conseguido averiguar algo? —se adelantó a preguntar con evidente impaciencia en la voz.

—Ha sido Salih quien lo ha averiguado —le aclaró Khalil—. Según ha podido saber, tu madre huyó de Egipto para evitar un matrimonio concertado —le explicó.

Nadya se quedó pensativa con una expresión meditabunda en el rostro.

—Tiene lógica —murmuró—. Mi madre jamás hubiera permitido que la casaran con alguien a quien no amara—. ¿Sabes con quién?

—No, pero seguro que lo averiguamos.

El silencio volvió a llenar el coche. Aunque lo averiguaran, no había posibilidad de decírselo, Nadya iba a regresar a Londres.

—Te tendré informada si Salih y yo conseguimos averiguar algún dato más.

—Te lo agradezco mucho, Khalil —dijo Nadya en un tono suave y moderado—. Para mí es muy importante saber la verdad de lo que pasó con mis padres, saber quién está detrás de sus muertes.

—No te preocupes por eso.

—Gracias.

Nadya descansó la cabeza contra el suave cuero del asiento y miró por la ventanilla del coche. Hacía un par de horas que había caído la noche sobre la ciudad. Después de aquellas últimas palabras, ella y Khalil volvieron a enfrascarse en sus pensamientos.

La Torre de El Cairo y toda la ciudad quedó pronto atrás y el Rolls Royce comenzó a deslizarse por la cinta negra que formaba la carretera en mitad del desierto.

De cuando en cuando, Khalil miraba a Nadya de soslayo. Se había quedado dormida en el asiento. Su cabeza estaba apoyada en el reposacabezas, ligeramente ladeada, y su larga melena lisa caía por una de las mejillas blancas como si fuera una cortina de seda dorada.

Extendió el brazo hacia ella y con mucho cuidado para no despertarla, le apartó el pelo del rostro, colocándoselo detrás de la oreja. Su expresión era plácida, serena; tremendamente vulnerable. Parecía tan angelical que sintió la tentación de detener el coche y besarla.

Pero no podía hacerlo.

Se preguntó si no tenía que comportarse egoístamente e impedir que volviera a Londres. Le encantaba follarla, más de lo que le había gustado follar a cualquiera de las mujeres que habían pasado por su cama. Desconocía qué le daba ella, pero le gustaba. Le gustaba demasiado como para dejarla ir.

—Pero ¿qué puedo hacer? —murmuró.

No podía encerrarla en su harén y pretender que fuera una de sus concubinas, por mucho que deseara tenerla en su cama. Debía encontrar la forma de resignarse a no verla más, a no oler el suave aroma de su piel, a no oír su risa, a no ver sus cristalinos ojos...

Cuando llegaron al palacio Nadya seguía dormida. Khalil metió el coche en el garaje y lo aparcó en una de las tantas plazas que había libres, al lado de los otros coches que poseía. Apagó el motor y se volvió de nuevo hacia su acompañante.

—Nadya... —la llamó en voz baja mientras le acariciaba la mejilla con suavidad para despertarla.

Ella abrió lentamente los ojos. El color azul de su iris parecía desprender luz propia. Giró el rostro hacia Khalil con el ceño algo fruncido.

—Ya hemos llegado —susurró Khalil.

Nadya se enderezó en el asiento.

—Siento haberme dormido —se disculpó en tono somnoliento—, no he sido una buena compañera de viaje —bromeó con media sonrisa en los labios.

—Has sido la mejor compañera de viaje que podía tener. — La voz de Khalil era una mezcla de provocación y caricia.

Nadya carraspeó y se apartó el pelo de la cara.

Se apearon del coche en medio de un silencio que no fue interrumpido hasta que Khalil habló ya dentro del palacio.

—Esta será la última noche que pases aquí —dijo.

Ambos se encontraban de pie junto a la enorme puerta de madera maciza de la habitación de Nadya.

—Sí —fue el parco comentario de ella.

Khalil inclinó la cabeza.

—Nadya... —suspiró.

Ella sintió un escalofrío al oír su nombre pronunciado por la voz profunda y masculina de Khalil. ¿Cómo podía tener ese

efecto en ella? La boca carnosa de Khalil buscó los labios rosados de Nadya.

—Quiero pasar esta última noche contigo —susurró, rozando deliberadamente sus labios con la boca.

La dulce sensualidad del contacto del aliento sobre la piel arrastró un gemido ahogado a la garganta de Nadya.

—Quiero besarte por última vez... —habló de nuevo Khalil.

El deseo flotó en el aire.

—Khalil, no lo hagas —le pidió Nadya con voz débil.

Khalil alzó la mano y movió las yemas de los dedos trazando una línea perezosa por su cuello.

—Khalil, por favor. No soy capaz de pensar con claridad cuando me tocas —le reprendió en tono suave.

—¿No te gusta? —le provocó él.

«Demasiado», pensó Nadya para sí.

Pero tenía que contenerse. La idea de sucumbir en sus brazos era una tentación que debía evitar. Si caía de nuevo bajo su hechizo no se iría de allí nunca.

Suspiró cuando las manos grandes y cálidas de Khalil descendieron para acariciar sus hombros.

Nadya anheló dejarse llevar, perderse en todo lo que le hacía sentir el Hijo del Desierto, como había hecho tantas otras veces, pero si lo hacía estaría en un punto de no retorno. Tocar el cielo para luego volver al infierno. Khalil le haría el amor hasta que perdiera el juicio, haciéndole sentir placeres que ni siquiera sabía que existían.

—No —dijo.

Cuando por fin sus labios pudieron articular la negación, su voz volvió a sonar débil.

—Déjame meterme entre tus piernas por última vez —musitó Khalil con voz rasposa—. Déjame sentirte por última

vez.

—No puedo, no debo... —Nadya apenas podía hablar, apenas podía respirar.

—No pienses tanto, Nadya —dijo Khalil.

Y antes de que Nadya pudiera reaccionar, su boca se apoderó de la de ella con tanta intensidad que la empujó contra la pared. Los labios se movían sobre los suyos furiosos, invasores, crueles, expresión de un deseo impetuoso, un deseo que le quemaba por dentro hasta tener la sensación de que iba a convertirse en cenizas.

Nadya no quería corresponderle, pero contra su voluntad, sintió la necesidad de besarle, de sentirle. De pronto era apremiante. Khalil la besó hasta que ella fue incapaz de pensar, despertando sensaciones en lo más profundo de su ser.

Haciendo un esfuerzo ingente, Nadya se separó de Khalil y retrocedió un par de pasos.

—¡No! —exclamó jadeante con un nudo en la garganta.

Khalil le cogió la mano para acercarla de nuevo a él.

—Nadya, no puedes esconder lo que sientes —murmuró—. Vibras en mis brazos.

Ella lo miró con odio, decidida a no mostrar lo que sentía. Necesitaba toda la habilidad escénica que poseyera para fingir que no le importaba.

—No necesito esto, Khalil. No es bueno para mí —dijo, tragándose las lágrimas para no derrumbarse delante de él.

Dio un tirón y se liberó de su contacto. Lo último que necesitaba era que Khalil advirtiera que comenzaba a derrumbarse. Tenía que cortar con aquel vínculo emocional de una vez. Khalil abrió la boca para hablar, pero solo alcanzó a musitar su nombre.

—Nadya...

Ella ya se había girado, había abierto la puerta de su habitación y se había internado en ella. Acción que hizo que

Khalil contrajera los labios.

—¿Qué voy a hacer para quitarme las ganas de ti? —
murmuró a la nada.

Pero Nadya no le escuchó. Cerró la puerta y apoyó la espalda contra ella, sin apenas fuerzas para sostenerse de pie. Apretó los puños a ambos costados del cuerpo. La rabia y la pasión combatían en su interior como un par de hidras. Lo que había dicho Khalil era cierto. Siempre lo era: vibraba en sus brazos. Y por más que lo intentara, era inútil enfrentarse a esa realidad. Era la magia que el Hijo del Desierto obraba en ella.

Dio un pequeño puñetazo en la madera. La enfurecía el poder que Khalil tenía sobre ella y la facilidad con que sus caricias y sus besos la excitaban, dejándola sin voluntad; dejándola a su merced.

—¡Maldito seas! —masculló entre dientes, y un torrente de lágrimas comenzó a brotar de sus enrojecidos ojos—. Y maldita sea la hora en que vine a Egipto —añadió con tristeza, sintiendo como la impotencia crecía en su interior.

Emocionalmente exhausta, avanzó hacia la cama y se dejó caer en ella, hundiendo el rostro húmedo en la almohada mientras lloraba con desesperación.

CAPÍTULO 78

El largo pasillo estaba tranquilo y oscuro. Solo la brillante luz de la luna que se deslizaba por los altos ventanales rompía la insondable penumbra con cuchillas bruñidas.

Berenice asomó cautelosamente la cabeza entre las sombras. Tan silenciosa como un gato, había estado observando la escena entre Khalil y Nadya oculta tras una columna de mármol, aunque no había podido escuchar lo que decían, excepto por un murmullo ininteligible.

Después de unos segundos en los que Khalil permaneció de pie, inmóvil, mirando la puerta de la habitación de Nadya, finalmente se giró sobre sus talones y se alejó, experimentando una extraña sensación de pérdida.

Cuando su silueta se perdió entre las sombras, Berenice también se fue de allí.

—¿Qué le pasa con ella? —masculló malhumorada mientras bajaba la escalinata que llevaba al vestíbulo de la parte de atrás del palacio—. ¿Qué? —se preguntaba una y otra vez.

Berenice no alcanzaba a entender los motivos por los que Khalil parecía haber perdido la cabeza por Nadya. Sí, era bella a su manera. Quizá en occidente, de donde procedía, su belleza llamara la atención de los hombres, pero no en Egipto. No para Khalil. A él le gustaban las mujeres voluptuosas, con curvas, exóticas, de cabello zaino y grandes ojos negros. Mujeres que estuvieran dispuestas a satisfacer sus necesidades. Nadya no tenía ni era nada de eso. Entonces, ¿qué le gustaba de ella?

Por suerte, esa misma noche todo acabaría. El plan estaba pensado al milímetro. Nada iba a salir mal.

Cuando llegó al enorme patio trasero, lo cruzó con pasos apremiantes y abrió la portezuela que había en los portones de madera. De inmediato y en completo silencio entró el hombre con el que se había encontrado unas horas antes en el pueblo, y otros dos individuos de aspecto rudo le siguieron.

—Haced todo tal y como lo hemos planeado —ordenó Berenice ya dentro del vestíbulo.

El cabecilla del grupo asintió en silencio con la cabeza y continuó su camino hacia la habitación de Nadya, según las indicaciones que le había facilitado la concubina.

El agotamiento y el llanto habían hecho que Nadya se quedara dormida encima de la cama sin ni siquiera quitarse el vestido ni las sandalias. Pero el ruido de la puerta al abrirse un rato después la hizo despertarse. Parpadeó un par de veces, sumida en la confusión de la noche y el sueño, y miró a su alrededor.

Le pareció que una sombra cruzaba la habitación. Apenas se había incorporado en la cama cuando una mano callosa le tapó la boca con rudeza. Trató de moverse, de zafarse de la presión que la mano ejercía en su boca, ya que respiraba con dificultad. Trató de gritar, de pedir auxilio, pero sintió que se quedaba sin fuerzas. Entonces un fuerte olor impregnó sus fosas nasales. El pulso comenzó a retumbarle en las sienes como un martillo. En ese momento fue terriblemente consciente de que se desvanecía y de que no podía hacer nada para evitarlo.

El hombre la depositó sobre la cama cuando el cloroformo hizo efecto y le puso una mordaza en la boca, para seguidamente taparle la cabeza con una bolsa de tela negra. Bajo la atenta y maliciosa mirada de Berenice, que contemplaba la escena con indisimulado regocijo, la cogió en brazos y la sacó de la habitación.

—Ya sabéis qué tenéis que hacer con ella —le dijo Berenice al hombre.

Nadya se despertó de repente.

¿Qué diablos hacía subida a la grupa de un caballo? Notó a alguien detrás de ella, sujetando las riendas del animal y golpeando los flancos para que galopara. ¿Cuánto tiempo llevarían cabalgando? Abrió los ojos, pero no vio nada. Todo estaba oscuro. Se dio cuenta de que tenía una tela alrededor de la cabeza. Trató de quitársela, pero fue imposible, estaba demasiado apretada.

—Estate quieta —le ordenó con rudeza la voz del hombre.

El corazón de Nadya se aceleró. Empezó a ser presa del pánico. En tono tembloroso preguntó dónde la llevaban, pero su voz chocó con la mordaza.

—¡Cierra la boca! —exclamó el hombre, dispuesto a dar por zanjada la conversación.

Nadya intentó tomar una bocanada de aire, pero la tela se lo impedía. Aunque quería mantener la calma, el miedo había penetrado hasta el fondo de sus huesos. ¿Quién la había secuestrado? ¿Para qué? ¿Quién podía estar detrás? ¿Tendría alguien la pretensión de pedir a Khalil un rescate por ella? Por más que se devanaba los sesos no hallaba respuestas que le parecieran plausibles.

El polvo que levantaban los cascos de los caballos se filtró por la tela y le provocó un ataque de tos. Habló a través de la mordaza para pedir un poco de agua, pero lo que emergió de su boca fue un simple balbuceo.

—Ya casi hemos llegado —dijo el hombre.

Unos minutos después Nadya notó que el caballo se detenía. Un murmullo de conversaciones empezó a hacerse creciente a su alrededor. Pasos impacientes iban de un lado a

otro. Se movió, con la pretensión de zafarse de las manos de su captor, pero fue inútil.

—He dicho que te estés quieta —volvió a decirle el hombre con malas pulgas.

Nadya gruñó para sus adentros con frustración. En esos momentos se sentía débil y vulnerable. ¿Cómo iba a salir de aquella situación?

CAPÍTULO 79

El hombre desmontó del caballo y sin muchas amabilidades bajó a Nadya de él.

—Ven conmigo —le ordenó.

Antes de que pudiera negarse, el hombre la agarró de un brazo y tiró de ella para que lo siguiera. Nadya caminaba a tientas, sin poder ver dónde se encontraba o dónde la llevaba. De vez en cuando daba algún pequeño traspie, pero al hombre no parecía importarle, ya que continuaba con pasos apresurados sin detenerse.

Nadya se quejó con otro gruñido. El hombre la ignoró y prosiguió su camino. Anduvieron durante un rato indeterminado. Un rato que a Nadya se le antojó eterno. ¿A dónde demonios la llevaba con tanta prisa?

—Entra —indicó de pronto el hombre, dándole un pequeño empujón—. Aquí la tiene, señor —dijo después a otra persona.

Nadya oyó que unos pasos pesados se aproximaban hacia ella. El miedo la dominó. ¿Quién sería? ¿Y qué haría con ella? Unas manos que no podía ver desanudaron la bolsa de tela y descubrieron su rostro. Nadya enfocó la vista después de la oscuridad en la que había estado sumida durante el trayecto. El corazón le pegó un respingo. Se quedó inmóvil, con la respiración contenida en la garganta. Todo el color se esfumó de su cara cuando vio a Yassir ante ella, con su característica papada y su enorme barriga. Un desagradable escalofrío le recorrió el cuerpo.

El viejo jeque estiró el brazo y con la mano le bajó la mordaza.

Nadya tragó saliva con dificultad. Pensó que no podía dejarse llevar por el pánico, aunque hubiera sido sencillo. Pero

no podía perder la calma, así que luchó por conservar una expresión tranquila.

—¿Por qué me has traído aquí? ¿Qué quieres de mí? —preguntó con recelo y sin hacer gala de ningún tipo de tratamiento. Para ella aquel hombre no representaba nada. Se pasó la mano por la frente y notó la arena y el polvo adheridos a la piel.

Yassir la miraba fijamente con una expresión indescifrable en los ojos, aunque Nadya se dio cuenta de que destilaban maldad. El jeque levantó el brazo con un movimiento lento y con la gorda mano acarició uno de sus mechones rubios. Ella observó con asco la mancha circular que tenía debajo de la axila. Hasta la nariz le llegó un olor acre, mezcla de sudor, vino agrio y tabaco.

—Es sorprendente... —murmuró Yassir sin dejar de mirar sus hermosas facciones.

Nadya echó la cabeza hacia atrás para que dejara de tocar su pelo. Su cercanía le repugnaba. Yassir no tenía nada que ver con Khalil, en ningún aspecto en el que se los pudiera comparar.

—Así que sigues siendo una gatita arisca, Khalil no ha conseguido domarte todavía —comentó Yassir, esbozando una sonrisa lasciva en los labios y mostrando sus dientes amarillentos.

—¿Domarme? No soy un animal —espetó Nadya, haciendo que se despertara de nuevo su rebeldía.

La expresión de Yassir se transformó en una máscara sombría.

—Eres tan insolente como lo era tu madre —aseveró.

El rostro de Nadya se llenó de sorpresa ante aquella declaración. ¿De qué conocía Yassir a su madre?

—¿Conociste a mi madre? —preguntó.

Yassir mantuvo silencio durante unos segundos.

—Sí —afirmó al fin—. Tú eres igual que ella. Posees su mismo carácter y los mismos rasgos. Eres tan hermosa como lo era ella.

—¿De qué conocías a mi madre? —quiso saber Nadya. La curiosidad la estaba matando.

Yassir hizo una mueca con los labios.

—Iba a ser mi esposa —respondió. Su voz penetró en Nadya como la fría hoja de una daga.

¿Su madre estaba prometida a Yassir? Su cabeza empezó a funcionar a toda velocidad, ajustando todas las piezas de un rompecabezas que llevaba muchos años queriendo montar. Cada uno de los fragmentos cayó con exactitud en su lugar. Una ligera sospecha apareció en el fondo de su mente. De repente sintió como si una mano helada le apretara el corazón, ante la enormidad de lo que acababa de descubrir.

—Pero la puta de ella huyó, deshonrándome a mí y a mi familia —continuó hablando Yassir. Su tono ahora sonaba desdeñoso.

Habían pasado muchos años, pero sin duda aquel asunto todavía le hacía daño. Sin pensar en las consecuencias que pudiera acarrearle, Nadya se abalanzó sobre él.

—¡No insultes a mi madre! —exclamó furiosa.

Iba a descargar un puñetazo sobre Yassir, pero el hombre que la había llevado hasta él, y que permanecía en la estancia como un perro guardián, la sujetó con fuerza del brazo, evitando que pudiera golpearlo.

—¿Qué crees que vas a hacer, mujer? —le preguntó con rudeza, frenando en seco sus intenciones—. No oses pegar al jeque o probarás el sabor de su látigo.

Nadya bufó de frustración. ¿Cómo se atrevía Yassir a insultar a su madre? Desde luego no iba a quedarse callada. Dio un tirón para liberarse de la mano de aquel hombre, que era tan repulsivo como el propio Yassir.

—Es normal que huyera, ¿quién querría casarse contigo?
—soltó, revelando el desprecio que sentía por él.

Yassir sonrió como un lobo mirando una succulenta pieza de comida.

—Definitivamente me gusta tu carácter —rió. Sus ojos hundidos destilaban burla—. Siempre es más divertido domar a una mujer que no se deja tocar —dijo, acariciándole la mejilla con la mano.

—¡No me toques! —exclamó Nadya, dándole un manotazo.

—Tu madre tampoco dejaba que la tocara. Nunca conseguí meterla en mi cama —dijo Yassir como si estuviera pensando en voz alta—, aunque luego le faltó tiempo para enredarse con un occidental. Fue una pena el trágico final que tuvieron —se mofó en tono melodramático.

Guardó silencio unos segundos, esperando para ver el efecto que producía esa información en Nadya. Ella entornó los ojos hasta que se convirtieron en dos rayas. El corazón dejó de latirle, como si alguien se lo estuviera estrujando con una mano. Su mente se fragmentó en mil pedazos.

—Fuiste tú —concluyó—. Tú fuiste quien mató a mis padres... ¡Bastardo! ¡Hijo de puta! —le gritó con ira.

CAPÍTULO 80

En aquella ocasión el hombre de Yassir no pudo impedir que Nadya se abalanzara sobre él hecha un basilisco y le golpeará repetidamente, aunque sus manos no hacían ninguna mella en el jeque, que reía a carcajadas con malicia, regodeándose en el dolor que aquella conclusión había provocado en Nadya. Ver sufrir a la hija de la puta de Salem Zayed era algo que nunca se hubiera imaginado. Un regalo fortuito e inesperado del destino, que le sonreía con fortuna.

Sin mucho esfuerzo cogió a Nadya por el brazo y la separó de él. La sonrisa se había esfumado de su vulgar cara, que había adquirido un semblante hosco. Se acercó a su oído lentamente y murmuró con los dientes apretados:

—Es lo que se merecían. Tu madre me traicionó y pagó con su vida y con la vida de tu padre la ofensa que me hizo.

Nadya percibió el brillo de profundo resentimiento que anidada en los diminutos ojos de Yassir.

—¡Ella no te traicionó! —la defendió con las mejillas bañadas en lágrimas. Su corazón no soportaba el dolor de la confesión de Yassir—. Simplemente no estaba enamorada de ti. Nunca hubiera sido feliz a tu lado. ¡No eres más que un animal!

—Si yo fuera tú, mantendría quieta esa lengua que tienes.

La voz de Yassir adquirió un tono amenazador. Pero Nadya no se amedrentó.

—Eres un cobarde —dijo.

—Ya da igual si tu madre me traicionó o no —dijo Yassir en un tono peligrosamente sosegado—. No la tuve a ella en mi cama, pero te voy a tener a ti.

—¿Qué?! —Nadya casi chilló, escandalizada—. Ni lo pienses, jamás me meteré en tu cama —dijo tajante, al tiempo que se apresuraba a enjugarse las lágrimas que corrían por su cara.

—¿Crees que tienes elección? —le preguntó Yassir con regocijo en la voz, sabiendo que tenía el control de la situación en sus manos.

Sus ojos pequeños y oscuros brillaban con una mezcla de lujuria y maldad. Nadya comenzó a recordar todas las atrocidades que Kama y Bastet le habían contado de Yassir; el modo tan aberrante en que había tratado a Hanan y la manera que tenía de tratar a las mujeres en general, y sintió la tenaza del pánico. La angustia corrió por sus venas como un veneno. Yassir era un tipo despreciable, que no poseía valores, principios ni escrúpulos. Le aterró pensar en lo que podía hacer con ella.

Él percibió el cambio en su expresión. Sus ojos azules reflejaban la intensidad de su miedo.

—¿Me tienes miedo? —preguntó con burla. Nadya no contestó. Cualquier cosa que dijera podría ser utilizada en su contra—. Seré benevolente contigo si te metes en mi cama y me complaces en todo lo que te pida. En todo —repitió en tono malicioso.

Le habló tan cerca que Nadya pudo oler su aliento pestilente. Retrocedió de asco con una sensación de pavor por todo el cuerpo. Yassir sonrió con perversidad, y levantó la vista hacia el hombre que estaba en la habitación con ellos.

—Llévala a sus aposentos. Esta noche me ocuparé personalmente de ella —le ordenó.

El hombre asintió con rostro adusto, aunque más que una afirmación parecía una reverencia. Nadya se preguntó cómo alguien podía tener de líder a Yassir. Daba la sensación de ser pesado, inepto y torpe.

—Trátala como se merece —dijo el jeque, al tiempo que el individuo la cogía del brazo.

—Khalil no va a dejar esto así —dijo Nadya antes de salir de la habitación.

—Cuando venga le estaremos esperando —repuso Yassir.

La risa siniestra con la que concluyó aquella frase le puso los nervios de punta. Yassir destilaba demasiado odio por el mundo; y eso lo convertía en un tipo muy peligroso.

El hombre la llevó hasta una habitación situada al fondo de una larga galería por la que caminaron en completo silencio. La estancia era un lugar decorado sin ningún gusto ni estilo, que olía a rancio, como Yassir. Todo en aquel lugar olía a él.

Se dirigió con expresión apática hacia la cama y se sentó en ella mientras terminaba de enjugarse las lágrimas que corrían por sus mejillas. Yassir era el asesino de sus padres. Él los había matado, y solo porque su madre no había querido casarse con él. La verdad había resultado ser mucho más espeluznante de lo que había imaginado. Una de las razones por las que había ido a Egipto era para averiguar qué había ocurrido con sus padres, qué los había llevado hasta esa horrible muerte, pero había descubierto que el motivo era estúpido.

Agitó la cabeza. ¿Cómo podía ser Yassir tan despreciable? ¿Cómo podía haber llevado su despecho y su venganza hasta esos límites? Lo peor es que ahora ella estaba en sus manos.

Un gélido escalofrío le recorrió la espalda al recordar el destino que la aguardaba aquella noche. Pensar en que Yassir pudiera simplemente tocarla le provocó náuseas. Ese hombre era repugnante.

Se acordó de Khalil y sintió un vacío en el estómago. Anheló sentirse en el seguro refugio de sus brazos. Que la protegiera como él la protegía. ¿Iría a buscarla cuando se enterara de que Yassir la había secuestrado? ¿Llegaría a tiempo de impedir...? Cerró los ojos con fuerza. No podía

terminar la pregunta, le horrorizaba pensar en la posibilidad de compartir cama con Yassir.

Entendió de pronto, como si de una revelación se tratara, por qué la había mirado de ese modo tan extraño cuando se la encontró por primera vez en el desierto. Veía en ella a su madre. A la mujer que lo había rechazado y que había mandado matar.

Se dejó caer sobre el colchón con un suspiro lleno de dolor y las lágrimas regresaron a sus ojos azules. Le temblaba todo el cuerpo.

CAPÍTULO 81

Unos nudillos tocaron con premura la puerta de la habitación de Khalil. Él consultó su reloj de muñeca con expresión de fastidio. ¿Quién sería? Había ordenado específicamente que no lo molestaran. No tenía ganas de ver a nadie.

—Adelante —dijo, girando la vista hacia la puerta para ver de quién se trataba.

La puerta se abrió y Kama se adentró un par de pasos en la enorme estancia.

—Perdone que lo moleste, señor —dijo con voz suave, antes de hacer una ligera reverencia.

—¿Qué ocurre, Kama? —se adelantó a preguntar Khalil, al percatarse de la preocupación que reflejaban los ojos de la concubina.

—Es Nadya...

Khalil se puso alerta.

—¿Qué pasa con ella?

—No aparece por ningún lado, señor.

—¿Como que no aparece? —preguntó ceñudo Khalil.

—La he buscado por todas partes, pero no está. ¿Cree que ha podido escaparse otra vez?

Khalil negó rotundamente con la cabeza.

—No —respondió.

—Pero ya lo intentó una vez —comentó Kama—. ¿Qué le hace pensar que no haya intentado escaparse de nuevo? —se atrevió a decir.

—Porque ya no tiene ningún motivo para hacerlo, hoy mismo iba a regresar a Londres.

Kama no se esperaba aquella respuesta.

—¿Iba a dejar que se fuera?

—Sí.

—Yo pensé que no la dejaría marchar.

—Este no es su mundo —comentó brevemente Khalil, pues no le apetecía hablar del tema.

—Pero después de saber lo que Nadya siente por usted, creí que...

Las negras cejas de Khalil se curvaron en un gesto de impaciencia.

—¿Qué siente Nadya por mí? —preguntó.

Kama lo miró confusa.

—¿Ella no...? ¿No le ha dicho nada? —titubeó unos segundos.

—¿Qué tiene que decirme?

Kama supo que había metido la pata.

—Pensé que ayer Nadya había hablado con usted —explicó nerviosa—. No he debido decirle nada —añadió arrepentida.

—Kama, ahora es tarde para eso, ¿qué tenía que decirme Nadya? —le apuró Khalil.

—Ella... —No sabía muy bien de qué manera abordarlo—. Ella está enamorada de usted —soltó de golpe.

La cara de Khalil pareció desencajarse. No daba crédito a lo que estaba escuchando.

—¿Estás segura? —le preguntó.

—Sí, señor. La misma Nadya me lo confesó. Está enamorada de usted —repitió Kama—. Pero yo he hecho mal en decírselo, no me tenía que haber ido de la lengua. Lo que pasa es que pensé que ayer, en El Cairo, ella se lo había dicho.

Khalil se acarició la nuca.

—¿Cómo he sido tan idiota? —murmuró.

—¿Usted no está enamorado de ella?

A Khalil le sorprendió la pregunta de Kama. Alzó los ojos para mirarla.

—Yo... —continuaba acariciándose la nuca—... no, no estoy enamorado de ella —respondió mecánicamente, como si fuera algo que hubiera dicho muchas veces.

—Es extraño...

—¿Qué es extraño?

—Que, para no estar enamorado de Nadya, actúa como si lo estuviera.

—Eso son tonterías, Kama —contestó rápidamente Khalil. Sin embargo, las palabras de la concubina le hicieron reflexionar. Pero la realidad más inmediata se impuso—. Hablaremos detenidamente de eso más tarde, ahora lo primero es encontrar a Nadya.

—Yo no tengo ni idea de dónde puede estar —dijo Kama.

—Yo la dejé en la misma puerta de la habitación. Regresamos tarde, lo lógico es que a estas horas todavía siguiera durmiendo.

—La cama ni siquiera está deshecha.

—Esto es demasiado extraño —aseveró Khalil—. Le diré a Salih y al resto de los hombres que la busquen por el patio y los alrededores del palacio. Quizá esté dando un paseo.

—Yo volveré a mirar en el harén —dijo Kama.

CAPÍTULO 82

Khalil dio las órdenes pertinentes a sus hombres, que de inmediato se pusieron a buscar a Nadya.

—¿Ha habido suerte? —preguntó Khalil a Salih después de un rato largo.

Salih negó con la cabeza.

—No, Khalil. Pero juraría sobre las tumbas de nuestros antepasados que alguien ha entrado en el palacio durante la noche —informó a Khalil.

—¿Estás seguro, Salih? —preguntó el Hijo del Desierto con alarma en la voz.

—Sí, Khalil. El cerrojo de la puerta pequeña no está echado del modo en que yo lo hago por costumbre y ninguno de los hombres ha salido o entrado. Me he encargado personalmente de ir preguntándolo uno por uno.

Khalil tiró de su barba con expresión meditabunda. Un brillo de inquietud fulguró en el fondo de sus ojos oscuros.

—Esto no me gusta nada —dijo, manifestando su preocupación en la voz—. No me gusta nada, Salih —repitió.

—¿Qué piensas que ha podido ocurrir?

—No lo sé, pero Nadya ha desaparecido y tú me dices que estás seguro de que alguien ha entrado en el palacio.

—¿Crees que la han secuestrado? —conjeturó Salih.

—¿Qué otra cosa puede haber sucedido? —Khalil alzó los hombros.

—¿Estás pensando en la misma persona que yo? —se adelantó Salih.

Khalil entornó los ojos y miró a su amigo con expresión circunspecta.

—Yassir —masculló, conteniendo un juramento de impotencia y rabia.

Tenía el rostro rojo de ira, las mandíbulas contraídas en un gesto duro y los puños apretados.

—¡Ese hijo de mala perra! —exclamó Salih.

Khalil sintió como si un puño le golpeará en la boca del estómago. La gravedad de la situación se hizo de pronto evidente.

—¡No, no, no! —gritó—. Nadya no puede estar en sus manos. Ella no —dijo desesperado.

Le temblaron las manos. Tenía miedo. Por primera vez en su vida tenía miedo. No por él, temía por ella. Conocía lo suficiente a Yassir para saber que Nadya corría peligro en sus manos.

—Tranquilo, si la tiene él, pensaremos algo para arrebatársela —repuso Salih, tratando de serenar a su amigo.

—Si le ocurre algo a Nadya en manos de ese malnacido no me lo perdonaré nunca.

Salih le pasó la mano por el hombro.

—No le va a pasar nada. La rescataremos antes de que Yassir le haga daño.

Khalil miró a su amigo con gesto severo y grave. Sus ojos reflejaban un dolor que Salih no había visto nunca.

—Salih, si Yassir se atreve a ponerle un solo dedo encima, le mato —aseveró.

Notó que la rabia crecía en su interior como la lava de un volcán.

—Y yo te ayudaré a ello, tenlo por seguro —le apoyó un siempre leal Salih—. Pero Khalil, se nos está pasando algo por alto.

—¿Qué? —preguntó él.

—Que alguien ha tenido que abrir a Yassir o a sus hombres desde dentro. Hay un traidor en palacio.

Salih estaba en lo cierto. Khalil se encontraba tan centrado en Nadya que no había reparado en eso, pero era un tema preocupante.

—¿Quién, Salih? ¿Quién puede haberme traicionado? —lanzó al aire.

—No lo sé —respondió él.

—¿Mahmoud?, ¿Hasani? —propuso Khalil—. ¿Alguno de los otros hombres que trabajan para mí?

Salih hizo una mueca de desaprobación con la boca.

—Me niego a pensar que Mahmoud o Hasani han tenido algo que ver —comenzó—, o incluso cualquiera de tus hombres. Su lealtad hacia ti es incuestionable —dijo con vehemencia—. ¿Qué ganarían sirviendo al perro de Yassir? No es un secreto el modo en que trata a sus hombres. Ni siquiera sabe ser un buen jeque.

—Quizá les ha pagado.

Salih sacudió la cabeza enérgicamente.

—No, Khalil, no se venderían de esa manera tan vil. Pongo la mano en el fuego por ellos, por todos y cada uno de ellos.

—Pero si no han sido ellos, entonces, ¿quién ha sido?

—No lo sé, Khalil.

Khalil tomó una bocanada de aire.

—Nos preocuparemos de ese asunto más tarde. Si alguien me ha traicionado, descubriré quién ha sido y se lo haré pagar. Pero ahora lo que nos importa es encontrar a Nadya. Ella es mi absoluta prioridad en estos momentos.

Salih percibió una nota de angustia en la voz siempre firme de Khalil.

—La encontraremos, no te preocupes.

—No puedo permitir que le pase nada malo. No puedo. — Khalil guardó silencio—. Me siento tan culpable...

—¿Culpable? ¿Por qué? —le preguntó Salih, ceñudo.

—Kama me ha confesado que Nadya está enamorada de mí, y yo he sido tan idiota de no saberlo ver. ¿Cómo he estado tan ciego? —se reprochó—. Y ahora no sé qué me pasa con ella...

—¿A qué te refieres?

—Desde que sé que iba a volver a Londres tengo una sensación extraña...

—¿Estás enamorado de ella? —Salih fue rotundo.

—No —fue la primera respuesta de Khalil. Dejó caer los hombros. Su semblante cambió—. No lo sé —aclaró después—. Al principio creía que lo que quería era tenerla en mi cama; el sexo con Nadya es... distinto, pero de repente no soporto la idea de estar sin ella, y pensar que Yassir puede hacerle daño... —contrajo las mandíbulas con fuerza.

—¿No has pensado que quizá el sexo es distinto con ella porque hay algo más?, ¿porque hay sentimientos? —Salih trató de arrojar luz sobre la confusión de su amigo.

Khalil levantó la vista despacio. Sintió que el corazón le daba un brinco al aceptar de pronto una verdad que se había negado a asimilar.

—Quizá tengas razón, quizá lo que lo hacía especial era que había amor —razonó.

¿Por qué no se había dado cuenta antes? ¿Por qué tenía que estar pasando todo lo que estaba pasando para darse cuenta de que lo que ocurría es que estaba enamorado de Nadya? Estaba abrumado por todo lo que sentía. Quería tener a Nadya a su lado para besarla, abrazarla y protegerla, para que nada malo le pasase; enredar los dedos entre sus mechones de fuego. Crear un mundo juntos.

En esos momentos comprendió el comportamiento de Nadya, incluso comprendió que quisiera alejarse. Él la había

tratado como una más de sus concubinas. Ella, en cambio, estaba enamorada de él. ¡Cuánto tenía que haber sufrido!, pensó.

—Salih, ¿qué voy a hacer ahora?

—Rescatarla y casarte con ella.

—¿No vas a decirme eso de que una occidental no sería bien vista como mi esposa? ¿Que mi pueblo es muy tradicional?

—Te ganarás la aprobación del pueblo cuando la rescates de Yassir —dijo Salih en tono relajado—. Además, Nadya es medio egipcia, ¿no?

Khalil sonrió.

—Es la primera vez que la llamas por su nombre y no como «la occidental» —apuntó.

—Bueno, va a ser tu esposa, y además es una mujer muy valiente. Por ello merece todo mi respeto —afirmó Salih.

—Antes tiene que aceptar casarse conmigo —bromeó Khalil.

—Lo hará.

CAPÍTULO 83

—No puedo perder más tiempo, tengo que ir a por Nadya —dijo Khalil.

—Espera —le detuvo Salih—. No puedes ir solo, Yassir y sus hombres te estarán esperando. Sería un acto suicida e imprudente.

—Me da igual, tengo que...

Khalil intentó hablar, estaba exasperado. En esos momentos no podía dejar de pensar en lo maravilloso que era abrazar a Nadya y en lo mucho que la quería, pero Salih le cortó.

—Tenemos que pensar un plan —dijo en tono sensato—. Si no hacemos bien las cosas, no solo no saldremos victoriosos, sino que la vida de Nadya puede correr peligro.

Khalil resopló. La desesperación estaba nublando su mente.

—No soy capaz de pensar con claridad —admitió.

—Es normal, hay mucho en juego. Por eso no podemos precipitarnos.

—Tienes razón, debemos pensar un plan.

Khalil empezó a dar zancadas de un lado a otro del despacho. Si quería rescatar a Nadya tenía que mantener la cabeza fría, por mucho que le costara. Salih estaba en lo cierto, si se precipitaban y fallaban, Nadya pagaría las consecuencias. Yassir no dudaría un segundo en hacerle daño.

—Podemos rodear el palacete ese que tiene por casa y asediarlo —planteó Salih.

Khalil se paró en mitad del despacho y se giró hacia Salih.

—Tengo una idea mejor —dijo.

Sus ojos oscuros brillaron con un destello inteligente.

—¿Qué estás pensando?

—Vamos a obligarle a salir de su palacete como la rata que es.

—¿Y cómo lo vamos a hacer?

La mirada de Khalil se fijó en Salih.

—Quemándolo.

Salih dibujó una sonrisa maliciosa en los labios.

—Siempre me ha gustado el fuego —bromeó.

—Aprovecharemos la confusión y el alboroto que se formará para entrar en el palacete y buscar a Nadya.

—Reuniré a los hombres y les daré todas las indicaciones necesarias para llevar a cabo tu plan.

—Díselo solo a Mahmoud y a Hasani. A los demás se lo diremos sobre la marcha.

—Como tú ordenes.

—Hay que extremar las precauciones al máximo hasta que sepamos quién es el traidor.

Salih asintió con la cabeza, conforme.

—¿Cuándo quieres que lo hagamos?

—Ya —contestó rotundo Khalil.

—Pues no perdamos más tiempo.

—Pongámonos en marcha.

Cruzaban el vestíbulo trasero del palacio cuando Mahmoud entró en él con un semblante grave.

—Señor, ha llegado esto —dijo.

Alargó el musculoso brazo y ofreció a Khalil un sobre.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó Khalil, al tiempo que lo cogía.

Mahmoud intercambió una mirada con Salih, que se encontraba de pie al lado de Khalil.

—Uno de los hombres de Yassir —contestó con reservas.

Khalil se apresuró a romper el sobre y a sacar la nota que había en su interior.

—¿Qué te dice ese maldito perro? —dijo Salih, impaciente.

Khalil murmuró una maldición.

—Tiene a Nadya —gruñó con frustración—. Quiere que hagamos un intercambio.

—¿Un intercambio? —repitió Salih, ceñudo—. ¿Qué clase de intercambio?

—Quiere a Hanan a cambio de Nadya —dijo Khalil.

—¡Hijo de mala perra! —exclamó Salih.

Khalil estrujó con fuerza la nota, hasta convertirla en una bola de papel.

—Yassir no tiene escrúpulos —comentó Mahmoud, dejando entrever su malestar.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Salih a Khalil.

—No voy a dejar que Hanan vuelva con él. Eso nunca. — La voz de Khalil era tan seria que sobrecogía.

—Sé que no permitirás que Hanan vuelva con él, pero ¿le vas a decir que no habrá intercambio?

Khalil miró al frente, pensativo. La integridad física de Nadya peligraba más que nunca. Si decía a Yassir que no aceptaba el trato que le había propuesto, lo pagaría con ella. Y conocía sobradamente sus métodos. La idea de que le pusiera un dedo encima lo llenaba de ira. Había visto el modo lujurioso con que la miraba el día que Nadya huyó del harén y tuvo la mala suerte de encontrárselo en el desierto. Pensar en ello hacía que la sangre le hirviera en las venas.

De pronto el miedo trepó por su cuerpo como una enredadera de tentáculos letales. No podía pasarle nada a Nadya, no podía pasarle nada a la mujer que amaba. No ahora que no podía imaginarse un futuro sin ella.

Tenía que mantener la cabeza fría, se repetía una y otra vez como un pesado mantra, pero lo único que veía en bucle era el rostro desconsolado de Nadya antes de internarse en la habitación cuando volvieron de El Cairo. Había sido un cabrón, un egoísta. Él solo quería sexo; satisfacer sus instintos primarios mientras que ella se estaba jugando el corazón.

—Seguiremos con el plan inicial —dijo. Miró a Salih con ojos resolutivos—. Preparadlo todo. En cuanto lo tengáis listo, nos vamos.

CAPÍTULO 84

Berenice apretó los puños hasta que las uñas perfectamente pintadas se le clavaron en la carne.

—Ese no fue el trato que hicimos —masculló para sí detrás de la esquina tras la que se hallaba oculta al final de la escalinata del vestíbulo, cuando oyó a Khalil decir lo que Yassir le había escrito en la nota.

Ella no le había puesto a la occidental en bandeja de plata para que la intercambiara con Hanan. Ese no era el trato. No lo era. De ninguna manera quería que esa ramera regresara al harén. Lo que deseaba es que desapareciera para siempre de la vida de Khalil.

—Maldito seas, Yassir —dijo entre dientes al saberse traicionada por él.

Mientras observaba a los hombres discutir unos metros más abajo se pasó la mano por la frente, visiblemente nerviosa. Se había metido en un lío para nada. Le daba miedo imaginarse lo que haría Khalil si se enteraba de que había sido ella la que había dejado entrar a los hombres de Yassir en el palacio para que se llevaran a Nadya.

Se giró sobre sus talones, resopló y enfiló los pasos hacia el harén.

Khalil entró en el harén con pasos seguros y determinantes. Kama salió a su encuentro.

—Señor, ¿ha aparecido Nadya? —se apresuró a preguntar.

Khalil apretó los labios.

—No, está en manos de Yassir —dijo.

—¿Qué?! —Kama gritó. Se llevó las manos a la boca—. ¿Por qué...? ¿Por qué está con él? —No comprendía qué estaba sucediendo.

—Porque alguien me ha traicionado —respondió Khalil en tono cauteloso.

—¿Qué está diciendo, señor? —Fue Bastet la que habló, que en esos momentos regresaba de la cocina.

Khalil alzó los ojos hacia ella.

—Alguien ayudó a los hombres de Yassir a entrar anoche en el palacio y a secuestrar a Nadya —explicó.

Bastet y Kama no daban crédito a lo que decía Khalil. ¿Quién había osado traicionar al jeque?

—Pero eso no es posible. Nadie se atrevería a traicionarle —dijo Bastet.

—Pues hay una persona que sí lo ha hecho. —Khalil miró a su alrededor para asegurarse de que no los escuchaba nadie—. Hasta que averigüe quién es esa persona, necesito que protejáis a Hanan —pidió a las dos mujeres—. Yassir la ha reclamado a cambio de Nadya.

El rostro de Kama se desencajó. Notó que las piernas le flaqueaban y se agarró al respaldo de un banco antes de caerse. ¿Cómo podía ser Yassir un hombre tan vil?

—Alá, protégela... —susurró en tono preocupado.

—Ese hombre es una sabandija —masculló Bastet.

Kama se recompuso.

—¿Y qué va a hacer? —preguntó a Khalil.

—Traer a Nadya de vuelta —afirmó él.

—Tenga cuidado, señor —dijo Bastet con voz maternal.

Khalil sonrió débilmente. Bastet siempre se había comportado con él como una madre, aconsejándole y protegiéndole.

—Lo tendré —dijo, agradecido por su preocupación.

El palacete de Yassir era una construcción tosca y achaparrada, tan viejo como el antiguo Egipto, que había conocido tiempos mejores siglos atrás. La acción de los años lo había desgastado, convirtiéndolo en un edificio marchito y rodeado de un halo de decadencia, fiel reflejo del propio Yassir.

—No será difícil acceder a él, solo son unas cuantas ruinas —dijo Salih con desdén, en lo alto de la colina desde la cual Khalil, él y otros hombres lo observaban.

—Prended fuego a la parte de atrás del palacete —comenzó a hablar Khalil a lomos de su purasangre Sombra—. La confusión y el tiempo que van a utilizar en extinguir el fuego me dará ventaja para entrar por delante y buscar a Nadya.

—Señor, ¿quiere que lo acompañe? —se ofreció Hasani.

—No, prefiero que vigiléis cualquier movimiento de los hombres de Yassir y que no dejéis que se le acerquen —indicó. Entornó los ojos—. De él me ocupo yo —añadió.

—Como quiera —acató Hasani, servicial.

Khalil pasó la mirada por los hombres que lo acompañaban en esos momentos. Sus rostros se mostraban expectantes, dispuestos a entrar en batalla si fuera necesario. Se preguntó si alguno de ellos era el que lo había traicionado. Algo le hizo desechar ese pensamiento de inmediato. Cada uno de aquellos hombres daría la vida por su jeque, por él.

—Ayudad a todo el personal del servicio para que salga ileso. No quiero que paguen justos por pecadores —ordenó.

—Por supuesto —se adelantó a decir Salih.

Los labios de Mahmoud blandieron una sonrisilla sagaz.

—Yassir no debería haber desafiado al Hijo del Desierto —aseveró.

—No, no debería haberlo hecho —dijo el propio Khalil, sin apartar la mirada del palacete.

Rescataría a Nadya y le haría pagar al perro de Yassir todo lo que había hecho.

—Haced lo que he indicado —dijo.

Tanto Salih como el resto de los hombres hicieron una rápida reverencia con la cabeza, y descendieron por la colina a galope.

Khalil los observó alejarse mientras esperaba pacientemente que llegara su momento. Cerró los ojos, con la espalda enderezada sobre el caballo, y dejó que la fuerza del desierto, la misma que le había salvado cuando era un niño y que le había proporcionado su apodo, iluminara sus acciones para que pudiera rescatar a Nadya de las manos de Yassir.

La imagen de Nadya apareció en su mente con una nitidez sorprendente. Se estremeció de los pies a la cabeza. La amaba. La amaba como nunca había amado a una mujer, y ella le amaba a él. Sintió que el corazón se le hinchaba de orgullo.

Abrió los ojos de golpe.

Había llegado la hora.

Se colocó el velo sobre la boca con gesto decidido mientras entornaba los ojos, espoleó los costados de Sombra y bajó por la colina en busca de Nadya. Nada ni nadie impediría que llevara a cabo su cometido.

CAPÍTULO 85

Nadya se acercó a la puerta y apoyó la oreja en la madera para ver si podía escuchar algo. El silencio la iba a volver loca. Hacía horas que estaba metida en aquella habitación. El tiempo se volvía eterno, encerrada entre cuatro paredes. De pronto oyó unos pasos que se aproximaban. El corazón se le aceleró. ¿Sería Yassir?

Se enderezó rápidamente y se apartó de la puerta cuando alguien introdujo una llave en la cerradura. Su vaticinio cristalizó cuando la figura oronda y sudorosa de Yassir entró en la habitación.

Nadya tragó saliva ruidosamente cuando Yassir cerró la puerta con llave y se guardó esta en el bolsillo del caftán con un gesto de suficiencia. Estaba encerrada con él.

—Es hora de pagar —dijo Yassir, mirando a Nadya como si fuera un trozo de carne.

—¿De pagar qué? —preguntó ella.

—De pagar lo que la perra de tu madre me dejó a deber —susurró Yassir con voz lujuriosa. Se pasó la lengua violácea por el labio inferior, relamiéndose.

Nadya se estremeció, y aunque el miedo la atenazaba como una bestia, se obligó a plantar cara a Yassir. No iba a consentir que manchara la memoria de su madre.

—Mi madre pagó con su vida, ¿no es suficiente? —dijo.

—No, no es suficiente, si tengo la oportunidad de que también me pague su hija. —La mirada de Yassir se intensificó.

Nadya retrocedió unos pasos de forma instintiva.

—¡Miserable! —gritó a Yassir—. Eres un hombre despreciable. Jamás te permitiré...

Con una sonrisa feroz en los labios, Yassir se abalanzó sobre ella como un tigre sobre un indefenso conejo. Nadya cayó estrepitosamente sobre la cama. El viejo jeque aprovechó el momento para colocarse encima de ella.

—¡Vas a ser mía! —dijo con lascivia.

—¡Nunca! —exclamó Nadya. Apenas podía respirar. El peso de Yassir la estaba aplastando.

Él aferró sus muñecas y le sujetó las manos con fuerza por encima de la cabeza. Rio con extrema crueldad mientras fijaba su mirada obscena en los ojos azules de Nadya, a quien le repugnaron sus dientes podridos.

—¿Crees que vas a escapar de mí? —carcajeó Yassir con acidez en la voz, soltando su aliento fétido sobre Nadya—. Aquí no está el Hijo del Desierto para salvarte.

Nadya ahogó una náusea.

—¡Suéltame, hijo de puta! —gritó, agitando el cuerpo para intentar zafarse de Yassir.

Yassir continuaba riéndose ante la frustración de Nadya por no poder liberarse de él. Así es como quería haber tenido a Salem años atrás, pero la hija era una buena suplente, pensó. Era tan hermosa como ella y su aroma a flores era afrodisíaco.

—Tal vez te guste lo que te voy a hacer —se burló con saña.

La risa maquiavélica de Yassir se le metió a Nadya en el fondo de los nervios.

Yassir llevó una de sus gordas y sudorosas manos a su rostro y le apartó unos cuantos mechones que le tapaban las mejillas. Deseaba ver la expresión de su cara cuando la penetrase hasta el fondo de un solo embate.

—Tienes un cuerpo tan apetitoso como el que tenía tu madre —masculló.

Nadya giró la cabeza a la derecha y a la izquierda para evitar el contacto.

—¡No me toques! ¡Eres un asqueroso! ¡Un cerdo!

—Un cerdo que te va a enseñar como folla un hombre de verdad.

La mano con la que le había apartado el pelo del rostro ahora se afanaba por bajarse los pantalones. La angustia creció dentro del pecho de Nadya, helando su corazón. Yassir iba a salirse con la suya. No le había parecido suficiente venganza asesinar a sus padres que iba a violarla a ella. No era justo. No lo era. Las lágrimas asomaban a sus ojos, pero los cerró para contenerlas. No iba a rendirse tan fácilmente. Con rabia se retorció bajo el cuerpo gelatinoso de Yassir.

—¡Suéltame! —gritó de nuevo.

Yassir le subió la falda del vestido. Sus dedos tocaban el muslo de Nadya cuando alguien golpeó la puerta con fuerza.

—¡Señor! ¡Señor! —La voz alarmada de Sebak llamó a Yassir.

—¡Vete o te corto la lengua! —bramó él, enfurecido por la interrupción.

—¡Señor, abra por favor! —insistió Sebak.

Yassir chasqueó la lengua y gruñó entre dientes como un perro al que le arrebatan un hueso. De mala gana se metió el miembro enhiesto en el pantalón y se levantó.

—¡Señor! —repitió insistentemente Sebak.

Yassir fue hacia la puerta mientras extraía la llave del bolsillo del caftán, la introdujo en la cerradura y la abrió de golpe, dejando entrever sus malas pulgas.

—¡Te mataré a latigazos como lo que tengas que decirme no sea importante! —gritó a Sebak.

—El palacete está ardiendo —dijo él.

CAPÍTULO 86

Los ojos de Yassir adquirieron una expresión de perplejidad.

—¿Qué?!

—Tiene que salir de aquí, señor, las llamas lo están devorando todo —dijo Sebak con impaciencia.

Nadya se incorporó en la cama, se bajó la falda del vestido y se rodeó el torso con los brazos. A sus oídos llegó el creciente rumor del alboroto y la confusión que estaban generando el incendio. ¿Qué ocurría?, se preguntó. Aguzó el oído e intentó escuchar lo que hablaban Yassir y Sebak, pero no alcanzó a oír nada, aunque percibió una inquietud en el tono de la conversación que la preocupó. ¿Se trataría de algo relacionado con Khalil?

—Por favor, no —musitó para sí. La angustia hizo un nudo en su garganta.

Abrió los ojos de par en par al ver a Yassir dirigirse hacia ella mostrando una expresión severa.

—Vamos —le ordenó.

Los dedos de Yassir se cerraron alrededor del brazo de Nadya como un grillete y, sin miramientos, tiró de ella. Lo hizo con tanta fuerza que Nadya se tambaleó y a punto estuvo de caerse.

—¿Dónde vamos? —preguntó mientras intentaba seguir el paso de Yassir, que cruzaba la habitación a zancadas.

—No te importa —contestó Yassir.

—Claro que me importa. —Nadya protestó.

Sin dejar de caminar, Yassir se giró hacia ella. Sus ojos estaban inyectados de una ira tan intensa que Nadya sintió miedo.

—¿Quieres que te corte la lengua? —la amenazó, fulminándola con la mirada.

Salieron de la habitación y enfilaron los pasos por el largo pasillo. El olor del humo inundaba el aire con su aroma acre. A medida que avanzaban, una espesa nube de humo salió a su paso. Yassir se cubrió la boca con la mano que tenía libre y Nadya tuvo un acceso de tos.

—¡Nadya! ¡Nadya! —El corazón de Nadya dio un vuelco al escuchar la voz de Khalil en la distancia.

—¡Khalil, aquí! ¡Aquí! —gritó ella para que la oyera.

Yassir se detuvo en mitad del pasillo y la apretó el brazo con fuerza. Nadya creyó que le rompería el hueso.

—¡Cállate, maldita perra! —siseó el viejo jeque entre dientes, pegado a su mejilla—, o te cortaré el cuello aquí mismo —agregó en un tono espeluznante.

Nadya se sintió invadida por el pánico. Sus ojos parecían pozos de hielo negro. Sin permitir que dijera nada, Yassir tiró de ella nuevamente, arrastrándola por el pasillo. Nadya iba con la cabeza vuelta hacia atrás, mirando en la dirección de donde provenía la voz de Khalil. Un hilo de esperanza creció en su pecho cuando su atlética figura apareció de repente entre los velos grises que formaba el humo. Desoyendo cualquier brizna de sentido común y la amenaza de Yassir, gritó su nombre.

—¡Khalil, estoy aquí! ¡Ayúdame, por favor!

—Tranquila, Nadya —dijo él—. Todo va a ir bien, te lo prometo.

Y aunque su voz sonaba segura y más cerca, su silueta desapareció en el humo cada vez más denso.

—¡Khalil! —dijo Nadya, desesperada.

Pero aquella fue la última vez que pronunció su nombre.

—¿Nadya? ¿Nadya? —Khalil la llamó insistentemente, pero ya no obtuvo ninguna respuesta. Lo que lo alarmó. ¿Le habría hecho algo Yassir? El pensamiento hizo que apretara los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—¡Yassir, si le haces daño, juro que te mataré! —gritó a pleno pulmón para que Yassir lo oyera.

Entornó los ojos y aguzó la vista tratando de ver a través de la nube de humo que lo envolvía mientras seguía corriendo a tientas por el pasillo. Logró ver como Yassir doblaba una esquina llevando con él a Nadya y lo siguió hasta el patio trasero del palacete.

Cuando emergió a la luz del día, se encontró a Yassir en medio de un patio de arena que poseía una fuente de piedra agrietada y muy deteriorada por la que no corría ni una gota de agua. Un brazo rodeaba el cuerpo menudo de Nadya, sujetándola contra él con fuerza. Un hilo de sangre se deslizaba por la comisura del labio inferior, fruto del bofetón que le había propinado en el pasillo para hacer que se callara.

Nadya había estado a punto de llorar cuando la había golpeado. La cara le ardía intensamente, como si una lengua de fuego le recorriera la piel, pero apretó los dientes y se tragó las lágrimas.

Por su madre.

Por su padre.

Por Khalil.

—No des un paso más o la degüello —dijo de repente Yassir, apuntando con una daga al cuello de Nadya, que se mostraba ligeramente aturdida por el golpe que había recibido.

Un fuerte escalofrío trepó por la médula espinal de Khalil cuando reparó en el brillo amenazador de la afilada hoja. Contrajo las mandíbulas. Iba a matar a Yassir con sus propias manos.

—No te atrevas a hacerle daño —le advirtió a Yassir.

—¿Dónde está Hanan? —preguntó Yassir, ignorando su advertencia.

Nadya frunció el ceño al escuchar la pregunta de Yassir. ¿Hanan? ¿Qué pintaba Hanan en todo eso?

—En mi palacio —respondió Khalil.

—Sabes cuál es el trato: Nadya por Hanan —dijo Yassir.

«¡¿Qué?!», exclamó Nadya para sí.

¿Qué estaba diciendo Yassir? ¿Iba a utilizarla como moneda de cambio? Por eso la había secuestrado: quería violarla para concluir la venganza contra su madre y después intercambiarla por Hanan. Ahogó en la garganta un gemido de angustia.

«¡Maldito!».

—No lo hagas, Khalil. No intercambies a Hanan por mí —dijo en voz alta.

Khalil la admiró por aquel gesto. Nadya era valiente y generosa. ¿Cómo había estado tan ciego? Su amor por ella creció, si eso era posible.

—¿Es que el bofetón que te he dado no ha sido suficiente para hacerte callar? —le dijo Yassir a Nadya, zarandeándola—. ¿Crees que tu valentía y tu sacrificio van a servir para algo? —se mofó con sorna—. Eres muy ingenua.

—¡No la toques, maldito perro! —gritó Khalil, exasperado al comprobar el peligro que corría Nadya.

Un movimiento en lo alto de un muro situado detrás de Yassir llamó su atención. Era Salih. Podría haber atacado al jeque desde esa posición, pero los hombres de honor no atacaban por la espalda; siempre lo hacían de frente; cara a cara. Y tanto Khalil como sus hombres tenían un profundo sentido de la justicia y del honor.

Khalil viró los ojos y miró a Salih a propósito. Sabía cuál era el plan: distraer a Yassir, que giró la cabeza, siguiendo el movimiento de la mirada de Khalil. En ese instante, él se

agachó a la velocidad del rayo y sacó la *gumia* que tenía oculta en su bota de cuero. Con una precisión de relojero la lanzó contra Yassir.

CAPÍTULO 87

La daga impactó en su hombro, tal y como Khalil quería. Yassir gruñó cuando un dolor punzante le bajó por el brazo como un calambre. Aprovechando el momento, Nadya le dio un codazo en el estómago con las fuerzas que le quedaban. Yassir se dobló sobre sí mismo y la soltó, dejándola libre para que corriera hacia Khalil.

—¡Mala perra! —siseó con frustración mientras la veía alejarse.

—Khalil... —dijo Nadya al alcanzarlo.

Él le pasó el brazo por la cintura en un gesto protector. Nadya tenía el rostro demacrado y sus ojos, ausentes de brillo, acusaban la tensión y el cansancio de las últimas horas.

—No pasa nada, mi niña bella, estás a salvo —dijo en un susurro—. No voy a permitir que te ocurra nada. Conmigo siempre estarás a salvo.

Nadya suspiró, mirándolo. Vio su figura reflejada en sus ojos negros.

—Has venido... —dijo con voz trémula. La entonación llevaba implícito un anhelo.

—Moriría antes de permitir que Yassir te hiciera daño —dijo Khalil, limpiándole cariñosamente con el pulgar el rastro que la sangre reseca había dejado en la comisura del labio—. Te protegeré con mi vida si es necesario.

A Nadya le dio un vuelco el corazón. Percibió algo distinto en Khalil, en sus ojos siempre herméticos, y su rostro lo reflejó, como se encargaba de reflejar todas y cada una de sus emociones.

—Señor... —Mahmoud apareció detrás de ellos.

—Tenemos que hablar de muchas cosas —se apresuró a decir Khalil, que había notado a su vez ese cambio en la expresión de Nadya—. Ahora tienes que irte con Mahmoud, él te sacará de aquí.

Nadya asintió, conforme.

Khalil alargó su mano y, con ternura, le acarició la pálida mejilla. Deseaba estrecharla en sus brazos, hacerla sentir segura. Consolarla por todo lo que le había hecho él y por todo lo que le había hecho el perro de Yassir, pero no había tiempo.

—Llévala a un lugar seguro —ordenó a Mahmoud con firmeza.

Antes de que Nadya se fuera con Mahmoud, se tomó unos segundos para darle un beso en la frente. Su niña bella estaba por fin a salvo. No dejaría que Yassir ni ninguno de sus hombres le hiciera daño.

—Por favor, ten cuidado —le pidió Nadya a Khalil en un tono que rayaba la súplica.

—No me pasará nada. Vete tranquila, Nadya —dijo él.

Ella se fue con Mahmoud y Khalil volvió la vista al frente. Yassir había desaparecido, había huido como el perro cobarde que era. Sin embargo, Salih, que permanecía de pie en el muro, le había seguido la pista.

—Khalil, por allí —le indicó con el índice.

Khalil inclinó la cabeza, agradecido por el dato que le había facilitado su amigo, y echó a correr en la dirección que le señalaba. Cuando pasó por el lugar donde había herido a Yassir, recogió su *gumia*. Al parecer, el jeque se la había extraído del hombro y la había tirado al suelo junto a un reguero de sangre.

Salih volvió a hablar:

—Yo y el resto de los hombres nos encargaremos de los secuaces de Yassir.

—Bien, yo me ocuparé personalmente de Yassir —aseveró Khalil, introduciendo la *gumia* en su bota.

Levantó la barbilla y continuó su camino.

Persiguió al viejo jeque a lo largo del patio, hasta la zona de los establos, contigua al palacete.

—¡Enfréntate a mí! ¡Vamos, Yassir! —lo incitó a gritos—. ¡Enfréntate a mí!

Yassir vio de reojo que Khalil se aproximaba a él con rostro enfurecido y una determinación abrumadora, pero era demasiado cobarde para enfrentarse a él. Pese a que las llamas habían comenzado a devorar el tejado de madera del establo, huyó hacia él.

Acorralado, y con el fuego a unos pocos metros, se giró de golpe y se lanzó hacia Khalil. Alzó la daga con la intención de clavársela en el pecho, pero Khalil la esquivó sin esfuerzo. Yassir estuvo a punto de perder el equilibrio y caer, pero finalmente se enderezó. Se dio media vuelta, jadeando, y volvió a atacar a Khalil. Él le sujetó por el brazo que tenía herido y, dándole la vuelta, lo empujó. Yassir cayó en el suelo como un saco. Soltó un alarido cuando su cuerpo orondo chocó con la arena.

—Eres un cobarde —le dijo Khalil.

Yassir alzó los ojos y lo miró con sumo desprecio. Khalil podía haberlo atacado en el suelo, pero dejó que se levantara. Yassir se puso de pie trabajosamente, con la mano sobre la herida del hombro: aún sangraba y le dolía horrores. El pecho le subía y bajaba por la respiración entrecortada. Su cuerpo voluminoso y pesado no estaba hecho para luchar, pensó Khalil.

—Sí, no soy como tú —masculló Yassir—. El Hijo del Desierto es valiente, justo y generoso —comenzó con una mezcla de burla y envidia que se hacía patente en su voz—,

pero no sabe mantener la lealtad de sus concubinas —agregó mordaz.

Khalil arrugó el entrecejo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Yassir carcajeó al percibir su desconcierto.

—Una de tus concubinas te ha traicionado, te ha vendido a tu peor enemigo: a mí —respondió, disfrutando del momento.

Khalil dio un paso hacia adelante mostrando una expresión contrita.

—¿Quién me ha traicionado? —exigió saber.

CAPÍTULO 88

—Eso tendrás que descubrirlo tú, pero te aconsejo que busques entre las enemigas de tu amada Nadya —dijo Yassir, regodeándose con cada una de las palabras que salían de su boca, consciente de que desestabilizaría a Khalil.

Y sin casi terminar la frase y aprovechando su confusión, corrió hacia el Hijo del Desierto lanzando un grito de furia. Khalil se echó a un lado, pero no con suficiente presteza. La hoja de la daga lo alcanzó en el brazo, causándole un corte. La sangre comenzó a empapar escandalosamente la tela del caftán. Khalil sintió como una lengua de fuego le recorría el brazo, pero no le importaba. Solo quería saber quién le había traicionado; quién había puesto en peligro la vida de Nadya.

Reaccionó cuando Yassir lo atacó de nuevo. Se giró sobre sí mismo, dando una espectacular vuelta, y le pegó una patada en el brazo, desarmándole. Yassir lanzó un grito de dolor. La daga cayó a los pies de Khalil. Se inclinó y con un movimiento rápido la recogió.

Yassir lo miró horrorizado. No tenía con qué atacar. Soltó al aire un gruñido, impotente. Se irguió y dio media vuelta, dispuesto a escapar. Había avanzado unos metros hacia el establo cuando una viga en llamas cayó sobre él.

El alarido que surgió de la garganta de Yassir llenó de horror el patio. Khalil no se lo pensó dos veces cuando echó a correr para sacarlo de allí.

Nadya se frotó los brazos compulsivamente mientras daba vueltas de un lado a otro. Apenas podía contener los nervios.

—Mahmoud, ¿le habrá pasado algo a Khalil? —preguntó angustiada—. Tarda mucho.

Mahmoud, que afilaba la hoja de su cimitarra sentado en el suelo, al cobijo de la sombra de unas rocas, alzó la vista hacia ella.

—El señor está bien. Es un buen guerrero, sabe defenderse —afirmó, confiado en lo que decía.

Nadya se paró.

—No lo dudo, pero Yassir es traicionero y no tiene escrúpulos —dijo.

—No se preocupe, señorita, el señor volverá bien.

Nadya hizo una mueca con la boca.

—Eso espero —murmuró con un suspiro.

Pero las palabras de Mahmoud no conseguían tranquilizarla. No dudaba de que Khalil se pudiera defender, de hecho, estaba segura de ello, pero había conocido lo suficiente a Yassir como para saber que no era un hombre de fiar, ni siquiera en el campo de batalla. Carecía de valores, de códigos y principios, y no poseía ninguna integridad como persona. No tenía límites.

—Quizá alguno os teníais que haber quedado con él —sugirió.

—No ha querido. Khalil deseaba ocuparse de Yassir solo. Estar con él frente a frente, que ninguno de sus hombres ni de los de Yassir interviniera.

—Es muy valiente —dijo Nadya con evidente admiración.

—Usted también lo es —apuntó Mahmoud.

—¿Yo? —Nadya parecía sorprendida por la afirmación de Mahmoud.

—Oí cuando dijo a Khalil que no cediera al miserable chantaje de Yassir, que no la intercambiara por Hanan —explicó él.

—Imaginar a Hanan en manos de ese hombre me aterrorizaba —dijo Nadya, al tiempo que sentía un escalofrío.

Mahmoud bajó la cabeza y retomó la tarea. Con método continuó afilando la cimitarra con la piedra que sostenía en la mano.

—Al señor le aterrorizaba que usted estuviera en sus manos —repuso—. Estaba desesperado. Nunca lo he visto así, y llevo muchos años a su servicio. Jamás hubiera permitido que Hanan volviera con Yassir; esa niña lo pasó muy mal con él...

—Lo sé —intervino Nadya.

—Pero tampoco hubiera permitido que usted se quedara con él —concluyó Mahmoud—. Jamás. Hubiera prendido fuego a todo Egipto, de ser necesario, para rescatarla.

Nadya se sintió extrañamente orgullosa. Khalil estaba dispuesto a luchar por ella.

Una nueva viga se desprendió del techo del establo y se desplomó justo delante de Khalil, impidiéndole el paso. Una densa nube de humo y astillas incandescentes flotó a su alrededor amenazadoramente, haciendo que retrocediera unos cuantos pasos.

Con una mezcla de impotencia y horror en la mirada contempló como el cuerpo de Yassir, envuelto completamente en llamas, trataba en vano de escapar. Pero dadas las circunstancias era imposible. El establo se había convertido en un inmenso infierno; una cárcel en la que el fuego arrasaba con todo a su paso. Vio como el cuerpo inerte de Yassir caía al suelo ya sin vida, y como una cortina de feroces llamas lo devoraba igual que si fuera un monstruo con voluntad propia.

Khalil negó para sí con la cabeza. Finalmente había sido el fuego el que había acabado con el perro de Yassir. Él mismo había elegido su destino; se había dirigido a su propia muerte

como un kamikaze cobarde, en vez de enfrentarse a Khalil como un hombre.

En silencio, Khalil se dio media vuelta y se alejó del lugar. Su atlética silueta, cincelada por el sol del desierto, se recortaba contra el tapiz anaranjado que formaban las llamas a su espalda. El fuego se encargaría de convertir el palacete de Yassir en un puñado de cenizas. No quedaría nada de él ni de su imperio de terror. Todo había acabado.

CAPÍTULO 89

Nadya soltó un suspiro. Empezaba a desesperarse. Se giró y miró a Mahmoud.

—¿Dónde estará Khalil? —preguntó.

—Aquí. —La voz profunda y masculina de Khalil sonó detrás de ella.

Nadya se dio la vuelta rápidamente. Cuando lo vio de pie a solo unos metros, salió corriendo hacia él. Khalil la recibió con los brazos abiertos y con una mirada de amor en los ojos.

—Qué miedo he pasado —confesó Nadya con las lágrimas a punto de derramarse, al tiempo que Khalil la estrechaba en sus brazos—. Qué miedo. —Hundió el rostro en su duro pecho y se rindió al llanto.

—Todo ha acabado, bella —dijo Khalil, acariciándole el pelo cariñosamente.

Nadya seguía llorando y Khalil dejó que se calmara entre sus brazos. Transcurrido un rato, Nadya se separó. Con la alegría de verlo a salvo, no había reparado en la herida de su brazo.

—Khalil, estás sangrando... —dijo, al tiempo que se enjugaba las lágrimas.

La preocupación se dibujó en su rostro, que se tensó.

—Es solo un arañazo —repuso Khalil con calma, para quitarle importancia.

—Si solo fuera un arañazo, no estaría sangrando tanto —objetó Nadya—. Hay que curarte la herida, se te puede infectar y, además, te tiene que doler mucho —dijo con ternura, hablando con voz atropellada.

Khalil esbozó una sonrisa condescendiente.

—Tranquila, estoy bien —dijo.

—¿De verdad? —insistió Nadya con inocencia.

—De verdad. —Khalil le apartó un mechón de pelo de la mejilla con delicadeza y se lo puso detrás de la oreja—. ¿Cómo estás tú? —Su mirada se posó en ella, con expresión al mismo tiempo amorosa y preocupada, deslizando delicadamente la yema del pulgar por la herida del labio.

—Estoy bien —respondió Nadya.

Cerró los ojos, deleitándose con la caricia de Khalil. Su mano era como la seda.

Mahmoud carraspeó deliberadamente para indicar su presencia. Khalil alzó la vista hacia él.

—Me alegro de verlo, señor —lo saludó Mahmoud con una reverencia que hizo con la cabeza y complicidad en la voz.

—Y yo de verte a ti —dijo Khalil, sonriendo—. Gracias por cuidar de Nadya.

Mahmoud asintió.

—¿Qué ha pasado con Yassir? —preguntó Nadya.

—Ha muerto en el incendio.

Nadya no pudo evitar respirar con alivio.

—¡Por fin ese perro cobarde está en el infierno! —exclamó Mahmoud sin esconder su desprecio.

—¿Sabes algo de Salih? —le preguntó Khalil.

No había terminado de hacer la pregunta cuando el trueno de caballos llenó el aire. Levantaron la mirada. Una nube de polvo emergió en la línea del horizonte. Varios hombres a la grupa de sus sementales árabes se acercaban al galope. Eran Salih y el resto. Tras ellos, una espiral de humo grisáceo se alzaba hacia el cielo.

—¿Qué ha pasado con los secuaces de Yassir? —preguntó Khalil a Salih cuando los alcanzaron.

—Están fuera de combate —respondió Salih con gesto de satisfacción. El resto de los hombres esperaban detrás de él—. ¿Y Yassir? —preguntó a su vez a Khalil.

—Murió en el incendio que se propagó por el establo. Se le cayó una viga ardiendo encima.

Una ráfaga de murmullos solazados viajó por el grupo.

—Es la mejor noticia que podías darme —afirmó Salih con una sonrisa enorme en el rostro—. Como dice el refrán: muerto el perro se acabó la rabia. Y ese perro malnacido de Yassir no volverá a desplegar su rabia por estas tierras.

—Tenemos que volver al palacio, me tengo que ocupar de un asunto allí —dijo Khalil.

—¿De qué asunto? —preguntó Salih con curiosidad.

—Del traidor —aseveró Khalil.

—¿Sabes quién es?

Khalil se montó en Sombra con un movimiento tan ágil como elegante.

—Sí —contestó muy serio.

Alargó el brazo y ofreció la mano a Nadya para ayudarla a subir al animal. Ella la cogió sin titubear. Khalil la levantó cuando se impulsó y la sentó delante de él. A Nadya se le puso la carne de gallina cuando Khalil pasó el brazo por su cintura y la mano sobre su abdomen, sujetándola de una forma posesiva, como si quisiera dejar claro que ella le pertenecía.

Y era cierto.

Le pertenecía. Su corazón era suyo, y lo sería siempre, aunque él no sintiera lo mismo.

Nadya se estremeció al sentir el pecho duro y cálido de Khalil contra su espalda. Él espoleó al caballo con los tacones y salió a galope hacia el palacio. Salih y el resto de los hombres lo siguió.

CAPÍTULO 90

El rostro de Bastet se iluminó al ver entrar a Khalil en el patio, majestuoso a lomos de su semental negro.

—Amor, salud y prosperidad le sean dadas, señor —lo saludó, haciendo una breve reverencia.

—Gracias —dijo él.

Khalil se apeó de Sombra en mitad del patio y, asiendo a Nadya por la cintura, la ayudó a bajar. Bastet miró a Nadya con expresión cálida.

—Bienvenida de nuevo —dijo.

—Gracias, Bastet —respondió ella.

La mujer se acercó a Nadya y la abrazó.

—No sabes cómo nos alegramos de que estés bien. Hemos pasado mucho miedo por ti —repuso en tono maternal.

—Me lo imagino, pero estoy bien —la tranquilizó Nadya.

—¡Nadya! —chilló Kama con entusiasmo.

Corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos con fuerza, como si acabara de reencontrarse con una hermana a la que no viera desde hacía mucho tiempo.

—¿Estás bien? ¿Yassir te ha hecho algo? —preguntó angustiada.

Nadya sonrió.

—Estoy bien —volvió a decir.

—Pero Yassir te ha hecho daño —observó Kama, al ver la herida que Nadya tenía en el labio.

—No es nada —dijo ella.

Kama la miró durante unos segundos y comprobó que sus ojos poseían un brillo especial.

—Me alegro mucho de verte —dijo, abrazándola otra vez.

—¿Dónde está Berenice? —preguntó Khalil.

Nadya y Kama deshicieron el abrazo.

—Creo que está en su habitación —contestó Bastet.

—Ve a buscarla y tráela —ordenó Khalil.

Su tono de voz era autoritario y grave. Nadya y Kama intercambiaron una mirada de confusión.

—¿Ocurre algo? —preguntó Bastet, sospechando que las cosas iban mal.

—Ve a buscarla —fue la respuesta de Khalil.

—Enseguida —dijo la mujer, servicial.

Se levantó las largas faldas de la túnica gris para caminar con más ligereza, dio media vuelta y se internó en las estancias del harén con semblante serio.

Unos minutos después Berenice apareció en el patio junto con Bastet. Intentaba ocultar sus nervios tras una sonrisa amable, pero su rostro moreno no podía ocultar su inquietud.

—Bienvenido, señor —dijo.

Khalil dio un paso hacia adelante con la determinación de un general de guerra.

—Berenice, ¿me has traicionado? —le preguntó directamente.

Berenice se llevó las manos al pecho.

—¿Traicionado? ¿Cómo puede pensar eso de mí, señor? —dijo fingiendo indignación.

Khalil apretó la mandíbula.

—Tú planeaste el secuestro de Nadya con los hombres de Yassir —le echó en cara.

En el patio se alzó un rumor agitado.

—Berenice... —dijo Kama en tono de decepción.

—¿Cómo has podido hacer algo semejante? —intervino Bastet.

Berenice volvió el rostro hacia ella. Los rasgos maduros de la mujer estaban contraídos en una expresión de horror.

—Yo no he sido —mintió—. ¿Por qué...? ¿Por qué iba yo a planear algo así? —titubeó nerviosa.

—¡Para quitarte a Nadya del medio! —exclamó Khalil sin poder contenerse, harto del cinismo de Berenice—. ¡La has odiado desde el primer momento que pisó el harén!

Nadya contemplaba la escena con expresión circunspecta.

—¡Claro que la odio! —estalló Berenice con rabia, perdiendo el control sobre sí misma—. ¡La odio porque le ha robado el corazón!, ¡porque se ha enamorado de ella! ¡La odio porque la ama! —Se golpeó el pecho con el dedo—. Y a mí hace semanas que ni siquiera me mira.

Nadya arqueó las cejas.

«Eso no es cierto», pensó para sí.

Berenice estaba ciega. Los celos estaban haciendo que viera cosas donde no las había.

—¡Pero eso no te da derecho a ponerla en peligro del modo en que lo has hecho! —cortó Khalil, furioso—. ¡Has ayudado a Yassir, a mi peor enemigo! ¡Le has metido en mi palacio! ¡Me has traicionado!

—Pero yo no quería traicionarlo, yo le amo. Le amo más que a mi propia vida —se defendió Berenice.

De repente su rostro se volvió una máscara de frialdad, como si hubiera sido poseída por un ente maligno. Presa de un arrebato de furia, se lanzó contra Nadya, dispuesta a arañarle la cara, a estropear su belleza angelical, pero Khalil se colocó en medio formando un muro, e impidiendo que llegara a ella.

—No se te ocurra ponerle un dedo encima —le advirtió con aspereza, sujetándole las manos por las muñecas. Sus ojos negros la fulminaron.

Berenice bufó de frustración y dio un fuerte tirón para soltarse de Khalil. Tenía el rostro tensionado por la rabia y sus ojos resplandecían con frialdad. Detestaba con todas sus fuerzas que defendiera a la occidental del modo tan vehemente en que lo hacía.

—Aquí ya no eres bien recibida —Khalil tomó la palabra de nuevo. Le producía perplejidad saber que era Berenice la protagonista de aquella sucia traición, ya que había sido su fiel concubina durante años. Con esfuerzo conservó la voz firme y razonable—. Recoge tus cosas y regresa con tu familia. Marchaos todos de mi pueblo.

Berenice sabía que aquel era su final. Había deshonrado a su familia y como castigo tenían que marcharse del pueblo. La traición al jeque era uno de los delitos más graves que se podían cometer. Y ella lo había traicionado.

—Señor, por favor, tiene que perdonarme. Sabe que haría cualquier cosa por usted —imploró sollozando, echándose a sus pies con la cabeza agachada—. Por favor, perdóneme...

—Khalil, perdónala... —dijo Nadya, apiadándose de ella.

Pero Khalil no estaba dispuesto a perdonarla.

—Si regresas a mi desierto, serás encarcelada —le dijo a Berenice en tono de sentencia, sin que su penetrante mirada vacilara un instante—. Da gracias porque no te prive de tu libertad.

Bastet fue hasta la concubina y la cogió por el brazo.

—Vamos —dijo sin ninguna emoción en la voz, ayudándola a incorporarse.

Berenice se levantó del suelo y se limpió con las manos las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Actuaba como si la obra de teatro hubiera terminado y hubiera dejado de

interpretar su personaje. Dirigió una mirada desdeñosa a Nadya.

—Eres una maldita ramera —dijo con infinito desprecio, sin inmutarse.

—Berenice, ¡basta! —le gritó Khalil, tratando de mantener bajo control su ira—. Estoy harto de tus faltas de respeto. — Sus rasgos se endurecieron—. Si no te vas ahora mismo, ordenaré que te arresten. Mantén la poca dignidad que te queda.

Berenice miraba con tanta fijación a Khalil que Nadya temió por él. La concubina no parecía dispuesta a admitir la derrota ante ella. ¿Y si tenía escondida una daga y lo atacaba? Berenice parecía haber perdido el juicio.

Tragó saliva, inquieta.

Ninguno de los hombres de Khalil permitiría que le hiciera daño, pensó. Ellos darían su vida por él.

Tras unos segundos en los que una calma tensa imperó en el patio, la concubina se giró en silencio y, bajo la mirada reprobadora de todos los que estaban allí, se fue con Bastet. Nadya soltó con alivio el aire que había estado conteniendo en los pulmones.

CAPÍTULO 91

—Salih, asegúrate de que se va —dijo Khalil con semblante severo.

Nadya pudo percibir en su rostro que se sentía herido, dolido. La traición de Berenice lo había decepcionado.

—Sí —respondió Salih.

—Que no me moleste nadie, quiero estar a solas con Nadya.

—Claro, señor —contestaron sus hombres.

El corazón de Nadya se aceleró cuando Khalil le tomó la mano.

—Ven, tengo que hablar contigo —dijo, llevándosela con él al harén.

La habitación en la que entraron era una estancia amplia de techos altos. Los suelos estaban cubiertos de gruesas alfombras y había almohadas de colores llamativos por todos lados.

—Siento lo que ha pasado con Berenice —se arrancó a decir Nadya.

—Tú no tienes la culpa —dijo Khalil, pasándose la mano por el pelo, de espaldas a ella—. Todo lo contrario, tú eres la víctima. Has sido la víctima de Berenice, de Yassir y también has sido la mía. Siento que hayas pasado por todo esto.

—¿Tu culpa? —Nadya no sabía a qué se refería.

—He estado ciego, Nadya. —Khalil se giró y la observó. Unas ojeras oscuras se marcaban bajo los ojos azules de Nadya debido a la tensión y a la preocupación por la que había

pasado—. Tan ciego que no he sido capaz de ver lo que sentías por mí.

Las mejillas de Nadya se encendieron como ascuas. Iba a hablar, aunque solo logró boquear como un pez fuera del agua. Por fortuna, Khalil continuó.

—Y has tenido que estar en peligro, has tenido que estar en manos de ese maldito de Yassir, para darme cuenta de lo que yo siento por ti.

—¿De qué...? ¿De qué hablas? —musitó Nadya.

Khalil clavó los ojos en su mirada cristalina. Nadya lo contemplaba confusa e interrogante.

—De lo que hablo es de que has tenido que estar en peligro para darme cuenta de que no podría vivir sin ti.

Nadya lo miró con los ojos muy abiertos e incrédulos.

—Khalil...

—Te amo, Nadya —confesó él, cortándole con suavidad. Necesitaba decírselo—. Te amo como... como no he amado a nadie. —Las palabras surgían de sus labios con lentitud. Khalil nunca había expresado sus sentimientos. Era un hombre extremadamente reservado en lo relativo a sus emociones—. Te amo con todo mi corazón y con toda mi alma. No sé cuándo me enamoré de ti —continuó. Se encogió de hombros. Él mismo estaba sorprendido—. Quizá cuando te pusiste delante de Sombra como una temeraria y creí que te aplastaría con sus pezuñas, o una de las tantas veces que tu rebeldía y obstinación me han sacado de quicio, o cuando pensé que tus ojos eran los más hermosos que había visto en mi vida, o cuando te hice el amor por primera vez... No sé, pero estoy perdidamente enamorado de ti. Por eso no quería que te fueras de mi lado, por eso no quería dejarte marchar. Ninguna mujer ha significado nada para mí hasta que apareciste tú.

Nadya se estremeció al oír aquella declaración susurrada. Khalil la amaba... No podía creérselo. Había soñado tantas veces con ello que parecía algo irreal.

—Yo también te amo —afirmó, conmovida por sus palabras. Las lágrimas rodaban por sus mejillas—. He luchado contra lo que sentía con todas mis fuerzas. Me costaba entender cómo podía estar enamorándome de ti cuando me tenías prisionera y pretendías que fuera tu concubina, cuando te mostrabas tan arrogante, dándome órdenes... —Calló durante unos segundos.

Khalil sonrió. La atrajo para sí y la estrechó entre sus brazos. Cerró los ojos y hundió la cara en su pelo. Nadya le pasó las manos por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

—¡He pasado tanto miedo! —dijo Khalil. La abrazaba con ternura, como si fuera una delicada pieza de porcelana, como si en cualquier momento fuera a romperse en pedazos—. Temía perderte, temía que Yassir te hiciera daño; no volver a verte —añadió tomando aire—. No sé qué me aterrorizaba más, si amarte o la idea de perderte.

Nadya alzó la vista y lo miró con los ojos rebosantes de amor, entre sorprendida y fascinada por la confesión que le acababa de hacer. Nunca había oído a Khalil hablar en esos términos.

Khalil se quedó mirándola y el mundo desapareció para ambos, solo estaban ellos y aquel momento.

—Mi bella niña de ojos cristalinos —dijo sonriente.

—Mi jeque arrogante —murmuró Nadya.

Khalil inclinó la cabeza y la besó en los labios con tanta intensidad que Nadya gimió.

—Me duele el cuerpo de tanto como te deseo —susurró Khalil con sensualidad en su oído.

Nadya ronroneó al sentir su cálido aliento. Una oleada de calor se extendió por sus venas.

—Yo también te deseo, pero tenemos que curar la herida de tu brazo —dijo.

—¿Es necesario? —preguntó Khalil, reticente.

Nadya sonrió. A veces, Khalil era como un niño pequeño.

—Claro que es necesario, puede infectarse.

—Pero ¿después podré hacerte el amor? —dijo Khalil.

—Te obligaré a que me lo hagas —bromeó Nadya.

Khalil echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Te aseguro que no vas a tener que obligarme. Dormirás un poco para descansar y después voy a estar toda la noche haciéndote el amor. No vamos a salir de la cama hasta dentro de muchas horas.

—¿Sigues dándome órdenes? —dijo Nadya.

—Me temo que siempre te daré órdenes, aunque sé que tú no vas a cumplir ninguna.

Ahora era Nadya la que reía.

—Conoces mi naturaleza rebelde. No sería yo si fuera dócil y obediente —dijo. Levantó una ceja—. ¿Podrás soportarlo?

Khalil suspiró y puso los ojos en blanco con fingida resignación.

—Creo que sí —respondió. Tomó las manos de Nadya y se las besó—. Te quiero.

—Yo también te quiero —dijo Nadya.

CAPÍTULO 92

El médico entró en la habitación de Khalil e hizo una reverencia. Era un hombre que pasaba de la mediana edad, de abundante pelo blanco y con la tez muy morena, con un bigote y una barba profusas.

—Buenas noches, señor —saludó a Khalil.

Seguidamente se dirigió a Nadya y también inclinó la cabeza. Ella respondió asintiendo con amabilidad.

—Buenas noches, Hakim —dijo Khalil, al tiempo que se quitaba el caftán manchado de sangre, dejando su torso al descubierto.

—Me han dicho que está herido —dijo el médico.

—No es nada grave —aclaró Khalil—. La gente tiende a ser muy alarmista. —Miró a Nadya, que le sonrió traviesa. Ella había sido quién había hecho buscar al médico, cuando Khalil había dicho que Bastet podía curarle el corte.

—Será mejor que lo vea —dijo el hombre.

Dejó su maletín negro en la mesa y se acercó a Khalil para examinar su brazo.

—Es un buen corte —dijo en tono profesional.

—¿Es grave? —preguntó rápidamente Nadya.

Su rostro mostraba una expresión de preocupación.

—No es grave —contestó rápidamente Khalil—. ¿Verdad que no es grave, Hakim? —Arqueó las cejas con una mirada suspicaz, casi obligándole a decir la respuesta que él quería.

El hombre rio. Eran como un par de chiquillos.

—No, no es grave, pero hay que atenderla para que no se infecte.

El médico dispensó los cuidados necesarios a la herida de Khalil. Bajo la atención de Nadya, que no quitaba el ojo, le vendó el brazo consistentemente y tras darle ciertas recomendaciones que probablemente Khalil no seguiría, se marchó.

Khalil miró a Nadya.

—Ahora te toca obedecer a ti —dijo—. A descansar, señorita —ordenó.

—Te diría que no, pero reconozco que estoy cansadísima, casi no me tengo en pie —repuso Nadya con voz exhausta. De pronto sentía como si le hubiera pasado por encima un camión. La adrenalina que la había mantenido alerta hasta ese momento, la había abandonado por completo.

—Es normal, mi niña bella, han sido unas horas muy largas —dijo Khalil, comprensivo.

La cogió en brazos y echó a andar hacia la cama.

—No deberías cogerme, tienes mal el brazo —protestó tibiamente Nadya.

—Shhh... —la silenció Khalil. La dejó sobre el colchón con suavidad—. Duerme un rato —dijo.

—Vale —asintió Nadya.

—Me quedaré contigo —dijo Khalil, tumbándose a su lado.

—Sí, por favor, no quiero que te vayas.

—No me voy a ir.

Khalil le rodeó la cintura con el brazo. Nadya dejó escapar un leve suspiro y se acurrucó contra su fornido cuerpo. La noche comenzó a extender su oscuridad por la habitación, cubriendo los rincones de penumbra.

Un rato después Nadya dormía plácidamente, agotada. Khalil observaba cómo descansaba a su lado. La larga melena

rubia se esparcía sobre la almohada formando un abanico. La incipiente luz de la luna alumbraba su bello rostro, proyectando sombras en sus rasgos y resaltando sus mejillas sonrosadas. Un intenso amor invadió cada una de las células de su ser. Sonrió débilmente al recordar el coraje que había mostrado no dejando que el pánico se apoderara de ella, y en su inmensa generosidad negándose a intercambiarse por Hanan. Sin duda era la mujer más valiente que había conocido.

Levantó la mano y le apartó un mechón de pelo de la mejilla.

Por suerte, todo había acabado bien. El alma de Yassir vagaría toda la eternidad por el infierno y su palacete se había reducido a cenizas. No quedaba nada de él. Pensar que podía haberle hecho algo a Nadya todavía provocaba que le hirviera la sangre. Ella se había convertido en el centro de su vida. Todo lo que representaba formaba parte de él

Respiró hondo. Él también necesitaba descansar. Cerró los ojos y dejó que el sueño lo atrapara.

Nadya se despertó. La luz procedente del amanecer atravesaba las cortinas y empezaba a iluminar la estancia, bañándola con un fulgor rosa. Tras unos instantes de ofuscación, se dio cuenta de que estaba en la habitación de Khalil. Se movió ligeramente para sentirlo. Sí, estaba a su lado. Su brazo aún permanecía rodeando su cintura en un gesto protector. Exhaló un suspiro de satisfacción y se dio la vuelta.

Khalil dormía con expresión apacible. Sus rasgos varoniles se percibían lejos de la tensión que predominaba en ellos unas horas antes. Los ojos azules de Nadya repasaron lentamente su rostro. Era la viva imagen de la perfección masculina. Su melena azabache, revuelta en ese momento, formaba unos airosos y atractivos mechones sobre su cuello. Le encantaba contemplarlo.

En la habitación reinaba un silencio total. Lo único que se oía era la respiración lenta y firme de Khalil. Alzó la mano y le acarició. Al contacto, él abrió los ojos.

—Buenos días —dijo, con una sonrisa preciosa en los labios.

—Buenos días —contestó Nadya.

—¿Has descansado?

—Sí, he dormido muy bien. ¿Y tú?

—Yo también. Han sido unas jornadas agotadoras —dijo Khalil. Miró a Nadya con ojos cálidos, observando sus facciones de una forma deliciosamente íntima—. Despertarme a tu lado todas las mañanas de mi vida va a ser maravilloso —dijo.

Acercó su rostro al de Nadya y le dio un beso fugaz en la boca. Ella hizo un esfuerzo por sonreír, pero el gesto que trató de esbozar no consiguió llegar a sus labios.

—Eh, ¿qué te ocurre? —se preocupó Khalil, al ver la huella de tristeza que había en su mirada.

—Al fin encontré la verdad que vine a buscar —respondió Nadya.

—¿Hablas del asesinato de tus padres?

—Sí.

—¿Sabes quién lo hizo?

Nadya afirmó con la cabeza.

—Fue Yassir.

CAPÍTULO 93

Khalil se incorporó, perplejo.

—¿Cómo es posible que fuera Yassir? —preguntó.

—Él es el hombre con el que querían casar a mi madre —respondió Nadya.

—¿Con Yassir? —Khalil se quedó sin palabras—. ¡Maldito desgraciado! ¡Espero que esté ardiendo en el infierno! Ahora entiendo que tu madre huyera.

Nadya se sentó en la cama.

—Yassir se sintió deshonrado y pagó el abandono de mi madre con su muerte y con la de mi padre. Por eso los asesinó —dijo.

—Pagaron un precio demasiado alto —apuntó Khalil con pesadumbre.

—Aunque para él no era suficiente.

—¿Por qué dices eso?

—Cuando me encontré a Yassir por primera vez en el desierto, me miró como si hubiera visto un fantasma —comenzó a decir Nadya—. En ese momento no lo entendí, pero el parecido que tengo con mi madre es sorprendente...

—... Y vio a tu madre en ti —se adelantó Khalil.

—Sí. Me secuestró como moneda de cambio, para intercambiarme por Hanan, pero antes quería violarme —dijo Nadya—. No consiguió nada con mi madre, y vio en mí la manera de concluir su venganza.

—¡Miserable hijo de puta! —La rabia fluctuaba por las venas de Khalil—. Ni siquiera la idea de que Yassir estaba muerto, le apaciguaba. Apretó los dientes.

—Tranquilo, mi amor —dijo Nadya. Alargó las manos por encima de las sábanas y cogió las de Khalil, que estaban cerradas con fuerza—. Ya pasó todo —añadió.

—Has sufrido tanto —murmuró él con dolor en la voz.

—Pero ya no importa, nada importa, Khalil. Solo tú y yo —Nadya sonrió.

Él la miraba como si Nadya fuera el centro del Universo. Y ella lo miraba de la misma manera.

—Quiero que te quedes, Nadya —dijo Khalil—. Pero no porque quiera que seas mi concubina, sino porque quiero que seas mi esposa.

Nadya lo miró conteniendo el aire. Tenía miedo de que, si respiraba, se rompiera la magia que flotaba en el aire.

—¿Hablas en serio, Khalil? —preguntó en un susurro, con el corazón latiéndole aceleradamente.

—Sí, lo digo en serio. Quiero que seas mi esposa —contestó.

Nadya se tapó la boca con las manos, emocionada.

—Oh, Dios mío...

—¿Entonces? ¿Quieres ser mi esposa?

—¡Claro que sí! —respondió Nadya, echándose a sus brazos—. Será un honor ser la esposa de Khalil Ab Tagul, el Hijo del Desierto.

Khalil la besó. Todo su corazón estaba en aquel beso.

—Te quiero, bella. Te quiero mucho —dijo.

—Yo te quiero más a ti —bromeó Nadya. Hizo una pausa—. Khalil...

—Dime.

—¿Qué vas a hacer con el harén? —preguntó Nadya con cautela.

—¿Cómo que qué voy a hacer con el harén? Soy el jeque...
—dejó caer Khalil.

Las cejas expresivas de Nadya se arquearon de forma pronunciada.

—Khalil, yo... yo no puedo ser tu esposa si vas a continuar con tu harén —dijo, evidenciando su enfado—. ¿Qué vas a hacer? ¿A tener una mujer distinta cada noche? ¿Vas a hacer que rotemos en tu cama? —le increpó indignada.

Khalil la miraba intentando dominar las ganas de reír. Se tapó la boca con la mano.

—Eres increíble —continuaba hablando Nadya con gesto adusto—. Me propones ser tu esposa, pero en el fondo me vas a tratar como a una concubina...

Khalil estalló de pronto en una carcajada.

—¿Y encima te ríes? ¿Qué es lo que te hace tanta gracia? —le echó en cara Nadya con los brazos en jarra.

—¿Te he dicho que cuando te enfadas estás preciosa? —se burló Khalil.

—¡Khalil, por favor! —gritó ella, para que él se tomara en serio lo que estaba diciendo.

Khalil se acercó a su rostro, quedando a solo unos centímetros del suyo.

—No necesito tener más mujeres. Solo te quiero a ti en mi vida y en mi cama —dijo.

—Pero ¿qué...? —Nadya no entendía nada. Lo miró confundida.

—Te estoy tomando el pelo —le dijo Khalil en tono suave al ver la expresión descolocada de su cara—. Por supuesto que no voy a continuar teniendo concubinas en el harén. Yo solo quiero estar contigo, Nadya —le aclaró.

Ella formó en la boca un mohín y le dio un golpe en el hombro con la mano.

—¡Eres un tonto! —le regañó, aunque a sus labios asomaba una sonrisilla.

—¡Oye!, que tengo el brazo herido —bromeó Khalil, acariciándose el hombro.

—Lo siento —se disculpó Nadya con inocencia, arrugando la nariz.

Khalil sonrió.

—Ven aquí —susurró.

La tumbó en la cama y se colocó encima de ella, aplastándola contra el colchón.

—¿Y qué va a pasar con las concubinas que están en el harén ahora? ¿Y con Hanan? —preguntó Nadya, mostrando una especial preocupación por la niña.

—Volverán con sus familias, aunque seguirán estando bajo mi protección, y les daré una buena dote. Antes, yo me encargaba de buscarles marido, pero creo que lo mejor es que se casen con el hombre del que se enamoren —dijo Khalil.

Bajó la cabeza y rozó la punta de la nariz de Nadya con la suya, haciéndola cómplice, pues había cambiado algunas de sus costumbres gracias a su influencia.

—Y Hanan se quedará aquí, con nosotros, si te parece bien. Ella no puede regresar con su familia. No dudo de que volverían a vendérsela a algún jeque sin escrúpulos como lo era Yassir.

—Me parece perfecto. Con quien mejor va a estar Hanan es con nosotros. A ti te adora y creo que yo le caigo bien. — Nadya sonrió.

—A ti te adora tanto como a mí —dijo Khalil, orgulloso de que Nadya se hubiera ganado el corazón de la pequeña niña. —La besó suavemente—. Pero hablemos de nosotros...

CAPÍTULO 94

—Creo que tenemos algo pendiente... —susurró Khalil en tono provocativo, hablando a unos centímetros de su boca.

—Antes es absolutamente necesario que me dé una buena ducha, tengo la ropa pegada al cuerpo —dijo Nadya, al captar la insinuación silenciosa de sus ojos negros.

Khalil se levantó de un salto y tiró de ella.

—Yo también tengo que ducharme, así que, ¿qué mejor que hacerlo juntos? —Guiñó un ojo a Nadya.

—Me parece una idea fantástica —contestó ella con complicidad—. Pero ¿qué hacemos con la venda de tu brazo?

—Luego me pondré otra. ¡Vamos! —Khalil estaba impaciente.

En el cuarto de baño y frente al espejo, Khalil le dio la vuelta y comenzó a bajarle los tirantes del vestido, deslizándolos delicadamente por los hombros, hasta que cayó al suelo. Khalil contemplaba desnuda a Nadya, devorándola con los ojos a través del espejo.

—Mi dulce y valiente Nadya... —musitó, arrastrando las palabras deliberadamente, a medida que dejaba una estela de besos por la pálida línea de su cuello.

Una oleada de placer hizo que el cuerpo de Nadya se contrajera. Alzó lentamente los ojos con gesto sensual y miró a Khalil. Su rostro estaba desdibujado por el deseo. Sonriendo sin enseñar los dientes, le tomó las manos y se las puso sobre sus pechos. Khalil gimió cuando sus palmas rozaron la piel fina y tibia.

Le acarició suavemente los pezones, haciéndola suspirar. Nadya sintió que se derretía por dentro. Tras unos segundos, se

acuclilló detrás de ella y con sumo cuidado, fue deslizando las braguitas a lo largo de las piernas mientras le besaba los glúteos, los muslos y las pantorrillas.

Inesperadamente, le mordió una nalga y pasó la lengua húmeda por la marca que habían dejado los dientes.

—Ah... —jadeó Nadya.

Khalil sonrió al ver su reacción. Con rapidez, se deshizo del pantalón y los calzoncillos y volvió a tomar a Nadya de la mano.

—Vamos a la ducha —dijo.

La llevó con él y la metió en el cubículo de la ducha, un espacio elegante revestido de pequeños mosaicos negros. Giró el grifo y, mientras el agua se calentaba, cogió el gel, se embadurnó las manos y tras frotar un poco para hacer espuma, comenzó a enjabonar a Nadya, que se encontraba de espaldas a él.

—Tu piel es tan suave... —dijo al tiempo que pasaba las palmas de las manos por su cuerpo.

—Khalil... —suspiró Nadya, embriagada por sus caricias.

El agua tibia comenzó a caerles por encima.

—Nadya... —susurró él.

Nadya se giró y apoyó las manos en su pecho desnudo. Bajó los dedos y los paseó por su vientre, maravillándose de sus perfectos abdominales.

—Me encanta que me toques —confesó Khalil con voz traviesa.

Se acercó a Nadya para que notara su erección.

—Ya veo que te gusta —sonrió ella con picardía.

—Me pones al borde del colapso. Un día me va a estallar el pene.

Nadya se echó a reír.

—¿Te excita verme así? —le preguntó Khalil.

—Sí —afirmó ella sin disimular la nota de satisfacción que danzaba en su voz.

Khalil suspiró, rendido al poder que Nadya ejercía sobre él. Incluyó la cabeza y la hundió en su cuello. Mientras el chorro de agua los empapaba, relajando sus músculos, sembró una línea de besos sobre su piel. La sangre de Nadya comenzó a circular vertiginosamente por las venas al sentir los labios de Khalil en su garganta. Su boca dejaba un rastro abrasador allí donde la besaba.

Él descendió hasta la curva de su pecho izquierdo y se introdujo el pezón endurecido en la boca. Tras unos segundos de dulce tortura hizo lo mismo con el otro.

Nadya gimió con fuerza y echó la cabeza hacia atrás, arqueando la espalda para facilitarle el acceso. Instintivamente, pasó las manos por su nuca y le pegó la boca al pecho.

Necesitaba más.

Tenía que llenar el extraño vacío que sentía en su interior.

—Quiero más —dijo con un susurro quebrado.

Khalil alzó el rostro, la besó en los labios y le devoró la boca una y otra vez sin tregua, al tiempo que la mano jugueteaba en el triángulo de sus piernas.

—Estás húmeda y caliente... —dijo.

—Mucho —contestó Nadya—. Venga, Khalil, te necesito dentro —le alentó con la voz entrecortada.

Khalil sonrió como un tigre enredando con un inocente ratoncillo. Le gustaba que Nadya lo necesitara también de ese modo, como le ocurría a él.

—Todavía no —dijo con una sonrisa enorme en la cara.

—¿Por qué? —La voz de Nadya estaba teñida de impaciencia y deseo.

—Porque quiero seguir jugando contigo —respondió Khalil con malicia.

—No, por favor —protestó Nadya.

—Shhh... —la silenció Khalil.

—Fóllame —suplicó ella.

—No —negó de nuevo Khalil.

Pasó la mano alrededor de su cintura y la enterró de nuevo en su sexo. Cuando Nadya sintió sus habilidosos dedos sobre los pliegues de su clítoris, acariciándolos con la maestría que lo caracterizaba, creyó desfallecer de placer.

—Por Dios, Khalil, fóllame —siseó.

Se mordió el labio.

—He dicho que no.

—Pero...

—Tienes que aprender a obedecerme —le susurró.

—Ah... —Nadya suspiró, echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te gusta? —le preguntó Khalil.

—Sí.

Khalil se acuclilló delante de ella, le cogió una pierna y se la colocó sobre el hombro, para tenerla totalmente abierta para él. Como un león que llevara meses sin comer, se lanzó con la boca a su entrepierna.

El grito de placer de Nadya atravesó el cuarto de baño.

La lengua de Khalil comenzó a torturarla dulcemente con un movimiento circular que sacudía todas sus terminaciones nerviosas.

—Por favor, Khalil... —Nadya suplicó con un deseo que casi le provocaba dolor físico.

—Me gusta tenerte así —dijo Khalil, acariciándola con los dedos.

—¿Suplicante? ¿Te gusta que te suplique? —preguntó ella entre jadeos.

—Sí.

—¡Maldito seas, Hijo del Desierto! —gruñó Nadya, al darse cuenta de que estaba a merced de Khalil.

Él no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Me odia, señorita Rice? —bromeó con sarcasmo.

—¡No sabe cuánto, jeque Ab Tagul! —dijo Nadya.

Khalil se detuvo de pronto. Se irguió en toda su estatura y pegó a Nadya contra la pared de mosaicos de la ducha.

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes.

Khalil meneó lentamente la cabeza, haciendo un gesto negativo.

—No, no lo sé.

—¡Khalil! —Nadya lo amonestó.

Pero Khalil ignoró el tono de su voz.

—Dime qué quieres, Nadya.

Ella suspiró mientras estudiaba sus ojos.

—Que me folles —respondió al fin.

Khalil sonrió ladinamente. Cogió a Nadya de las nalgas, apretándolas, y la levantó en vilo, colocándose entre sus muslos. Nadya lo abrazó por las caderas, apoyó la espalda contra la pared y pasó los esbeltos brazos por su cuello.

—Sujétate fuerte —le advirtió Khalil.

Sin más palabras, la penetró de un solo embate. Su miembro entró hasta el fondo. Nadya gritó de placer.

—Nadya, mírame —le ordenó.

Nadya abrió los ojos. Su mirada azul se encontró con la de Khalil, que la observaba con expresión de determinación.

—¿A quién perteneces? —le preguntó serio.

—A ti, Khalil —respondió Nadya, sosteniéndole la mirada.

Khalil separó un poco las caderas y se hundió de nuevo en ella posesivamente. La espalda de Nadya chocó con la pared al tiempo que acogía el miembro de Khalil en su interior.

—¿Me perteneces solo a mí? —le preguntó él, mirándola de forma salvaje.

—Sí, solo a ti.

—Repítelo, Nadya. ¿Me perteneces solo a mí?

—Sí, solo te pertenezco a ti, Khalil.

—Yo también te pertenezco a ti, Nadya, solo a ti. Soy tuyo. Totalmente tuyo.

Nadya paladeó con gusto cada una de esas palabras. Se estremeció.

Khalil le agarró una nalga con la mano y se la apretó, dejando la marca de sus dedos en la piel blanca. La otra mano la enterró en su pelo rubio, se acercó a su rostro y la besó con tanta pasión que parecía tener la intención de devorarla.

Con ritmo, comenzó a moverse frenéticamente dentro de Nadya. Lo hacía de forma implacable, con fuerza, sin piedad. La penetraba. La besaba. La embestía sin parar. Una deliciosa sensación de placer se extendía por el cuerpo de Nadya.

—Dios mío, Khalil... —dijo con la respiración entrecortada.

—¿Quieres que siga dándote duro? —preguntó él con voz ronca.

—Sí —jadeó Nadya.

Khalil sonrió con maliciosa satisfacción mientras continuaba zambulléndose en su cuerpo con una fuerza súbita. La espalda de Nadya chocaba una y otra vez con la pared alicatada.

Los músculos de Khalil comenzaron a contraerse. Nadya inclinó la cabeza y le mordió el hombro en un arrebatado de pasión. Khalil se estremeció de placer. Apenas unos segundos

después un orgasmo sacudió su cuerpo con decenas de descargas eléctricas, corriéndose en su interior.

Siguió empujando una y otra vez con movimientos rudos y profundos, hasta que Nadya se dejó ir de una forma casi violenta, convulsionándose frenéticamente entre sus brazos.

Cuando los espasmos cesaron, Khalil apoyó la frente húmeda en la de Nadya, a la que todavía tenía cogida. Durante unos segundos permanecieron inmóviles, contemplándose en silencio el uno frente al otro.

—Ha sido increíble —dijo ella, tratando de recuperar el ritmo normal de la respiración.

—Contigo, siempre es increíble —dijo Khalil a unos pocos centímetros de su boca, respirando su aliento irregular.

Nadya sonrió.

—Te amo, Khalil —susurró.

—Y yo a ti, bella —dijo él.

EPÍLOGO

—Ya estamos llegando —dijo Khalil—. Solo un par de minutos más.

Él y Nadya viajaban por el desierto a lomos de Sombra. Nadya no podía evitar que los nervios la tuvieran en un estado de impaciencia y expectación casi desquiciante. Khalil solo le había dicho que tenía una sorpresa para ella y, sin más, la había subido en su caballo y la había puesto una venda en los ojos.

El corazón se le desbocó cuando advirtió que Khalil tiraba de las bridas, haciendo que Sombra se detuviera.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó ansiosa.

—Sí —contestó Khalil.

Alzó los brazos y deshizo el nudo de la venda. Nadya pestañeó un par de veces y enfocó la vista. Estaban parados en lo alto de una colina. Unos metros debajo de ellos un grupo de hombres se afanaban en montar varias tiendas de campaña entre las dunas de arena blanca.

—¿Quiénes son esos hombres? —preguntó, confusa.

—Tus trabajadores —respondió Khalil.

Nadya giró la cabeza para mirarlo.

—No lo entiendo. ¿Mis trabajadores?

—Sí, para que retomes la excavación cuando quieras.

El rostro de Nadya se iluminó súbitamente.

—Khalil, ¿lo estás diciendo de verdad? —dijo con la voz rebosante de incredulidad.

—Totalmente —repuso él—. Así podrás seguir desenterrando la historia del faraón «hereje», de Akhenatón.

La emoción empañó los ojos de Nadya mientras giraba de nuevo la cabeza hacia el grupo de hombres.

—No me lo puedo creer... —musitó—. Gracias, Khalil. Muchas gracias —dijo, profundamente agradecida.

Khalil la abrazó por detrás y sonrió con una expresión tierna y risueña.

—No tienes nada por lo que darme las gracias, mi bella —dijo en tono suave.

Nadya puso sus brazos sobre los de Khalil y entrelazó los dedos con los suyos. Una ráfaga de aire cálido agitó sus cabellos rubios.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Khalil se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

—Quiero hacerte feliz, y sé que ejercer tu carrera te hace muy feliz —dijo contra su nuca.

Nadya esgrimió una amplia sonrisa. Khalil le instaba a seguir su sueño.

—Te amo un poquito más que antes, si eso es posible —bromeó.

La risa de Khalil sonó profunda detrás de ella, irradiando felicidad y amor, y el sonido le llegó a Nadya al corazón.

Volvió a girarse hacia él y se echó en sus brazos, el lugar al que pertenecía, al que pertenecería siempre: al Hijo del Desierto. Khalil la rodeó protectoramente, inclinó la cabeza, posó los labios en su frente y le dio un beso.

—Te quiero con todo mi corazón —susurró.

—Y yo a ti —dijo Nadya.

Apoyó la cabeza sobre el pecho de Khalil y pudo escuchar el fuerte latido de su corazón. Sonrió para sí. Nunca había sido tan feliz.

Y así permanecieron un rato, disfrutando el uno del otro sobre los lomos de Sombra, mientras la tarde se deslizaba hacia el maravilloso atardecer que les regalaba el desierto Blanco.